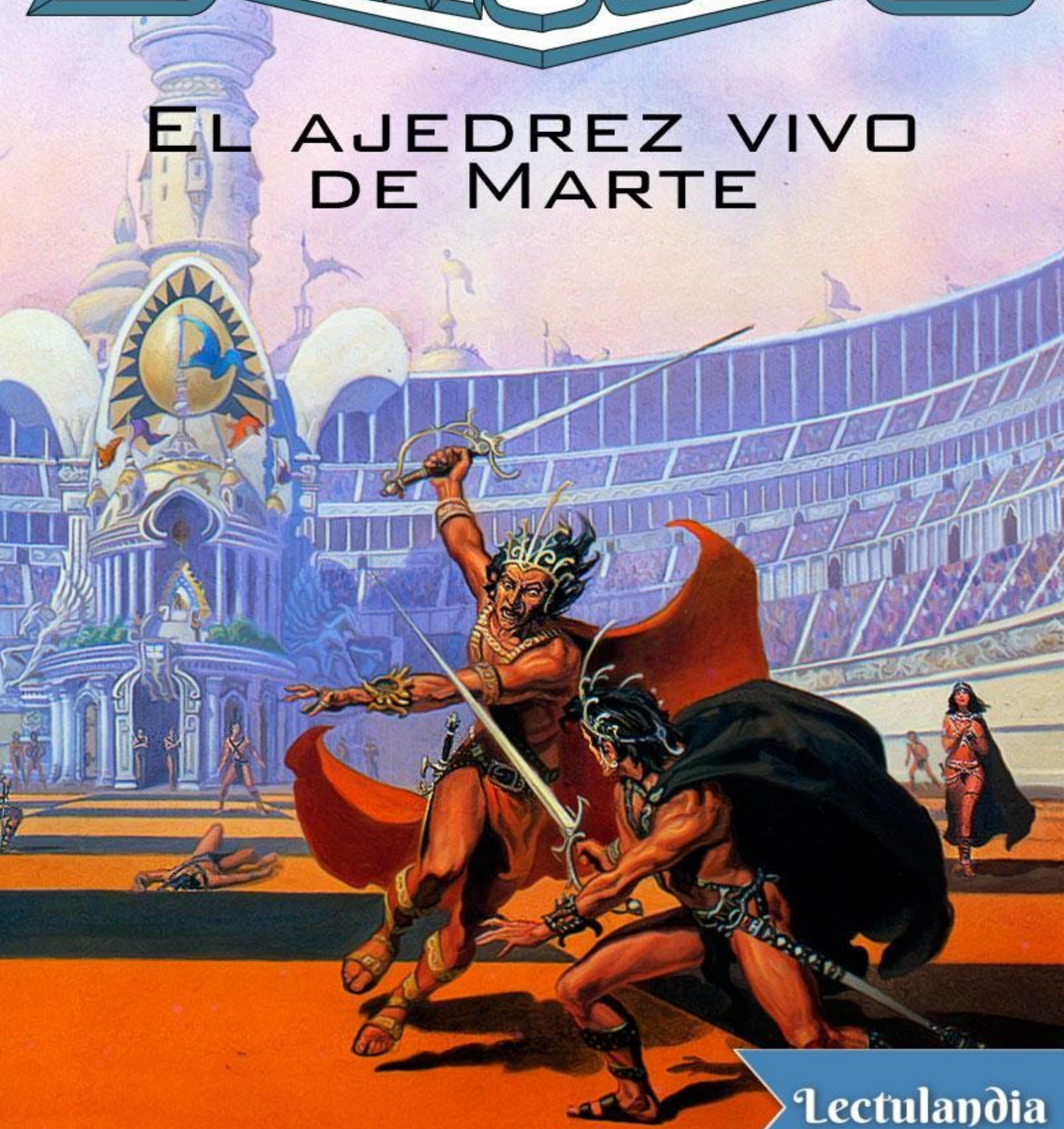


EDGAR RICE BURROUGHS

EL AJEDREZ VIVO DE MARTE



Lectulandia

En EL AJEDREZ VIVO DE MARTE, quinto título de la serie de John Carter de Marte, Tara de Helium, hija de John Carter, hace aparición en la serie. Arrastrada por una violenta tormenta, la princesa sufrirá cautiverio entre los kaldanes que, constituidos en su mayor parte por cabeza, dominan a los rykors, raza de cuerpos sin cabeza. Tras huir de su dominio, Tara es capturada por la ciudad de Manacor, donde participará en el Jetan, el ajedrez marciano que se juega con seres vivos, como premio.

Edgar Rice Burroughs (1875-1950), es el gran clásico de la Ciencia-Ficción aventurera. Aunque es conocido fundamentalmente por la serie de Tarzán y sus innumerables adaptaciones cinematográficas, es creador de otros ciclos, como el de Pellucidar, que recrea una humanidad prehistórica en el centro de la Tierra, o el de Carson Napier, que se desarrolla en el Venus clásico de los bosques jurásicos y las princesas cautivas. Sin embargo, para el lector de Ciencia-Ficción, su creación más lograda es la serie de John Carter de Marte, que narra las aventuras de un caballero virginiano del siglo XIX en un Marte moribundo hecho para el combate y la aventura.

Lectulandia

Edgar Rice Burroughs

El ajedrez vivo de Marte

Ciclo John Carter 5

ePUB v1.2

OZN 23.05.12

más libros en lectulandia.com

Titulo original: CHESSMEN OF MARS
Titulo traducido: El ajedrez viviente de Marte
Autor: Edgar Rice Burroughs
Traductor: R. Goicoechea
ISBN: 978-84-95741-06-6
Editorial: Pulp Ediciones, 2001

PRÓLOGO



John Carter vuelve a la Tierra

Como de costumbre, Shea acababa de ganarme al ajedrez, y yo también, como de costumbre, había recurrido a la dudosa satisfacción que podía proporcionarme el acusarle de debilidad mental llamando su atención por enésima vez sobre la afirmación, convertida en teoría por algunos científicos, de que los grandes ajedrecistas suelen hallarse entre niños menores de doce años, adultos que pasan de setenta, y personas de mentalidad deficiente; teoría que olvido con ligereza en las raras ocasiones en que gano. Shea se había retirado a descansar y yo debí seguir su ejemplo, pues aquí montamos a caballo antes de amanecer; pero en lugar de hacerlo me senté en la biblioteca, delante de la mesa de ajedrez, arrojando despreocupadamente el humo de mi tabaco sobre la deshonrada cabeza de mi rey derrotado.

Hallándome en tan provechosa ocupación oí abrir la puerta de la habitación que da al este y oí que alguien entraba. Pensé que sería Shea, que volvería para hablarme de algo relativo a la tarea del día siguiente; pero cuando alcé la vista hacia la puerta que pone en comunicación las dos habitaciones vi en su marco la figura de un gigante bronceo, ceñido al desnudo cuerpo un cinturón de cuero, adornado con incrustaciones de piedras preciosas, de uno de cuyos lados pendía una espada corta, también cubierta de adornos, y del otro, una extraña pistola. Su pelo negro, sus ojos de color gris acero, resueltos y sonrientes, sus nobles rasgos me permitieron reconocerle en el acto, y, poniéndome en pie de un salto, avancé hacia él con la mano tendida.

—¡John Carter! —exclamé —¿Usted?

—Yo, y no otro, hijo mío —contestó, estrechando mi mano con una de las suyas, mientras apoyaba la otra encima de mi hombro.

—¿Qué hace usted aquí? —le pregunté—. Han pasado muchos años desde que regresó por última vez a la Tierra, y nunca lo ha hecho con los atavíos de Marte. ¡Señor! Pero ¡es maravilloso verle, y no parece que haya envejecido usted ni un día desde mi niñez, cuando saltaba encima de su rodillas! ¿Cómo se explica usted esto, John Carter, Guerrero de Marte, o cómo va a intentar explicarlo?

—¿Para qué intentar explicar lo inexplicable? —repuso—. Como ya te conté la

otra vez, soy un hombre muy viejo. Ignoro mi edad. No recuerdo mi infancia. Sólo recuerdo que siempre he sido como ahora me ves y como me viste por primera vez, cuando tenías cinco años. Tú mismo has envejecido aunque no tanto como envejece la mayoría de los hombres en igual número de años lo cual puede explicarse por el hecho de que corre la misma sangre por nuestras venas; pero yo no he envejecido nada.

"He discutido esta cuestión con un notable hombre de ciencia marciano, amigo mío; pero sus teorías no son aún más que teorías. Sin embargo, el hecho me satisface; no envejeczo nunca y amo la vida y el vigor de la juventud. Pasemos ahora a tu lógica pregunta acerca de lo que me trae de nuevo a la Tierra y en este atavío, extraño para los ojos terrestres. Podemos dar las gracias a Kar Komak, arquero de Lothar; él fue quien me sugirió la idea que me ha permitido, después de muchos experimentos, conseguir por fin esta meta. Como ya sabes, hace muchísimo tiempo que poseía la facultad de atravesar el vacío en espíritu; pero nunca hasta ahora me había sido posible comunicar semejante facultad a las cosas inanimadas.

«Sin embargo, ahora me ves por primera vez exactamente igual que me ven mis compañeros marcianos; ves la misma espada corta que se ha teñido con la sangre de muchos enemigos salvajes: el mismo correaje con los distintivos de Helium y las insignias de mi grado; la pistola que me regaló Tars Tarkas, jeddak de Thark.

«Aparte del propósito de verte, que es el motivo principal de que me encuentre aquí, y el de quedarme satisfecho comprobando que puedo trasladar conmigo desde Marte a la Tierra cosas inanimadas y, por tanto, cosas animadas si lo deseo, no tengo ninguna otra intención. La Tierra no es para mí. Todo lo que me interesa se halla en Barsoom: mi esposa, mis hijos, mi deber; todo esta allí. Pasaré contigo una apacible velada y luego volveré al mundo que amo más que a la vida.

Al acabar de hablar se dejó caer en la silla que había al otro lado de la mesita de ajedrez.

—Ha hablado usted de hijos —repuse—. ¿Tiene usted alguno más que Carthoris?

—Una hija —contestó— algo menor que Carthoris, y que es, descontando cierta mujer, el ser más bello que haya respirado jamás el aire tenue del agonizante Marte. Sólo Dejah Thoris, su madre, podría ser más bella que Tara de Helium.

Durante un momento tocó distraídamente las piezas del ajedrez.

—Tenemos en Marte —dijo— un juego parecido al ajedrez, muy parecido, y existe allí una raza que lo juega de un modo horrible, con hombres y espadas desnudas. Llamamos a este juego jetan. Se juega en un tablero análogo al vuestro, salvo que allí tiene cien casillas y utilizamos veinte piezas por cada lado. No puedo ver este juego sin acordarme de Tara de Helium y de lo que le sucedió entre las piezas vivas del ajedrez de Marte. ¿Te gustaría oír la historia?

Asentí y me la relató.

Ahora trataré yo de contártela casi con las mismas palabras del guerrero de Marte en la medida en que las pueda recordar, pero dichas en tercera persona. Si hay contradicciones, no censuréis a John Carter, sino a mi escasa memoria, que será la culpable. Es una narración extraña, completamente barsoomiana.

CAPÍTULO I



La rabieta de Tara

Tara de Helium se levantó del lecho de sedas y pieles en que se hallaba reclinada, estiró lánguidamente su cuerpo flexible y se dirigió hacia el centro de la habitación, donde, encima de una amplia mesa, colgaba del bajo techo un disco de bronce. Su porte mostraba salud y perfección física; la armonía espontánea de la coordinación perfecta. Una banda de transparente gasa de seda cruzada sobre un hombro envolvía su cuerpo; su negro cabello formaba una breve pila encima de su cabeza. Golpeó ligeramente con una varita el disco de bronce y la llamada fue al instante atendida por una joven esclava que entró sonriendo y fue saludada por su ama de la misma manera.

—¿Llegan los invitados de mi padre? —preguntó la princesa.

—Sí, Tara de Helium; ya llegan —repuso la esclava—. He visto a Kantos Kan, almirante de Armada, y al príncipe Soran de Pthar, y a Djor Kanto, hijo de Kantos Kan—al pronunciar el nombre de Djor, Kantos echó a su ama una mirada traviesa—, y ¡oh!, había otros más; han venido muchos.

—El baño, entonces, Uthia —dijo su ama—. Y ¿por qué, Uthiaañadió—, miras de ese modo y sonrías al mencionar el nombre de Djor Kantos?

La joven esclava rió alegremente.

—Para todos está claro que te adora—repuso.

—Para mí no lo es —dijo Tara de Helium—. Es el amigo de mi hermano Carthoris y por eso viene tanto aquí, pero no por verme a mí. Es su amistad con Carthoris lo que le trae con frecuencia al palacio de mi padre.

—Pero Carthoris está cazando en el Norte con Talu, jeddak de Okarle recordó Uthia.

—¡Mi baño, Uthia! —gritó Tara de Helium—. Esa lengua tuya te traerá problemas.

—El baño está listo, Tara de Helium —repuso la muchacha con los ojos parpadeantes aún de regocijo, pues sabía bien que en el corazón de su ama no había cólera que pudiera sustituir el amor que la princesa sentía por su esclava.

Precediendo a la hija del guerrero, abrió la puerta de una habitación contigua, en la que se hallaba el baño: una reluciente piscina de agua perfumada construida en

mármol. Doradas varillas sostenían una cadena de oro que circundaba la bañera y bajaba hasta el agua por ambos lados de una escalinata de mármol. Una cúpula de cristal dejaba penetrar la luz del sol, que inundaba el interior, haciendo centellear la bruñida blancura de las paredes y la procesión de bañistas y peces que en dibujos simbólicos, con incrustaciones de oro, se veían en una ancha franja que rodeaba la habitación.

Tara de Helium se quitó la banda que la envolvía y se la entregó a la esclava. Lentamente descendió la escalinata hasta llegar al agua. cuya temperatura probó con un pie perfecto, no deformado por zapatos estrechos y tacones altos; un pie maravilloso, como el Hacedor se propuso que fueran los pies y como rara vez lo son. Hallando el agua a su gusto, la muchacha nadó pausadamente de un lado a otro de la piscina. Nadaba con la suave facilidad de un pez, ahora por la superficie, ahora por debajo de ella, y sus tersos músculos ondulaban suavemente bajo su clara piel: silenciosa canción de salud, de felicidad y de gracia. Poco después emergió y se puso en manos de la joven esclava, que frotó el cuerpo de su ama con una fragante sustancia semi-líquida contenida en un jarrón dorado, hasta que la lustrosa piel quedó cubierta de una espumosa sustancia; después de una rápida inmersión en la bañera, fue secada con suaves toallas y el baño terminó. Era característico de la princesa la sencilla elegancia de su baño: ningún séquito de inútiles esclavas, ninguna ceremonia, ningún vano derroche de preciosos momentos. En otra media hora su cabello quedó seco y arreglado con un peinado extraño, pero que le sentaba bien; sus adornos para el cuerpo, incrustados de oro y pedrería, ya estaban perfectamente ajustados a su talle.

Tara se hallaba preparada para mezclarse con los invitados a la recepción de mediodía en el palacio del Señor de la Guerra.

Al dejar sus aposentos para encaminarse a los jardines donde se hallaban reunidos los invitados, dos guerreros, con las insignias de la casa del príncipe de Helium en la armadura, la acompañaron a corta distancia, como demostración consciente de que la hoja del asesino no puede ignorarse nunca en Barsoom, donde en cierta medida ésta sirve para equilibrar la gran duración de la vida humana, que se considera no menor de mil años.

Cuando se hallaban cerca de la entrada del jardín, se aproximó a ellos otra mujer, escoltada de modo análogo, que venía de otra parte del gran palacio. Cuando se les acercó, Tara de Helium se volvió hacia ella con una sonrisa y un saludo feliz, mientras sus guardianes se arrodillaban inclinando la cabeza en sincera y voluntaria adoración de la bienamada de Helium. Los guerreros de Helium, sólo a impulsos de su propio corazón, saludaban siempre de este modo a Dejah Thoris, cuya inmortal belleza los había llevado más de una vez a sangrientos combates con otras naciones de Barsoom. Tan grande era el amor que el pueblo de Helium sentía por la esposa de

John Carter, que llegaba realmente a convertirse en adoración, como si en verdad fuera la diosa que asemejaba.

Madre e hija cambiaron el dulce ¡kaor! barsoomiano de saludo y se besaron. Luego entraron juntas en los jardines en que se hallaban los invitados. Un enorme guerrero desenvainó su corta espada y con ella golpeó su escudo de metal, y el broncíneo sonido resonó por encima de risas y palabras.

—¡La princesa ha llegado! —gritó—. ¡Dejah Thoris! ¡La princesa ha llegado! ¡Tara de Helium!

De este modo se anuncia siempre a la realeza. Los invitados se levantaron; las dos mujeres inclinaron la cabeza; los guardias volvieron a colocarse a ambos lados del camino de entrada; algunos nobles se adelantaron para rendir su homenaje; se reanudaron las risas y las conversaciones, y Dejah Thoris y su hija caminaron con naturalidad y sencillez por entre los invitados, sin que en la conducta de ninguno de los que allí estaban se notaran muestras aparentes de distinciones de linaje, aunque había más de un jeddak junto a muchos guerreros comunes cuyo único título consistía en sus heroicas hazañas o en su noble patriotismo. Esto sucede en Marte, donde se juzga a los hombres más por sus propios méritos que por los de sus abuelos, aun cuando sea grande el orgullo del linaje.

Tara de Helium dejó vagar su mirada lentamente por la mural casi realizada.

Djor Kantos parecía haberlo aceptado de la misma manera. Ambos habían hablado casualmente de ello como de algo que indiscutiblemente habría de tener lugar en un futuro indefinido, como, por ejemplo, el ascenso de él en la Armada, en la cual era ahora padwar, o la serie de ceremonias que ella vería en la Corte de su abuelo, Tardos Mors, jeddak de Helium. O la muerte.

Nunca habían hablado de amor, y esto había llenado de confusión a Tara de Helium en las raras ocasiones en que en ello pensaba, pues sabía que las gentes que iban a casarse solían estar muy ocupadas acerca del amor: tenía toda la curiosidad de una mujer y se preguntaba qué cosa sería el amor. Quería mucho a Djor Kantos y sabía que él también la quería a ella mucho. Les agradaba estar juntos, pues les gustaban las mismas cosas, las mismas gentes y los mismos libros, y cuando bailaban, su baile era un placer no sólo para ellos, sino para quienes los contemplaban. En la imaginación de Tara de Helium no cabía desear otro marido que Djor Kantos.

Tal vez, pues, sólo fue el sol lo que hizo que sus cejas se contrajeran en el mismo instante que descubrió a Djor Kantos sentado en animada conversación con Olvia Marthis, hija del jed de Hastor. Era deber de Djor Kantos rendir homenaje inmediatamente a Dejah Thoris y a Tara de Helium; pero no lo hizo así, y poco después la hija del guerrero frunció el ceño de verdad. Contempló largo rato a Olvia Marthis, y aunque ya la había visto muchas veces y la conocía bien, hoy la contempló

con nuevos ojos, que descubrieron, al parecer por vez primera, que la joven de Hastor era notablemente hermosa, aun entre aquellas hermosas mujeres de Helium.

Tara de Helium se turbó. Intentó analizar sus emociones, pero lo encontró difícil. Olivia Marthis era su amiga; la quería mucho y no sentía cólera hacia ella. ¿Estaba enojada con Djor Kantos? No; acabó decidiendo que no lo estaba. Fue, pues, mera sorpresa lo que experimentó; la sorpresa de que Djor Kantos estuviera más interesado con otra que con ella. Iba casi a cruzar el jardín para unirse a ellos cuando oyó la voz de su padre precisamente detrás de ella.

—¡Tara de Helium! —la llamó y ella se volvió, viéndole aproximarse con un extraño guerrero, cuyos correaje y metálico atavío ostentaban insignias que no le eran familiares.

Aun entre los lujosos atavíos de los hombres de Helium y de los visitantes de lejanos imperios resaltaban los del extranjero por su exótico esplendor. El cuero de su correaje quedaba totalmente oculto bajo los adornos de platino, profusamente engastados de relucientes diamantes, lo mismo que aparecían las vainas de sus espadas y la adornada pistolera que guardaba su larga pistola marciana. Al atravesar en compañía del gran guerrero el soleado jardín, los rayos centelleantes de las innumerables gemas, envolviéndole en una aureola de luz, transmitían a su noble figura un aspecto de divinidad.

—Tara de Helium, te presento a Gahan, jed de Gathol —dijo John Carter, conforme a la sencilla costumbre barsoomiana de la presentación.

—¡Kaor, Gahan, jed de Gathol! —respondió Tara de Helium.

—Pongo mi espada a vuestro pies, Tara de Helium —dijo el gran caudillo.

El guerrero los dejó y ellos se sentaron en un banco, bajo un frondoso sorapo.

—¡Lejana Gathol! —murmuró la muchacha—. Mi imaginación la ha unido siempre al misterio y a la leyenda y a los recuerdos casi olvidados de los antiguos. No puedo pensar en Gathol como en una ciudad viva, quizá porque nunca hasta hoy había visto a un gatholiano.

—Y tal vez sea también debido a la gran distancia que separa a Helium de Gathol, así como a la relativa insignificancia de mi pequeña ciudad libre, que podría muy bien quedar perdida en un rincón de la poderosa Helium —añadió Gahan—. Pero lo que nos falta de poder nos sobra de orgullo —continuó, riendo—. Creemos que es la nuestra la más antigua ciudad habitada de Barsoom. Es una de las pocas que han conservado su libertad, y esto a pesar de que sus antiguas minas de diamante son las más ricas que se conocen, y, a diferencia de todas las demás, parecen hoy tan inagotables como siempre.

—Háblame de Gathol —le instó la muchacha—. La sola idea me llena de interés.

Y no era probable que el hermoso rostro del joven jed desmintiera en algo el encanto de la lejana Gathol.

No pareció desagradarle a Gahan el hallar una excusa para monopolizar más tiempo el interés de su hermosa compañera. Su mirada se hallaba encadenada a las facciones exquisitas de la joven, y sólo se apartaba de ellas para contemplar los redondos senos, escasamente ocultos bajo los aderezos de pedrería, o un hombro desnudo, o la simetría de un brazo perfecto resplandeciente de brazaletes de exótica magnificencia.

—Vuestra historia antigua os cuenta sin duda que Gathol fue construida en una isla de Trhoxeus, el mayor de los cinco océanos del antiguo Barsoom. A medida que el océano retrocedía. Gathol fue extendiéndose por las laderas de la montaña, en cuya cumbre, que formaba la isla, había sido construida la ciudad; hoy cubre ya las vertientes desde la cumbre hasta la base, a la vez que las galerías de sus minas perforan el interior de la gran montaña. Nos rodea completamente una enorme marisma, que afortunadamente nos protege de las invasiones por tierra, mientras el terreno abrupto y a veces vertical de nuestra montaña hace que el desembarco de aparatos aéreos enemigos sea una maniobra arriesgada.

—¿Y vuestras naves de guerrera? —indicó la muchacha. Gahan sonrió.

—No hablamos de eso más que a los enemigos —dijo—, y entonces lo hacemos con lenguas de acero mejor que con lenguas de carne.

—Pero ¿qué práctica en el arte de la guerra puede tener un pueblo protegido de ese modo por la Naturaleza contra los ataques? —preguntó Tara de Helium, a quien le había gustado la respuesta del joven jed a su pregunta anterior, pero en cuyo cerebro persistía una vaga convicción del probable afeminamiento de su compañero, idea a que le inducía sin duda la magnificencia de sus armas y correaes, que más bien mostraban espléndida ostentación que terrible utilidad.

—Nuestras barreras naturales, si bien nos han salvado de la derrota en innumerables ocasiones no pueden de ningún modo hacernos inmunes contra los ataques —explicó—, pues es tan grande la riqueza del tesoro de diamantes de Gathol, que aún puede encontrarse a muchos que se arriesguen a una derrota casi segura en un supremo esfuerzo por saquear nuestra ciudad, jamás conquistada, y de este modo hallamos ocasión de practicar el ejercicio de las armas; pero Gathol no es sólo la ciudad montañosa. Mi país se extiende desde diez karads al norte de Polodona (Ecuador), y desde la décima karad, al oeste de Horz, hasta la vigésima, lo que forma una extensión de un millón de haads cuadrados, que en su mayor parte la constituyen hermosas tierras de pastos, por donde corren nuestras manadas de thoats y zitidars. Rodeados, como nos hallamos, de enemigos declarados, nuestros vaqueros han de ser verdaderos soldados, o, de lo contrario, no tendríamos ganado, y puedes estar segura de que no les faltan combates. Luego tenemos una necesidad constante de obreros para las minas. Los gatholianos se consideran como una raza de guerreros, y, como tales, prefieren no trabajar en las minas. Sin embargo, la ley ordena que cada varón

gatholiano preste al Gobierno una hora de trabajo diario; éste es realmente el único impuesto que se les exige: sin embargo, prefieren facilitar un sustituto para realizar este trabajo, y como nuestro propio pueblo no quiere contratarse para trabajar en las minas, ha sido necesario conseguir esclavos, y no es preciso decirte que los esclavos no se obtienen sin pelear. Vendemos estos esclavos en el mercado público, siendo entregada la mitad de su producto al Gobierno y la otra mitad a los guerreros que los trajeron. Con la suma del trabajo realizado por sus esclavos particulares, los compradores pagan su impuesto; al cabo de un año, un buen esclavo habrá realizado el impuesto de trabajo de seis años de su amo, y si entonces hay abundancia de esclavos, el esclavo queda libre y se le permite volver a su país.

—¿Lucháis cubiertos de platino y diamantes? —preguntó Tara señalando con una sonrisa burlona sus lujosos atavíos. Gahan se echó a reír.

—Somos un pueblo vanidoso —confesó con sinceridad—, y es posible que concedamos demasiado valor al aspecto personal. Rivalizamos unos con otros en el esplendor de nuestros adornos cuando nos ataviamos para cumplir las obligaciones más ligeras de la vida, aunque cuando nos lanzamos al campo de batalla nuestro corraje es el más sencillo que he visto llevar a combatientes de Barsoom. También nos enorgullecemos de nuestra belleza física, y especialmente de la belleza de nuestras mujeres. ¿Puedo atreverme a decir, Tara de Helium, que espero el día en que visitéis a Gathol para que mi pueblo pueda ver una mujer realmente hermosa?

—A las mujeres de Helium se las ha enseñado a fruncir el ceño con disgusto ante la lengua del adulador —repuso la muchacha; pero Gahan, jed de Gathol, observó que sonreía al decirlo.

A lo lejos sonó la voz de un clarín, clara y dulce, dominando las risas y las conversaciones.

—¡La danza de Barsoom! —exclamó el joven guerrero—. Os la pido, Tara de Helium.

La muchacha echó una mirada hacia el banco donde había visto últimamente a Djor Kantos; no se le veía. Incluyó la cabeza en señal de asentimiento a la petición del gatholiano. Pasaron esclavos por entre los convidados distribuyendo pequeños instrumentos de una sola cuerda. Cada instrumento tenía inscritos caracteres que indicaban el tono y extensión de su sonido. Los instrumentos eran de sked y la cuerda de tripa, y estaban hechos de modo que se ajustaran al antebrazo izquierdo del bailarín, a cuyo fin se sujetaban con correas. Se presentaba también un anillo forrado de tripa, que se colocaba entre la primera y la segunda falanges del dedo índice de la mano derecha, y que al pasar sobre la cuerda del instrumento obtenía precisamente la nota que deseaba el bailarín.

Se habían levantado los invitados y se encaminaban lentamente hacia el espacio de césped escarlata que había en el extremo sur de los jardines, donde iba a celebrarse

el baile, cuando Djor Kantos vino apresuradamente hacia Tara de Helium.

—Te pido...—exclamó al aproximarse.

Pero ella le interrumpió con un gesto.

—Vienes demasiado tarde, Djor Kantos —exclamó con fingido enojo—. Ningún perezoso puede solicitar a Tara de Helium; pero apresúrate ahora, no vaya a ser que perdáis también a Olvia Marthis, a quien nunca he visto que tenga que esperar mucho tiempo para recibir solicitudes para ésta o cualquier otra danza.

—La he perdido ya —confesó tristemente Djor Kantos.

—¿Quieres decir que sólo has venido en busca de Tara de Helium, después de haber perdido a Olvia Marthis? —preguntó la muchacha fingiendo todavía aún más desagrado.

—¡Oh Tara de Helium, lo comprendes mejor de lo que das a entender! —insistió el joven—. ¿No era natural que creyera que me esperarías a mí, que te he solicitado sólo a tí para la danza de Barsoom, por lo menos las doce últimas veces?

—¿Y yo había de estar sentada y jugando con los dedos hasta que juzgases oportuno venir por mí? —preguntó ella—. No, Djor Kantos; Tara de Helium no es para el perezoso.

Y le dirigió una dulce sonrisa, encaminándose hacia el grupo de bailarines acompañada de Gahan, jed de la lejana Gathol.

La danza de Barsoom tiene con las más solemnes recepciones de baile de Marte una relación análoga a la que tiene con las nuestras la "Gran Marcha", aunque aquélla es infinitamente más intrincada y más bella. Antes que un joven marciano de cualquier sexo pueda concurrir a una importante recepción en que haya baile debe conocer bien por lo menos tres danzas: la danza de Barsoom, su danza nacional y la danza de su ciudad. En estas tres danzas los mismos bailarines producen la música, que nunca varía, ni varían tampoco los pasos y figuras, que se han transmitido desde tiempo inmemorial. Todas las danzas barsoomianas son majestuosas y bellas; pero la danza de Barsoom es una maravillosa epopeya de movimiento y armonía: no se producen posturas grotescas ni movimientos vulgares o llamativos. Se ha descrito como la interpretación de los ideales más altos de un mundo que aspiraba a la gracia, a la belleza y a la castidad en la mujer, y a la fuerza, a la dignidad y a la lealtad en el hombre.

Hoy, John Carter, Señor de la Guerra de Marte, dirigía la danza con Dejah Thoris, su esposa, y si había otra pareja que se disputara con ellos el homenaje de la silenciosa admiración de los invitados, esa pareja era la que formaban el resplandeciente jed de Gathol y su hermosa compañera. En el continuo cambio de figuras de la danza, el hombre se encontró con la mano de la joven en la suya y luego con un brazo en torno al flexible cuerpo, que las joyas cubrían escasamente; y aunque la joven había bailado ya mil veces, sintió ahora por vez primera el contacto personal

del cuerpo de un hombre en su carne desnuda. La turbó el haberlo sentido y miró al hombre interrogativamente y hasta con disgusto, como si fuera culpa suya. Sus ojos se encontraron, y ella vio en los de él lo que nunca había visto en los ojos de Djor Kantos.

Se hallaban al final de la danza, y ambos se detuvieron bruscamente con la música y permanecieron allí mirándose directamente a los ojos. Fue Gahan de Gathol el que habló primero.

—¡Tara de Helium, te amo! —dijo.

La joven se irguió.

—El jed de Gathol se olvida de sí mismo exclamó altivamente.

—El jed de Gathol se olvidará de todo excepto de ti, Tara de Helium repuso y apretó resueltamente la suave mano que aún retenía de la última posición de la danza—. Te amo, Tara de Helium —repitió—. ¿Por qué se han de negar tus oídos a oír lo que ahora mismo tus ojos no se han negado a ver... y a contestar?

—¿Qué quieres decir? —exclamó ella—. ¿Son así de groseros los hombres de Gathol?

—No son ni groseros ni tontos —repuso él tranquilamente—. Se dan cuenta de cuándo aman a una mujer... y cuándo ella los ama.

Tara de Helium golpeó coléricamente el suelo con su piececito.

—¡Márchate! —dijo—. Márchate antes que sea necesario comunicar a mi padre la afrenta de su huésped. Dio media vuelta y se alejó.

—¡Espera! —gritó el hombre—. Sólo una palabra.

—¿De excusa? —preguntó ella.

—De profecía —dijo él.

—No me interesa oírla —repuso Tara de Helium y se apartó de él.

Se sentía extrañamente fatigada, y poco después volvió a sus apartamentos en el palacio, donde estuvo durante largo rato junto a la ventana, mirando a la lejanía más allá de la torre escarlata de Helium la Mayor, hacia el Noroeste. Poco después apartó la vista coléricamente.

—¡Le odio! —exclamó en voz alta.

—¿A quién odias? —inquirió la privilegiada Uthia.

Tara de Helium golpeó en el suelo con el pie.

—A ese patán grosero, el jed de Gathol —contestó.

Uthia alzó sus finas cejas. Con el golpe del piececito un gran animal se levantó de un rincón de la habitación y se dirigió hacia Tara de Helium, deteniéndose ante ella y mirándola al rostro. La joven colocó la mano sobre la fea cabeza, y dijo:

—Querido viejo Woola, no puede haber amor más profundo que el tuyo, y, sin embargo, nunca ofende. ¡Ojalá los hombres pudieran tomarte por modelo!

CAPÍTULO II



A merced del vendaval

Tara de Helium no volvió a reunirse con los invitados de su padre, sino que esperó en sus habitaciones a que llegara el mensaje de Djor Kantos, que ella sabía que había de llegar, suplicándola que volviera a los jardines. Entonces se negaría con altivez. Pero no llegó ninguna súplica de Djor Kantos. Al principio, Tara de Helium se encolerizó, luego se sintió herida, y en ambos casos llena de confusión. No podía comprender. Involuntariamente se acordó del jed de Gathol, y golpeó el suelo con el pie, pues estaba en verdad muy enojada con Gahan. ¡Qué presunción la de aquel hombre! Le había insinuado que leía en sus ojos amor. Hathia —gritó—. No va a haber más solución que mandarte al mercado público de esclavos. Puede que entonces encuentres un ama a tu gusto.

Las lágrimas asomaron a los tiernos ojos de la joven esclava.

—Es porque te amo, princesa mía —dijo dulcemente.

Al instante Tara de Helium se enterneció. Cogió a la esclava entre sus brazos y la besó.

—Tengo el genio de un thout, Uthia —dijo— ¡Perdóname! Te quiero, y no hay nada que no hiciera por ti y nada haría que te perjudicase. Te ofrezco de nuevo la libertad, como ya lo he hecho otras tantas veces.

—No deseo mi libertad si me ha de separar de ti, Tara de Helium —repuso Uthia— aquí soy feliz contigo... Creo que sin ti me moriría.

Las jóvenes se besaron otra vez.

—¿No volarás sola entonces? preguntó la esclava.

Tara de Helium se echó a reír y pellizcó a su compañera.

—Te empeñas en fastidiarme —exclamó—. Claro que volaré. ¿No ha hecho siempre Tara de Helium lo que le ha apetecido? Uthia movió la cabeza tristemente.

—¡Ay! Así es —asintió—. De hierro es el Guerrero de Barsoom para todas las personas menos para tí. En manos de Dejah Thoris y de Tara de Helium es de arcilla.

—Corre entonces y tráeme mi aparato como una buena esclavadiempo su ama.

A lo lejos, sobre los ocres fondos marinos, más allá de las ciudades gemelas de Helium, corría el rápido aparato de Tara de Helium. Estremeciéndose ante la rapidez, la fluctuación y la obediencia de la pequeña nave la muchacha se dirigió hacia el

Noroeste. No se paró a considerar por qué escogía aquella dirección. Tal vez porque en esa dirección se hallan las regiones de Barsoom menos conocidas, y, por tanto, la leyenda, el misterio y la aventura. También en esa dirección se encuentra la lejana Gathol; pero no pensó en esto conscientemente.

Casualmente, sin embargo, se acordó del jed de ese distante reino; pero la reacción que siguió a estos pensamientos fue muy poco agradable.

Sus mejillas se enrojecieron aún de vergüenza, y una oleada de cólera agitó su corazón. Estaba muy irritada con el jed de Gathol, y aunque nunca le volvería a ver tenía la completa seguridad de que el odio que le inspiraba perduraría en su memoria para siempre. Casi todos sus pensamientos se volvieron hacia otra persona: Djor Kantos. Y al pensar en él pensó también en Olvia Marthis de Hastor. Tara de Helium creyó sentir celos de la hermosa Olvia, y el pensar esto la irritó. Estaba enojada con Djor Kantos y consigo misma, pero no lo estaba en modo alguno con Olvia Marthis, y, desde luego, no sentía realmente celos de ella.

El disgusto consistía en que Tara de Helium no había conseguido por primera vez hacer su voluntad. Djor Kantos no había ido corriendo como un esclavo complaciente cuando ella le esperaba, y aquí venía. ¡ay!, lo peor de todo: Gahan, jed de Gathol, un extranjero, había sido testigo de su humillación. Había visto que no era solicitada al empezar una gran ceremonia y había tenido que ir en su auxilio para salvarla, como él pensó sin duda, de la suerte afrentosa de quedar sin pareja. Al reaparecer el pensamiento, Tara de Helium sintió que todo su cuerpo se encendía de vergüenza poniéndose escarlata, y luego, súbitamente, se quedó pálida y fría de cólera; entonces hizo dar la vuelta a su aparato, tan bruscamente, que casi fue desprendida de sus ligaduras y lanzada sobre la lisa y estrecha cubierta. Llegó a su casa precisamente antes de oscurecer. Los invitados habían partido. La quietud había descendido sobre el palacio.

Una hora más tarde se unió a su padre y a su madre para la comida de la tarde.

—Nos has abandonado, Tara de Helium —dijo John Carter—. No es eso lo que esperarían los invitados de John Carter.

—No vinieron a verme a mí —repuso Tara de Helium—. No los había invitado yo.

—Pero no por eso dejaban de ser huéspedes tuyos —repuso su padre.

La muchacha se levantó y se puso a su lado, en pie, rodeándole el cuello con sus brazos.

—¡Mi buen viejo virginiano! —exclamó acariciando su mata de pelo negro.

—En Virginia hubieras sido azotada encima de las rodillas de tu padre —dijo el hombre, sonriendo.

Tara se deslizó entre sus brazos y le besó.

—Ya no me quieres —observó— ninguno me quiere.

Pero no podía fingir lloriqueos, porque la risa insistía por salir a borbotones.

—Lo malo es que son demasiados los que te quieren —dijo él—, y ahora uno más.

—¿Es posible? —exclamó ella—. ¿Qué quieres decir?

—Gahan de Gathol me ha pedido permiso para cortejarte.

La muchacha se irguió con rigidez, ladeando la barbilla en el aire.

—Yo no me casaría con un hombre que parece una mina de diamante —dijo—. No le aceptaré.

—Otro tanto le he dicho yo —replicó su padre—, y, además, que estabas casi prometida a otro. Se mostró muy cortés; pero al mismo tiempo me dio a entender que estaba acostumbrado a conseguir lo que quería, y que a ti te quería mucho. Supongo que esto significará otra guerra. La belleza de tu madre mantuvo a Helium en guerra durante muchos años; pues bien, Tara de Helium: si yo fuera joven, estaría dispuesto a prender fuego a todo Barsoom por conquistarte, como lo haría aún por conservar a tu divina madre —y a través de la mesa de sorapo y de su dorado servicio sonrió a la inmaculada belleza de la mujer más hermosa de Marte.

—No se debía turbar aún a nuestra hijita con esas cosas —dijo Dejah Thoris—. Recuerda, John Carter, que no estás tratando con una criatura terrestre, cuya vida estaría casi agotada antes que una hija de Barsoom alcanzase la verdadera madurez.

—Pero ¿no se casan a veces las hijas de Barsoom en cuanto tienen veinte años? —insistió él.

—Sí; pero aún pueden ser deseables a los ojos de los hombres después de convertirse en polvo cuarenta generaciones de la Tierra. Por lo menos, la prisa no existe en Barsoom. Aquí no nos marchitamos ni debilitamos como me dices que les ocurre a los habitantes de tu planeta, aunque tú mismo desmientes tus propias palabras. Cuando lo consideremos adecuado, Tara de Helium se casará con Djor Kantos; hasta entonces no pensemos más en esto.

—No —dijo la muchacha—; este asunto me molesta y no me casaré con Djor Kantos ni con ningún otro... No pienso casarme.

Sus padres la contemplaron y sonrieron.

—Cuando vuelva Gahan de Gathol puede arrebatarte —dijo su padre.

—¿Se ha ido? —preguntó la muchacha.

—Su aparato partirá por la mañana para Gathol —repuso John Carter.

—Entonces le he visto por última vez —observó Tara de Helium con un suspiro de alivio.

—El dice que no —replicó John Carter.

La muchacha desechó la cuestión encogiéndose de hombros, y la conversación recayó sobre otros temas. Había llegado una carta de Thuvia de Ptarth, que se hallaba visitando la Corte de su padre, mientras Carthoris, su consorte, cazaba en Okar. Se

había recibido un mensaje comunicando que los tharks y los warhoons estaban otra vez en guerra o, mejor dicho, que habían tenido un combate, pues la guerra era su estado habitual; no se recordaba de memoria de hombre que hubiese habido nunca paz entre estas dos salvajes hordas verdes; sólo se conoció entre ellas una tregua temporal. En Hastor se habían botado dos nuevos acorazados. Un pequeño grupo de predicadores santos estaba intentando resucitar la antigua y desacreditada religión de Issus, proclamando que ésta vivía aún en espíritu y que había comunicado con ellos. Desde Duser llegaban rumores de guerra. Un científico aseguraba haber descubierto la vida humana en la lejana luna. Un loco había intentado destruir la fábrica atmosférica. En Helium la Mayor habían sido asesinados siete habitantes durante los últimos diez zodiacos (equivalente a un día de la Tierra).

Después de la comida, Dejah Thoris y el guerrero jugaron al jetan, el ajedrez barsoomiano que se juega en un tablero con cien casillas de colores alternos, negro y naranja. Un jugador tiene veinte piezas negras y el otro veinte piezas color naranja. A los lectores de la Tierra que se preocupan del ajedrez puede interesarles una breve descripción del juego, que no será inútil para los que prosigan esta narración hasta el final. pues, antes que lleguen a él verán que el conocimiento del jetan aumentará el interés y la emoción que les están reservados.

Las piezas se colocan sobre el tablero, como en el ajedrez, en las dos primeras filas inmediatas a los jugadores. Contándolas de izquierda a derecha, las piezas del jetan de la línea de casillas más próximas a los jugadores se llaman: Guerrero, Padwar, Dwar, Volador, Jefe, Princesa, Volador, Dwar, Padwar y Guerrero. En la otra fila todo son piezas llamadas panthans, excepto las de los extremos, que se llaman Thoats y representan guerreros montados.

Los panthans, que representan guerreros con una pluma, pueden moverse un espacio en cualquier dirección, excepto hacia atrás; los thoats, guerreros montados, con tres plumas, pueden moverse un espacio recto y otro diagonal, y pueden saltar piezas intermedias; los guerreros, soldados de a pie, con dos plumas, pueden moverse dos espacios rectos en cualquier dirección o diagonalmente; los yadwars, tenientes que llevan dos plumas, se mueven dos espacios diagonales en cualquier dirección o combinándolos; los dwar, capitanes con tres plumas, tres espacios rectos en cualquier dirección o combinándolos; los voladores, representados por una hélice, de tres aspas, tres espacios diagonalmente en cualquier dirección o combinándolos, y pueden saltar piezas intermedias; el jefe, que se distingue por una diadema con diez gemas, tres espacios en cualquier dirección, recta o diagonalmente; la princesa, con una diadema de una sola gema, se mueve igual que el jefe y puede saltar piezas intermedias.

Se gana el juego cuando un jugador coloca cualquiera de sus piezas en la misma casilla que la de la primera de su adversario o cuando un jefe se apodera del otro jefe.

Queda empatado el juego cuando un jefe es apresado por cualquier pieza contraria que no sea el jefe o cuando ambas partes han quedado reducidas a tres piezas, o menos, de igual valor, y el juego no se termina en las diez jugadas siguientes, cinco de cada jugador. Esto sólo es un bosquejo general del juego, descrito brevemente [1].

Este era el juego que estaba jugando Dejah Thoris y John Carter cuando Tara de Helium les dio las buenas noches, retirándose a sus apartamentos y a su lecho de sedas y pieles.

—Hasta mañana, mis bien amados —se volvió a decirles al salir del aposento, sin sospechar en absoluto, ni ella ni sus padres, que ésta pudiera ser la última vez que sus ojos se posaban en ella.

La mañana amaneció nublada y gris. Siniestras nubes se movían incesantemente a poca altura. Bajo ellas, rasgados nubarrones eran impulsados hacia el Noroeste. Desde su ventana, Tara de Helium contempló este desacostumbrado espectáculo. Rara vez oscurecían densas nubes el cielo de Barsoom.

A esta hora tenía la costumbre la joven princesa de cabalgar en uno de esos pequeños thoats que son los caballos de silla de los marcianos rojos; pero la vista de las nubes ondulantes le invitó a una nueva aventura. Uthia dormía aún; la joven no interrumpió su sueño. En lugar de hacerlo se vistió pausadamente y se dirigió al hangar que había en la terraza del palacio, precisamente encima de sus habitaciones, donde estaba guardado su rápido aparato. Nunca lo había llevado a través de las nubes; era ésta una aventura que siempre había deseado experimentar.

El viento soplaba con fuerza y le fue difícil sacar la nave del cobertizo; pero, una vez fuera, el aparato corrió velozmente por encima de las ciudades gemelas. Los embates del viento lo empujaban y sacudían y la muchacha reía fuertemente, con pura alegría, a causa de las sacudidas que se producían. Conducía como una experta la pequeña nave, aunque pocos veteranos hubieran hecho frente, en una nave tan ligera, a la amenaza de semejante borrasca.

Se elevó hacia las nubes velozmente, corriendo con los rápidos nubarrones barridos por el vendaval, y un momento después se vio absorbida por las densas masas que se balanceaban encima. Allí se halló en un nuevo mundo, un mundo caótico, habitado sólo por ella; pero era un mundo frío, húmedo y solitario, y lo encontró depresivo cuando a la novedad sucedió la sensación del enorme poder de las fuerzas que surgían a su alrededor. Repentinamente se sintió muy sola, muy fría y muy pequeña. Apresuradamente, se elevó hasta que al poco tiempo la nave salió a la esplendorosa luz del sol, que transformó la superficie superior del sombrío elemento en masas giratorias de bruñida plata. Allí también hacía frío, pero sin la humedad que se sentía en las nubes, y a la vista del sol resplandeciente su alegría subió a compás de la aguja ascendente de su altímetro. Mirando las nubes, ahora muy por bajo de ella, la muchacha experimentaba la sensación de hallarse inmóvil en el centro del

cielo; pero el zumbido de la hélice, el viento que la golpeaba, las altas cifras que surgían y desaparecían bajo el cristal de su velocímetro, todo le decía que su carrera era terrorífica, y entonces decidió regresar.

Hizo la primera tentativa por encima de las nubes, pero no le dio resultado. Con gran sorpresa descubrió que no podía ni aun volverse de cara al tempestuoso viento que estremecía y azotaba el frágil aparato. Entonces descendió velozmente a la oscura zona barrida por el viento, entre las agitadas nubes y la tenebrosa superficie de la tierra ensombrecida. Allí intentó otra vez volver hacia Helium la proa de la nave; pero la tempestad cogió el frágil objeto y lo arrojó de un lado a otro, balanceándolo una y otra vez y sacudiéndolo como si fuera un corcho en una catarata. Por fin, la joven consiguió llevar a tierra, no sin peligro, el aparato. Nunca había estado tan cerca de la muerte: sin embargo, no estaba asustada. Su serenidad la había salvado y también la solidez de los cinturones de seguridad, que la sujetaban en la cubierta. Viajando a través de aquel temporal había quedado a salvo; pero ¿adonde había ido a parar? Pensó en el temor de sus padres cuando no la vieran presentarse para la comida de la mañana. Echarían de menos su aparato y supondrían que en alguna parte, en la dirección recorrida por el vendaval, yacería su cuerpo inerte bajo una máquina destrozada; y entonces hombres valerosos partirían en su busca arriesgando sus vidas; y ella sabía que esas vidas se perderían buscándola, pues ahora se dio cuenta que en toda su vida no había visto rugir sobre Barsoom una tempestad tan terrible y amenazadora.

¡Debía volver! ¡Debía llegar a Helium antes que su loco anhelo de emociones costara el sacrificio de una sola vida intrépida! Pensó que encima de las nubes encontraría mayor seguridad y más probabilidad de éxito, y de nuevo corrió a través del frío vapor, agitado por el viento. Su velocidad era otra vez aterradora, pues el viento parecía haber aumentado en vez de disminuir.

Trató gradualmente de contener el rápido vuelo de su nave; pero aunque por fin acertó, aplicando la marcha atrás, el viento la arrastraba casi como quería. Entonces Tara de Helium perdió su sangre fría. ¿No había su mundo inclinado siempre la cabeza con asentimiento a todo deseo suyo? ¿Qué elementos eran éstos, que se atrevían a contrariarla? Ella les demostraría que a la hija del Señor de la Guerra no se la podía negar nada! ¡Ella les enseñaría que Tara de Helium no puede ser dominada ni aun por las fuerzas de la Naturaleza!

Y otra vez dio marcha hacia adelante a su motor; pero entonces, apretando los fuertes y blancos dientes con inflexible resolución, dirigió la palanca hacia babor con la intención de obligar a la proa de su nave a ponerse frente a la fuerza del viento; pero éste cogió al frágil objeto y le hizo darla vuelta, y lo arrolló y volteó, arrojándolo de un lado a otro una y otra vez; la hélice giró un instante en una bolsa de aire, y luego la tempestad volvió a cogerla y la arrancó de su eje, dejando a la joven

desamparada en un átomo ingobernable, que subía y bajaba, girando y desplomándose, juguete de los elementos que ella había desafiado.

La primera sensación de Tara de Helium fue de sorpresa, sorpresa de no haber conseguido su voluntad. Luego comenzó a sentir inquietud, no por su propia seguridad, sino por la ansiedad de sus padres y los peligros que habrían de arrostrar los que inevitablemente saldrían en su busca. Se reprochó su irreflexivo egoísmo, que había comprometido la paz y la seguridad de los demás. También se dio cuenta del grave peligro que ella misma corría; pero, sin embargo, como correspondía a la hija de John Carter y Dejah Thoris, no sentía miedo. Sabía que sus depósitos de flotación podrían mantenerla en el aire indefinidamente; pero no tenía provisiones ni agua y era llevada hacia la región menos conocida de Barsoom. Tal vez fuera mejor tomar tierra inmediatamente y esperar la llegada de los que la buscaran que dejarse llevar todavía más lejos de Helium, lo que disminuiría grandemente las probabilidades de que la hallasen en seguida; pero cuando empezó a descender comprendió que la violencia del viento convertiría la tentativa de tomar tierra en destrucción segura, y se elevó otra vez rápidamente.

Arrastrada a unos cientos de pies de altura, pudo apreciar las proporciones titánicas de la tormenta mejor que cuando había volado en la relativa serenidad de la zona superior de las nubes, pues ahora podía ver distintamente los efectos del viento sobre la superficie de Barsoom. El aire estaba lleno de polvo y de trozos de plantas, y cuando el vendaval la llevó a través de una región de tierra fértil y regada vio grandes árboles, muros de piedra y edificios lanzados a gran altura por el viento y desparramados sobre la devastada región; y luego, empujada siempre, pudo contemplar otras escenas que hicieron surgir en su conciencia la absoluta convicción, cada vez más firme, de que después de todo, Tara de Helium no era más que una persona muy pequeña, muy insignificante y muy desvalida. Fue un rudo golpe para su orgullo que este convencimiento se abrió camino, y hacia la tarde estaba dispuesta a creer que duraría siempre.

No había disminuido la ferocidad de la borrasca ni había señales de que disminuyera. La joven sólo podía conjeturar la distancia a que había sido llevada, pues no se decidía a creer en la exactitud de las elevadas cifras que se habían sucedido en el contador de su odómetro. Parecían increíbles; pero, aunque ella no lo sabía, eran completamente exactas; en doce horas había volado, arrastrada por el vendaval, más de siete mil haad. Poco antes de oscurecer se vio empujada encima de una de las ciudades desiertas del antiguo Marte. Era Torquas, pero ella no lo sabía. Si lo hubiera sabido, se le hubiera podido perdonar que perdiera el último vestigio de esperanza, pues a los habitantes de Helium Torquas les parece tan remota como a nosotros las islas del Mar del Sur. Y la tempestad, cuya furia no se apaciguaba, seguía empujándola aún.

Durante toda aquella noche fue oscilando bajo las nubes a través de la oscuridad o ascendió para correr por el vacío iluminado por la luna, bajo el esplendor de los dos satélites de Barsoom. Tenía hambre y frío y se veía completamente desamparada; pero su espíritu, valiente, aunque débil, se negaba a admitir que su trance fuera desesperado, aun cuando su razón reconocía la verdad. Su respuesta a la sazón, pronunciada a veces en voz alta, en brusco desafío, recordaba la tenacidad espartana de su padre frente a cualquier muerte cierta: "¡Todavía vivo!"...

Aquella mañana se había presentado muy temprano un visitante en el palacio del Guerrero. Era Gahan, jed de Gathol. Había llegado poco después de haberse notado la falta de Tara de Helium, y en la excitación consiguiente había pasado inadvertido hasta que John Carter se encontró con él en la gran galería de recepciones del palacio del Guerrero, cuando salía apresuradamente a disponer una expedición de aparatos en busca de su hija.

Gahan leyó la inquietud en el rostro del Guerrero.

—Perdona mi intrusión, John Carter —dijo—. Sólo vengo a pedirte permiso por otro día, puesto que sería temerario intentar ocupar un aparato con semejante vendaval.

—Gahan, sigue considerándote un grato huésped hasta que desees marchar —repuso el Guerrero—. Pero perdona cualquier desatención involuntaria por parte de Helium hasta que hayamos recuperado a mi hija.

—¡Tu hija! ¡Recuperarla! ¿Qué quieres decir? —exclamó el gatholiano—. No comprendo.

—Se ha ido con su aparato aéreo; eso es cuanto sabemos. Sólo podemos suponer que se decidió a volar antes de la comida de la mañana y que fue cogida entre las garras de la tempestad. Perdóname, Gahan, que te deje bruscamente: estoy preparando el envío de naves en su busca.

Pero Gahan, jed de Gathol, corría ya hacia la puerta del palacio. Allí saltó a un thout que le esperaba, y seguido de dos guerreros con los símbolos de Gathol galopó por las avenidas de Helium hacia el palacio que le habían designado como alojamiento.

CAPÍTULO III



Los seres sin cabeza



Sobre la terraza del palacio que alojaba al jed de Gathol y a su acompañamiento, el crucero Vanator pugnaba por arrancar sus sólidas amarras. Las crujientes jarcias probaban la loca furia del temporal, a la vez que los inquietos rostros de los tripulantes, cuyo deber les obligaba a no abandonar la resistente nave, atestiguaban la evidente gravedad de la situación. Sus sólidos cinturones eran lo único que salvaba a estos hombres de ser barridos de la cubierta, y los que se hallaban bajo ellos en la terraza se veían constantemente obligados a agarrarse a la barandilla y a los barrotes para no ser arrastrados a cada nueva explosión de la furia atmosférica.

En la proa del Vanator estaban pintados los distintivos de Gathol; pero en la parte superior no ondeaba ningún gallardete, pues el vendaval los había arrastrado uno tras otro, en rápida, sucesión, como los hombres que lo guardaban creían que al fin arrastraría a la misma nave. Pensaban que no había amarra capaz de resistir mucho tiempo a esa fuerza titánica. En pie, al lado de cada una de las doce amarras, se hallaba un musculoso guerrero con la corta espada desenvainada. Si una sola amarra hubiera cedido a la fuerza de la tempestad, once espadas habrían cortado las demás, pues, parcialmente amarrada, la nave estaba perdida, mientras que hallándose libre en la tempestad quedaría alguna probabilidad de salvación.

—¡Por la sangre de Issus, creo que resistirán! —gritó un guerrero a otro.

—Y si no resisten, que los espíritus de nuestros antepasados premien a los bravos soldados del Vanator —repuso otro de los que estaban en la terraza del palacio—, por que si los cables se rompen no tardará mucho su tripulación en vestir los atavíos de la muerte: pero sí, Tanus: creo que resistirán. Demos gracias, al menos, de no haber partido antes de estallar la tempestad, pues si no, sólo tendríamos cada uno de nosotros ahora una probabilidad de vida.

—Sí —repuso Tanus—; no me agradaría estar hoy en el aire a bordo de la nave más sólida que surca el cielo de Barsoom.

Entonces apareció en la terraza Gahan, jed. Con él venían el resto de sus hombres y doce guerreros de Helium. El joven jefe se volvió a sus acompañantes.

—Parto inmediatamente a bordo del Vanator —dijo— en busca de Tara de Helium, que se cree que ha sido arrastrada por la tempestad en un aparato de un solo

tripulante. No necesito explicaros las escasas probabilidades que tiene el Vanator de resistir la furia de la tempestad, y no quiero ordenar vuestra muerte. Los que lo deseen que se queden atrás sin honor. Los otros, que me sigan —y trepó por la escala de cuerdas que azotaba el vendaval.

El primero en seguirle fue Tanus, y cuando el último alcanzó la cubierta del crucero sólo quedaban en la terraza del palacio los doce guerreros de Helium, que, con la espada desnuda, habían ocupado junto a las amarras los puestos de los gatholianos.

Ni un solo guerrero que hubiera quedado a bordo del Vanator lo dejaría ahora.

—No esperaba menos —dijo Gahan en cuanto, con la ayuda de los que estaban ya sobre cubierta, pudieron asegurarse todos.

El comandante del Vanator movió la cabeza. Quería a su excelente nave, orgullo de su clase en la pequeña Armada de Gathol. Pensaba en ella, no en sí mismo. Se la imaginaba deshecha sobre la roja vegetación de un lejano fondo marino para ser a poco arrollada y saqueada por alguna salvaje horda verde. Miró a Gahan.

—¿Estás preparado, San Tothis? —preguntó el jed.

—Todo está dispuesto.

—¡Que corten las amarras!

A través de la cubierta, y por uno de los costados de la nave, se ordenó a los guerreros heliumitas que había debajo que cortaran las amarras al tercer disparo.

Doce afiladas espadas debían caer simultáneamente y con la misma fuerza, y cada una debía cortar, completa e instantáneamente, las tres trenzas del grueso cable, para que ningún cabo suelto produjera, al enredarse, la inmediata desgracia del Vanator.

¡Bum! La señal rodó a través del ruidoso viento hasta los doce guerreros del tejado. ¡Bum! Doce espadas se alzaron encima de doce hombros musculosos. ¡Bum! Doce acerados filos cortaron perfectamente doce quejumbrosas amarras, como si hubieran sido una sola.

El Vanator, haciendo girar sus hélices partió de frente con el viento. La tempestad le golpeó en la popa como si lo hiciera con mano de hierro, e hizo inclinarse la proa del gran aparato; luego lo envolvió y le hizo girar como a un peón. En la terraza del palacio, los doce hombres lo contemplaban con silenciosa impotencia y oraban por el alma de los bravos guerreros que iban a la muerte. Y los otros lo vieron también, desde los elevados embarcaderos de Helium y desde mil hangares de mil azoteas; pero sólo se detuvieron por un instante los preparativos que hacían para enviar otros hombres valerosos al aterrador remolino, de aquella búsqueda sin esperanza aparente; tal es el valor de los guerreros de Barsoom.

Pero el Vanator no cayó a tierra, al menos a la vista de la ciudad; aunque, mientras los observadores pudieron verle, no logró conservar la quilla en posición estable. A veces se torcía de uno u otro lado, o era lanzado hacia arriba, o arrollado

una y otra vez, o se inclinaba de proa o de popa, al capricho de la gran fuerza que lo arrastraba. Y los observadores veían que este gran navío era llevado con facilidad con los otros fragmentos, grandes y pequeños, que llenaban el espacio. No recordaba la memoria de hombre, ni se leía en los anales de la Historia, que jamás hubiera bramado sobre la superficie de Barsoom huracán semejante.

Y en un instante se olvidó al Vanator, pues la elevada torre escarlata que había caracterizado tantos siglos a Helium la Menor se derrumbó, sembrando la muerte y la destrucción en la ciudad sepultada. El pánico imperó. Un fuego surgió de las ruinas. Toda la fuerza, de la ciudad parecía debilitada, y entonces fue cuando el Señor de la Guerra ordenó a los hombres que se preparaban para ir en busca de Tara de Helium; que consagraran todas sus energías a la salvación de la ciudad, pues también él había presenciado la partida del Vanator, y comprendía la inutilidad de emplear hombres que se necesitaban penosamente, si se quería salvar de la completa destrucción a Helium la Menor.

Al comenzar la tarde del segundo día, el huracán empezó a ceder, y antes de ponerse el sol, la pequeña nave, en la que Tara de Helium había oscilado todas esas horas entre la vida y la muerte, fue llevada lentamente por una suave brisa sobre un paisaje de ondulantes colinas que en otro tiempo habían sido elevadas montañas de un continente marciano. La joven estaba agotada por la falta de sueño, de comida y de agua, y por la reacción nerviosa producida por los terribles momentos que había atravesado.

En las cercanías, coronando precisamente una colina intermedia, le pareció ver algo como una torre con cúpula. Rápidamente hizo descender el aparato hasta que la altura de una colina la ocultara de la vista de los posibles ocupantes del edificio que había visto. La torre parecía ser morada por el hombre y sugería la existencia de agua y tal vez de comida. Si la torre era un desierto vestigio de una época remota, difícilmente hallaría allí comida, pero aún existía la posibilidad de que encontrara agua. Si estaba habitada, debía aproximarse con precauciones, pues sólo podía esperarse que fueran enemigos los habitantes de una región tan remota. Tara de Helium sabía que debía de hallarse lejos de las ciudades gemelas del imperio de su abuelo; pero si hubiera adivinado solamente que estaba a mil haads de la distancia real, habría quedado aterrada ante la evidencia de su absoluta desesperanza.

Conservando el aparato a poca altura, porque los depósitos de flotación, estaban aún intactos, la muchacha fue a ras de tierra hasta que el suave viento la llevó a la loma de la última colina que se interponía entre ella y el edificio que suponía ser una torre de construcción humana.

Allí tomó tierra entre algunos árboles raquíticos, y llevando el aparato bajo un árbol que pudiera ocultarle algo de los aparatos que pasaran por encima, lo aseguró fuertemente y partió a hacer un reconocimiento. Como la mayoría de las mujeres de

su clase, sólo iba armada de un fino estilete, de modo que en la situación en que ahora se veía dependía solamente de su habilidad el no ser descubierta por algún enemigo. Con grandes precauciones se deslizó cautamente hacia la cresta de la colina, aprovechándose de todos los abrigos naturales que le proporcionaba el terreno para ocultar su proximidad a los posibles observadores de arriba, a la vez que dirigía, de cuando en cuando, rápidas miradas hacia atrás para no ser sorprendida por la espalda.

Por fin llegó a la cumbre, donde escondida tras un pequeño arbusto podía ver lo que había del otro lado. Bajo ella se extendía un hermoso valle rodeado de bajas colinas. Estaba sembrado de numerosas torres circulares, cubiertas con una cúpula, y cada torre estaba rodeada de un muro de piedra que comprendía varias hectáreas de extensión. El valle parecía admirablemente cultivado. Del otro lado de la colina, y precisamente bajo la joven, había una torre con su recinto; fue su cúpula lo que había llamado antes su atención. Parecía, en todo, idéntica en construcción a las del valle: un muro alto, blanco y sólido, que rodeaba a una torre de análoga construcción, sobre cuya superficie gris aparecía pintada, con vividos colores, una extraña divisa. Las torres tenían unos cuarenta metros de diámetro, aproximadamente veinte metros terrestres, y cuarenta de altura desde la base hasta la cúpula. A un hombre de la Tierra le hubieran sugerido inmediatamente los silos en que los rancheros guardan el pienso para el ganado; pero examinándolas más de cerca hubiera corregido se conclusión, observando una abertura aspillera, y la extraña construcción de la cúpula.

Tara de Helium vio que las cúpulas parecían cubiertas de innumerables prismas de cristal, pues los que estaban expuestos al sol poniente centelleaban con tanto esplendor que súbitamente le recordaron los magníficos atavíos de Gahan de Gathol. Al reconocerlo, movió la cabeza coléricamente y avanzó con precaución uno o dos pasos para poder conseguir una visión más completa de la torre más próxima y de su recinto.

Al mirar Tara de Helium hacia dentro del recinto que rodeaba la torre más próxima, sus cejas se contrajeron momentáneamente con torva sorpresa y luego abrió los ojos desmesuradamente, con expresión de incredulidad, mezclada de horror, pues lo que contempló era una o dos veintenas de cuerpos humanos... desnudos y sin cabeza. Durante largo rato miró sin aliento, incapaz de creer lo que sus propios ojos veían: ¡aquellos horrendos seres se movían y vivían! Los vio arrastrarse sobre las manos y las rodillas, unos por entre otros, buscando algo alrededor con los dedos; y vio a algunos junto a unas artesas, que era lo que parecían buscar los otros, y los de las artesas cogían algo de aquellos receptáculos y parecían echarlo en un agujero que tenían donde debían haber tenido el cuello. No estaban muy lejos de ella; podía verlos distintamente, y vio que eran cuerpos de hombres y mujeres que estaban bellamente proporcionados, y que su piel era análoga a la de ellos, pero de un rojo ligeramente más claro.

Al principio creyó que estaba contemplando un matadero, y que los cuerpos, recién decapitados, se movían bajo el impulso de la reacción muscular; pero poco después observó que aquel era su estado normal. El horror que causaban la fascinó de tal modo que apenas podía apartar los ojos de ellos. Era evidente, viéndolos palpar, que no tenían ojos, y sus torpes movimientos sugerían un sistema nervioso rudimentario y un cerebro elemental. La muchacha se preguntó cómo subsistirían, pues aun haciendo un gran esfuerzo de imaginación, no podía considerar a estas imperfectas criaturas como inteligentes cultivadores del suelo. Sin embargo, era evidente que el suelo del valle estaba cultivado, y también lo era que estos seres tenían alimentos. Pero ¿quién cultivaba el suelo? ¿Quién conservaba y alimentaba a estos seres desgraciados y con qué objeto? Era este un enigma que sobrepasaba sus facultades deductivas.

La vista de alimentos despertó de nuevo la conciencia del hambre que la fatigaba, y de la sed que secaba su garganta. Puede que dentro del recinto hubiera comida y agua; pero ¿se atrevería a entrar aun encontrando medios de acceso? Lo dudaba, pues sólo la idea del posible contacto con aquellas horrendas criaturas hacía estremecerse todo su ser.

Luego sus ojos vagaron de nuevo a través del valle, hasta que al poco tiempo descubrieron algo que parecía un arroyo que serpeaba por el centro de la tierras de labor; extraña visión en Barsoom. ¡Ah, si aquello fuera agua! Entonces podría ella aguardar con verdadera esperanza, pues los campos le suministrarían sustento, ¡que podría conseguir por la noche! Durante el día se ocultaría en las colinas de las inmediaciones; y alguna vez, sí, ella lo sabía, alguna vez llegarían los que la buscaban, pues John Carter, guerrero de Barsoom, no cesaría de buscar a su hija mientras quedara un haad cuadrado del planeta sin haber sido escudriñado una y otra vez.

Ella le conocía y conocía a los guerreros de Helium, y por eso sabía que podría limitarse a arreglárselas para escapar al peligro hasta que ellos llegaran, pues, sin duda, ellos llegarían al fin.

Tendría que esperar a que oscureciera antes de intentar aventurarse en el valle, y mientras tanto, creyó oportuno buscar un sitio seguro en los alrededores, donde pudiera hallarse prudentemente a salvo de las fieras. Era posible que el territorio estuviera libre de carnívoros; pero nunca se puede estar seguro en una tierra extraña.

Cuando estaba ya para retirarse de la cumbre de la colina, fue atraída de nuevo su atención por el recinto de abajo. Dos figuras habían surgido de la torre: sus hermosos cuerpos parecían idénticos a los de las criaturas acéfalas entre las cuales andaban; pero los recién llegados no eran acéfalos. Sobre sus hombros se veían cabezas que parecían humanas, no obstante lo cual la muchacha tuvo la impresión de que no lo eran. Estaban a una considerable distancia de ella para que pudiera verlos

distintamente a la mortecina luz del crepúsculo; pero vio que eran demasiado grandes, desproporcionadas a sus cuerpos de proporciones perfectas, y que tenían forma aplastada. Pudo ver que llevaban una especie de correa, al cual estaban sujetas la espada larga y la espada corta, habituales en el guerrero barsoomiano, y que rodeaban sus cortos y anchos cuellos unos sólidos collares de cuero, que se adaptaban apretadamente a sus hombros y holgadamente a la parte inferior de la cabeza. Sus facciones apenas podían distinguirse; pero de todo su conjunto se desprendía un aire grotesco, que producía en la joven una sensación de repugnancia.

Llevaban entre los dos una larga cuerda, a la que estaban sujetos, separados por espacio de dos safads, unos objetos que, según comprendió después, eran argollas, pues vio a los guerreros pasar por entre las pobres criaturas del recinto colocando a cada una, en la muñeca derecha, una de ellas. Cuando todos estuvieron sujetos de este modo a la cuerda, uno de los guerreros empezó a tirar violentamente del extremo suelto, como si intentara arrastrar hacia la torre al grupo de acéfalos, mientras el otro pasaba por entre ellos con un látigo, largo y ligero, con el que les golpeaba sobre la piel desnuda. Pesada, lentamente, las criaturas se pusieron en pie, y entre los tirones del guerrero de delante, y los latigazos del de atrás, el desesperado grupo fue, finalmente, encerrado en la torre. Tara de Helium se estremeció al apartar la vista. ¿Qué clase de criaturas eran éstas?

Bruscamente se hizo de noche. El día barsoomiano había terminado y también el breve período crepuscular, que hace que la transición de la luz del día a la oscuridad sea casi tan brusca como el apagar una luz eléctrica, y Tara de Helium no había encontrado ningún refugio. Pero tal vez no hubiera fieras que temer, o, mejor, que evitar., A Tara de Helium no le gustaba la palabra temor. Sin embargo, le hubiera alegrado tener un camarote, por muy reducido que fuese, en su pequeño aparato; pero no lo tenía. El interior del casco estaba completamente ocupado por los depósitos de flotación. ¡Ah! ¡Tenía un refugio! ¡Qué tonta había sido no pensándolo antes! Podía amarrar el aparato al árbol bajo el cual había quedado, y dejarle ascender todo lo largo de la maroma. Sujeta a las anillas de la cubierta, estaría a salvo de cualquier fiera vagabunda que pudiera pasar. Por la mañana descendería otra vez a tierra antes que el aparato fuera descubierto.

Según descendía Tara de Helium desde la cumbre de la colina hacia el valle, la oscuridad de la noche ocultaba su presencia a la vista de cualquier probable observador que pudiera hallarse en alguna ventana de la próxima torre. Cluros, la luna más lejana, surgía precisamente en el horizonte para comenzar su lento viaje a través del cielo. Se pondría ocho zodiacos más tarde —una insignificancia equivalente a diecinueve horas y media—, y durante ese tiempo Thuria, su satélite hermano, habría dado vuelta al planeta dos veces y se encontraría a más de la mitad de su tercer viaje. Ahora acababa de ponerse; pasarían más de tres horas y media antes que partiera del

horizonte opuesto para lanzarse, rápida y a poca altura, sobre la superficie del planeta moribundo. Y durante esta ausencia temporal de la loca luna, Tara de Helium esperaba encontrar comida y agua y hallarse de nuevo a salvo en la cubierta de su aparato.

Se abría camino a tientas a través de la oscuridad, apartándose cuanto podía de la torre y su recinto. A veces tropezaba, pues las largas sombras que proyectaba la ascendiente Cluros deformaban los objetos grotescamente, aunque la luz de la luna no era aún suficiente para serle de mucha utilidad. Ni, después de todo, necesitaba luz. Podría hallar el arroyo en la oscuridad, por el sencillo procedimiento de descender la colina hasta llegar a él, y había visto que por todo el valle crecían árboles frutales y cosechas, de modo que encontraría comida en abundancia antes de llegar al arroyo. Si la luna le descubriera el camino con su claridad, librándola así de una caída casual, también descubriría su presencia a los extraños moradores de las torres, y esto, desde luego, había que evitarlo. Podría haberse esperado a que las próximas condiciones de la noche fueran mejores, puesto que Cluros ya no aparecería en el cielo, y así, durante la ausencia de Thuria, reinaría una oscuridad completa: pero las angustias de la sed y la mordedura del hambre no podían soportarse más tiempo teniendo comida y agua a la vista; así que se decidió a arriesgarse a ser descubierta antes que seguir sufriendo más tiempo aún.

Pasada sin novedad la torre más próxima, marchó tan rápidamente como creyó convenía a su seguridad, escogiendo el camino, siempre que podía, de modo que pudiera aprovecharse de las sombras de los árboles, que aparecían con intervalos, y descubrir los que tuvieran fruto. En esto obtuvo un éxito casi inmediato, pues el tercer árbol bajo el cual se detuvo estaba repleto de fruto maduro. Tara de Helium pensó que nunca había saboreado su paladar manjar tan delicioso; sin embargo, no era sino la casi insípida usa, que sólo es sabrosa después de guisada y bien condimentada. Crece fácilmente con poco riego y los árboles la producen en abundancia. Este fruto, muy estimado por su valor alimenticio, es uno de los productos comestibles menos distinguidos, y a causa de su bajo precio y su valor nutritivo, constituye uno de los principales alimentos del Ejército y la Armada de Barsoom; esta preferencia le ha valido un apodo marciano que, traducido libremente, sería la patata del combatiente. La muchacha fue lo bastante prudente para comerlo con sobriedad; pero llenó su gran bolso de frutos antes de reanudar su camino.

Dos torres pasó antes de llegar por fin al arroyo, y también aquí fue moderada, bebiendo poco y muy despacio, contentándose con enjuagarse la boca frecuentemente y bañándose el rostro, las manos y los pies; y aun cuando la noche era fría, como son las noches marcianas, la sensación refrigeradora la compensó con exceso de la incomodidad física de la baja temperatura. Volviéndose a poner las sandalias, buscó entre las plantas que crecían dentro del arroyo las bayas o tubérculos comestibles que

podiera haber plantados allí, y halló un par de variedades que podían comerse crudas. Reemplazó con ellas algunas de las usas de su bolsillo, no sólo para asegurarse la variedad, sino también porque las encontraba más sabrosas.

De cuando en cuando se volvía al arroyo a beber, pero siempre con moderación. Sus ojos y oídos estaban constantemente alerta a la primera señal de peligro, pero no había visto ni oído nada que la inquietase. Poco después se aproximó el momento en que sentía que debía volver a su aparato, si no quería ser cogida por la reveladora luz de la baja y oscilante Thuria. Temía abandonar el agua, pues sabía que iba a sufrir mucha sed antes que pudiera esperar volver al arroyo. Si tuviera algún pequeño cacharro en que llevar el agua, por pequeña cantidad que fuera, se la llevaría hasta la noche siguiente; pero no tenía ninguno, así que debía contentarse con pasarlo lo mejor posible con el jugo del fruto y los tubérculos que había reunido.

Después de un último sorbo, el más largo y profundo que se había permitido, se levantó para desandar sus pasos hacia las colinas; pero cuando iba a hacerlo se quedó rígida de terror. ¿Qué era aquello? Podía jurar que había visto moverse algo en las sombras de un árbol no lejano. Durante un minuto largo la joven no se movió; apenas respiraba. Sus ojos permanecían fijos en las densas sombras que proyectaba el árbol y sus oídos penetraban en tensión el silencio de la noche. Un sordo gemido llegó de las colinas donde estaba oculto su aparato. Ella conocía aquel gemido; era la fantástica señal del banth cazador, y el gran carnívoro se hallaba evidentemente en su camino. Pero no estaba tan cerca como aquello que se ocultaba allí en la sombra, precisamente un poco más allá. ¿Qué era? La angustia de la incertidumbre era lo que más le abrumaba. Si hubiera sabido la naturaleza del ser que la acechaba allí, la mitad de la amenaza se hubiera disipado. Miró rápidamente en torno suyo buscando algún abrigo o refugio por si aquello resultara peligroso.

De nuevo surgió el rugido de las colinas pero esta vez más cercano. Casi inmediatamente fue contestado por el lado opuesto del valle, detrás de ella, y luego hacia su derecha y después fue repetido hacia su izquierda. Sus ojos hallaron un árbol muy próximo. Lentamente, y sin apartar la vista de la sombra de aquel otro árbol, se movió hacia las extendidas ramas que podían ser su refugio en caso necesario, y a su primer movimiento partió un gruñido del lugar que había estado contemplando y oyó el brusco movimiento de un cuerpo enorme. Simultáneamente el animal salió disparado a la luz de la luna en ademán de acometerla, con la cola erecta, las diminutas orejas caídas, la enorme boca, con sus múltiples hileras de poderosos y fuertes colmillos, abierta ya en espera de su presa, y marchando a grandes saltos sobre sus diez patas. De la garganta de la fiera salía el terrible rugido con que quería paralizar a su presa. Era un banth: el gran león crinado de Barsoom. Tara de Helium le vio venir y saltó al árbol hacia el cual se había movido; el banth comprendió sus intenciones y redobló su carrera. Así como su horrible rugido hallaba eco en las

colinas, también lo hallaba en el valle; pero este eco procedía de las gargantas vivas de otros animales de su especie, de tal modo que la joven pensó que el Destino la había arrojado en medio de una innumerable manada de estas fieras.

La carrera de un banth, cuando acomete, es de una rapidez casi increíble, y fue una suerte que la joven no hubiera sido atacada en campo abierto. Aun así, su margen de salvación era casi despreciable, pues al agarrarse ágilmente a las ramas más bajas, el animal que la perseguía, cayó en el follaje casi encima de ella al saltar para cogerla. Sólo la salvó una combinación de suerte y agilidad. Una fuerte rama desvió las afiladas garras del carnívoro, pero tan cerca estuvo su ataque que una pata gigantesca rozó la carne de la joven, un instante antes de trepar a las ramas más altas.

Defraudado el banth, desahogó su furia y su contrariedad en una serie de terribles rugidos que hacían temblar a la misma tierra, y a ellos se unieron los bramidos, los gruñidos y los quejidos de sus semejantes que se aproximaban de todas direcciones, con la esperanza de arrebatarse lo que de su víctima pudieran coger, por la astucia o por la fuerza. El banth se volvió gruñendo hacia ellos cuando rodearon el árbol, mientras la muchacha, arrebujada arriba entre las ramas, contemplaba a los monstruos flacos y amarillos que pisoteaban con sus silenciosas patas formando un inquieto círculo a su alrededor. Se asombró del extraño capricho del Destino que le había permitido llegar ilesa, por la noche, tan adentro del valle; pero aún le preocupó más cómo se las arreglaría para volver a las colinas. Sabía que por la noche no se atrevería a aventurarse y adivinaba que por el día podría exponerse a peligros más graves aún. Ahora vio que contar con este valle para sostenerse se hallaba lejos de toda posibilidad, porque los banths le impedirían coger agua y comida por la noche, mientras los moradores de las torres, sin duda, le harían igualmente imposible aprovisionarse por el día. No había más que una solución a su situación, y era volver a su aparato y rogar por que el viento la llevara a una región algo menos aterradora; pero ¿cuándo podría volver al aparato? Los banths daban pocas muestras de renunciar a la esperanza de apresarla; y aun si se alejaran de su vista, ¿se atrevería a arrostrar la tentativa? Lo dudaba.

Desesperada parecía su situación; desesperada lo era ciertamente.

CAPÍTULO IV



Capturada



Cuando Thuria, rápido corcel nocturno, surgió otra vez en el cielo, la escena cambió. Como por arte de magia, toda la faz de la Naturaleza adquirió un nuevo aspecto. Fue como si en un instante hubiera sido uno transportado a otro planeta. Era el antiguo milagro de las noches marcianas, siempre nuevo, aun para los marcianos: dos lunas resplandecientes en el cielo, donde hacía un momento sólo había una; sombras opuestas, cambiando rápidamente, que modificaban a las mismas colinas; la lejana Cluros, sublime, majestuosa, casi estacionaria, derramando su fija luz sobre el mundo de debajo; Thuria, orbe grande y esplendoroso, balanceándose rápido a través de la arqueada bóveda de la noche azul y negra, a tan poca altura que parecía rozar las colinas: grandioso espectáculo que ahora tenía a la joven bajo el hechizo de su encanto, como la tuvo siempre y siempre la tendría.

—¡Oh Thuria, loca reina del cielo! —murmuró Tara de Helium—. Pasan las colinas en majestuosa procesión y sus cumbres se elevan y se hunden; los árboles se mueven en incesantes círculos: las hierbas describen pequeños arcos y todo es movimiento incesante, misterioso y callado movimiento, mientras Thuria pasa.

La muchacha suspiró y dejó caer de nuevo su mirada sobre las duras realidades de abajo. No había en los enormes banths ningún misterio. El que la había descubierto se agazapaba allí, contemplándola hambriento. Los demás, en su mayoría, se habían retirado en busca de otra presa, pero aún quedaban algunos que esperaban hundir sus colmillos en aquella blanca carne.

La noche avanzaba. De nuevo Thuria dejó el cielo a su amo y señor, apresurándose a acudir a su cita con el sol en otros cielos. Un solo banth aguardaba impacientemente bajo el árbol que amparaba a Tara de Helium. Los otros se habían marchado; pero sus rugidos, sus gruñidos y sus quejidos retumbaban, resonaban o se cernían tras de ella de cerca y de lejos. ¿Qué presa hallarían en este pequeño valle? Algo estarían acostumbrados a encontrar para que se reunieran en tan gran número. La joven se preguntaba qué podía ser.

¡Qué noche tan larga! Helada por el frío, entumecida y agotada, Tara de Helium se aferraba al árbol con desesperación creciente, pues una vez se adormeció y estuvo a punto de caerse. En su intrépido corazón se debilitaba la esperanza. ¿Cuánto tiempo

podría resistir aún? Se hizo a sí misma esta pregunta, y luego, sacudiendo la cabeza con bravura, irguió los hombros.

—¡Todavía vivo! —exclamó en voz alta.

El banth miró hacia arriba y lanzó un gruñido.

Llegó Thuria otra vez, y tras un rato apareció el gran sol, amante inflamado en pos del anhelo de su corazón. Y Cluros, el frío marido, continuaba su sereno camino tan tranquilo, como antes de que su hogar fuera violado por este ardiente Lotario. Ahora el sol y ambas lunas rodaban juntos por el cielo, prestando su lejano misterio a la fantástica aurora marciana. Tara de Helium contempló el espléndido valle que se extendía a su alrededor. Era fértil y hermoso; pero contemplándolo se estremeció, pues volvió a su mente la imagen de los seres sin cabeza que ocultaban las torres y los muros. ¡Aquellos por el día y los banths por la noche! ¡Oh! ¿Era para extrañarse porque Tara se estremeciera?

Al aparecer el sol, el gran león barsoomiano se levantó; volvió su irritada mirada hacia la muchacha, que estaba encima de él; lanzó un solo gruñido siniestro y escapó hacia las colinas.

La muchacha le siguió con la vista y vio que se alejaba de las torres cuanto podía y que no apartaba los ojos de una de ellas cuando pasó a su lado. Era evidente que sus moradores habían enseñado a estas fieras a respetarlos. Poco después se perdió de vista en un estrecho desfiladero y la muchacha no vio ningún otro en ninguna dirección que alcanzara su mirada.

Momentáneamente al menos, el paisaje estaba desierto. La muchacha se preguntó si se atrevería a intentar volver a las colinas y a su aparato. Temía la llegada de los trabajadores de los campos, pues estaba segura de que llegarían. Se estremeció otra vez pensando en los cuerpos sin cabeza, y se preguntó si estos seres saldrían al campo a trabajar. Miró hacia la torre más próxima: no había en ella señales de vida. El valle se encontraba totalmente tranquilo y desierto. Descendió rígidamente a tierra. Tenía los músculos entumecidos y cada movimiento le producía una punzada de dolor. Después de detenerse un momento a beber en el arroyo se sintió reanimada, y entonces se volvió sin más demora hacia las colinas.

Salvar esa distancia con la mayor rapidez posible le pareció el único plan a seguir. Los árboles ya no podían ocultarla, por lo que no desvió su camino para ir junto a ellos. Las colinas parecían muy distantes. No pensó la noche anterior que había andado tanto. En realidad, no había ido lejos; pero ahora, teniendo que pasar junto a las tres torres a plena luz del día, la distancia le parecía verdaderamente grande.

La segunda torre se hallaba casi exactamente en su camino. Como dar un rodeo no hubiera aminorado la probabilidad de ser detenida y solamente habría alargado el período de peligro, decidió correr en línea recta hacia la colina donde estaba su aparato, sin preocuparse de la torre. Al pasar junto al primer recinto creyó oír dentro

ruido de movimiento; pero la puerta no se abrió, y pudo respirar más fácilmente cuando lo dejó atrás. Llegó luego al segundo recinto, cuyo muro exterior debía rodear, pues se hallaba en medio de su camino. Al pasar pegada a él oyó distintamente no sólo movimiento, sino voces. Oyó a un hombre que en el lenguaje común de Barsoom daba instrucciones: tantos hombres iban a coger usa; tantos a regar este campo; tantos a sembrar aquél, y así sucesivamente, como un capataz dispone entre su cuadrilla el trabajo del día.

Tara de Helium acababa de llegar a la puerta del muro exterior. Sin aviso, la puerta giró hacia ella. Vio que por un momento la misma puerta la ocultaría de los que estaban dentro, y, aprovechándolo, se volvió corriendo, pegada al muro, hasta que, perdiéndose de vista en la curva, llegó al lado opuesto del recinto. Allí, jadeante por la carrera y la excitación producida por su difícil huida, se arrojó entre unas altas hierbas que crecían al pie del muro. Allí yació temblando durante algún tiempo, sin atreverse siquiera a levantar la cabeza para mirar. Nunca hasta ahora había sentido Tara de Helium los efectos paralizadores del terror. Sintió enojo e irritación contra sí misma, porque ella, la hija de John Carter, Señor de la Guerra de Barsoom, diera muestras de miedo. Ni aun el hecho de que nadie lo presenciaba aminoraba su vergüenza y su cólera, y lo peor era que sabía que en circunstancias análogas volvería a mostrarse igualmente pusilánime. No era el miedo a la muerte, ella lo sabía. No; era el pensar en aquellos cuerpos sin cabeza y en que ella pudiera verlos y ellos pudieran tocarla, poner sus manos sobre ella, cogerla. Al pensarlo se estremeció y tembló.

Después de un rato recobró suficiente dominio de sí misma para alzar la cabeza y mirar alrededor. Descubrió horrorizada que por todas partes adonde miraba veía gentes trabajando en los campos o preparándose para hacerlo. De otras torres venían más trabajadores. Pasaban pequeños grupos a unos y otros campos. Ya había algunos 'trabajando a unas treinta haads de ella (unos doscientos metros). Quizá había diez en el grupo más próximo; eran hombres y mujeres, todos de bellos cuerpos y grotescos semblantes. Tan míseros eran sus atavíos que, en realidad estaban desnudos (hecho nada extraordinario tratándose de cultivadores de los campos de Marte). Llevaba cada uno el alto collar de cuero característico, que ocultaba totalmente su cuello, y un correaje suficiente para colgar una sola espada y una bolsa. El cuero estaba muy viejo y raído, demostrando un servicio largo y rudo, y sin ningún adorno, a excepción de una sola divisa colocada en el hombro izquierdo. Las cabezas, sin embargo, estaban cubiertas de adornos y piedras preciosas, de modo que apenas se les veía algo más que los ojos, la nariz y la boca.

Eran sus cabezas de una monstruosidad no humana, y, sin embargo, eran al mismo tiempo grotescamente humanas. Los ojos estaban muy separados y sobresalían mucho; la nariz apenas era algo más que dos pequeñas hendiduras paralelas puestas verticalmente sobre un agujero redondo, que era la boca. Las

cabezas eran particularmente repulsivas; tanto, que a la joven le parecía increíble que formaran parte integrante de los hermosos cuerpos que tenían debajo.

Tan alucinada estaba Tara de Helium, que apenas podía apartar los ojos de las extrañas criaturas, y esto fue causa de su pérdida, pues para poder verlos tenía que asomar parte de la cabeza, y poco después vio con gran consternación que uno de ellos había detenido su trabajo y clavaba en ella su mirada. No se atrevió a moverse, pues todavía era posible que aquel ser no la hubiese visto, o, por lo menos, que sólo sospechara que algo había oculto entre las hierbas. Si pudiera alejar esta sospecha permaneciendo inmóvil, aquella criatura podría creer que se había engañado y reanudaría su trabajo; pero ¡ay!, no era así. Le vio llamar la atención a otros sobre ella, y casi inmediatamente cuatro o cinco empezaron a moverse en su dirección.

Ya era imposible evitar ser descubierta. Su única esperanza se hallaba en la fuga. Si pudiera esquivarlos y alcanzar las colinas y su aparato antes que ellos, podría escapar, y esto sólo lo conseguiría de una manera: la fuga inmediata y rápida. Poniéndose en pie de un salto partió como una flecha a lo largo de la base del muro, el cual debía bordear hasta el lado opuesto, tras el que se hallaba la colina que era su objeto. Su actitud fue saludada con unos extraños sonidos silbantes que partían de los seres que se hallaban tras ella, y al echar una mirada por encima del hombro los vio a todos en rápida persecución. También oyó agudas órdenes de que se detuviera, pero no hizo caso de ellas. Antes de haber dado la mitad de la vuelta al recinto observó que sus probabilidades de éxito eran grandes, puesto que veía claramente que sus perseguidores no eran tan ligeros como ella.

Grandes eran, en verdad, sus esperanzas, al llegar a la vista de la colina; pero pronto se derrumbaron por lo que encontró ante ella, pues allí, en los campos que se interponían en su camino, había más de un centenar de seres análogos a los que venían detrás, y todos ellos alerta, avisados, sin duda, por los chillidos de sus compañeros. Se dieron instrucciones y órdenes de un lado a otro, cuyo resultado fue que los que estaban delante de ella se abrieran bruscamente en un gran semicírculo para interceptarle el camino, y cuando se volvió hacia la derecha, con la esperanza de esquivar la red, vio que venían otros de los campos de más allá, y lo mismo ocurría a la izquierda. Pero Tara de Helium no quiso admitir la derrota. Sin vacilar un momento, se volvió hacia el centro del semicírculo que avanzaba, tras el cual se hallaba su única probabilidad de huida, y a la vez que corría sacó su larga y fina daga.

Como su valiente progenitor, si había de morir, moriría luchando. En la fina hilera que se le oponía había algunos claros, y hacia el más ancho dirigió su carrera. Los seres que se hallaban a ambos lados de la abertura adivinaron su intención, pues se juntaron para ponerse en su camino. Esto ensanchó los huecos de los otros lados, y cuando parecía que la muchacha iba a precipitarse en sus brazos, se volvió súbitamente hacia los ángulos de la derecha, corrió velozmente algunos metros en la

nueva dirección y luego se lanzó otra vez rápidamente hacia la colina. Solo un guerrero, dejando anchos huecos a ambos lados, obstruía ahora su paso abierto a la libertad, si bien todos los demás corrían con toda la rapidez posible para atajarla. Si pudiera esquivar a éste sin perder mucho tiempo, podría escapar, cosa de la que estaba segura. Toda su esperanza dependía de esto. La criatura que estaba ante ella también lo comprendió, pues se movió con precaución, pero rápidamente, para impedirle el paso, como podría maniobrar un zaguero de rugby al comprender que se hallaba él solo entre el equipo opuesto y un tanto.

Al principio, Tara de Helium había esperado que podría esquivarle, pues no había dejado de comprender que era, no sólo más ligera, sino infinitamente más ágil que estos extraños seres; pero pronto se convenció de que en el tiempo que tardaba en esquivar sus garras, sus compañeros más próximos caerían sobre ella y entonces sería imposible escapar, por lo que, en vez de hacerlo, se decidió a atacarle en línea recta; cuando él lo adivinó, se detuvo esperándola casi agachado y con los brazos abiertos. Tenía su espada en una mano, pero surgió una voz gritando en tono autoritario: «¡Cógela viva; no le hagas daño!» Instantáneamente volvió su espada a la vaina, y entonces Tara de Helium cayó sobre él. Partió recta hacia aquel hermoso cuerpo, y, en el instante en que sus brazos se abrieron para cogerla, su aguda hoja se hundió en el pecho desnudo.

Con el choque cayeron ambos a tierra, y al ponerse de nuevo en pie Tara de Helium vio horrorizada que la repugnante cabeza se había separado del cuerpo y se apartaba de ella arrastrándose sobre seis patas cortas, como patas de araña. El cuerpo se estremeció espasmódicamente y quedó inmóvil. Aunque el retraso causado por el encuentro había sido breve, duró lo suficiente para perder la ventaja, pues cuando aún se levantaba, dos seres más cayeron sobre ella, y tras esto se vio inmediatamente rodeada.

Su hoja se hundió una vez más en otra desnuda carne, y una vez más quedó libre una cabeza, que se alejó arrastrándose. Entonces la dominaron, y en un momento se vio rodeada de más de un centenar de criaturas que trataban todas de poner las manos sobre ella. Al principio creyó que querían despedazarla como venganza por haber matado a dos de sus compañeros; pero poco después comprendió que más les impulsaba la curiosidad que ningún otro motivo siniestro.

—¡Vamos! —dijo uno de los dos que la habían apresado, y los cuales la tenían agarrada a la vez. Y al hablar trató de llevársela con él hacia la torre más próxima.

—Me pertenece a mí —exclamó el otro—. ¿No la he capturado yo? Vendrá conmigo a la t o r r e d e M o a k.

—¡Nunca! —insistió el primero—. Es de Luud. ¡A Luud la llevaré y quien quiera que se interponga sentirá la agudeza de mi espada... «en la cabeza» —y estas tres últimas palabras las dijo casi a gritos.

—¡Vamos! Ya hemos hablado bastante —exclamó uno que hablaba con algunas muestras de autoridad—. Fue capturada en los campos de Luud: a Luud irá.

—Fue descubierta en los campos de Moak, al mismo pie de la torre de Moak —insistió el que la había pedido para Moak.

—Ya has oído las palabras de Nolach —gritó el de Luud—. Será lo que él dice.

—No será así mientras este de Moak tenga espada —repuso el otro—. Antes cortaré a la cautiva en dos mitades y llevaré a Moak mi mitad que renunciar a toda ella por Luud.

Y sacó su espada, o, mejor dicho, puso la mano en la empuñadura con gesto amenazador; pero antes de que la desenvainase, el Luud había sacado la suya, y de un golpe terrible la hundió en la cabeza de su adversario. Instantáneamente, la enorme y redonda cabeza se contrajo, como se contrae un globo pinchado, a la vez que se derramaba de ella una materia gris y semifluida. Los salientes ojos, que parecían carecer de párpados, se quedaron fijos; el esfínter de la boca se abrió y se cerró, y luego la cabeza cayó del cuerpo a tierra. El cuerpo se sostuvo torpemente durante un momento y luego empezó a vagar sin rumbo, lentamente, hasta que uno de los otros pudo cogerlo por un brazo.

Una de las cabezas que se arrastraban por la tierra se aproximó ahora.

—Este rykor pertenece a Moak —dijo—. Yo soy un Moak., y lo tomaré.

Y sin más discusiones comenzó a trepar por el cuerpo sin cabeza, utilizando sus seis cortas patas de araña y dos fuertes pinzas que asomaban delante de éstas y que eran muy parecidas a las de nuestros cangrejos, salvo que ambas eran del mismo tamaño. El cuerpo, entre tanto, se sostenía con pasiva indiferencia, y sus brazos colgaban ociosamente a ambos lados. La cabeza llegó hasta los hombros y se colocó dentro del ancho collar de cuero, que ocultó sus pinzas y sus patas. Casi inmediatamente el cuerpo mostró inteligente animación. Alzó las manos y se ajustó el collar más cómodamente: cogió la cabeza con las palmas de las manos y se la colocó bien en su sitio, y cuando empezó a moverse no vagaba ya sin rumbo, sino que sus pasos eran firmes y encaminados.

La muchacha contempló todo esto con asombro creciente, y poco después, no habiendo ninguno de Moak que pareciese inclinado a disputar el derecho de Luud a la joven, fue llevada por su aprehensor a la torre más próxima. Los acompañaban varios seres, y uno de ellos llevaba bajo el brazo la cabeza que había quedado suelta. Esta cabeza iba conversando con la que estaba sobre los hombros del ser que la llevaba. Tara de Helium tembló. ¡Era horrible! Todo cuanto había visto en estas espantosas criaturas era horrible.

¡Y tener que ser su prisionera, hallarse totalmente en su poder! ¡Por el espíritu de su primer antepasado! ¿Qué había hecho ella para reservarle un destino tan cruel? Ante el muro que circundaba la torre se detuvieron mientras uno abría la puerta, y

luego entraron al recinto, que la muchacha horrorizada, vio lleno de cuerpos sin cabeza. La criatura que llevaba la cabeza sin cuerpo depositó su carga en el suelo y la cabeza se arrastró inmediatamente hacia uno de los cuerpos que se hallaban cerca. Algunos de estos cuerpos vagaban torpemente de un lado a otro; pero el que escogió la cabeza estaba quieto. Era una mujer. La cabeza trepó por él y llegó hasta los hombros, donde se colocó. Inmediatamente, el cuerpo empezó a erguirse ligeramente. Otro de los seres que los acompañaban desde los campos se aproximó con el correaje y el collar que había quitado al cuerpo muerto que antes coronaba aquella cabeza. El nuevo cuerpo se los apropió y sus manos los ajustaron diestramente. La criatura se encontraba ahora tan bien como antes de que Tara de Helium hubiera hundido la fina hoja en su antiguo cuerpo. Pero había una diferencia. Antes había sido varón: ahora era hembra. Lo cual, sin embargo, no parecía afectar a la cabeza. De hecho, Tara de Helium había observado, durante la escaramuza y la lucha a su alrededor, que las diferencias de sexo parecían a sus aprehensores de poca importancia. Varones y hembras habían tomado la misma parte en su persecución; todos iban igualmente cubiertos y todos llevaban espadas, y había visto que tanto las hembras como los varones habían sacado las armas en el momento en que parecía inminente una riña entre las dos facciones.

Poco tiempo tuvo la joven para hacer más amplias observaciones sobre las desgraciadas criaturas del recinto, pues su aprehensor, después de ordenar a los otros que se volvieran a los campos, se la llevó hacia la torre, en la que penetraron, pasando a un departamento de unos diez metros de ancho y veinte de longitud, en uno de cuyos extremos había una escalera que llevaba a un piso superior y en el otro una abertura con una escalera análoga que conducía hacia abajo. La cámara, aunque se hallaba al nivel del suelo, estaba brillantemente iluminada por ventanas que tenía en el muro interior y cuya luz provenía de un patio circular del centro de la torre. La pared de este patio aparecía recubierta de algo semejante a lustrosos y blancos azulejos, y todo el inferior estaba inundado de una luz deslumbradora; hecho que explicó inmediatamente a la joven el objeto de los prismas de cristal con que estaban construidas las cúpulas. Las mismas escaleras eran suficiente motivo de asombro, puesto que en casi toda la arquitectura barsoomiana se utilizan rampas inclinadas para poner en comunicación distintos pisos, y esto ocurre especialmente en las construcciones más antiguas y en las de las regiones remotas, donde menos cambios han venido a alterar las costumbres de la antigüedad.

Por la escalera que descendían llevó a Tara de Helium su aprehensor. Más y más abajo la llevó, a través de cámaras iluminadas aún por la brillante cúpula. De cuando en cuando se cruzaban con otros que iban en opuesta dirección y que invariablemente se detenían a examinar a la joven y hacer preguntas a su raptor.

—No sé nada más que la he encontrado en los campos y la he cogido después de

una lucha en que ha matado a dos rykor y en la que yo he matado uno de Moak y que se la llevo a Luud, a quien desde luego pertenece. Si Luud desea interrogarla, él es quien ha de hacerlo, no yo.

De este modo respondía siempre a los curiosos.

Poco después llegaron a una habitación de la que partía un túnel circular que se alejaba de la torre, y por dentro de ese túnel condujo a la criatura. El túnel tenía unos diez metros de diámetro y estaba aplastado por el fondo, formando un camino. Durante un centenar de metros, a partir de la torre, estaba revestido el túnel de la misma materia parecida a azulejos que cubría la otra clara pared, y estaba ampliamente iluminado por la luz que se reflejaba del mismo manantial. Más allá estaba cubierto de piedras de diferentes formas y tamaños, primorosamente cortadas y ensambladas; era un mosaico bellísimo y sin igual. El túnel tenía también ramificaciones y otros túneles que lo cruzaban y a veces aberturas de no más de un pie de diámetro, que se hallaban generalmente pegadas al suelo. Sobre cada una de estas pequeñas aberturas estaba pintada una divisa diferente, mientras que en las paredes de los otros túneles aparecían jeroglíficos en todas las intersecciones y puntos de convergencia. La muchacha no podía leerlos, aunque adivinaba que eran los nombres de los túneles o advertencias de los puntos donde llevaban. Trató de descifrar algunos, pero no había ningún carácter que le fuera conocido, cosa que parecía extraño, puesto que si bien varía el lenguaje escrito de las diferentes naciones de Barsoom, es, sin embargo, cierto que tienen muchos caracteres comunes.

La joven había intentado conversar con su guardián, pero él no pareció inclinado a hablar con ella, por lo que, finalmente, desistió de su intento. Sólo había podido observar que no la había ofendido ni había sido con ella innecesariamente grosero, ni en modo alguno cruel. El hecho de haber matado a dos de los cuerpos con su daga no había despertado, aparentemente, odio o deseo de venganza en los cerebros de las extrañas cabezas que sostenían los cuerpos..., ni siquiera en aquellas cuyos cuerpos habían perecido. No intentó comprenderlo, puesto que no podía penetrar en la peculiar afinidad que existía entre las cabezas y los cuerpos de estas criaturas partiendo de la base de cualquier conocimiento anterior que ella tuviera o de su propia existencia.

Hasta ahora, el trato que con ella empleaba no parecía augurar nada que pudiera despertar sus temores. Después de todo, tal vez habría tenido suerte cayendo en manos de estas extrañas gentes, que podrían no sólo protegerla contra cualquier mal, sino hasta ayudarla a regresar a Helium. No podía olvidar que eran repugnantes y pavorosos: pero si no pretendían hacerle ningún daño, podría, al menos, soportar su repulsión. El renacer de la esperanza despertó en su interior un humor más alegre, y casi marchaba ya gozosamente al lado de su misterioso acompañante. Hasta se sorprendió a sí misma tarareando una alegre canción que era entonces popular en

Helium. El ser que iba a su lado volvió hacia ella sus inexpresivos ojos.

—¿Qué es ese ruido que haces? —preguntó.

—No hacía más que tararear una canción —repuso ella.

—¿Tararear una canción? —repitió él—. No sé lo que quieres decir; pero hazlo otra vez: me gusta.

Esta vez cantó la letra de la canción, mientras su acompañante la escuchaba atentamente. Su semblante no daba ninguna señal de lo que pasaba en aquella extraña cabeza. Estaba tan privada de expresión como la de una araña; y una araña le sugirió a la joven. Cuando ésta acabó de cantar, él se volvió otra vez hacia ella.

—Esto es diferente —dijo—. Me gusta más aún que lo otro. ¿Cómo lo haces?

—¡Si esto es cantar! —dijo—. ¿No sabes lo que es una canción?

—No —repuso—. Dime cómo lo haces.

—Es difícil de explicar —le dijo—, puesto que cualquier explicación de esto presupone algún conocimiento de la melodía y de la música, mientras que tus mismas preguntas revelan que no tienes conocimiento de ninguna de ellas.

—No —dijo—. No sé acerca de qué estás hablando; pero dime: ¿cómo lo haces?

—Esto no es más que las modulaciones melodiosas de mi voz —le explicó—. ¡Escucha! —y cantó otra vez.

—No comprendo —insistió—: pero me gusta. ¿Podrías enseñarme a hacerlo?

—No lo sé; pero lo intentaré con gusto.

—Veremos lo que Luud hace con vos —dijo—. Si no te necesita, yo os vigilaré y me enseñarás a producir sonidos como éstos.

A petición suya, Tara cantó otra vez, mientras proseguían su camino a lo largo del tortuoso túnel, iluminado ahora de cuando en cuando por cubetas luminosas que parecían análogas a las cubetas de radio que ella conocía y que, por lo que sabía, eran comunes a todas las naciones de Barsoom, habiendo sido perfeccionadas en una época tan remota que el mismo origen de esas luces se perdía en la antigüedad. Consisten, generalmente, en un recipiente semiesférico de grueso cristal que encierra una composición que contiene lo que, según John Carter, debe ser radio. Dicho recipiente está pegado a una base de metal perfectamente aislada y todo ello se coloca en el muro o en el techo, según se desee, donde arroja una luz de mayor o menor intensidad, según la composición de las materias que encierra, por un período de tiempo casi incalculable.

Según avanzaban encontraban mayor número de habitantes de este mundo subterráneo, y la joven observó que entre muchos de ellos el metal y el correaje estaban más adornados que los de los trabajadores de los campos de encima. Las cabezas y los cuerpos le parecieron, sin embargo, análogos, y hasta idénticos a los de éstos. Ninguno trató de hacerla daño, y estaba experimentando una sensación de alivio, casi próximo a la felicidad, cuando su guía torció bruscamente hacia una

abertura que había a la derecha del túnel y la joven se halló en una cámara amplia y bien iluminada.

CAPÍTULO V



El cerebro perfecto

La canción que brotaba de sus labios, al entrar allí, murió en ellos... ahogada por la escena de horror que encontraron sus ojos. En el centro de la estancia yacía, sobre el suelo, un cuerpo sin cabeza, parcialmente devorado, mientras que por encima de él se arrastraban, sobre sus cortas patas de araña, media docena de cabezas, que desgarraban con sus pinzas la carne de la mujer inerte y se la llevaban a sus bocas horrorosas. ¡Estaban comiendo carne humana..., y comiéndola cruda!

Tara de Helium ahogó un grito de horror y apartó la cabeza, tapándose los ojos con la mano.

—¡Vamos! —dijo su aprehensor—. ¿Qué pasa?

—Están comiéndose la carne de la mujer —murmuró la joven horrorizada.

—¿Por qué no? —preguntó él—. ¿Suponías que guardábamos el rykor sólo para trabajar? ¡Ah, no! Están deliciosos cuando se les ha nutrido y engordado. También tienen suerte los que son criados para servir de alimento, pues nunca se les manda hacer otra cosa que comer.

—¡Es repugnante! —exclamó la joven.

Su acompañante la miró fijamente durante un momento; pero su inexpresivo semblante no revelaba si era con sorpresa, con cólera o con piedad. Luego la llevó a través de la habitación y pasaron la terrible cosa, de la cual la joven apartó la vista. Reclinados en las paredes se hallaban esparcidos media docena de cuerpos sin cabeza, cubiertos con correaes. La joven adivinó que estos cuerpos habían sido abandonados, temporalmente, por las cabezas que se daban aquel festín hasta que requirieran de nuevo sus servicios. En las paredes de esta habitación había muchas de aquellas pequeñas y redondas aberturas que había observado en diversas partes de los túneles y cuyo objeto no podía adivinar.

Atravesaron otro corredor y entraron, después, en una segunda cámara, más amplia que la primera e iluminada de modo más brillante. Dentro de ella había varias criaturas con cabeza y cuerpo, y muchos cuerpos sin cabeza se hallaban esparcidos cerca de las paredes. Aquí se detuvo su aprehensor y habló a uno de los ocupantes de la cámara.

—Busco a Luud —dijo—. Traigo una criatura que he capturado en los campos de

arriba.

Los otros se agolparon para examinar a Tara de Helium. Uno de ellos silbó, con lo que la muchacha conoció el objeto de las pequeñas aberturas de las paredes, pues casi inmediatamente surgieron, arrastrándose por ellas, como arañas gigantes, una veintena o más de repugnantes cabezas. Cada una buscó uno de los cuerpos recostados y se ajustó en su sitio. Inmediatamente reaccionaron los cuerpos a la dirección inteligente de las cabezas. Se levantaron; sus manos ajustaron los collares de cuero y se arreglaron el correaje y luego las criaturas atravesaron la estancia hacia donde estaba Tara de Helium. Esta notó que el cuero de sus correajes estaba más adornado que el de ninguno de los que había visto antes, por lo que adivinó que debían tener más autoridad que los demás. No se equivocaba. La actitud de su aprehensor lo indicó: se dirigió a ellos como quien trata con superiores.

Algunos de los que la examinaban tocaron su carne pellizcándola con el pulgar y el índice, familiaridad que ofendió a la joven. «¡No me toquéis!», gritó imperiosamente. ¿No era una princesa de Helium? Las expresiones de aquellos terribles semblantes no cambiaron. La joven no podría decir sí estaban encolerizados o divertidos, si su actitud les había llenado de respeto hacia ella o de desprecio. Sólo uno habló inmediatamente.

—Habrás que engordarla más —dijo.

Los ojos de la joven se abrieron desmesuradamente con horror. Se volvió hacia su aprehensor:

—¿Pretenden devorarme estas espantosas criaturas? —gritó.

—Eso es Luud quien tiene que decirlo —repuso él, y luego se acercó de modo que su boca se aproximara a su oído—. Ese ruido que hacías y que llamabas canción me agradó —susurró—, y te compensaré advirtiéndote que no te enfrentes con estos kaldanes. Son muy poderosos. Luud los mima. No los lames espantosos. Son muy hermosos. Mira sus maravillosos atavíos, su oro, sus piedras preciosas.

—Gracias —contestó la joven—. Los has llamado kaldanes. ¿Qué significa eso?

—Todos nosotros somos kaldanes —repuso él.

—¿También tú? —Y le señaló a él apuntándole al pecho con su fino dedo.

—No; esto no —explicó él, tocándose el cuerpo—; esto es un rykor, pero esto —y se tocó la cabeza— es un kaldane, El kaldane es el cerebro, el intelecto, la fuerza que dirige todas las cosas. El rykor —y señaló su cuerpo— no es nada. Ni siquiera es tanto como las piedras de nuestro correaje; no, no es tanto como el mismo correaje. Nos lleva de un lado a otro. Es verdad que sin él nos sería difícil ir muy lejos; pero vale menos que el correaje o que las piedras preciosas porque es menos difícil de reproducir.

Se volvió hacia los otros kaldanes:

—¿Queréis comunicar a Luud que estoy aquí? —preguntó.

—Sept ha ido va a ver a Luud. El se lo comunicará —repuso uno—. ¿Dónde has encontrado este rykor con el extraño kaldane que no puede desprenderse?

El aprehensor de la muchacha narró una vez más la historia de su captura. Relataba los hechos exactamente como habían ocurrido, sin embellecerlos nada, con una voz tan inexpresiva como su semblante; el relato era recibido de la misma manera que era emitido: Las criaturas parecían carecer totalmente de emoción o, por lo menos, de capacidad para expresarla. Era imposible juzgar la impresión que el relato les causaba y ni siquiera si lo oían. Sus salientes ojos permanecían fijos y los músculos de su boca se abrían y cerraban alguna vez. La familiaridad no aminoró el horror que la muchacha sentía hacia ellos. Cuanto más los veía, más repugnantes le parecían. Con frecuencia recorrían su cuerpo temblores convulsivos al contemplar los kaldanes; pero cuando su mirada vagaba por los hermosos cuerpos y podía borrar por un momento de su conciencia la imagen de las cabezas, el efecto era consolador y fortalecedor, aunque cuando los cuerpos se esparcían sin cabeza por el suelo, eran tan horribles como las cabezas colocadas sobre los cuerpos.

Pero el espectáculo más horrendo y pavoroso era, con mucho, el de las cabezas arrastrándose sobre sus patas de araña. Si alguna de ellas se hubiera aproximado a tocarla, era seguro que Tara de Helium hubiera lanzado un grito, y si alguna hubiese intentado trepar por su cuerpo..., ¡uf!, sólo el pensarlo le hacía desmayarse.

Sept volvió a la cámara.

—Luud os verá a ti y a la cautiva. ¡Venid! —dijo, y se volvió hacia una puerta opuesta a aquella por la que Tara de Helium había entrado a la cámara —¿Cuál es tu nombre? —preguntó al aprehensor de la joven.

—Soy Ghek, tercer capataz de los campos de Luud —respondió.

—¿Y el de ella?

—No lo sé.

—No importa. ¡Venid!

Tara de Helium alzó sus nobles cejas. ¡No importaba, claro! ¡Ella. una princesa de Helium, hija única del Señor de la Guerra de Barsoom!

—¡Esperad! —exclamó—. Importa mucho quién soy yo. Si vais a conducirme a la presencia de vuestro jed, podéis anunciar a la princesa Tara de Helium, hija de John Carter, el Señor de la Guerra de Barsoom.

—¡Silencio! —ordenó Sept—. Habla cuando se te hable. Venid conmigo.

La cólera casi ahogó a Tara de Helium.

—Ven —le aconsejó Ghek, y la cogió de un brazo.

Tara de Helium fue. No era más que una prisionera. Su linaje y sus títulos no significaban nada para estos monstruos inhumanos. La llevaron por un corto pasadizo en forma de S a una cámara totalmente revestida de la materia blanca y semejante a azulejos con que cubrían el interior de las brillantes paredes. Al pie de éstas había

numerosas aberturas pequeñas, de forma circular, pero más anchas que las que había visto antes, de aspecto análogo. La mayoría de estas aberturas estaban tapadas. Precisamente frente a la entrada había una con un marco de oro y sobre ella aparecía una divisa especial incrustada en el mismo metal precioso.

Sept y Ghek se detuvieron dentro de la estancia teniendo a la muchacha entre ellos, y los tres permanecieron mirando, silenciosamente la abertura de la pared opuesta. En el suelo, junto a la abertura, yacía un cuerpo sin cabeza, de varón, de proporciones casi grandiosas, y a cada uno de sus lados se hallaba un guerrero profusamente armado y con la espada desnuda.

Esperaron los tres cinco minutos y entonces apareció algo en la abertura. Era un par de grandes pinzas, y tras ellas avanzó, arrastrándose, un repugnante kaldane de enormes proporciones. Era casi como el doble de cualquiera de los que había visto Tara de Helium y todo su aspecto infinitamente más terrible. La piel de los otros era de un gris azulado; la de éste era de un tono más azul y sus ojos estaban rodeados de listas blancas y escarlata, lo mismo que su boca. De cada una de las ventanas de la nariz partían, horizontalmente, una lista blanca y otra escarlata, que se extendían por todo lo ancho de la cara.

Ninguno habló ni se movió. La cabeza se arrastró hasta el cuerpo postrado, colocándose en el cuello. Luego, ambas cosas se levantaron como una sola y aquel ser se aproximó a la joven. La contempló y luego habló a su aprehensor:

—¿Eres el tercer capataz de los campos de Luud? —preguntó.

—Si, Luud; me llamo Ghek.

—Dime lo que sepas de ésta —y señaló con la cabeza a Tara de Helium.

Hizo Ghek lo que se le ordenaba y luego Luud se dirigió a la muchacha.

—¿Qué estabas haciendo dentro de los límites de Bantoon? preguntó.

—Fui traída por un gran vendaval que deterioró mi aparato y me arrastró sin saber adonde. Descendí por la noche en busca de agua y comida; llegaron los banths y me obligaron a refugiarme en un árbol, y luego tus hombres me cogieron cuando intentaba abandonar el valle. No sé por qué me han cogido. Yo no hacía ningún daño. Todo lo que pido es que me dejéis seguir en paz mi camino.

—Nadie que entra en Bantoon sale jamás —repuso Luud.

—Pero mí pueblo no está en guerra con el vuestro. Yo soy una princesa de Helium; mi bisabuelo era un jeddak; mi abuelo, un jed; mi padre es el Señor de la Guerra de Barsoom. No tienes derecho a retenerme y te pido que me pongas inmediatamente en libertad.

—Nadie que entre en Bantoon sale jamás —repitió la inexpresiva criatura— no sé nada de las pequeñas criaturas Barsoom de que hablas. Sólo hay una raza elevada: la raza de los bantoomianos. Toda la Naturaleza existe para servirlos. También pagarás tú tu parte, pero todavía no: estás demasiado flaca. Tendremos que engordarla algo,

Sept. El rykor me cansa. Tal vez ésta tenga un sabor diferente. Los banths son demasiado numerosos y no es fácil que ninguna otra criatura entre en el valle. Y tú, Ghek, serás recompensado. Pasarás de los campos a las madrigueras. De aquí en adelante permanecerás bajo tierra, como lo desea todo bantoomiano. Ya no te verás obligado más a soportar al odiado sol, ni a contemplar el espantoso cielo, ni las odiosas cosas que manchan la superficie. Por ahora vigilarás esto que me has traído, procurando que duerma y coma..., y no haga nada más. ¿Me comprendes, Ghek? ¡Que no haga nada más!

—Comprendo, Luud —repuso el otro.

—¡Llévatela! —ordenó la criatura.

Ghek se volvió y se llevó a Tara de Helium de la cámara. La muchacha estaba horrorizada ante el destino que le esperaba, un destino del que no creía escapar. Era demasiado evidente que estas criaturas no poseían ningún sentimiento noble o caballeresco al que ella pudiera apelar, y le parecía imposible poder escapar del laberinto de sus madrigueras subterráneas.

Fuera de la cámara de audiencias, Sept los alcanzó y conversó un momento con Ghek; luego su guardián la condujo a través de una confusa red de tortuosos túneles, hasta llegar a un pequeño apartamento.

—Vamos a permanecer aquí un momento. Puede ser que Luud envíe por nosotros otra vez. Si lo hace, probablemente no te engordaremos..., Luud te empleará para otro objeto.

Fue una suerte para la tranquilidad del espíritu de la muchacha que no comprendiese lo que quería decir.

—Canta para mí —dijo al poco Ghek.

Tara de Helium no sentía ninguna gana de cantar; pero, sin embargo, lo hizo, pues tenía la esperanza de poder escapar si encontraba oportunidad, y si pudiera conseguir la amistad de alguna de estas criaturas, sus probabilidades de fuga aumentarían proporcionalmente. Durante toda la prueba, pues tal era para la rendida joven, Ghek permaneció con los ojos fijos en ella.

—Es maravilloso —dijo cuando la joven acabó—; pero no se lo he dicho a Luud; observarás que no le he hablado a Luud acerca de esto. Si lo hubiera sabido te hubiera hecho cantar para él, y el resultado hubiera sido que te retendría para poder oírte cantar siempre que quisiera; pero ahora te tengo yo para siempre.

—¿Cómo sabes que le gustaría lo que canto? —preguntó ella.

—Le habría gustado —repuso Ghek—. Si a mí me gusta una cosa, a él tiene que gustarle también, pues ¿no somos idénticos todos nosotros?

—A los individuos de mi raza no les gustan las mismas cosas —dijo la muchacha.

—¡Qué extraño! —comentó Ghek—. A todos los kaldanes les gustan y les desagradan las mismas cosas. Si yo descubro algo nuevo y me gusta, sé que a todos

los kaldanes les gustará lo que cantas. Ya ves que todos somos exactamente iguales.

—Pero vuestro aspecto no es como el de Luud —dijo la muchacha.

—Luud es rey. Es mayor y está adornado más suntuosamente; pero por lo demás él y yo somos idénticos, y ¿por qué no? ¿No ha reproducido Luud el huevo del que yo he salido?

—¿Cómo? —inquirió la muchacha—. No te comprendo.

—Sí —explicó Ghek—. Todos nosotros salimos de huevos de Luud, así como todo el enjambre de Moak sale de huevos de Moak.

—¡Ah! —exclamó Tara de Helium comprendiendo—. Quieres decir que Luud tiene muchas esposas y que eres el descendiente de una de ellas.

—No; de ninguna manera es eso —repuso Ghek—. Luud no tiene esposa. El mismo pone los huevos. No lo comprendes.

Tara de Helium reconoció que no lo comprendía.

—Entonces yo intentaré explicártelo —dijo Ghek—, si me prometes cantar después para mí.

—Te lo prometo—dijo la muchacha.

—Nosotros no somos como los rykors —empezó—. Ellos son criaturas de un orden inferior como tú misma y los banths y otras cosas parecidas. Ninguno de nosotros tiene sexo, excepto nuestro rey, que es bisexual. Produce muchos huevos, de los cuales salimos nosotros, los trabajadores y los guerreros; de cada mil huevos, uno es el huevo de otro rey, del cual sale un rey. ¿No has observado las aberturas tapadas en la estancia donde vimos a Luud? Dentro de cada una de ellas hay otro rey. Si alguno de ellos escapase caería sobre Luud e intentaría matarlo, y si lo consiguiera tendríamos un nuevo rey; pero eso no importaría. Su nombre sería Luud, y todo continuaría como antes; pues ¿no somos todos así? que sólo deja vivir a algunos para que pueda tener un sucesor cuando muera; a los demás los mata.

—¿Por qué conserva más de uno? —inquirió la joven.

—A menudo ocurren accidentes —repuso Ghek—, y todos los reyes que un enjambre había salvado mueren. Cuando esto ocurre, el enjambre sale y consigue otro rey del enjambre vecino.

—¿Sois todos hijos de Luud? —preguntó ella.

—Todos, menos algunos que salieron de huevos del rey precedente, como Luud; pero Luud ha vivido mucho tiempo, y de los otros se han marchado muchos.

—¿Vivís mucho tiempo o poco? preguntó Tara.

—Muchísimo.

—Y los rykors. ¿también viven mucho tiempo?

—No; los rykors viven unos diez años —dijo él—. si se conservan fuertes y útiles. Cuando ya no pueden servirnos, sea por la edad o por enfermedades, los dejamos en el campo y los banths vienen por la noche y se los llevan.

—¡Qué horrible! —exclamó la joven.

—¿Horrible? —repitió él—. No veo nada horrible en esto. Los rykors sólo son carne sin cerebro. Ni ven, ni sienten, ni oyen. Apenas pueden moverse si no fuese por nosotros. Si no les lleváramos alimento se morirían de hambre. Son menos dignos de que se piense en ellos que el cuero de nuestro correaje. Todo lo que pueden hacer por sí mismos es coger comida de una cubeta y llevársela a la boca; pero, unidos a nosotros, ¡míralos! —y mostró orgullosamente el hermoso cuerpo que sostenía su cabeza, palpitante de vida, de energía y de sensibilidad.

—¿Cómo hacéis eso? —preguntó Tara de Helium—. No puedo comprenderlo.

—Yo te lo enseñaré —dijo, y se tendió en el suelo; luego se separó él mismo la cabeza del cuerpo, que yacía como muerto; sobre sus patas de araña se dirigió hacia ella—. Ahora mira —le advirtió—. ¿Ves esto? —y extendió algo que parecía un manojo de tentáculos—. Detrás de la boca del rykor hay una abertura que está precisamente encima del extremo superior de la columna vertebral. Dentro de esta abertura encajo mis tentáculos y agarro la medula espinal. Inmediatamente domino todos los músculos del cuerpo del rykor, me hago dueño de él, exactamente igual que tú diriges el movimiento de los músculos de tu cuerpo. Siento lo que el rykor sentiría si tuviera cabeza y cerebro. Si se le golpea, yo sufriré si permanezco unido a él; pero en el momento en que uno de ellos está herido o enfermo, le abandonamos por otro. Como sufriríamos los dolores de sus calamidades físicas, así también gozamos de los placeres físicos de los rykors. Cuando tu cuerpo se fatiga, quedas relativamente inútil; si está enfermo, estás enferma; si le matan, mueres. Eres esclava de una masa torpe de carne, de huesos y de sangre. Tu esqueleto no es más maravilloso que el esqueleto de un banth. Sólo tu cerebro te hace superior al banth; pero tu cerebro está sujeto a las limitaciones de tu cuerpo. No le ocurre así al nuestro. Para nosotros, el cerebro es todo. El noventa por ciento de nuestro volumen es de cerebro. Sólo tenemos los órganos vitales más simples, que son muy pequeños, pues no tienen que ayudar a soportar un complicado sistema de nervios, músculos, carne y huesos. No tenemos pulmones, porque no necesitamos aire. Muy por bajo del nivel en que podemos hallar a los rykors, existe una vasta red de madrigueras, donde se vive la verdadera vida del kaldane. Respirando su aire, perecería el rykor, como perecerías tú. Allí tenemos guardadas grandes cantidades de comida en cámaras herméticamente cerradas. Así estará para siempre. Muy debajo de la superficie tenemos agua que fluirá durante innumerables siglos después que se agote el agua de la superficie. Nos estamos preparando para la época que sabemos ha de venir: la época en que se haya gastado el último vestigio de la atmósfera barsoomiana, y en que el agua y los alimentos hayan desaparecido. Con este objeto fuimos creados nosotros, a fin de que no pueda desaparecer del planeta la creación más divina de la Naturaleza: el cerebro perfecto.

—Pero ¿a qué designio podéis servir cuando llegue ese momento?preguntó la

muchacha.

—No comprendes —dijo él—. Es demasiado extraordinario para que puedas comprenderlo; pero intentaré explicártelo. Barsoom, las lunas, el sol, las estrellas, fueron creados con un solo designio. Desde el principio del tiempo, la Naturaleza ha trabajado arduamente por la consumación de aquél. Al principio, los seres existían con vida, pero sin cerebro. Gradualmente fueron evolucionando sistemas nerviosos rudimentarios y cerebros diminutos. La evolución continuó. Los cerebros han llegado a ser más grandes y más potentes. En nosotros puedes ver el más alto grado de desarrollo; pero hay entre nosotros quien cree que aún hay otro grado, que alguna vez, en un futuro lejano, nuestra raza se desarrollará hasta llegar al super ser: el cerebro exacto. Desaparecerá la pesadilla de las patas, las pinzas y los órganos vitales. El futuro kaldane no será otra cosa que un gran cerebro. Sordo, mudo y ciego, yacerá en su profunda cueva bajo la superficie de Barsoom: cerebro grande, maravilloso y bello, sin nada que le distraiga de su eterna meditación.

—¿Quieres decir que allí yacerá y pensará? —gritó Tara de Helium.

—¡Eso precisamente! —exclamó él—. ¿Podría haber algo más maravilloso?

—Sí —repuso la muchacha—; yo sé de muchas cosas que serían infinitamente más maravillosas.

CAPÍTULO I

Entre las redes del Horror

Lo que aquella criatura le había dicho dio que pensar a Tara de Helium. A ella le habían enseñado que toda cosa creada cumple con algún fin útil, y trataba conscientemente de descubrir cuál era el lugar adecuado que ocupaba el kaldane en el esquema universal de los seres. Sabía que debía tener su lugar; pero cuál era éste, era cosa que sobrepasaba a lo que ella podía concebir. Tuvo que renunciar a ello. A su mente volvió el recuerdo de un pequeño grupo de habitantes de Helium que abjuraban los placeres de la vida por la persecución del conocimiento. Trataban con arrogante condescendencia a los que no consideraban tan intelectuales. Se consideraban a sí mismos completamente superiores. Se sonrió al recordar una observación que hizo su padre respecto a ellos en cierta ocasión en que dijo que si alguno de ellos abandonara su egocentrismo y lo derramara, se tardaría una semana en perfumar a Helium. A su padre le gustaban las personas normales; las que sabían muy poco y las que sabían demasiado eran igualmente fastidiosas. Tara de Helium era como su padre en este respecto, y, también como él, era sana de juicio y normal.

Aparte de su peligro personal, había en este extraño mundo muchas cosas que la interesaban. Los rykors despertaban en ella la más profunda compasión y vastas conjeturas. ¿Cómo y de qué forma habían evolucionado? Se lo preguntó a Ghek.

—Canta otra vez para mí y te lo diré —dijo él—. Si Luud me permitiera tenerte, nunca morirías. Te conservaría siempre para cantar para mí.

A la muchacha le maravilló el efecto que había causado su voz en esta criatura. En algún sitio de aquel enorme cerebro había una cuerda que era afectada por la melodía. Era el único lazo que existía entre ella y el cerebro cuando estaba separado del rykor. Cuando dominaba a éste, podía tener otros instintos humanos; pero a la muchacha le aterraba sólo el pensar en ellos. Después de cantar esperó a que Ghek hablara. Durante un largo rato éste estuvo silencioso, contemplándola con sus ojos espantosos.

—Quisiera saber —dijo a poco— si no será agradable ser de tu raza. ¿Cantáis todos?

—Casi todos cantamos algo —lijo ella—; pero hacemos otras muchas cosas interesantes y agradables. Bailamos, jugamos, trabajamos y amamos, y a veces

peleamos, pues somos una raza de guerreros.

—¡Amar! —dijo el kaldane—. Creo que sé lo que quieres decir; pero nosotros, afortunadamente, estamos por encima de los sentimientos... cuando estamos separados del rykor. Pero cuando lo dominamos... ¡ah!, entonces es distinto; y cuando te oigo cantar y contemplo tu hermoso cuerpo, sé lo que quieres decir con la palabra «amar». Yo te amaría.

La muchacha se apartó de él.

—Me prometiste referirme el origen del rykor —le recordó.

—Hace siglos —comenzó—, nuestros cuerpos eran mayores, y nuestras cabezas, más pequeñas. Nuestras patas eran muy débiles y no podíamos andar de prisa ni ir lejos. Había una estúpida criatura que andaba a cuatro patas. Vivía en una cueva hecha en el suelo, a la cual llevaba su comida, por lo que llevamos nuestras madrigueras hasta aquella cueva y comíamos la comida que él llevaba; pero no llevaba bastante para todos, para él y para todos los kaldanes que vivían de él; así que también teníamos que salir en busca de comida. Esta fue una tarea ruda para nuestras débiles patas. Entonces fue cuando empezamos a cabalgar sobre las espaldas de estos rykors primitivos. Se tardó muchos siglos, indudablemente; pero, al fin, llegó el momento en que el kaldane halló medios para guiar al rykor, y poco después este último dependió completamente del cerebro superior de su amo para guiarle por la comida. El cerebro del rykor fue disminuyendo a medida que pasaba el tiempo. Sus oídos desaparecieron, lo mismo que sus ojos, pues ya no tenía que usarlos; el kaldane veía y oía por él. Por grados similares, el rykor llegó a andar sólo sobre sus extremidades inferiores para que el kaldane pudiera mirar más lejos. Lo mismo que se reducía el cerebro, se reducía la cabeza. La boca era lo único que usaba de ésta, por lo que es lo único que persiste. De cuando en cuando caían en manos de nuestros antepasados algunos miembros de la raza roja. Vieron la belleza y las ventajas que distinguían las formas que la Naturaleza había dado a la raza roja, de las que estaba desarrollando el rykor, y por medio de un hábil cruce se consiguió el rykor actual. Es sólo producto, en realidad, de la super inteligencia del kaldane; es nuestro cuerpo, del que podemos disponer como creamos conveniente, exactamente igual que hacéis con vuestro cuerpo lo que os parece adecuado. Sólo que nosotros tenemos la ventaja de un surtido ilimitado de cuerpos. ¿No desearías ser un kaldane?

Tara de Helium no sabía cuánto tiempo pasaron en la cámara subterránea. Le pareció que llevaban mucho tiempo. La joven comió y durmió; contempló la interminable hilera de criaturas que pasaban ante la puerta de su prisión. Una hilera pasaba cargada desde arriba, transportando comida, comida, comida. Y por otra hilera volvían con las manos vacías. Cuando los veía, sabía que arriba era de día. Cuando no los veía pasar, sabía que era de noche y que los banths estarían devorando a rykors abandonados en los campos el día anterior. Comenzó a palidecer y adelgazar. No le

gustaba la comida que le daban (no era adecuada a su linaje), ni hubiera comido demasiado, si fuera sabrosa, por miedo a engordar. La idea de obesidad tenía allí un nuevo significado... un horrible significado.

Ghek notó que adelgazaba y palidecía. Le habló acerca de ello, y la joven le dijo que no podía mejorar estando bajo tierra, que debía tener aire fresco y ver la luz del sol, o, si no, se marchitaría y moriría. Sin duda, Ghek comunicó estas palabras a Luud, pues no tardó mucho en decirle que el rey había ordenado que fuera confinada en la torre, y a la torre fue llevada. La joven había esperado como única esperanza obtener este mismo resultado de su conversación con Ghek.

Solamente ver otra vez el sol ya era algo; pero ahora nació en su pecho una esperanza que no se había atrevido a abrigar antes, cuando se hallaba en el terrible laberinto en donde sabía que nunca habría hallado el camino hacia el mundo exterior. Ahora tenía algún ligero motivo para tener esperanzas. Por lo menos, podía ver las colinas; y si podía verlas, ¿no podría encontrar también oportunidad para alcanzarlas? Si pudiera disponer sólo de diez minutos... ¡sólo diez cortos minutos! El aparato estaba aún allí; ella sabía que debía de estar. Solamente diez minutos y estaría libre, libre para siempre de este espantoso lugar; pero los días pasaban y nunca estaba sola, ni siquiera la mitad de diez minutos. Muchas veces planeó su fuga. Si no hubiera sido por los banths, le habría sido fácil llevarla a cabo por la noche.

Muchas veces, Ghek se separaba de su cuerpo y caía en una especie de sopor. No podría decirse que dormía, o, por lo menos, no parecía dormir, pues sus ojos sin párpados no cambiaban; pero yacía tranquilamente en un rincón. Mil veces imaginó Tara de Helium la escena de su fuga. Se precipitaría al costado del rykor y cogería la espada que colgaba de su correa. Habría hecho esto antes que Ghek supiera lo que se proponía, y a continuación, antes de que diera la voz de alarma, le hubiera clavado la espada en la repugnante cabeza.

En un momento habría llegado al recinto. Los rykors no la detendrían, pues no tenían cerebros que les dijeran que ella se escapaba. Había contemplado desde la ventana la manera de abrir y cerrar la puerta que llevaba desde el recinto a los campos y sabía cómo funcionaba el gran cerrojo. Atravesaría la puerta y partiría velozmente hacia la colina. Estaba tan cerca que no podrían alcanzarla. ¡Era tan fácil! ¡Si no hubiera sido por los banths! ¡Los banths de noche y los trabajadores del campo por el día!

Recluida en la torre y sin ejercicio ni comida adecuados, la muchacha no mostraba la mejora que deseaban sus aprehensores. Ghek la interrogó, esforzándose por saber cómo era que no se ponía gorda y rolliza, y que ni siquiera parecía estar tan buena como cuando la habían capturado. Su interés fue excitado por repetidas preguntas que venían de parte de Luud, y su resultado final fue sugerir Tara de Helium un plan mediante el cual podría hallar una nueva oportunidad para escaparse.

—Estoy acostumbrada a pasear al aire libre y a la luz del sol —le dijo a Ghek—. No puedo llegar a ponerme como estaba si he de estar siempre metida en esta única cámara, respirando aire viciado y sin hacer ejercicio adecuado. Permittedme salir a los campos todos los días y pasear un rato cuando brilla el sol. Estoy segura de que entonces me pondré de nuevo rolliza y apetecible.

—Te escaparías —dijo él.

—Pero ¿cómo podría hacerlo, si estarías siempre conmigo? —dijo ella—. Y aun si quisiera escapar, ¿adonde podría ir? Ni siquiera sé la dirección de Helium. Debe de hallarse muy lejos. La primera noche, los banths me devorarían, ¿no es verdad?

—Sí lo es —dijo Ghek—. Le preguntaré a Luud acerca de esto.

Al día siguiente, Ghek le contó que Luud había dicho que se la llevara al campo. Ensayaría durante algún tiempo para ver si mejoraba.

—Si no engordas, enviará a por ti de cualquier modo —dijo Ghek—; pero no te usará como comida.

Tara de Helium se estremeció. Aquel día, y después otros muchos, fue sacada de la torre por el recinto y llevada al campo. Siempre estaba alerta por si se presentaba oportunidad para escapar; pero Ghek se hallaba siempre pegado a ella. No era tanto su presencia lo que la disuadía de hacer la tentativa como el número de trabajadores que había siempre entre ella y la colina donde estaba su aparato. Hubiese podido eludir a Ghek fácilmente; pero los otros eran muchos. Hasta que un día Ghek le dijo, según la acompañaba al campo, que aquélla sería la última vez.

—Esta noche irás a Luud —dijo—. Siento no oírte ya cantar otra vez.

—¡Esta noche! —apenas exhaló la palabra, y, sin embargo, vibraba de horror.

Echó una rápida mirada a las colinas. ¡Estaba tan cerca! Y, sin embargo, se interponían los inevitables trabajadores; quizá había veinte.

—¿Vamos a pasear por allí? —dijo ella, señalándolos—. Me gustaría ver lo que hacen.

—Está demasiado lejos —dijo Ghek—. Yo odio el sol. Es mucho más agradable estar aquí, donde puedo estar a la sombra de este árbol.

—Muy bien —convino ella—; quédate entonces y yo iré. Sólo tardaré un minuto.

—No —repuso él—. Te acompañaré. Quieres escapar, pero no lo conseguirás.

—No puedo escaparme —dijo ella.

—Ya lo sé —convino Ghek—: pero puedes intentarlo. No quiero que lo intentes. Probablemente sería mejor que volviésemos inmediatamente a la torre. Yo lo pasaría mal si te escaparas.

Tara de Helium veía desvanecerse su última probabilidad de fuga. Después de hoy nunca hallaría otra. Buscó algún pretexto para incitarle a acercarse siquiera un poco a las colinas.

—Lo que pido es muy poquito —dijo—. Esta noche querrás que te cante. Será la

última vez. Si no me dejas ir a ver lo que hacen esos kaldanes nunca volveré a cantarte.

Ghek vaciló.

—Te tendré cogida por el brazo todo el tiempo.

—Sí, claro, si así lo deseas —asintió ella—. ¡Vamos!

Ambos se dirigieron hacia los trabajadores de las colinas. El pequeño grupo estaba arrancando tubérculos de la tierra. La joven había observado esto y también que casi siempre estaban inclinados sobre su tarea con los repugnantes ojos fijos en el suelo removido. Llevó a Ghek muy cerca de ellos, pretendiendo que deseaba ver con más precisión cómo hacían su trabajo, y durante todo el tiempo Ghek la sujetaba fuertemente por la muñeca izquierda.

—Es muy interesante —dijo ella con un suspiro, y luego, bruscamente—: ¡Mira, Ghek! —y señaló hacia atrás en la dirección de la torre.

El kaldane, sujetándola aún, volvió la cabeza para mirar en la dirección que ella indicaba, y simultáneamente, con la rapidez de un banth, la joven le dio un puñetazo con la mano derecha, poniendo en el golpe toda la fuerza que poseía, y alcanzándole en la parte posterior de la carnosa cabeza, precisamente encima del collar. El golpe fue suficiente para cumplir su deseo, pues separó al kaldane de su rykor y lo arrojó al suelo. Instantáneamente la garra que sujetaba su muñeca se soltó, mientras el cuerpo, no dirigido ya por el cerebro de Ghek, dio unos traspiés sin objeto durante un instante antes de caer sobre las rodillas, y luego rodó de espaldas; pero Tara de Helium no esperó a observar todos los resultados de su acción. En cuanto los dedos se soltaron de su muñeca, dio media vuelta y se lanzó hacia las colinas.

Al mismo tiempo salió de los labios de Ghek un silbido de aviso, y como respuesta instantánea los trabajadores se pusieron en pie, uno de ellos casi en el mismo camino de la joven. Ésta eludió sus brazos extendidos y se volvió otra vez hacia las colinas y la libertad; pero se le enredó un pie en uno de los instrumentos parecidos a azadas con que habían removido el suelo y que estaba medio empotrado en la tierra. Durante un instante siguió corriendo, dando traspiés, haciendo un loco esfuerzo por recuperar su equilibrio; pero los pies se hundían en los surcos removidos. De nuevo tropezó, pero esta vez cayó al suelo, y cuando se arrastraba para volver a levantarse, un pesado cuerpo cayó sobre ella y le sujetó fuertemente los brazos.

Un momento más tarde, fue rodeada y la arrastraron hasta poner en pie, y cuando miraba alrededor vio a Ghek que se arrastraba hacia su postrado rykor. Un momento después éste avanzó hacia ella.

El horrible rostro, incapaz de registrar ninguna emoción, no daba la menor señal de lo que pasaba en el enorme cerebro. ¿Contenía ideas de cólera, de odio, de venganza? Tara de Helium no podía adivinarlo ni se cuidaba de ello. Lo peor ya había

ocurrido. Había intentado escapar y había fracasado. Nunca encontraría otra oportunidad.

—¡Vamos! —dijo Ghek—. Volveremos a la torre.

La mortal monotonía de su voz no se había roto. Era peor que la cólera, pues no revelaba nada de sus intenciones. No hacía más que acrecentar el horror que sentía la joven por estos grandes cerebros que se hallaban libres de la posibilidad de sentir emociones humanas.

Fue arrastrada, pues, a su prisión de la torre, y Ghek montó otra vez su guardia acurrucándose junto a la puerta; pero ahora tenía en la mano su espada desnuda, y no abandonó su rykor, excepto para cambiarle por otro que había traído cuando el primero dio muestras de cansancio. La muchacha se sentó, contemplándole. No había sido malo para ella; pero no experimentaba hacia él ninguna sensación de gratitud ni, por otra parte, de odio. Los cerebros, incapaces de sentir ninguno de los más hermosos sentimientos, tampoco los despertaban en ella. No podía sentir gratitud, ni afecto, ni odio hacia ellos. Sólo experimentaba en su presencia la misma incesante sensación de horror.

Había oído discutir a grandes científicos el futuro de la raza roja, y recordaba que algunos sostenían que, finalmente, el cerebro dominaría por completo al hombre. No habría más emociones ni actos instintivos; nada se haría por impulso, sino que, por el contrario, la razón dirigiría todos nuestros actos. El que presentaba esta teoría lamentaba que nunca podría gozar él de las delicias de semejante estado que, según opinaba, llegaría a ser la vida ideal para el género humano. Tara de Helium deseaba con todo su corazón que este docto científico pudiera hallarse allí para experimentar plenamente los resultados prácticos del cumplimiento de su profecía. Entre el rykor, puramente físico, y el kaldane, puramente mental, había poco que escoger; pero en el feliz término medio del hombre normal e imperfecto que ella conocía se hallaba el estado de existencia más deseable. "Esto hubiera sido una magnífica lección práctica —pensó la Joven— para todos los idealistas que buscan la perfección total de algún aspecto del esfuerzo humano, pues aquí podrían descubrir la verdad de que la perfección absoluta es tan poco deseable como su antítesis."

Siniestros eran los pensamientos que llenaban el espíritu de Tara de Helium mientras aguardaba las órdenes de Luud; las órdenes, que sólo significarían para ella una cosa: la muerte. Adivinaba para qué enviaba por ella, y sabía que debía hallar medios para antes de que llegara la noche; pero todavía se aferraba a la esperanza y a la vida. No renunciaría a ellas hasta que no hubiera otro remedio.

Una vez asustó a Ghek al exclamar en voz alta, casi con fiereza:

—¡Todavía vivo!

—¿Qué quiere decir? —preguntó el kaldane.

—Quiero decir precisamente lo que digo —repuso ella—. Todavía vivo, y

mientras viva puedo hallar algún camino. Después de muerte ya no hay esperanza.

—Hallar un camino, ¿para qué? —preguntó él.

—Para marchar a la vida, a la libertad y a mi país —repuso ella.

—Nadie que entre en Bantoon sale jamás —murmuró él.

La joven no respondió, y, tras un rato, el kaldane habló, de nuevo.

—Canta para mí —dijo.

Mientras la joven estaba cantando llegaron cuatro guerreros para llevársela a Luud. Le dijeron a Ghek que él permaneciera donde estaba.

—¿Por qué? —preguntó Ghek.

—Has fallado a Luud —contestó uno de los guerreros.

—¿Cómo? —preguntó Ghek.

—Has demostrado carecer de fuerza razonadora incontaminable. Te has dejado influir por el sentimiento, mostrando así que eres un defectuoso. Ya conoces el destino de los defectuosos.

—Conozco el destino de los defectuosos, pero yo no lo soy —insistió Ghek.

—Has permitido que los extraños sonidos que salían de su garganta te agradaran y te consolaran, sabiendo bien que su origen y objeto no tenían nada que ver con la lógica y los poderes de la razón. Esto constituye por sí mismo una irrecusable acusación de debilidad. Después, influido, sin duda, por una ilógica percepción del sentimiento, has permitido a la cautiva marcharse por el campo a un sitio donde pudo hacer una tentativa casi afortunada de fuga. Tu propio razonamiento, si no fuera defectuoso, te convencería de que eres un inepto. La consecuencia natural y razonable es la destrucción. Por tanto, serás destruido de tal modo, que el ejemplo será beneficioso para todos los demás kaldanes del enjambre de Luud. Mientras tanto, permanecerás donde estás.

—Tienes razón —dijo Ghek—. Aquí permaneceré hasta que Luud crea conveniente destruirme de la manera más razonable.

Tara de Helium le lanzó una mirada de asombro cuando se la llevaban de la cámara. Volviendo la cabeza sobre un hombro, le dijo:

—¡Ghek, recuerda que todavía vives!

Luego la llevaron a lo largo de los interminables túneles donde la esperaba Luud, que se hallaba en un rincón de la cámara, acurrucado sobre sus patas de araña. Junto a la pared opuesta se hallaba su rykor, su hermoso cuerpo ataviado con un magnífico corraje, cuerpo inerte al faltarle su kaldane director. Luud despidió a los guerreros que habían acompañado a la prisionera. Después se sentó, fijando en ella sus terribles ojos, y sin hablar durante algún tiempo. Tara de Helium no podía hacer otra cosa que esperar. Lo que iba a venir sólo podía adivinarlo; cuando llegara, tendría tiempo suficiente para hacerle frente. No había necesidad de anticipar el fin. Poco después, Luud habló:

—Piensas escaparte —le dijo con la mortal e inexpressiva monotonía de su casta, el único resultado posible de la razón, expresándose oralmente sin la influencia del sentimiento—. No te escaparás. Tú no eres más que el conjunto de dos cosas imperfectas: un cerebro y un cuerpo imperfectos. Las dos no pueden existir juntas en perfección. Ahí puedes ver un cuerpo perfecto —y señaló al rykor—. Ese no tiene cerebro. Aquí está el cerebro perfecto —y levantó una de sus pinzas hacia su cabeza—. No necesita ningún cuerpo para funcionar perfecta y propiamente como cerebro. ¡Querías lanzar tu débil inteligencia contra la mía! Aun ahora estás planeando mi muerte. Si no lo consigues, esperas matarte. Ahora conocerás el poder del espíritu sobre la materia. Yo soy el espíritu. Tú eres la materia. El cerebro que tienes es demasiado débil y muy poco desarrollado para merecer el nombre de cerebro. Le has dejado debilitarse con actos impulsivos dictados por el sentimiento; no tiene ningún valor; en realidad, no tienen ningún dominio sobre tu existencia. Tú no me matarás. Tampoco te matarás tú misma. Cuando yo te haya llevado conmigo, se te matará si esto se considera la cosa más lógica que puede hacerse. Tú no puedes concebir las posibilidades de fuerza que tiene un cerebro perfectamente desarrollado. Mira ese rykor: no tiene cerebro; sólo puede ligeramente moverse por su propia volición. Un instinto mecánico inherente que le hemos permitido conservar le sirve para llevar la comida a su boca; pero él solo no puede encontrarla; tenemos que colocársela a su alcance y siempre en el mismo sitio. Si le pusiéramos la comida a sus pies y le dejáramos solo se moriría de hambre. Pero observa ahora lo que puede realizar un verdadero cerebro.

Luud volvió los ojos hacia el rykor y se acurrucó clavando su mirada centelleante en el objeto insensible. Poco después, la joven vio horrorizada que el cuerpo sin cabeza se movía. El rykor se puso en pie lentamente y atravesó la estancia hacia Luud. Se agachó y cogió entre sus manos la horrible cabeza alzó ésta y se la puso sobre los hombros.

—¿Qué posibilidades tienes tú contra semejante poder? —preguntó Luud—. Lo mismo que he hecho con el rykor puedo hacerlo contigo.

Tara de Helium no respondió. Era evidente que no hacía falta contestar nada.

—Dudas de mi capacidad —observó Luud, cosa que era exacta, si bien la joven sólo lo había pensado y no lo había dicho.

Luud atravesó la estancia y se tendió en el suelo. Luego se separó del cuerpo y se arrastró por el suelo hasta colocarse precisamente delante de la abertura circular, por la que ella le vio surgir el día que fue llevada a su presencia por primera vez. Se detuvo allí y clavó en la joven sus terribles ojos. No hablaba; pero sus ojos parecían perforarla rectamente hasta el centro de su cerebro. Sentía una fuerza casi irresistible que la impulsaba hacia el kaldane. Luchó por resistirla; trató de apartar la vista de él, pero no podía. Su mirada era retenida como en una horrible fascinación por las

relucientes órbitas sin párpados del gran cerebro que estaba frente a ella.

Lentamente, oponiendo a cada paso una penosa lucha, la joven se movió hacia el horroroso monstruo, intentó gritar, en un esfuerzo, por despertar sus adormecidas facultades; pero no salió de sus labios ningún sonido. La joven sentía que si aquellos ojos se desviarán sólo por un instante podría recobrar fuerzas para dirigir sus pasos; pero los ojos nunca se apartaban de los suyos. Parecían abrasarlos cada vez más hondamente, arrebatándola todo vestigio de dominio de su sistema nervioso.

Al aproximarse la joven, el kaldane retrocedió lentamente sobre sus patas de araña. Ella observó que sus pinzas se movían despacio, de un lado a otro, delante de él a la vez que retrocedía, retrocedía, retrocedía, a través de la redonda abertura de la pared. ¿Había de seguirle allí también? ¡Qué nuevo e innominado horror se hallaba oculto en esta cámara secreta? ¡No! no entraría. Sin embargo, antes de llegar a la pared, se encontró agachada y arrastrándose sobre las manos y las rodillas en dirección al agujero, desde el cual los dos ojos se clavaban todavía en los suyos. En la misma entrada de la abertura hizo una última y heroica resistencia, luchando contra la fuerza que la arrastraba; pero al fin sucumbió.

Tras un gemido, que acabó en un sollozo, Tara de Helium pasó por la abertura a la cámara que había más allá. La abertura apenas era lo suficiente grande para que entrara ella. En el lado opuesto se encontró en una pequeña cámara. Ante ella se acurrucaba Luud. Contra la pared opuesta se hallaba reclinado un hermoso rykor varón. Estaba sin correa ni ningún atavío.

—Ya ves —dijo Luud— la inutilidad de la rebeldía.

Las palabras parecieron librarle momentáneamente del hechizo. Rápidamente, la joven apartó la vista.

—¡Mírame! —ordenó Luud.

Tara de Helium conservó desviada la mirada. Sentía una nueva fuerza o, por lo menos, una disminución de la influencia que ejercía en ella aquella criatura. ¿Habría dado en el secreto de su horroroso dominio sobre su voluntad? No se atrevió a esperarlo. Con la vista desviada de él se volvió hacia la abertura, por la que la habían arrastrado aquellos funestos ojos. Luud le volvió a ordenar que se detuviera; pero la voz sola no tenía la suficiente autoridad para influirla. No era como los ojos. Oyó a la criatura silbar, y comprendió que pedía ayuda: pero como no se atrevía a mirar hacia él, no le vio volverse y concentrar su mirada en el enorme cuerpo sin cabeza, reclinado al muro opuesto.

La muchacha se encontraba aún ligeramente bajo el hechizo de la influencia de aquel ser; no había recobrado el dominio pleno e independiente de sus fuerzas. Se movía como en las angustias de una terrible pesadilla; despacio, penosamente, como si cada miembro fuese entorpecido por un gran peso o como si arrastrara su cuerpo a través de un líquido viscoso. La abertura estaba cerca de ella, ¡oh, qué cerca! y, sin

embargo, a pesar de sus esfuerzos, no parecía hacer ningún progreso apreciable hacia ella.

Tras la joven, impelido por el malévolos poder del gran cerebro, el cuerpo sin cabeza se arrastraba a gatas hacia ella. Por fin, la joven consiguió alcanzar la abertura. Algo parecía decirle que, una vez fuera de ella, el dominio del kaldane cesaría. Casi había llegado a la cámara contigua cuando sintió una pesada mano sobre su tobillo. El rykor la había alcanzado y la cogió y aunque ella forcejeaba la arrastró para atrás a la estancia de Luud. El rykor la sujetó con fuerza y la arrastró hacia sí, y luego, para horror de la joven, empezó a acariciarla.

—Ya ves —oyó decir a la torpe voz de Luud— la inutilidad de la rebeldía... y su castigo.

Tara de Helium luchó por defenderse; pero sus músculos eran lamentablemente débiles contra esta encarnación sin cerebro de la fuerza bruta. Sin embargo, luchó: frente a una desesperante desigualdad, luchó por el honor del orgulloso nombre que llevaba... luchó ella sola: ella, por cuya salvación, los combatientes de un poderoso imperio, la flor de la caballería marciana, hubieran entregado alegremente sus vidas.

CAPÍTULO VII



Espectáculo repulsivo

El crucero Vanator marchaba inclinado a través de la tempestad. A un capricho de la Naturaleza se debía completamente que no hubiera sido arrojado a tierra o transformado por la fuerza de los elementos en un montón de restos náufragos. Durante toda la duración de la borrasca cabalgó, cual navío abandonado, sobre aquellas olas de viento agitadas por el vendaval. Pero soportó todos los peligros y vicisitudes, y el navío y su tripulación llegaron a salvo hasta la hora que siguió a la disminución de la borrasca. Fue entonces cuando ocurrió la catástrofe, una verdadera catástrofe para la tripulación del Vanator y para el reino de Gathol.

Los tripulantes se encontraron sin comida ni agua desde que salieron de Helium, y fueron lanzados de un lado a otro de la cubierta y golpeados entre sus cinturones de seguridad hasta quedar agotados. Hubo una breve pausa en el vendaval, durante la cual uno de los tripulantes intentó llegar a su camarote después de soltar las ligaduras que le habían facilitado la precaria seguridad de la cubierta.

Su acto era en sí una clara violación de las órdenes, y a los ojos de los demás tripulantes el efecto que tuvo, llegado con espantosa precipitación, adquirió la forma de un rápido y terrible castigo. Apenas había soltado el tripulante las anillas de seguridad, cuando un brazo del monstruo tempestuoso rodeó la nave haciéndola girar repetidamente, y su resultado fue que el temerario guerrero fuera despedido a la primera vuelta.

Sueltos de sus ligaduras por el continuo girar y voltear del barco y por la fuerza del viento, los aparejos de abordaje y desembarco habían sido arrastrados bajo la quilla, formando una masa confusa de cuerdas y correas. En las ocasiones en que el Vanator giraba completamente, estos aparejos se arrollaban a la nave, hasta que otra vuelta en la dirección contraria o el mismo viento volvían a barrerlos de la cubierta para arrastrarlos, azotando en la tempestad bajo la oscilante nave.

En esta masa de los aparejos cayó el cuerpo del guerrero, y como un hombre que se ahoga se agarra a una paja, así se agarró él a las revueltas cuerdas, que le cogieron y detuvieron su caída. Con la fuerza de la desesperación se aferró a ellas, tratando frenéticamente de enredar sus piernas y su cuerpo.

A cada sacudida del barco casi se le escapaba su asidero, y aunque sabía que

acabaría soltándose y que había de ser arrojado a tierra, luchaba, sin embargo, con la locura que nace de la desesperación por los penosos segundos que no hacían más que prolongar su agonía. Esta fue la escena que contempló Gahan de Gathol desde el borde de la inclinada cubierta del Vanator cuando se asomó para saber la suerte de su guerrero. Sujeta a la borda y al alcance de su mano había una sola correa de desembarco que no se había enredado en la confusa masa de cuerdas, y que azotaba libremente el costado de la nave, haciendo resonar su gancho en el extremo exterior. El jed de Gathol se hizo cargo de la situación con una sola mirada. Bajo él, uno de sus hombres miraba a los ojos de la Muerte. En la mano del jed se hallaban los medios de socorrerle.

No vaciló un instante. Soltándose sus ligaduras de la cubierta, cogió la correa de desembarco y se deslizó por un costado de la nave. Balanceándose como un corcho en un loco péndulo, osciló de un lado a otro, girando y volteando a dos mil metros de altura sobre la superficie de Barsoom, hasta que por fin consiguió lo que deseaba. Fue llevado al alcance de las cuerdas a que se aferraba aún el guerrero, aunque con fuerza que menguaba con rapidez.

Enganchando una pierna en un lazo de las enredadas cuerdas, Gahan tiró de sí, acercándose lo suficiente para coger otro lazo que se hallaba junto al guerrero. Previamente agarrado a este nuevo asidero, el jed tiró lentamente de la correa, por la que había descendido, hasta que pudo coger el gancho que tenía en su extremo y lo enganchó en una anilla del correaje del guerrero precisamente un momento antes que los debilitados dedos de éste soltaran su asidero de cuerdas.

Por el momento, al menos, había salvado la vida de su súbdito, y ahora volvió su atención a asegurarse su propia salvación. Enredados intrincadamente entre la masa de cuerdas a que se había agarrado, había otros muchos ganchos como el que había sujetado al correaje del guerrero, y en uno de ellos pensó asegurarse hasta que el vendaval se calmara lo suficiente para permitirle trepar a la cubierta; pero cuando iba a alcanzar uno que oscilaba junto a él, el barco fue envuelto en una nueva explosión de la furia tempestuosa; las batientes cuerdas chascaron y azotaron el aire con las embestidas de la gran nave, y uno de los pesados ganchos de metal, resbalando en el aire, golpeó al jed de Gathol entre los ojos.

Aturdido momentáneamente, los dedos de Gahan se escurrieron de su asidero de cuerdas, y el jed cayó a través del tenue aire del moribundo Marte desde una altura de dos mil metros, mientras sobre la cubierta del Vanator sus fieles guerreros se agarraban a sus ligaduras, ignorantes en absoluto de la suerte de su querido jefe; hasta más de una hora después, cuando la tempestad hubo materialmente cedido, no comprendieron que le habían perdido ni conocieron el abnegado heroísmo del acto que había causado su pérdida; por entonces el Vanator ya conservaba la quilla en posición estable, pues era empujado por un viento fuerte, pero fijo. Los guerreros se

habían soltado de sus ligaduras de la cubierta y los oficiales tomaban nota de las pérdidas y los daños, cuando un débil grito que oyeron por fuera de la nave llamó su atención sobre el guerrero que pendía entre las cuerdas bajo la quilla. Fuertes brazos le izaron a cubierta, y entonces se enteró la tripulación del Vanator del heroísmo de su jed y de su fin.

La distancia que habían podido recorrer desde que le perdieron sólo podían conjeturarla vagamente, y no podían volver en su busca en el lamentable estado de la nave. Quedaron unos hombres entristecidos, llevados a la deriva, a través del aire, hacia el destino que el hado eligiera para ellos.

Y Gahan, jed de Gathol, ¿qué era de él? Como plomo descendió mil metros, y luego el huracán lo cogió con sus garras gigantes y lo llevó de nuevo hacia lo alto. Como si se tratara de un pedazo de papel impelido por el vendaval, fue agitado en el aire, como juguete y diversión del viento. Una y otra vez le volteó y lo llevó hacia arriba y hacia abajo; pero tras cada nueva sacudida de los elementos se encontraba más cerca del suelo. Los caprichos de los huracanes son sus leyes, puesto que tales huracanes son en sí mismos caprichos. Arrancan y derriban árboles gigantes, y en la misma ráfaga transportan débiles niños durante varias millas y los depositan en el suelo sanos y salvos.

Así ocurrió con Gahan de Gathol. Después de esperar a cada momento verse precipitado a la muerte, se vio depositado dulcemente en el blando musgo rojo del fondo de un mar seco, sin haber salido de su terrible aventura con otro daño que una ligera inflamación en la frente, donde le golpeó el gancho de metal.

Sin poder apenas creer que el Destino le hubiera tratado tan suavemente, el jed se levantó poco a poco, como si estuviera casi convencido de que se iba a encontrar con que sus huesos estaban molidos y quebrantados y que no podrían soportar su peso. Pero se hallaba intacto. Miró alrededor haciendo un vano esfuerzo para orientarse. El aire estaba lleno de polvo y de despojos. El sol quedaba oscurecido. Su visión se limitaba, a un radio de algunos centenares de metros de rojo musgo y de aire polvoriento. Quinientos metros más allá puede que se alzaran en alguna dirección los muros de una gran ciudad; pero él no lo sabía. Era inútil moverse de donde estaba hasta que se aclarase el aire, puesto que no podía saber en qué dirección hacerlo; así que se tendió en el musgo y esperó, reflexionando sobre la suerte de sus guerreros y de su nave, pero sin preocuparse mucho de su propia situación.

Sujetas a su correa se hallaban su espada, sus pistolas y una daga, y en su bolsa tenía una pequeña cantidad de las raciones concentradas que forman parte del equipo de los combatientes de Barsoom. Todo esto, unido a unos músculos adiestrados, a un gran valor y a un espíritu intrépido, le bastaba para hacer frente a cualquier desventura que pudiese encontrar hasta llegar a Gathol que no sabía en qué dirección se hallaba ni a qué distancia.

El viento cedía rápidamente y con él desaparecía el polvo que oscurecía el paisaje. Se convenció de que la tempestad terminaba; pero le irritó la poca visibilidad que conseguía, y su situación material no mejoró antes de la noche, por lo que se vio obligado a esperar el nuevo día en el mismo sitio en que la tempestad le había depositado. Sin su lecho de pieles y sedas pasó una noche nada confortable, y recibió con muestras de inequívoco alivio la llegada de la súbita aurora.

El aire estaba ya limpio, y a la luz del nuevo día vio una ondulada llanura que se extendía en torno suyo en todas direcciones, mientras al noroeste se percibían ligeramente los perfiles de bajas montañas. Hacia el sudeste de Gathol había un país semejante, y como Gahan conjeturaba que la dirección y la velocidad del huracán le habían llevado a algún paraje próximo al país que él creía reconocer, supuso que Gathol se hallaba detrás de las colinas que ahora veía, mientras que en realidad se hallaba mucho más lejos, hacia el nordeste.

Dos días tardó Gahan en cruzar la llanura y alcanzar las cumbres de las montañas, desde las cuales esperaba ver su propio país, consiguiendo solamente verse defraudado. Ante él se extendía otra llanura más extensa aún que la que acababa de atravesar, y más allá se veían otras montañas. En su aspecto material difería esta llanura de la que dejaba tras él, pues estaba salpicada de cuando en cuando de colinas aisladas. Convencido, sin embargo, de que Gathol se encontraba en la dirección que seguía, descendió al valle y encaminó sus pasos hacia el Noroeste.

Durante varias semanas, Gahan de Gathol cruzó valles y colinas en busca de alguna huella familiar que le encaminara hacia su país natal. Vio pocos animales y ningún hombre, y, por último, llegó a creer que había caído en aquella fabulosa región del antiguo Barsoom que yace bajo la maldición de los dioses antiguos: la comarca otro tiempo rica y fértil, cuyos habitantes, en su orgullo y arrogancia, llegaron a negar a los dioses, y que había sido condenada al exterminio.

Hasta que un día escaló bajas colinas y contempló un valle habitado: un valle con árboles y terrenos cultivados y parcelas de tierra rodeadas, de muros de piedra que circundaban extrañas torres. Vio gentes trabajando en los campos; pero no se precipitó a descender a saludarlos. Antes debía conocerlos mejor y ver si los podía suponer amigos o enemigos. Ocultándose tras la maleza, se arrastró hasta un punto ventajoso en una colina que penetraba más en el valle, y allí se tendió de bruces contemplando a los trabajadores que se hallaban más cerca de él. Aún estaban a bastante distancia y no podía verlos con precisión; pero algo antinatural emanaba de ellos. Sus cabezas parecían desproporcionadas a sus cuerpos: eran demasiado grandes.

Durante largo tiempo estuvo contemplándolos, y cada vez se afianzaba más en su conciencia la idea de que no eran como él, y que sería imprudente confiar en ellos. Poco después vio surgir una pareja del recinto más próximo que se aproximaban

lentamente a los que estaban trabajando más cerca de la colina donde él estaba oculto. Inmediatamente notó que uno de aquellos dos era distinto de todos los demás. A pesar de la gran distancia observó que su cabeza era más pequeña, y, según se aproximaban, tuvo la seguridad de que el correaje de uno de ellos no era como el de su compañero ni como ninguno de los que cultivaban el campo.

Aquellos dos se detenían a menudo, al parecer discutiendo, como si uno quisiera proseguir en la dirección que llevaban, mientras el otro se opusiera. Pero siempre el más pequeño conseguía que el otro, aunque de mala gana, accediera, y de este modo llegaron cada vez más cerca de la última hilera de trabajadores que se hallaban entre el recinto de que habían salido y la colina desde donde miraba Gahan de Gathol; entonces, súbitamente, la figura más pequeña dio un golpe a su compañero en la cabeza. Gahan vio horrorizado que la cabeza del último se desplomaba de su cuerpo y que éste vacilaba y caía al suelo. Casi se levantó de su escondite para ver mejor lo que ocurría en el valle.

La criatura que había derribado a su compañero se precipitaba locamente en la dirección de la colina en la que Gahan estaba oculto y sorteó a uno de los trabajadores que trató de cogerla. Gahan deseó que consiguiera la libertad, sin otra razón que porque a menos distancia tenía todas las apariencias de ser una criatura de su misma raza. Luego la vio tropezar y caer, e, instantáneamente, sus perseguidores se le echaron encima. Entonces a Gahan se le ocurrió volver la vista hacia la criatura que la fugitiva había derribado.

¿Qué horror era el que estaba presenciando? ¿O era que sus ojos le gastaban una broma fantástica? No; por imposible que fuera era cierto, la cabeza se movía lentamente hacia el cuerpo caído. Se colocó en sus hombros, el cuerpo se levantó, y la criatura, al parecer como nueva, corrió rápidamente hacia donde sus compañeros arrastraban en pie a la desventurada presa.

El observador vio que la criatura cogió a su prisionera del brazo y se la llevó al recinto, y a pesar de la distancia que le separaba de ellos pudo notar el abatimiento y la completa desesperanza que se reflejaban en los ademanes de la prisionera, y también quedó casi convencido de que era una mujer, tal vez una marciana roja de su misma raza. Si hubiera estado seguro de esto hubiera debido hacer un esfuerzo para rescatarla, aunque las costumbres de su extraño mundo sólo requerían esto en el caso de que fuera de su mismo país; pero no estaba seguro de ello; puede que no fuera una marciana roja, o, de serlo, podía proceder o no de un país enemigo.

Su primer deber era volver a su propio país con el menor riesgo personal posible, y aunque el pensar en la aventura enardecía su sangre, apartó la tentación con un suspiro y se volvió para apartarse del tranquilo y hermoso valle en el que deseaba entrar, pues su intención era bordear su límite. Este y continuar más allá en busca de Gathol.

Cuando Gahan de Gathol encaminó sus pasos por las lomas meridionales de las colmas que limitan a Barsoom por el sur y el este, fue atraída su atención hacia un pequeño grupo de árboles que había a poca distancia, a su derecha. El bajo sol proyectaba largas sombras. Pronto sería de noche. Los árboles se hallaban apartados de la dirección que él había escogido, y tenía pocas ganas de desviarse de su camino; pero al mirarlos otra vez vaciló. Algo había allí además de los troncos de los árboles y de la maleza. Había rasgos familiares de la mano humana. Gahan se detuvo, mirando intensamente en la dirección de lo que había llamado su atención. No; debía de estar equivocado: las ramas de los árboles y un bajo arbusto habían tomado una apariencia extraña, bajo los rayos horizontales, del sol poniente. Se volvió y continuó su camino; pero al mirar otra vez de soslayo hacia el objeto de su interés, los rayos de sol cegaron sus ojos, reflejados por un punto que resplandecía entre los árboles.

Gahan sacudió la cabeza y se dirigió rápidamente hacia el misterio, decidido ya a aclararlo. El reluciente objeto le atraía aún, y cuando se acercó más abrió los ojos desmesuradamente con sorpresa, pues lo que veía no era más que el emblema incrustado de pedrería de la proa de un aparato. Gahan, puesta la mano en su corta espada, avanzó silenciosamente; pero al aproximarse a la nave vio que no había nada que temer, pues estaba desierta. Entonces dirigió su atención hacia el emblema. Cuando el significado de éste fulguró en su mente, palideció su rostro y su corazón se heló: era la insignia de la casa del Guerrero de Barsoom; instantáneamente surgió ante él la imagen abatida de la cautiva al ser llevada a su prisión del valle, precisamente detrás de las colinas. ¡Tara de Helium! ¡Y había estado él tan cerca de abandonarla a su suerte! Un sudor frío corrió por sus sienes.

Un rápido examen de la desierta nave reveló al joven jed toda la trágica historia. La misma tempestad que le había expuesto a él a la muerte había llevado a Tara de Helium al remoto país.

Aquí, sin duda, había descendido, con la esperanza de encontrar comida y agua, puesto que sin la hélice no podría esperar llegar a su ciudad natal ni a ningún otro puerto amigo más que por el mero capricho del Destino. Si se exceptúa la pérdida de la hélice, el aparato estaba intacto, y el hecho de que hubiese sido cuidadosamente amarrado al amparo del grupo de árboles indicaba que la muchacha había esperado volver a él, a la vez que el polvo y las hojas que cubrían la cubierta hablaban de los largos días y aun semanas transcurridos desde que la muchacha descendió. Eran éstas cosas mudas, pero elocuentes pruebas de que Tara de Helium estaba prisionera, y ya no le cabía la más ligera duda de que ella era la misma cuya intrépida tentativa de liberación había presenciado.

La cuestión sólo giraba ahora en torno a su rescate. Sabía a qué torre la habían llevado; todo eso y nada más. Del número, clase y disposición de sus aprehensores no sabía nada, ni se cuidaba de ello: por Tara de Helium hubiera hecho frente él solo a

todo un mundo hostil. Rápidamente ideó varios planes para socorrerla; pero el que le incitó más fuertemente fue el que le ofrecía mayores probabilidades para facilitar la fuga a la muchacha si conseguía llegar hasta ella.

Tomada su resolución, volvió su atención rápidamente hacia el aparato. Soltándole las ligaduras, lo arrastró de debajo de los árboles, y subiendo a la cubierta probó los diversos reguladores. El motor se ponía en marcha al primer contacto y zumbaba suavemente; los depósitos de flotación estaban repletos, y el vehículo respondía perfectamente a los reguladores de la altura. No se necesitaba más que una hélice para dejarlo en condiciones de hacer el largo viaje a Helium. Gahan se agitó con impaciencia; no se podía encontrar una hélice en mil haads a la redonda. Pero ¿qué importaba? Aun sin hélice, la nave respondía a lo que su plan requería de ella... con tal que los aprehensores de Tara de Helium no tuvieran naves, y nada veía que pudiera sugerir que las tenían. La arquitectura de sus torres y recintos le aseguraba de que no las poseían.

Había llegado la brusca noche barsoomiana. Cluros marchaba majestuosamente por el alto cielo. El retumbante rugido de un banth repercutió entre las colinas. Gahan de Gathol dejó que la nave se elevara algunos pies, y luego, cogiendo una cuerda de proa, saltó a tierra por un costado de la nave. A remolque, la pequeña nave parecía ahora un juguete, y como Gahan marchaba con rapidez hacia la cumbre de la colina de Barsoom, el aparato flotaba detrás de él tan suavemente como un cisne en un lago tranquilo.

Descendiendo la colina, el gatholiano torció sus pasos hacia la torre, confusamente visible a la luz de la luna. Detrás de él resonaba más cercano el rugido del banth cazador. Se preguntó si la fiera le buscaría a él o estaría siguiendo alguna otra presa. No podía ser entretenido ahora por ninguna fiera hambrienta, pues no sabía lo que en ese momento podría ocurrirle a Tara de Helium, por lo cual aceleró sus pasos. Pero cada vez se aproximaban más los horribles alaridos del carnívoro, y ahora oyó las rápidas pisadas de patas carnosas por la loma de la colina opuesta a él. Echó hacia atrás una mirada, con el tiempo preciso para ver a la fiera arrancar en una rápida acometida. Echó mano al puño de su espada larga; pero no la desenvainó, pues en el mismo instante vio la inutilidad de la resistencia armada, puesto que tras el primer banth llegó una manada de lo menos doce. Sólo quedaba una alternativa frente a una inútil resistencia, y a ella se agarró en cuanto vio el número abrumador de sus antagonistas.

Saltando ligeramente desde el suelo trepó por la cuerda hacia la proa del aparato. Su peso hizo descender algo la nave, y, en el mismo instante en que se arrojaba a la cubierta por la proa de la nave, el primer banth saltó por la popa. Gahan se puso en pie de un salto y se lanzó hacia la gran fiera con la esperanza de desalojarla antes que consiguiese encaramarse a bordo. Al mismo tiempo, vio que otros banths corrían

hacia ellos con la evidente intención de seguir a su jefe a la cubierta del aparato. Si alcanzaran éste, cualquiera que fuese su número, estaría perdido. Sólo había una esperanza. Abalanzándose al regulador de ascenso, Gahan lo abrió por completo. Al mismo tiempo, tres banths se arrojaban sobre la cubierta.

La nave se elevó rápidamente. Gahan sintió el chocar de un cuerpo contra la quilla, seguido de los apagados golpes de los grandes cuerpos al caer a tierra. No le había sobrado mucho tiempo. Ahora, el jefe de los banths había ganado la cubierta y permanecía en la popa con los ojos centelleantes rechinando las mandíbulas. Gahan sacó su espada. La fiera, desconcertada, probablemente por la novedad de su posición, no atacaba. En vez de hacerlo, se arrastraba lentamente hacia lo que consideraba su presa. La nave seguía elevándose, y Gahan pisó el regulador para detener el ascenso. No quería arriesgarse a que una corriente de aire más alta le alejara de allí. La nave se movía lentamente hacia la torre, llevada hacia allá por el impulso del pesado cuerpo del banth que saltaba en la popa.

Gahan contemplaba el lento avance del monstruo, su boca babeante, la perversa expresión de su cara diabólica. La fiera, encontrando estable la cubierta, parecía ganar confianza; pero entonces Gahan saltó súbitamente al otro costado, y el efecto fue que el pequeño aparato se inclinara bruscamente. El banth se escurrió y se clavó frenéticamente las garras sobre la cubierta. Gahan saltó con la espada desnuda; la gran fiera se detuvo y se alzó sobre sus patas traseras, para abalanzarse sobre aquel presuntuoso mortal que se atrevía a disputarle su derecho a la carne que apetecía; pero entonces Gahan saltó hacia el lado opuesto de la cubierta. El banth se desplomó de costado, en el mismo instante que intentaba saltar; una garra pasó rozando junto a la cabeza de Gahan, a la vez que su espada se clavaba en el salvaje corazón, y cuando el guerrero arrancó la hoja del cuerpo inerte, éste se deslizó silenciosamente por un costado del navío.

Una rápida mirada hacia abajo mostró que la aeronave se dirigía hacia la torre adonde había visto Gahan llevar a la prisionera. En unos momentos se hallaría precisamente sobre ella. Gahan apagó el regulador e hizo descender el aparato hacia tierra, donde continuaban los banths enardecidos aún por su presa. Descender fuera del recinto equivalía a una muerte segura, mientras que dentro de él veía muchas formas amontonadas en el suelo, como durmiendo. La nave flotaba ahora a pocos metros sobre el muro del recinto. No había otro camino que arriesgarlo todo en una intrépida apuesta con la fortuna o dejarse impeler impotentemente sin ninguna esperanza de volver al valle infestado de banths, en el cual oía ahora, procedentes de muchos puntos, los rugidos y los gruñidos de los feroces leones barsoomianos.

Deslizándose por un costado del aparato, Gahan descendió por la cuerda del ancla hasta que sus pies tocaron la parte superior del muro, donde no le fue difícil detener el lento impulso de la nave. Luego tiró del ancla y la arrojó por dentro del recinto. No

notó aún ningún movimiento en los durmientes que había abajo: yacían como muertos. Débiles luces brillaban por las aberturas de la torre; pero no había señales de guardián o de habitantes en vela. Agarrándose a la cuerda. Gahan descendió al recinto, donde vio de cerca, por primera vez, a las criaturas que yacían allí y que él creía dormidas.

Con una entrecortada exclamación de horror, Gahan retrocedió ante los cuerpos sin cabeza de los rykors, Al principio creyó que eran los cuerpos de hombres como él que habían sido decapitados, lo cual ya era bastante desagradable; pero cuando los vio moverse y comprendió que estaban dotados de vida, su horror y su repugnancia se acrecentaron.

Aquí encontró, pues, la explicación de lo que había presenciado por la tarde cuando Tara de Helium había golpeado la cabeza de su aprehensor y Gahan vio a la cabeza volver, arrastrándose hacia su cuerpo. ¡Y pensar que la perla de Helium se hallaba en poder de seres tan repugnantes!... Gahan se estremeció otra vez; pero se apresuró a sujetar el aparato, trepó de nuevo a cubierta y le hizo descender al suelo del recinto. Luego marchó a grandes pasos hacia una puerta que había en la base de la torre, pasó ligeramente por encima de las reclinadas figuras de los inconscientes rykors, y, atravesando el umbral, desapareció dentro.

CAPÍTULO VIII



Tarea terminada

Ghek, tercer capataz de los campos de Luud en otros días más felices, rumiaba ahora su cólera y su humillación. Algo acababa de despertarse dentro de él, cuya existencia ni siquiera había soñado nunca. ¿Tenía alguna relación la influencia de la cautiva con esta inquietud y este descontento? No lo sabía. Echaba de menos la consoladora influencia del sonido que ella llamaba cantar. ¿Podría ser que hubiera otras cosas más deseables que la fría lógica y el immaculado poder del cerebro? ¿Era más deseable la imperfección bien equilibrada que el alto desarrollo de una sola característica? Pensó en el gran cerebro final hacia el cual tendían todos los kaldanes. Sería sordo, mudo y ciego. Mil hermosas extranjeras podrían cantar y danzar en torno suyo; pero no obtendría ningún placer del canto o de la danza, puesto que no poseía facultades perceptivas. Ya se habían privado los kaldanes de la mayoría de las compensaciones de los sentidos. Ghek se preguntó si se ganaría mucho llevando aún más allá la renunciación, y con esta idea se presentó una duda respecto a todo el edificio de su teoría. Después de todo, quizá tuviera razón la muchacha. ¿Qué objeto podría tener un gran cerebro sepultado en las entrañas de la tierra?

Y él, Ghek, iba a morir por esta teoría. Luud lo había decretado. La injusticia de esto le ahogaba de rabia; pero se veía desvalido, no tenía escapatoria. Más allá del recinto le aguardaban los banths; dentro de él, su propia casta, igualmente despiadada y feroz. No existía entre ellos el amor, la lealtad o la amistad; eran cerebros íntegros. Podía matar a Luud; pero ¿qué ganaba con ello? Le soltaría a otro rey de su cámara sellada y Ghek moriría. El lo ignoraba; pero ni siquiera le quedaba la pobre satisfacción de la venganza satisfecha, puesto que no era capaz de albergar un sentimiento tan recóndito.

Ghek, subido en su rykor, se puso a dar paseos por la cámara de la torre en que se le había ordenado permanecer. En circunstancias ordinarias hubiese aceptado la sentencia de Luud con perfecta ecuanimidad, puesto que no era sino el resultado lógico de la razón; pero ahora le parecía distinto. La extraña mujer le había hechizado. La vida se le aparecía como algo agradable: había en ella grandes posibilidades. El sueño del cerebro final había retrocedido en su espíritu, entre una tenue niebla, a un segundo término.

En ese momento apareció en la entrada de la cámara un guerrero rojo con la espada desnuda. Era una reproducción varonil de la prisionera, cuya dulce voz había minado la fría razón calculadora del kaldane.

—¡Silencio! —advirtió el recién llegado, con las rectas cejas unidas en un ceño siniestro y moviendo amenazadoramente la punta de su larga espada ante los ojos del kaldane—. Busco a la mujer, a Tara de Helium. ¿En dónde está? Dímelo. Si aprecias tu vida, habla pronto y sin mentir.

¡Si apreciaba su vida! Era una verdad que Ghek acababa de aprender. Reflexionó rápidamente; después de todo, para algo sirve un gran cerebro. Quizá hallara aquí el modo de eludir la sentencia de Luud.

—¿Eres de su casta? —preguntó—. ¿Vienes a rescatarla?

—Sí.

—Entonces, escucha. Yo la he protegido, y a causa de esto voy a morir. Si te ayudo a libertarla, ¿me llevaréis con vosotros?

Gahan de Gathol miró a la fantástica criatura de pies a cabeza: el cuerpo perfecto, la grotesca cabeza, el inexpresivo rostro. Entre seres como éste había estado cautiva durante días y días la hermosa de Helium.

—Si vive y está bien —dijo— te llevaré con nosotros.

—Cuando se la llevaron de mi lado estaba viva e ilesa —repuso Ghek—. No puedo decir lo que haya ocurrido desde entonces. Luud envió por ella.

—¿Quién es Luud? ¿Dónde está? Conduceme a él.

Gahan hablaba rápidamente, con tonos vibrantes de autoridad.

—Vamos, entonces —dijo Ghek enseñando el camino desde la habitación y bajando una escalera hacia las madrigueras subterráneas de los kaldanes—. Luud es mi rey. Te conduciré a sus cámaras.

—¡Deprisa! —le instó Gahan.

—Envaina la espada —advirtió Ghek—. para que si nos cruzamos con otros de mi clase pueda decirles que sois un nuevo prisionero con alguna probabilidad de que me crean.

Gahan hizo lo que se le pedía; pero advirtiendo al kaldane que su mano estaba siempre presta en el puño de su daga.

—No tienes que temer una traición —dijo Ghek—. Eres mi única esperanza de vida.

—Y si me engañas —le advirtió Gahan— te prometo una muerte tan segura como la que puede garantizarte tu rey.

Ghek no respondió; pero marchó rápidamente por los tortuosos corredores subterráneos, y Gahan empezó a comprender cuan verdaderamente se hallaba en manos de este extraño monstruo. Si el sujeto le resultara traidor, de nada le serviría a Gahan matarle, puesto que sin su guía el hombre rojo nunca podría esperar desandar

su camino hacia la torre y la libertad.

Dos veces se encontraron con otros kaldanes y fueron abordados por ellos; pero en ambas ocasiones, la sencilla declaración de Ghek de que llevaba a Luud un nuevo prisionero pareció alejar toda sospecha. Por fin llegaron a la antecámara del rey.

—Aquí, hombre rojo, tendrás que luchar ahora, si alguna vez luchas —susurró Ghek—. ¡Entra ahí! —y señaló a la puerta que había ante ellos.

—¿Y tú? —preguntó Gahan temiendo aún una traición.

—Mi rykor es fuerte —repuso el kaldane—. Yo te acompañaré y lucharé a tu lado. Lo mismo da morir así que torturado por la voluntad de Luud. ¡Vamos!

Pero Gahan había atravesado ya la estancia y entraba en la otra cámara. En el lado opuesto de ésta había una abertura circular guardada por dos guerreros. Tras esta abertura pudo ver dos figuras que luchaban en el suelo, y la fugaz visión que tuvo del semblante de una de ellas le dotó a Gahan de la fuerza de diez guerreros y de la ferocidad de un banth herido. Era Tara de Helium que luchaba por su honor o por su vida.

Los guerreros, asombrados por la inesperada aparición de un hombre rojo, permanecieron en mudo asombro, y en ese momento, Gahan cayó sobre ellos y uno se desplomó con el corazón atravesado.

—Golpea en las cabezas —susurró la voz de Ghek al oído de Gahan.

Este vio que la cabeza del guerrero caído se arrastraba rápidamente por la abertura que conducía a la cámara donde había visto a Tara de Helium entre las garras de un cuerpo sin cabeza. Entonces la espada de Ghek arrancó de su rykor el kaldane del guerrero que quedaba y Gahan atravesó con su espada la repulsiva cabeza.

Instantáneamente, el guerrero rojo se precipitó por la abertura, y, pegado a él, Ghek lo siguió.

—No mires a los ojos de Luud —le advirtió el kaldane—, o estarás perdido.

Dentro de la cámara, Gahan vio a Tara de Helium entre las garras de un cuerpo corpulento, mientras junto a la pared del lado opuesto se acurrucaba la repugnante araña de Luud. Instantáneamente comprendió el rey lo que le amenazaba y trató de clavar sus ojos en los de Gahan; al hacerlo, se vio obligado a aflojar la concentración de su mirada del rykor, entre cuyos brazos luchaba Tara, de modo que, casi inmediatamente, la muchacha pudo desprenderse del horrendo ser sin cabeza.

Al ponerse rápidamente en pie vio por primera vez la causa de la interrupción de los planes de Luud. ¡Un guerrero rojo! Su corazón saltó de alegría y de agradecimiento. ¿Qué milagro del Destino se lo había enviado? No reconocía, sin embargo, a este guerrero fatigado, de sencillo correa, que no ostentaba ni una sola piedra. ¿Cómo podría haber adivinado en él a la misma criatura resplandeciente de platino y diamantes que había visto durante una breve hora, en circunstancias tan distintas, en la Corte de su gran progenitor?

Luud vio que Ghek seguía al extraño guerrero dentro de la cámara. — ¡Derríbale! —ordenó el rey—. Derriba a este extranjero y te perdonaré tu vida.

Gahan echó una mirada al horrible rostro del rey.

—No le mires a los ojos —le advirtió Tara con un grito.

Pero era demasiado tarde. La repugnante mirada hipnótica del kaldane se había prendido ya a los ojos de Gahan. El guerrero rojo dio vacilantes pasos. La punta de su espada caía lentamente hacia el suelo. Tara miró hacia Ghek. Vio centellear sus inexpresivos ojos sobre la amplia espalda del extranjero; vio que la mano de su rykor se escurría furtivamente hacia el puño de su daga.

Entonces Tara de Helium alzó los ojos a lo alto y derramó las notas de la melodía más bella de Marte: La canción del Amor.

Ghek sacó la espada de la vaina. Sus ojos se volvieron hacia la joven que cantaba. La mirada de Luud fluctuó de los ojos del hombre al rostro de Tara, y en el mismo instante en que la canción de ésta apartó de su víctima la atención de Luud, Gahan de Gathol se sacudió, y en un supremo esfuerzo de voluntad obligó a mirar a sus ojos a la pared, por encima de la repugnante cabeza de Luud.

Ghek alzó su daga sobre el hombro derecho de Gahan, dio un paso hacia adelante y la dejó caer. La canción de la muchacha acabó en un grito ahogado a la vez, que saltaba hacia adelante con la evidente intención de frustrar los propósitos del kaldane; pero era demasiado tarde afortunadamente, pues un instante después comprendió el objeto del acto de Ghek al ver que la daga voló de su mano, y, pasando sobre el hombro de Gahan, se hundió hasta el puño en la blanda cara de Luud.

—¡Vamos! —gritó el asesino—. No tenemos tiempo que perder.

Y partió hacia la abertura, por donde habían entrado a la cámara; pero detuvo sus pasos al fijarse en la figura del potente rykor, que yacía postrado en el suelo: el rykor de un rey, el más hermoso, el más fuerte que los criaderos de Bantoom podían producir. Ghek comprendió que en su fuga sólo podría llevar un rykor, y no había en Bantoom ninguno que le sirviera mejor que este gigante que yacía allí. Rápidamente se trasladó a los hombros del enorme objeto inerte.

Éste se transformó instantáneamente en una criatura sensible, llena de vibrante vida y de activa energía.

—Ahora —dijo el kaldane— ya estamos listos. Que vuelva cualquiera a impedirme algo.

A la vez que hablaba se agachó y se arrastró hacia la otra cámara, mientras Gahan, cogiendo a Tara del brazo, le hizo señas de que le siguiera. La joven le miró de lleno a los ojos por primera vez.

—Los dioses de mi país han sido magnánimos —dijo—. Has llegado a tiempo. Al agradecimiento de Tara de Helium se unirá el del Guerrero de Barsoom y el de su pueblo. Vuestra recompensa excederá vuestro mayor deseo.

Gahan de Gathol vio que no le reconocía, y rápidamente reprimió el caluroso saludo que había asomado a sus labios.

—Seas Tara de Helium o cualquier otra mujer —repuso—, es lo mismo; servir, de este modo a una mujer roja de Barsoom es de por sí suficiente recompensa.

A la vez que hablaban, la muchacha caminaba por la abertura detrás de Ghek, y poco después, los tres abandonaban los departamentos de Luud y marchaban rápidamente hacia la torre, a lo largo de los tortuosos corredores. Ghek les instaba repetidamente a que se dieran más prisa; pero los hombres rojos de Barsoom nunca ansiaron la retirada, por lo que al kaldane le parecía que los dos que le seguían marchaban demasiado despacio.

—No hay nadie delante que pueda impedir nuestro avance —alegó Gahan—; así que ¿por qué agotar las fuerzas de la princesa con un apresuramiento innecesario?

. — Yo no temo mucho la oposición de delante, pues no hay allí nadie que sepa lo que ha ocurrido esta noche en las cámaras de Luud; pero el kaldane de uno de los guerreros que montaban la guardia ante el departamento de Luud se escapó, y podéis tener la seguridad de que no ha tardado en buscar ayuda. Si no han llegado antes que nosotros partiéramos, ha sido por la rapidez con que se han desarrollado los acontecimientos en la cámara del rey [2]. Mucho antes que lleguemos a la torre estarán sobre nosotros y vendrán en número muy superior al nuestro, y con grandes y potentes rykors; lo sé bien.

No tardó en cumplirse la profecía de Ghek. Poco después el ruido de la persecución se hizo perceptible por el distante rechinar de los correajes y los silbidos de alarma de los kaldanes.

—La torre está a muy poca distancia —gritó Ghek—. Apresuraos cuanto podáis, y si somos capaces de obstruirles la entrada hasta que salga el sol, podremos escapar.

—No necesitamos hacer ninguna obstrucción, pues no nos detendremos en la torre —repuso Gahan, caminando con más rapidez, pues comprendía, por el volumen del ruido, que venía tras ellos un gran número de sus perseguidores.

—Pero no podemos ir esta noche más allá de la torre —insistió Ghek—. Fuera de ella nos esperan los banths y la muerte segura.

Gahan sonrió.

—No hay que temer a los banths-les aseguró—. Como podamos alcanzar el recinto con algo de ventaja sobre nuestros perseguidores, no tendremos nada que temer de ningún poder maléfico de este maldito valle.

Ghek no respondió, ni su inexpresivo rostro mostró esperanza o escepticismo. La joven miró a la cara de Gahan interrogativamente; no comprendía.

—Tu aparato —dijo él— está amarrado delante de la torre.

El rostro de la joven se iluminó de alegría y de alivio.

—¿Le habéis hallado? —exclamó— ¡Qué buena suerte!

—Fue una verdadera suerte —repuso él—, puesto que no sólo me señaló que estabas prisionera aquí, sino que me salvó de los banths cuando cruzaba el valle desde las colinas hacia esta torre, a la que esta tarde vi que te llevaban después de vuestra intrépida tentativa de fuga.

—¿Cómo supiste que era yo? —le preguntó la joven escudriñando su rostro con mirada intrigada, como si tratara de recordar entre pasados recuerdos alguna escena en que él apareciera.

—¿Quién no conoce la pérdida de la princesa Tara de Helium?' repuso Gahan—. Cuando vi la divisa de tu aparato supe que eras tú, si bien no lo sabía cuando te vi entre ellos en el campo momentos antes. Estaba a demasiada distancia para estar seguro de si su cautivo era hombre o mujer. Si la casualidad no me hubiera mostrado el escondite de tu aparato, me habría alejado de aquí, Tara de Helium. Me estremezco al pensar lo poco que ha faltado. Si no hubiera sido por el momentáneo reflejo del sol en la esmaltada divisa de la proa de tu aparato, habría pasado sin saberlo.

La joven se estremeció.

—Los dioses te enviaron —susurró respetuosamente.

—Los dioses me enviaron, Tara de Helium —repuso él.

—Pero no te reconozco —dijo—. He intentado recordarte y no lo he conseguido ¿Cuál es tu nombre?

—No es extraño que tan alta princesa no recuerde la cara de todo un panthan vagabundo de Barsoom —repuso él con una sonrisa.

—Pero ¿tu nombre? —insistió la joven.

—Llámame Turan —repuso él, pues había pensado que si Tara de Helium le reconocía como el hombre cuya impetuosa declaración de amor la había encolerizado aquel día en los jardines del Guerrero, su situación se tornaría infinitamente menos soportable que si le consideraba absolutamente extraño.

Además, como un simple panthan[3] podía conseguir, con su lealtad y fidelidad, un mayor grado de su confianza y un lugar en su estima, que parecían habersele cerrado al resplandeciente jed de Gathol.

Habían llegado ya a la torre, y al entrar en ella desde el corredor subterráneo, una mirada hacia atrás les reveló la vanguardia de sus perseguidores: horribles kaldanes sobre ligeros y fuertes rykors. Con toda la rapidez que pudieron ascendieron las escaleras que conducían al piso bajo; pero tras ellos, más rápidamente aún, venían los esbirros de Luud.

Ghek mostraba el camino, llevando cogida una mano de Tara para guiarla y ayudarla más fácilmente, mientras Gahan de Gathol los seguía algunos pasos detrás, con la desnuda espada dispuesta para el asalto que comprendían había de alcanzarles antes de llegar al recinto y al aparato.

—Que Ghek se ponga a tu lado —dijo Tara— y luce contigo.

—En estos estrechos corredores sólo hay sitio para una espada —repuso el gatholiano—. Apresúrate con Ghek y alcanza la cubierta del aparato. Ten la mano en el regulador, y si salgo delante de ellos con la suficiente ventaja para coger el cable colgante, podéis ascender a mi voz y yo treparé a cubierta cuando pueda; pero si alguno de ellos aparece en el recinto antes que yo, eso os dirá que nunca saldré y os elevaréis rápidamente, en espera de que los dioses de nuestros antepasados os den una suave brisa que os lleve a un país más hospitalario.

Tara de Helium movió la cabeza.

—Nosotros no te abandonaremos, panthan —dijo.

Gahan, ignorando su respuesta, habló a Ghek por encima de la cabeza de ella.

—Llévala a la nave amarrada en el recinto —ordenó—; es nuestra única esperanza. Yo solo podré alcanzar la cubierta, pero si tengo que esperaros en el último momento ninguno de nosotros tendrá probabilidades de escapar. Haz lo que digo.

Su tono era altivo y arrogante: el tono de un hombre que ha mandado a otros desde la cuna y cuya voluntad ha sido ley. Tara de Helium sintió cólera y humillación. No estaba acostumbrada a que la mandasen ni a que no la hicieran caso; pero, a pesar de todo su orgullo real, no era una necia y comprendió que aquel hombre tenía razón y que arriesgaba su vida por salvar la suya; así que se apresuró con Ghek como se le pedía, y tras la primera oleada de cólera sonrió, comprendiendo que aquel hombre no era más que un rudo guerrero sin instrucción, no adiestrado en las delicadas costumbres de las cortes ilustradas. Su corazón era, sin embargo, de alta cuna: un corazón valiente y leal, y alegremente le perdonó la ofensa de su tono y sus modales. ¡Pero qué tono!

El recordarlo le causó una súbita vacilación. Los panthans eran hombres rudos y ágiles; a menudo se elevaban a puestos de alto mando, por lo que no era el tono autoritario de la voz de aquel sujeto lo que le parecía extraño: era otra cosa: una cualidad indefinible y, sin embargo, tan clara como si le fuera familiar. Esta cualidad la había percibido antes en la voz de su bisabuelo, Tardos Mors, jeddak de Helium, al dar órdenes, y en la de su abuelo Mors Kajak, el jed, y en los resonantes tonos de su ilustre progenitor, John Carter, Señor de la Guerra de Barsoom, cuando se dirigía a sus guerreros.

Pero ahora no tenía tiempo para reflexionar sobre cosa tan trivial, pues oyó el súbito chocar de armas y comprendió que Turan, el panthan, había cruzado su espada con el primero de sus perseguidores. Al mirar hacia atrás aún le veía en una vuelta de la escalera; así que pudo observar el rápido duelo que siguió. Hija de uno de los más grandes espadachines de Barsoom, conocía los más sutiles detalles de la esgrima. Cuando contempló, desde arriba, el cuerpo casi desnudo de Gahan, cubierto sólo por el más sencillo y menos domado de los correajes y vio el movimiento de sus flexibles

músculos bajo la piel de rojo bronceo y presencié el juego rápido y delicado de la punta de su espada, a su sensación de agradecimiento se unió una espontánea admiración, que no era sino el tributo natural de una mujer a la destreza y al valor, y tal vez un poquito a la hermosura y fuerza varoniles.

Tres veces cambió de posición la hoja del panthan: una para parar un tajo salvaje, otra para hacer una finta y otra para clavar. Al arrancarla de esta última posición el kaldane cayó sin vida de su vacilante rykor, y Turan descendió rápidamente la escalera para enfrentarse al que venía detrás; entonces Ghek se llevó a Tara hacia arriba y en una vuelta de la escalera ésta perdió de vista al panthan luchador, pero todavía oía el chocar de los aceros, el chirriar de los correajes y el agudo silbido de los kaldanes. Su corazón le inducía a volver al lado de su valiente defensor, pero su razón le decía que podría servirle mejor hallándose dispuesta en el regulador del aparato en el momento en que él alcanzara el recinto.

CAPÍTULO IX



A la deriva sobre regiones extrañas

Poco después, Ghek empujó una puerta que se abría desde la escalera y Tara vio ante ellos la luz de la luna, que inundaba el patio vallado donde yacían los rykors sin cabeza junto a sus cubetas de comida. Vio los cuerpos perfectos, tan musculosos como los del mejor guerrero de su padre, y las hembras, cuyas figuras hubieran causado la envidia de muchas de las mujeres más hermosas de Helium. ¡Ah, si pudiera dotarlos de facultad de acción! Entonces podría asegurarse la salvación del panthan; pero sólo eran pobres masas de barro y ella no tenía facultad para dotarlos de vida. Siempre debían permanecer así hasta que fueran dominados por el frío y cruel cerebro del kaldane.

La muchacha suspiró con compasión, aunque se estremeció con repugnancia cuando rebuscó su camino hacia el aparato por entre las desparramadas criaturas. Rápidamente subieron ella y Ghek a la cubierta cuando el último cortó las amarras. Tara probó el regulador subiendo y bajando el aparato algunos metros dentro del espacio vallado; respondía perfectamente. Luego lo hizo descender al suelo y esperó. De la puerta abierta llegaba el ruido de la lucha, ya acercándose a ellos, ya retrocediendo. La muchacha, que había presenciado la destreza de su paladín, temía poco el resultado. Sólo un enemigo podía hacerle frente cada vez en la angosta escalera; tenía la ventaja de la posición y la defensiva y era un maestro con la espada, mientras los kaldanes eran en comparación, desmañados y toscos, y su única ventaja consistía en el número, a no ser que encontraran medio de caer sobre él por detrás.

Al pensarlo palideció. Si le hubiera visto se habría inquietado más, pues Gahan no aprovechaba muchas oportunidades para acercarse al recinto. Luchaba fríamente, pero con una salvaje persistencia que se parecía poco a la acción puramente defensiva. Saltaba con frecuencia sobre el caído cuerpo de un enemigo para lanzarse contra el que venía detrás, y una vez quedaron tras él cinco kaldanes muertos: tanto era lo que había hecho retroceder a sus adversarios. No lo sabían estos kaldanes contra quienes luchaba, ni lo sabía la joven que le esperaba sobre el aparato; pero Gahan de Gathol se hallaba empeñado en algo más halagüeño que la consecución de la libertad, pues estaba vengando los agravios que había recibido la mujer que amaba.

Pero poco después comprendió que podía estar comprometiendo inútilmente la

seguridad de ella, por lo que derribó a otro ante él, y volviéndose, subió rápidamente la escalera, mientras los primeros kaldanes se deslizaban por el suelo cubierto de cerebros y se escurrían al salir en su persecución.

Gahan llegó al recinto veinte pasos delante de ellos y corrió hacia el aparato.

—¡Sube! —gritó a la joven—. Yo ascenderé por el cable.

Lentamente, la pequeña nave se levantó del suelo mientras Gahan saltaba por los cuerpos inertes de los rykors que encontraba en su camino. El primero de los perseguidores salió de la torre en el mismo momento en que Gahan agarraba la colgante cuerda.

—¡Más de prisa —gritó a la joven—, o nos arrastrarán abajo!

Pero el aparato apenas parecía moverse, aunque, en realidad, se elevaba con toda la rapidez que podía esperarse de un aparato de un solo tripulante cargado con tres. Gahan se balanceó en libertad sobre el remate del muro, pero el extremo de la cuerda arrastraba aún por el suelo cuando llegaron los kaldanes. Salían de la torre al recinto en un raudal incesante. El que iba delante cogió la cuerda.

—¡Pronto! —gritó—. Agarraos aquí y los arrastraremos abajo.

Sólo necesitó el peso de unos pocos para realizar su deseo. La nave se detuvo en su vuelo y luego la joven sintió, horrorizada que le hacían descender constantemente. También Gahan comprendió el peligro y la necesidad de obrar rápidamente. Agarrándose con la mano izquierda a la cuerda, se lió una pierna en ésta dejando libre la mano derecha para manejar su larga espada, que aún no había envainado. Un tajo hacia abajo hendió la blanda cabeza de un kaldane y otro cortó la tensa cuerda bajo los pies del panthan. La joven oyó una súbita renovación de los penetrantes silbidos de sus enemigos y al mismo tiempo observó que la nave se elevaba de nuevo. Lentamente ascendió fuera del alcance del enemigo, y un momento más tarde vio la figura de Gahan encaramándose por un costado. Por primera vez desde hacía muchas semanas, su corazón rebotó de alegría y agradecimiento; pero su primer pensamiento fue de otra índole.

—¿No estás herido? —preguntó.

—No, Tara de Helium —repuso él—. Apenas eran dignos del esfuerzo de mi hoja, y sus espadas nunca fueron una amenaza para mí.

—Podían haberte matado fácilmente-dijo Ghek—. Tan grande y desarrollado es el poder de la razón entre nosotros, que antes de que les tirarais un golpe habrían sabido, con exactitud, adonde intentaríais lógicamente herirlos, por lo que habrían podido parar todos vuestros golpes y hallar fácilmente un resquicio hacia vuestro corazón.

—Pero no lo hicieron, Ghek —le recordó Gahan—. Su teoría del desarrollo es falsa, puesto que no tiende a un conjunto perfectamente equilibrado. Vosotros habéis desarrollado el cerebro y habéis descuidado el cuerpo, y nunca podréis hacer con las manos de otro lo que yo puedo hacer con las mías. Las mías están ejercitadas en la

espada: cada músculo responde instantánea y puntualmente, casi de modo mecánico, a la necesidad del momento. Apenas sé objetivamente que pienso mientras lucho, pues tan rápidamente se aprovecha la punta de mi espada de todo resquicio o salta en mi defensa cuando estoy amenazado, que casi es como si el frío acero tuviera ojos y cerebro. Con vuestro cerebro kaldane, y vuestro cuerpo rykor, nunca esperaríais conseguir, en el mismo grado de perfección, las cosas que yo puedo conseguir. El desarrollo del cerebro no será la suma total del esfuerzo humano. Los pueblos más ricos y más felices serán aquellos que se acerquen más a la equilibrada perfección de la inteligencia y el cuerpo, y aun esta perfección no deberá ser excesiva. En la perfección absoluta y general se encuentra la asfixiante monotonía y la muerte. La Naturaleza debe tener contrastes: debe tener sombras, así como vivas luces; tristeza lo mismo que felicidad, errores y aciertos y pecados y virtudes.

—Siempre se me ha enseñado de modo diferente —repuso Ghek—, pero desde que he conocido a esta mujer y a ti, de otra raza, he llegado a creer que puede haber otros tipos de vida tan elevados y deseables como los de los kaldanes. He tenido por lo menos un destello de lo que llamáis felicidad y comprendo que puede ser bueno, aun cuando yo no tengo medios para expresarlo. No puedo reír ni sonreír, y, sin embargo, percibo en mi interior, cuando esta mujer canta, una sensación de alegría... una sensación que parece desplegar ante mí maravillosas perspectivas de belleza e insospechado placer que superan con mucho las frías alegrías de un cerebro que funciona perfectamente. Quisiera haber nacido de vuestra raza.

Envuelto en una suave corriente de aire, el aparato era impulsado lentamente hacia el nordeste a través del valle de Bantoom. Bajo ellos quedaban los campos sembrados y pasaban una tras otra las extrañas torres de Moak y Nolach y los demás reyes de los enjambres que habitaban esta fantástica y terrible región. Dentro de los recintos que rodeaban a las torres serpeaban los rykor, aquellos seres repulsivos sin cabeza. hermosos y, sin embargo, horribles.

—He ahí una lección —observó Gahan señalando a los rykors de un recinto, sobre el que pasaban ahora —para esa minoría, afortunadamente pequeña, de nuestra raza que adora la carne y hace del apetito un dios. Tú los conoces, Tara de Helium; hace dos semanas podían decirte exactamente lo que comerían a mediodía y cómo estaría acondicionado el lomo del thoat y la bebida que les servirían con la carne del zitidar.

Tara de Helium se echó a reír.

—Pero ninguno de ellos podría decirte el nombre del que este año se llevó el premio del jeddak en el templo de la Belleza —dijo—. Como el de los rykors, su desarrollo no está equilibrado.

—Son, en verdad, afortunados aquellos en quienes se combina un poco de bien y un poco de mal; un pequeño conocimiento de muchas cosas ajenas a sus propias

ocupaciones; una capacidad para amar y una capacidad para odiar, pues éstos pueden examinar todo con tolerancia, sin ser influidos por el egoísmo de todos aquellos cuya cabeza se inclina tanto hacia un lado, que todo su cerebro gira alrededor de ese punto.

Al cesar de hablar Gahan, Ghek hizo un pequeño ruido con la garganta, como queriendo llamar su atención.

—Habláis como quien ha meditado sobre muchas cuestiones ¿Es posible, pues, que vosotros, los de la raza roja, encontréis placer en la meditación? ¿Conocéis las alegrías de la introspección? ¿Forman parte de vuestras vidas la razón y lógica?

—Sin duda —repuso Gahan pero no hasta el extremo de ocuparnos todo el tiempo... al menos objetivamente. Tú, Ghek, eres un ejemplo del egoísmo de que hablaba. Porque tú y tu casta consagráis vuestras vidas a la adoración de la inteligencia, creéis que no piensa ninguno de los seres creados. Probablemente no lo hacemos en el sentido que vosotros, que sólo pensáis en vosotros mismos y en vuestros grandes cerebros. Nosotros pensamos en muchas cosas que conciernen al bienestar de un mundo. Si no hubiera sido por los hombres rojos de Barsoom hubieran perecido en el planeta hasta los kaldanes, pues si bien pueden vivir sin aire, los cuerpos de que depende su existencia no pueden vivir sin él; y hace muchos siglos que no hubiera habido aire suficiente en todo Barsoom si un hombre rojo no hubiese planeado y construido la gran fábrica de la atmósfera, que dio nueva vida a un planeta moribundo. ¿Qué han hecho todos los cerebros de todos los kaldanes que pueda compararse a esa sola idea de un solo hombre rojo?

Ghek estaba estupefacto. Como kaldane, sabía que los cerebros estudiaban la suma total de la perfección universal, pero nunca se le había ocurrido que pudiera emplearse con fines prácticos y provechosos. Volvió la cabeza y contempló el valle de sus antepasados a través del cual se deslizaba lentamente; ¿hacia qué mundo desconocido? Sabía que sería un verdadero dios entre sus inferiores; pero una duda le asaltaba. Era evidente que estos dos seres de otro mundo estaban dispuestos a poner en duda su preeminencia. A través de su gran egocentrismo se filtraba la sospecha de que le protegían, tal vez, incluso, que le compadecían. Entonces empezó a preguntarse qué iba a ser de él. Ya no tendría muchos rykors a su disposición. Sólo tendría éste, y cuando muriera no tendría otro; cuando se fatigara, Ghek tendría que quedar casi impotente mientras descansara. Deseó no haber visto nunca a esta mujer roja. Sólo le había traído el descontento y el deshonor y ahora el destierro. Poco después, Tara de Helium empezó a tararear una canción, y Ghek, el kaldane, se alegró.

Marchaban suavemente bajo las vaporosas lunas sobre las locas sombras de una noche marciana. El rugido de los banths llegaba a sus oídos cada vez más apagado, a medida que la nave se alejaba de los límites de Bantoom, dejando tras de sí los horrores de aquella malaventurada región. Pero ¿adonde eran llevados? La joven

miró al panthan, sentado con las piernas cruzadas en la cubierta del pequeño aparato, que escrutaba la noche desde la proa, absorto, al parecer, en sus meditaciones.

—¿Dónde estamos? preguntó ella—. ¿Hacia dónde vamos?

Turan encogió sus anchos hombros.

—Las estrellas me dicen que marchamos hacia el nordeste —repuso—; pero no puedo adivinar en dónde estamos ni qué habrá en nuestro camino. Hace una semana podía haber jurado saber lo que se hallaba tras cada nueva colina que alcanzaba; pero ahora confieso, con toda humildad, que no tengo idea de lo que habrá dentro de una milla en cualquier dirección. Estoy extrañado, Tara de Helium; eso es cuanto puedo decirte.

Estaba sonriendo y la joven le devolvió la sonrisa. En el semblante de ésta había una ligera expresión de perplejidad: hallaba en la sonrisa de Turan algo inasequiblemente conocido. Había visto muchos panthans (iban y venían con arreglo a los combates de un mundo), pero a éste no le recordaba.

—¿De qué país eres, Turan? —preguntó bruscamente.

—¿No sabes, Tara de Helium —contesto él— que un panthan no tiene país? Hoy lucha bajo la bandera de un señor, mañana bajo la de otro.

—Pero cuando no luchas deberás obediencia a algún país —insistió ella—. ¿Qué bandera reconoces ahora?

Turan se levantó y se paró ante ella; luego, haciendo una reverencia, dijo:

—Si me acepta, serviré bajo la insignia de la hija del Señor de la Guerra, por ahora... y siempre.

La joven se adelantó y tocó su brazo con su delicada mano morena.

—Se aceptan tu servicios —dijo—; y si alguna vez llegamos a Helium, te prometo que tu recompensa será todo lo que tu corazón pueda desear.

—Serviré fielmente, esperando esa recompensa —dijo él; pero Tara de Helium no adivinó su pensamiento, creyendo que era un mercenario. Pues ¿cómo iba a adivinar la orgullosa hija del Señor de la Guerra que un simple panthan aspiraba a su mano y a su corazón?

La aurora les halló marchando rápidamente sobre un paisaje desconocido. El viento había aumentado durante la noche y les había llevado muy lejos de Bantoom. La región que cruzaban era árida e inhospitalaria. No se veía agua y la superficie de la tierra estaba cortada por profundas gargantas, mientras que en ningún sitio se descubría otra cosa que la más pobre vegetación. No veían vida de ninguna clase, ni había muestras de que la región pudiera soportar la vida.

Durante dos días marcharon sobre este horrible desierto. Se encontraban sin comida ni agua y sufrían sus ausencias. Ghek ya había abandonado provisionalmente su rykor, después de pedir la ayuda de Turan para sujetarle bien a la cubierta. Cuanto menos lo usara, menos se gastaría su vitalidad, y ya mostraba los efectos de las

privaciones. Ghek se arrastraba por el aparato como una gran araña; por el costado, bajo la quilla y subido a la barandilla delantera. Parecía hallarse tan cómodo en un sitio como en otro. En cambio, para sus compañeros eran pequeños los sitios, pues la cubierta de una nave para un solo tripulante no está hecha para tres.

Turan buscaba siempre desde la proa alguna señal de agua. Habrían de encontrar agua o esa planta que la produce y que hace posible la vida en muchas regiones de Marte que parecen áridas; pero no encontraron ni una ni otra en aquellos dos días, y la tercera noche se les echaba encima. La joven no se quejaba; pero Turan sabía que debía de sufrir, y su corazón se entristeció. Ghek era el que menos sufría y les explicó que su casta podía subsistir largos períodos sin comida ni agua. Turan casi le maldijo viendo ante él agotarse lentamente el cuerpo de Tara de Helium, mientras el horrible kaldane parecía tan lleno de vitalidad como siempre.

—Hay circunstancias —hizo notar Ghek— bajo las cuales un cuerpo grueso y material es menos deseable que un cerebro altamente desarrollado.

Turan le miró, pero no dijo nada. Tara de Helium sonrió débilmente.

—No se le puede censurar —dijo—; ¿no nos hemos mostrado un poco jactanciosos con el orgullo de nuestra superioridad... cuando teníamos lleno el estómago? —añadió.

—Tal vez haya algo que alegar en favor de su sistema —admitió Turan—. Si cuando nuestros estómagos piden comida y agua pudiéramos ponerlos a un lado, no dudo que lo haríamos.

—Yo no echaría ahora de menos al mío —asintió Tara—. Es una compañía bastante pobre.

Había amanecido un nuevo día revelando una comarca menos desolada y renovando sus debilitadas esperanzas. Súbitamente Turan saltó hacia adelante, señalando a proa.

—Mira, Tara de Helium —exclamó— ¡Una ciudad! Como yo soy un ga..., como soy Turan el panthan, aquello es una ciudad.

A lo lejos, las cúpulas, las murallas y las tenues torres de una ciudad brillaban bajo el sol naciente. Rápidamente, Turan cogió el regulador y la nave descendió con rapidez detrás de una hilera de bajas colinas intermedias, pues comprendía que no debían ser descubiertos hasta saber si los habitantes de la extraña ciudad eran amigos o enemigos. Tenía probabilidades de hallarse muy lejos de moradas amigas, por lo que Turan marchó con la máxima precaución; pero había una ciudad, y donde había una ciudad también habría agua, aunque aquélla estuviera desierta, y comida si estuviera habitada.

Para el hombre rojo, comida y agua, aunque se hallara en la ciudadela de un enemigo, significaban comida y agua para Tara de Helium. Lo aceptaría de amigos o se lo arrebataría a enemigos. Siempre que la hubiera, la tomaría; y en esto se

mostraba el egoísmo del guerrero, aunque Turan no lo veía, ni tampoco Tara, que procedía de un linaje de guerreros; pero Ghek podría haber sonreído si hubiera sabido cómo.

Turan dejó al aparato aproximarse a las colinas protectoras, y cuando no pudo avanzar más, sin temor de ser descubierto, llevó a tierra, suavemente, el aparato en un pequeño barranco, y saltando por la borda lo aseguró a un fuerte árbol.

Durante unos momentos discutieron sus planes: si sería mejor esperar donde estaban hasta que al amparo de la oscuridad pudieran aproximarse a la ciudad en busca de agua y comida, o aproximarse ahora, aprovechándose de los refugios que pudieran hasta conocer algo de la naturaleza de sus habitantes.

Finalmente prevaleció el plan de Turan. Se aproximarían cuando la seguridad lo permitiese, con la esperanza de hallar agua fuera de la ciudad y quizá también comida si no las encontraban, por lo menos podrían reconocer el terreno a la luz del día, y cuando llegara la noche, Turan se acercaría rápidamente a la ciudad con relativa seguridad, para proseguir la búsqueda de agua y comida.

Subiendo por la vertiente del barranco llegaron, por último, a la cumbre de la colina, desde la cual tuvieron una excelente perspectiva de aquella parte de la ciudad que se hallaba más próxima, mientras ellos quedaban ocultos por los arbustos tras los que estaban agachados, Ghek se había colocado en su rykor, que había sufrido menos que Tara o Turan por su forzoso ayuno.

La primera mirada a la ciudad, mucho más cerca ahora que cuando la habían descubierto, les reveló que estaba habitada. En muchas astas ondeaban banderas y estandartes. Las gentes se movían alrededor de las puertas que había ante ellos. Por las altas y blancas murallas pasaban centinelas con largos intervalos. Sobre las terrazas de los edificios más altos se veían mujeres que aireaban las sedas y las pieles de los lechos. Turan lo examinó todo en silencio durante algún tiempo...

—No los conozco —dijo al fin—. No puedo adivinar qué ciudad puede ser ésta. Pero es una ciudad antigua; sus habitantes no tienen aparatos aéreos ni armas de fuego. Ciertamente que debe de ser antigua.

—¿Cómo sabes que no tienen esas cosas? —preguntó la joven.

—No tienen hangares en las terrazas; no podemos ver ninguno desde aquí, mientras que si contempláramos Helium, del mismo modo, veríamos centenares. Y no tienen armas de fuego, porque sus defensas están hechas para resistir los ataques de flechas y lanzas con las mismas armas. Es un pueblo antiguo.

—Si es un pueblo antiguo, tal vez sea amistoso —sugirió la joven—. ¿No nos han enseñado de niños, en la Historia de nuestro planeta, que antiguamente estuvo poblado por una raza benévola y amiga de la paz?

—Pues me temo que éste no es tan antiguo —repuso Turan riendo—. Han pasado muchos siglos desde que los hombres de Barsoom amaron la paz.

—Mi padre ama la paz —replicó la joven.

—Y, sin embargo, siempre está en guerra —dijo Turan.

La joven se echó a reír.

—Pero él dice que le gusta la paz.

—A todos nos gusta la paz —repuso él—; la paz honrosa; pero nuestros vecinos no quieren dejárnosla gozar, así que tenemos que luchar.

—Y para luchar bien, a los hombres tiene que gustarles lucharañadió ella.

—Y para que les guste luchar tienen que saber cómo han de hacerlo dijo Turan—, pues a ningún hombre le gusta hacer lo que no sabe hacer bien.

—O lo que otro hombre puede hacer mejor.

—Así que siempre habrá guerras y los hombres pelearán —concluyó él—, pues los hombres que lleven sangre ardiente en sus venas practicarán el arte de la guerra.

—Hemos resuelto una gran cuestión —dijo la joven sonriendo—, pero nuestros estómagos están vacíos aún.

—Tu panthan olvida su deber —repuso Turan— y ¡cómo puede olvidarlo con la gran recompensa que tiene siempre ante los ojos!

La joven no comprendió el sentido literal de lo que decía.

—Parto inmediatamente —continuó él— para arrebatara comida y agua a los antiguos.

—No —exclamó ella poniendo una mano sobre su brazo—, todavía no. Podían matarte o hacerte prisionero. Eres un panthan valeroso y fuerte, pero tú solo no puedes conquistar una ciudad.

Le sonrió a la cara y continuó con la mano sobre su brazo. Turan sintió el estremecimiento de su ardiente sangre al correr por sus venas. La hubiera cogido, entre sus brazos y estrechado contra sí. Sólo estaba allí Ghek, el kaldane; pero algo más fuerte había en su interior que retenía su mano. ¿Quién podría definir esa innata caballerosidad que hace a ciertos hombres los protectores naturales de las mujeres?

Desde su ventajoso puesto vieron un grupo de guerreros armados, que salía cabalgando de la puerta, y, serpenteando a lo largo de un camino muy pisado, se perdieron de vista por el pie de la colina desde donde ellos miraban. Eran rojos, como ellos, y montaban los pequeños thoats de silla, de la raza roja. Los adornos eran exóticos y magníficos y en las diademas de su cabeza ostentaban muchas plumas, como fue costumbre de los antiguos. Estaban armados con espadas y largas lanzas y cabalgaban casi desnudos, con el cuerpo pintado de ocre, azul y blanco. Formarían el grupo unos veinte, y al alejarse, galopando sobre sus incansables monturas, ofrecían un cuadro salvaje y bello a la vez.

—Tienen aspecto de espléndidos guerreros —dijo Turan—. Me dan ganas de ir descaradamente a su ciudad y buscar ayuda.

Tara movió la cabeza.

—Espera —le aconsejó—. ¿Qué haría yo sin ti y como recibirías tu recompensa si fueras capturado?

—Me escaparía —dijo—. De cualquier modo, lo intentaré.

Y empezó a levantarse.

—No lo harás —dijo la joven con tono autoritario.

Turan la miró con presteza, interrogativamente.

—Has entrado a mi servicio —dijo la joven con algo de altivez—. Has entrado alquilado a mi servicio y harás lo que yo te ordene.

Turan se dejó caer otra vez junto a ella con una tenue, sonrisa en los labios.

—A tu órdenes, princesa —dijo.

El día avanzaba. Ghek, cansado de la luz del sol, se había separado de su rykor arrastrándose hasta un agujero que había descubierto cerca. Tara y Turan se reclinaron bajo la escasa sombra de un pequeño árbol. Contemplaron a la gente que entraba y salía por la puerta. El grupo de jinetes no volvía. Una pequeña manada de zitidars fue llevada a la ciudad durante el día y una caravana de carros, de altas ruedas, tirados por estos enormes animales, vino serpeando desde el lejano horizonte y llegó a la ciudad, perdiéndose también de vista tras la puerta de la muralla. Luego oscureció y Tara de Helium ordenó a su panthan que buscara agua y comida pero le previno que no intentara entrar en la ciudad. Antes de dejarla. Turan se inclinó y besó la mano como un guerrero puede besar la mano de su reina.

CAPÍTULO X



En la trampa

Turan el panthan se aproximó a la extraña ciudad al amparo de la oscuridad. Abrigaba pocas esperanzas de hallar agua o comida por fuera de la muralla, pero lo intentaría, y si fracasaba, intentaría penetrar en la ciudad, pues Tara de Helium debía de tener sustento, y en seguida. Vio que las murallas estaban poco vigiladas, pero eran lo suficiente altas para predestinar al fracaso la tentativa de escalarlas.

Amparándose entre la maleza y los árboles, Turan se arregló para llegar a la base de la muralla sin ser descubierto. Marchó silenciosamente hacia el Norte, más allá de la entrada, cerrada por una puerta maciza que hacía imposible conseguir la más ligera visión de la ciudad que se hallaba tras ella. Turan esperaba encontrar hacia el norte de la ciudad, lejos de las colinas, una llanura donde crecieran las cosechas de los habitantes y en la que hubiera también agua procedente de su sistema de riego; pero aunque caminó mucho tiempo a lo largo de la muralla interminable, no halló ni sembrados ni agua. Buscó también algún medio de entrar en la ciudad, y en esto también el fracaso fue su única recompensa; mientras caminaba, unos ojos penetrantes le examinaron desde arriba y un silencioso paseante marchó a su paso unos momentos sobre el remate de la muralla; pero poco después el espía descendió al pavimento interior y, apresurándose, corrió velozmente por dentro, sacando ventaja al extranjero que iba por fuera.

El espía llegó poco después a una pequeña puerta, junto a la cual había un bajo edificio, ante cuya entrada estaba de guardia un guerrero. Habló a éste unas rápidas palabras y luego entró en el edificio, para volver a salir inmediatamente, seguido por cuarenta guerreros. Abriendo la puerta con precaución escudriñó cuidadosamente el exterior de la muralla en la dirección que había venido. Evidentemente satisfecho, dio breves instrucciones a los que se hallaban tras él, con arreglo a las cuales la mitad de los guerreros volvieron al interior del edificio, mientras que la otra mitad, siguiendo rápidamente al hombre, atravesaron la puerta y se agacharon entre la maleza, formando un semicírculo en la parte norte de la entrada, que había quedado abierta. Allí esperaron en absoluto silencio, sin que tardara mucho en llegar Turan, el panthan, marchando cautamente por el pie de la muralla. Llegó hasta la misma puerta, y cuando la descubrió y vio que estaba abierta, se detuvo un momento,

escuchando; luego se acercó y miró al interior. Seguro de que no había ninguno que le prendiera, cruzó la puerta y entró en la ciudad.

Se halló en una estrecha calle paralela a la muralla. En el lado opuesto a ésta se alzaban edificios de arquitectura desconocida para él, pero singularmente bella. Si bien los edificios estaban estrechamente juntos, no parecía haber dos iguales, y sus fachadas eran de toda clase de formas y alturas y de muchos colores. Su perfil sobre el fondo celeste era interrumpido por agujas, cúpulas, alminares y altas y finas torres, mientras las paredes soportaban muchos balcones; a la suave luz de Duros, la luna más lejana, ahora muy baja hacia el Oeste, Turan vio con sorpresa, y consternación las figuras de gente en esos balcones. Precisamente frente a él había dos mujeres y un hombre. Se hallaban sentados, apoyados en la barandilla del balcón, mirándole, al parecer, directamente; pero si le veían no daban señales de ello.

Turan vaciló un momento frente a un descubrimiento casi cierto, y luego, seguro de que debían tomarle por uno de su propio país, marchó descaradamente por la calzada. Sin idea de la dirección en que podría encontrar mejor lo que buscaba, y no queriendo despertar sospechas con más vacilaciones, torció a la izquierda y anduvo vivamente por el pavimento con la intención de librarse lo antes posible de la vista de aquellos observadores nocturnos. Sabía que la noche debía de estar muy avanzada, por lo que no hacía más que preguntarse por qué estas gentes se sentarían en los balcones cuando debían estar durmiendo tranquilamente entre sus pieles y sedas.

Al principio creyó que fueran los últimos invitados de algún anfitrión jovial, pero las ventanas que se hallaban tras ellos estaban envueltas en la oscuridad y reinaba un silencio absoluto, que contradecía totalmente semejante idea. Según avanzaba se cruzó con otros muchos grupos sentados silenciosamente en los balcones. No le prestaban atención y ni siquiera parecían notar su paso. Algunos apoyaban un solo codo en la barandilla y descansaban la barbilla en la palma de la mano; otros apoyaban ambos brazos, mirando hacia la calle, y vio a varios que tenían en las manos instrumentos musicales, pero sus dedos no se movían sobre las cuerdas.

Turan llegó a un sitio en que el pasadizo torcía a la derecha para bordear un edificio que sobresalía por dentro de la muralla de la ciudad, y al volver el ángulo se halló de lleno ante dos guerreros que vigilaban a ambos lados de la entrada de un edificio que había a su derecha. Era imposible que no hubieran notado su presencia, y, sin embargo, no se movieron ni demostraron haberle visto. Se detuvo esperanzado, con la mano en el puño de su larga espada; pero ni le amenazaron ni le dieron el alto. ¿Podría ser que también éstos le consideraran de su propia clase? Verdaderamente no podía explicarse de otro modo su inacción.

Mientras Turan atravesaba la puerta de la ciudad y seguía su despejado camino a lo largo de la calle, veinte guerreros habían entrado en la ciudad, cerrando la puerta tras ellos, y después uno había subido a la muralla, siguiendo a Turan por el remate,

mientras otro le seguía por la avenida y un tercero había cruzado la calle, entrando en uno de los edificios del lado opuesto.

El resto, a excepción de un solo centinela que quedó junto a la puerta, volvió a entrar al edificio de donde se les había requerido. Eran bien formados, hombres fornidos y pintados, que ahora protegían sus cuerpos con lujosas túnicas contra el frío de la noche. Al hablar del extranjero, se reían de la facilidad con que le habían cazado, y aún se reían cuando se arrojaron en sus lechos de pieles y sedas para reanudar su interrumpido sueño. Era evidente que constituían una guardia consagrada a la puerta junto a la cual dormían, y era igualmente notorio que las puertas estaban guardadas y que la ciudad vigilaba mucho más cuidadosamente de lo que Turan creía. Mucho se habría disgustado el jed de Gathol si hubiera imaginado que le estaban cazando tan astutamente.

Continuando a lo largo de la avenida, Turan pasó ante otros centinelas que custodiaban otras puertas; pero ya les prestó poca atención, puesto que no le decían nada ni aparentemente notaban su paso de alguna otra manera. Pero aunque a cada recodo de la errática avenida pasaba ante uno o más de estos silenciosos centinelas, no podía adivinar que ante uno de ellos había pasado muchas veces y que todos sus movimientos eran vigilados por paseantes silenciosos y astutos. Apenas pasaba ante uno de estos rígidos guardianes, éste revivía súbitamente, cruzaba a saltos la avenida y entraba en una estrecha abertura de la muralla, siguiendo velozmente por un corredor construido dentro del mismo muro, para emerger a poco delante de Turan, donde adoptaba la rígida y silenciosa actitud de un soldado de guardia. Tampoco sabía Turan que un segundo le seguía a la sombra de los edificios que dejaba atrás, ni que un tercero se apresuraba delante de él con alguna misión urgente.

De este modo marchaba Turan por las silenciosas calles de la extraña ciudad en busca de comida y agua para la mujer que amaba. Hombres y mujeres le contemplaban desde los balcones en sombra, pero no hablaban, y los centinelas le veían pasar y no le decían nada. Poco después llegó hasta él, a lo largo de la avenida, el familiar tintineo de armas, anuncio de guerreros en marcha, y casi simultáneamente vio a su derecha una puerta abierta, débilmente iluminada por dentro. Era el único sitio utilizable donde pudiera ocultarse de la compañía que se aproximaba, y si bien había pasado ante varios centinelas sin ser interrogado, difícilmente esperaba escapar al examen e interrogatorio de una patrulla, como consideraba, naturalmente, a aquel grupo de hombres.

Pasada la puerta, descubrió un pasadizo que torcía bruscamente a la derecha y, casi inmediatamente después, a la izquierda. No vio a nadie dentro, por lo que avanzó cautamente por el segundo recodo para quedar más oculto desde la calle. Ante él se extendía un largo corredor, alumbrado débilmente, como la entrada. Esperando allí, oyó que el grupo se aproximaba al edificio y que alguien se acercaba a la entrada de

su escondite; luego oyó que la puerta por la que había entrado se cerraba de golpe. Llevó la mano a su espada, esperando oír pisadas que se aproximasen por el corredor; pero no llegó nadie. Se acercó al recodo y miró: el corredor estaba desierto hasta la puerta cerrada. Quien la hubiera cerrado se había quedado en el exterior.

Turan esperó, escuchando. No oyó ningún ruido. Luego avanzó hasta la puerta y aplicó a ella el oído. Todo era silencio en la calle de fuera. Una brusca corriente de aire debió de cerrar la puerta, o tal vez fuera deber de la patrulla ocuparse de esto. Era lo mismo. Evidentemente, habían pasado y él volvería ahora a la calle a continuar su camino. En algún sitio habría una fuente pública donde pudiera conseguir agua, y en cuanto a la comida, pensaba encontrar la carne y legumbres secas que cuelgan ante la puerta de casi todos los hogares barsoomianos de las clases humildes que conocía. Este barrio era el que buscaba, y por eso su busca le había llevado lejos de la puerta principal de la ciudad, pues sabía que ésta no se encontraría en un barrio pobre.

Intentó abrir la puerta y sólo consiguió ver que resistía a todos sus esfuerzos: estaba cerrada desde el exterior. Éste era, en verdad, un serio contratiempo. Turan, el panthan, se rascó la cabeza. «La fortuna me abandona» murmuró; pero tras la puerta el Destino bajo la forma de un guerrero pintado se erguía sonriente. Diestramente había cazado al incauto extranjero. La puerta iluminada, la patrulla en marcha, todo ello había sido planeado y ejecutado con precisión por el tercer guerrero que había corrido delante de Turan a lo largo de otra avenida, y el extranjero había hecho precisamente lo que él pensó que haría; no era, pues, de extrañar que se sonriera.

Encontrando obstruida esta salida, Turan se volvió al corredor. Siguió por él con precaución y silenciosamente. Alguna vez hallaba puertas a uno u otro lado; intentaba abrirlas, pero siempre las encontraba fuertemente cerradas. El corredor serpeaba más irregularmente cuanto más avanzaba. Al final de él, una puerta cerrada le obstruyó el camino; pero a su derecha había una puerta abierta, y por ella penetró a una cámara débilmente iluminada, en cuyas paredes había otras tres puertas, cada una de las cuales intentó abrir. Dos estaban cerradas; la otra se abrió, dando acceso a una rampa que llevaba hacia abajo; formaba espiral, y Turan no podía ver mas allá de la primera vuelta. En el corredor que había dejado se abrió una puerta después de pasar Turan, y un tercer guerrero salió por ella y siguió tras él. Una tenue sonrisa flotaba aún en los torvos labios del guerrero.

Turan sacó su espada corta y descendió con precaución. En el fondo había un corto corredor con una puerta cerrada al final. Se acercó a la sólida plancha que formaba la puerta y escuchó. No percibía ningún sonido tras la misteriosa portada. Suavemente probó la puerta, que giró hacia él con facilidad al tocarla. Ante él apareció una cámara baja de techo y con el suelo de tierra. En sus paredes había otras varias puertas, todas cerradas. Mientras Turan penetraba cautamente en la estancia, el tercer guerrero descendió la rampa espiral tras él. El panthan cruzó rápidamente la

cámara y probó una puerta: estaba cerrada. Oyó tras él un golpe seco y apagado y se volvió con la espada desnuda. Estaba solo, pero la puerta por la que había entrado estaba cerrada: oyó el ruido de la cerradura.

De un salto cruzó la estancia e intentó abrir la puerta, pero sin ningún resultado. Ya no se ocupó de guardar silencio, pues sabía que la cosa había sobrepasado el límite de la casualidad. Lanzó el peso de su cuerpo contra la plancha de madera; pero la fuerte materia de que estaba construida hubiera resistido un ariete. De fuera llegó una débil risotada.

Rápidamente, Turan examinó cada una de las otras puertas. Todas estaban cerradas. Una mirada en torno a la cámara le mostró una mesa de madera y un banco. En las paredes había varias pesadas argollas, a las que estaban unidas mohosas cadenas; todo ello mostraba demasiado claramente el objeto a que se dedicaba la cámara. En el suelo de tierra, al pie de la pared, había dos o tres agujeros que asemejaban las bocas de madrigueras, moradas indudablemente de la gigantesca rata marciana. Había observado esto, cuando bruscamente la débil luz se extinguió, dejándole en absoluta y completa oscuridad. Turan buscó a tientas la mesa y el banco. Colocando éste junto a la pared, se puso la mesa delante y se sentó en el banco con la espada empuñada delante de él. Por lo menos, lucharía antes de que le cogieran.

Durante algún tiempo se sentó, esperando sin saber el qué. No penetraba ningún sonido en su calabozo subterráneo. Revolvió en su mente los acontecimientos de la noche: la puerta de la muralla, abierta, sin centinelas; la entrada iluminada, la única que había visto abierta e iluminada de ese modo por toda la avenida que había seguido; el avanzar de los guerreros en el preciso momento que no podía hallar otra manera de fuga o escondite; los corredores y cámaras, que le llevaron, pasando muchas puertas cerradas, hasta esta prisión subterránea, sin dejarle otro camino a seguir.

«¡Por mi primer antepasado! —renegó—. Esto ha sido una simpleza y yo soy un incauto. Me han cazado tontamente y se han apoderado de mí sin exponerse a un rasguño. Pero ¿con qué objeto?»

Deseó poder responderse a esta pregunta. Luego sus pensamientos se volvieron hacia la joven que estaba esperándole en la colina, fuera de la ciudad, y él nunca volvería. Conocía las costumbres de los pueblos más salvajes de Barsoom. No; nunca volvería. La había desobedecido. Se sonrió ante el dulce recuerdo de aquellas palabras de orden que habían salido de sus queridos labios. La había desobedecido y había perdido la recompensa.

¿Y ella? ¿Cuál sería su suerte..., muriéndose de hambre ante una ciudad hostil, con la única compañía de un kaldane no humano? Otra idea, horrible se clavó en él. La joven le había referido las horribles escenas que había presenciado en las madrigueras de los kaldanes, y sabía que éstos comían carne humana. Ghek estaba

hambriento. Si se comiera su rykor quedaría desvalido; pero... allí tenía sustento para ambos para el rykor y el kaldane. Turan se maldijo, por necio. ¿Por qué la había abandonado? Mucho mejor hubiera sido haber permanecido a su lado y muerto con ella, siempre presto a protegerla, que dejarla a merced del repugnante bantoomiano.

Turan notó un denso olor en el aire que le oprimió con una sensación de somnolencia. Quiso levantarse para combatir el letargo que se insinuaba dentro de él; pero sintió que sus piernas estaban débiles y se volvió a sentar en el banco. Poco después la espada se escurrió de sus dedos y Turan se desplomó en la mesa con la cabeza entre los brazos.

A medida que la noche avanzaba y Turan no volvía, Tara de Helium sentía cada vez más inquietud, y cuando rompió el día sin tener señales suyas, adivinó que había fracasado. Más que la idea de su propia situación desventurada, invadió su corazón una sensación de tristeza; de tristeza y de soledad. Ahora observó cómo había venido a depender de este panthan, no sólo por su protección, sino también por compañerismo. Le echaba de menos, y esto le hizo ver súbitamente que Turan era para ella algo más que un simple guerrero alquilado. Era como si le hubieran arrebatado un amigo... un viejo y estimado amigo. Se levantó de su escondite para ver mejor la ciudad.

U-Dor, dwar del octavo utan de O-Tar, jeddak de Manator, cabalgaba en las primeras horas del día hacia Manator, de regreso de una breve excursión a una aldea vecina. Al rodear las colinas del sur de la ciudad, atrajo su mirada penetrante algo que se movía ligeramente entre la maleza de la cumbre de la colina más próxima. Detuvo su inquieta cabalgadura y miró más atentamente. Vio que una figura se levantaba de espaldas a él y miraba intensamente hacia Manator, que estaba más allá de la colina.

—¡Venid! —indicó de modo autoritario a los que le seguían.

Y con una palabra hizo torcer a su thoat, lanzándose a galope por la ladera de la colina. Tras él formaron una estela sus veinte salvajes guerreros, y las carnosas patas de sus cabalgaduras pisaron silenciosamente la blanda hierba. El ruido de las armas y los correajes hizo que Tara de Helium se volviera bruscamente hacia ellos. Vio unos veinte guerreros que, con las lanzas en ristre, marchaban hacia ella.

La joven miró a Ghek. ¿Qué haría el hombre araña en este apuro? Le vio arrastrarse hasta su rykor y colocarse en él; luego se levantó con su hermoso cuerpo, otra vez animado y alerta. La joven pensó que la criatura se preparaba para huir. Poco le importaba. Contra una fuerza como la que corría hacia ellos colina arriba, una espada tan mediana como la de Ghek era peor que ninguna defensa.

—¡Pronto, Ghek! —le aconsejó— ¡Vuelve a las colinas! Allí puede que encuentras un escondite.

Pero la criatura no hizo más que avanzar unos pasos para interponerse entre los cercanos jinetes y ella, con su larga espada desenvainada.

—Es inútil, Ghek —dijo la joven cuando vio que pensaba defenderla—. ¿Qué puede conseguir una sola espada contra semejante número?

—No puedo sino morir —repuso el kaldane—. Tú y tu kaldane me salvasteis de Luud, y yo no haré más que lo que haría tu panthan, si estuviera aquí, para protegerte.

—Eso muestra valor, pero es inútil —repuso ella—. Envaina la espada. Puede que no traten de hacernos daño.

Ghek dejó caer a tierra la punta de su espada, pero no la envainó, y los dos permanecieron en espera hasta que U-Dor, el dwar, detuvo su thoat ante ellos, mientras sus veinte guerreros formaban alrededor un amenazador círculo. Durante un largo minuto, U-Dor, silencioso sobre la silla, contempló, intensamente, primero, a Tara de Helium y luego, a su horrible compañero.

—¿Qué clase de criaturas sois? —preguntó a poco—. ¿Qué hacéis ante las puertas de Manator?

—Somos de lejanos países —repuso la joven—; nos hemos extraviado y estamos extenuados. Sólo pedimos comida y descanso y el privilegio de que se nos deje seguir en busca de nuestros hogares.

U-Dor sonrió con torva sonrisa.

—Sólo Manator y las colinas que le guardan conocen la edad de Manator —dijo— y, sin embargo, en todos los siglos transcurridos desde que Manator existe, no hay ningún recuerdo en sus anales de que un extranjero saliera de Manator.

—Pero yo soy una princesa —exclamó la joven con altivez—, y mi país no está en guerra con el vuestro. Debéis auxiliarnos a mí y a mis compañeros y ayudarnos a regresar a nuestro país. Esa es la ley de Barsoom.

—Manator sólo conoce las leyes de Manator —repuso U-Dor—; pero venid. Vendréis con nosotros a la ciudad, donde, como eres bella, no tienes nada que temer. Yo mismo te protegeré, si así lo ordena O-Tar. En cuanto a tu compañero... pero espera: has dicho "compañeros". ¿Es que hay otros, entonces?

—Ya ves los que ves —repuso Tara altivamente.

—Puede que sea así —dijo U-Dor—. Si hubiera más, no escaparán de Manator. Como iba diciendo, si tu compañero sabe luchar, también puede vivir pues O-Tar es justo y justas son las leyes de Manator. ¡Venid!

Ghek vaciló.

—Es inútil —dijo la joven, viendo que quería hacerse fuerte y combatir—. Vamos con ellos. ¿Por qué alzar tu pobre espada contra las suyas más poderosas, teniendo en tu gran cerebro medios para aventajarlos?

La joven le habló rápidamente en un bajo susurro.

—Tienes razón, Tara de Helium— repuso el, y envainó su espada.

Y de este modo descendieron por la ladera, hacia las puertas de Manator. Tara, princesa de Helium., y Ghek, el kaldane de Bantoom, y, rodeándolos, cabalgaban los

salvajes y pintados guerreros de U-Dor, dwar del octavo utan de O-Tar, jeddak de Manator.

CAPÍTULO XI



La elección de Tara

El deslumbrante sol de Barsoom envolvía a Manator en una aureola de esplendor cuando la joven y sus aprehensores entraban en la ciudad por la Puerta de los Enemigos. Aquí la muralla tenía unos treinta metros de espesor, y los lados del pasadizo que formaba tras la puerta estaban cubiertos desde el suelo hasta arriba de estantes paralelos de ladrillo. Dentro de estos estantes o largos nichos horizontales aparecían, hilera sobre hilera, pequeñas figuras que asemejaban diminutas y grotescas estatuillas de hombre, cuyo largo cabello negro caía hasta sus pies y, a veces, hasta el estante inferior. Las figuras apenas tenían medio metro de altura, y a no ser por sus diminutas proporciones, se las hubiera tomado por momias de hombres otro tiempo vivos. Al pasar, la joven observó que los guerreros saludaban a las figuras con la lanza, extendiéndola en saludo militar, al modo de los guerreros de Barsoom; luego desembocaron en una amplia y majestuosa avenida que atravesaba la ciudad hacia el Este.

A ambos lados había grandes edificios maravillosamente cincelados. Pinturas de gran belleza y antigüedad cubrían muchas de las paredes, y sus colores aparecían amortiguados y diluidos por el sol de los siglos. Sobre el pavimento se agitaba ya la vida de la ciudad recién despierta. Mujeres con brillantes atavíos; guerreros con muchas plumas y el cuerpo cubierto de pinturas; artesanos armados, pero adornados menos vistosamente; todos ellos adoptaban sus diversas maneras de cumplir los deberes cotidianos.

Un zitidar gigante, resplandeciente en sus ricos arreos, arrastraba estrepitosamente su carro de altas ruedas por el pavimento de piedra, hacia la Puerta de los Enemigos. La vida, el color y la belleza elaboraban juntos un cuadro que llenó de asombro y admiración los ojos de Tara de Helium; pues aquí perduraba una escena del pasado muerto del moribundo Marte. Así habían sido las ciudades de los fundadores de su raza, antes que Throxheus, el más potente de los Océanos, desapareciera de la superficie del mundo. Desde los balcones de uno y otro lado, hombres y mujeres contemplaban en silencio la escena de la calle.

La gente de la calle contemplaba a los prisioneros, especialmente al horrible Ghek, y hacían preguntas o comentarios a sus guardianes; pero los observadores de

los balcones no hablaban y ni siquiera volvían la cabeza para fijarse en ellos. Había muchos balcones en cada edificio, y en ninguno faltaba el silencioso grupo de hombres y mujeres ricamente ataviados, y alguna vez un niño o dos; pero hasta los niños guardaban el uniforme silencio e inmovilidad de sus mayores. Al aproximarse al centro de la ciudad, la joven vio que hasta en las terrazas había grupos de estos, ociosos observadores, ataviados y cubiertos de pedrería, como para un día de fiesta, de risas y música; pero no brotaba la risa de aquellos silenciosos labios ni sonaban las cuerdas de los instrumentos que muchos tenían entre sus enjorjados dedos.

Ahora la avenida se ensanchó, formando una inmensa plaza, al fondo de la cual se alzaba un majestuoso edificio de immaculado mármol, cuya blancura resplandecía entre los edificios de vívidos colores que lo rodeaban y entre su césped escarlata y la verde fronda con alegres flores. Hacia este edificio llevó U-Dor a sus prisioneros y guardianes, llegando hasta el gran arco de entrada, ante el cual una fila de cincuenta guerreros montados obstruía el paso. Cuando el jefe de la guardia reconoció a U-Dor, los centinelas retrocedieron hacia ambos lados, dejando una amplia avenida, por la que pasó el grupo. En el interior de la entrada había rampas a ambos lados, que llevaban hacia arriba. U-Dor torció a la izquierda y los llevó al segundo piso por una larga galería. Aquí pasaron ante otros jinetes, y vieron más en cámaras que había a ambos lados. A veces encontraban otra rampa que llevaba hacia arriba y hacia abajo. Un guerrero, galopando sobre su montura, surgió por una de estas rampas y corrió velozmente ante ellos con algún mensaje.

Aún no había visto Tara de Helium un hombre a pie en este gran edificio; pero cuando, dando una vuelta, U-Dor los llevó al tercer piso, la joven vio de soslayo cámaras en las que estaban guardados muchos thoats sin jinetes y otras contiguas, donde guerreros desmontados se reclinaban cómodamente o jugaban juegos de destreza o azar; muchos de ellos jugaban al jetan. Luego pasó el grupo a un largo y amplio salón de estado, tan suntuoso que ni aun la princesa de la poderosa Helium había visto otro igual.

A lo largo del salón corría un techo arqueado, iluminado con innumerables cubetas de radio. Los potentes arcos se extendían de pared a pared, interrumpiendo el vasto suelo con una sola columna. Eran de mármol blanco, formados, al parecer, de enormes bloques de los que salía completo cada arco. Entre los arcos, el techo estaba cubierto, alrededor de las cubetas de radio, de piedras preciosas, cuyos colores, belleza y resplandecientes destellos, llenaban todo el salón. Las piedras descendían algunos metros por las paredes en una orla irregular, y parecían colgar como una cortina bella y suntuosa sobre el blanco mármol de la pared. El mármol terminaba a unos seis o siete metros del suelo, pues las paredes tenían cubierta esa parte con un friso de oro macizo. El mismo suelo era de mármol con incrustaciones de oro. Había en aquel solo salón un enorme tesoro, equivalente a las riquezas de muchas grandes

ciudades.

Pero lo que llamaba la atención de la joven, más aún que el fabuloso tesoro de la ornamentación, eran las filas de guerreros ataviados suntuosamente, que permanecían en sus thoats en inflexible silencio e inmovilidad a ambos lados de la nave central, una fila tras otra hasta la pared; cuando el grupo pasó entre ellos, la joven no pudo notar siquiera ni un parpadeo ni la sacudida de la oreja de un thoaat.

—El salón de los jefes —le susurró uno de sus guardianes, notando evidentemente su interés.

Había en la voz del sujeto una nota de orgullo y algo de oculto temor. Después pasaron por una gran puerta a otra cámara, un salón ancho y cuadrado, en el que una docena de guerreros montados se reclinaban sobre sus sillas.

Al entrar en el salón U-Dor y su grupo, los guerreros se irguieron rápidamente en sus sillas y formaron una fila ante otra puerta del lado opuesto de la pared. El padwar que los mandaba saludó a U-Dor, que, con su grupo, se había detenido frente a la guardia.

—Envía a alguien a avisar a O-Tar para anunciarle que U-Dor le trae dos prisioneros dignos de la observación del gran jeddak —dijo U-Dor— uno, a causa de su extrema belleza; el otro, por su extraordinaria fealdad.

—O-Tar se halla en Consejo con los jefes menores —repuso el teniente—; pero se le llevará el mensaje de dwar U-Dor —y volviéndose dio instrucciones a uno que se hallaba en su thoaat, tras él.

—¿Qué clase de criatura es el hombre? —preguntó a U-Dor—. No es posible que ambos sean de la misma raza.

—Estaban juntos en las colinas, al sur de la ciudad —le explicó UDor—, y dicen que estaban perdidos y extenuados.

—La mujer es bella —dijo el padwar—. No tendrá que mendigar en la ciudad de Manator.

Luego hablaron de otros asuntos: de los acontecimientos de palacio, de la expedición de U-Dor, hasta que volvió el mensajero a decir que OTar ordenaba que le llevaran los prisioneros.

Atravesaron después una puerta maciza que, al abrirse, había mostrado la gran cámara de Consejos de O-Tar, jeddak de Manator. Una nave central atravesaba el salón desde la puerta y terminaba en las gradas de un estrado de mármol, sobre el cual se hallaba sentado un hombre en un gran trono. A cada lado de la nave se alineaban filas de mesas primorosamente talladas y sillas de skeel, madera dura de gran belleza. Sólo algunas mesas estaban ocupadas: las de la fila de delante, precisamente bajo la tribuna.

En la entrada, U-Dor desmontó con cuatro de sus hombres, formando una guardia en torno a los prisioneros, que fueron llevados hacia el pie del trono, siguiendo a

pocos pasos a U-Dor. Al detenerse al pie de las gradas de mármol, la orgullosa mirada de Tara de Helium se detuvo en la entronizada figura del hombre que estaba sobre ella. Se erguía sin rigidez, con aspecto imponente y ataviado con el suntuoso esplendor que les gusta a los caudillos barsoomianos. Era un hombre corpulento, y sólo entibiaba la perfección de su hermoso rostro la altanería de sus ojos fríos y la sugestión de crueldad que trascendía de sus labios demasiado finos. No era necesaria una segunda mirada para asegurar al hombre menos observador de que éste era, en verdad, un gobernante, un jeddak luchador, al que su pueblo adoraría aunque no le amara, y por cuyo más pequeño favor los guerreros rivalizarían unos con otros por marchar a la cabeza y morir. Este era O-Tar, jeddak de Manator, y cuando Tara de Helium lo vio por primera vez no pudo por menos de otorgar cierta admiración a este antiguo caudillo salvaje que tan exactamente personificaba las antiguas virtudes del dios de la guerra.

U-Dor y el jeddak cambiaron el sencillo saludo de Barsoom, y después, el primero refirió los detalles del descubrimiento y captura de los prisioneros. O-Tar examinó a éstos atentamente mientras U-Dor narraba los acontecimientos, sin que su expresión revelara nada de lo que pasaba en su cerebro, tras sus ojos inescrutables. Cuando el oficial hubo acabado, el jeddak clavó su mirada en Ghek.

—Y tú —le preguntó—, ¿qué clase de sujeto eres? ¿De qué país? ¿Por qué estás en Manator?

—Yo soy un kaldane —repuso Ghek—, el más alto de los seres creados sobre la superficie de Barsoom; yo soy espíritu, vosotros sois materia. Vengo de Bantoom. Estoy aquí porque nos hemos perdido y estamos extenuados.

—¿Y tú? —preguntó O-Tar, volviéndose bruscamente a Tara—. ¿También eres un kaldane?

—Yo soy una princesa de Helium —contestó la joven—. Estaba prisionera en Bantoom. Este kaldane y un guerrero de mi raza me rescataron. El guerrero nos dejó para ir en busca de agua y comida, y, sin duda, ha caído en manos de tu pueblo. Te pido que le liberes y nos des comida y agua, dejándonos seguir nuestro camino. Soy nieta de un jeddak e hija de un jeddak de jeddaks, el Señor de la Guerra de Barsoom. Sólo pido el trato que, en caso semejante, mi pueblo concedería a ti o a los tuyos.

—¡Helium! —repitió O-Tar—. Yo no sé nada de Helium, ni el jeddak de Helium rige Manator. Yo, O-Tar, soy jeddak de Manator; sólo yo lo gobierna y lo protege. ¡Jamás habrás visto una mujer o un guerrero de Manator cautivo en Helium! ¿Por qué habría yo de proteger a los súbditos de otro jeddak? Es deber de él protegerlos. Si no puede, es porque es débil, y su pueblo debe caer en manos del fuerte. Yo, O-Tar, soy fuerte y me quedaré con vosotros. ¿Ese puede luchar? —y señaló a Ghek.

—Es valiente, sí —contestó Tara de Helium—; pero no tiene la destreza de las armas que posee mi pueblo.

—¿No hay entonces nadie que luche por vos? —preguntó O-Tar—. Nosotros somos un pueblo justo —continuó, sin esperar la respuesta—, y si tuvieras alguien que luchara por ti, conseguiría la libertad para ambos.

—Pero U-Dor me aseguró que ningún extranjero ha salido nunca de Manator —respondió la joven.

O-Tar se encogió de hombros.

—Eso no contradice la justicia de las leyes de Manator —repuso O-Tar—, sino que prueba que los guerreros de Manator son invencibles. Si hubiera venido alguno que pudiera derrotar a nuestros guerreros, habría conseguido la libertad.

—Si mandas por mi guerrero exclamó Tara altivamente—, verás manejar la espada como jamás lo han presenciado las ruinosas murallas de tu decadente ciudad, y si no hay engaño en tu ofrecimiento podemos considerarnos ya como libres.

O-Tar sonrió más abiertamente que antes U-Dor lo hiciera también, y los jefes y guerreros que los contemplaban se dieron con el codo unos a otros y cuchichearon, riéndose. Tara de Helium comprendió entonces que en su justicia había engaño; pero aunque su situación parecía desesperada, ella no perdía la esperanza, pues ¿no era la hija de John Carter, Señor de la Guerra de Barsoom, cuyo famoso reto "¡Todavía vivo!", lanzado al Destino, era la única defensa irreducible contra la desesperación?

Al acordarse de su noble progenitor, la noble barbilla de Tara de Helium se alzó algo más. ¡Ah! Si él supiera dónde estaba, poco tendría que temer entonces. Las huestes de Helium atacarían las puertas de Manator; los grandes guerreros verdes de los salvajes aliados de John Carter subirían hormigueando desde los muertos fondos marinos, atraídos por el pillaje y el botín, y las majestuosas naves de su amada Armada se cernerían sobre las torres y alminares indefensos de la ciudad sentenciada, a la que sólo salvaría la capitulación y un fuerte tributo.

¡Pero John Carter no lo sabía! Sólo había otro en quien pudiera confiar, Turan, el panthan. Pero ¿dónde estaba? Había presenciado el vuelo de su espada y sabía que la empuñaba una mano maestra, y ¿quién conocería la esgrima mejor que Tara de Helium, que la había aprendido bajo la constante tutela del mismo John Carter? Conocía tretas que inutilizarían fuerzas físicas superiores a las suyas y un sistema de ataque que podía haber sido la envidia y desesperación del más experto de los guerreros. Así que sus pensamientos se volvieron a Turan, el panthan, aunque no sólo por la protección que podía proporcionarle.

Desde que la había dejado para ir en busca de comida comprendió que había nacido entre ellos cierta camaradería que ahora echaba de menos. Esto es lo que parecía haber salvado el abismo que separaba sus posiciones: junto a él había dejado de considerar que él era un panthan o que ella era una princesa; ambos habían sido camaradas. Súbitamente comprendió que le había echado de menos, más por sí mismo que por su espada. La joven se volvió hacia O-Tar.

—¿En dónde está Turan, mi guerrero? —preguntó.

—No te faltarán guerreros —repuso el jeddak—. Una mujer de tu belleza encontrará con facilidad quien luche por ella. Probablemente no será necesario ir más allá del jeddak de Manator. Me has gustado, mujer. ¿Qué dices a semejante honor?

Con los párpados entornados, la princesa de Helium examinó al jeddak de Manator, desde la cabeza cubierta de plumas a las sandalias de los pies, y desde éstas, a aquéllas.

—¡Honor! —exclamó, imitándole con tono despectivo—. ¿Te he gustado yo? Pues sabe, puerco, que tú a mí no me gustas... que la hija de John Carter no es para uno como tú.

Un brusco e intenso silencio cayó sobre los jefes reunidos. Lentamente fue apartándose la sangre del siniestro rostro de O-Tar, jeddak de Manator, quedando en su cólera de un púrpura malvado. Sus ojos se entornaron, formando dos finas aberturas, y sus labios se apretaron en una exangüe línea de maldad. Durante un largo momento no se oyó nada en el salón del trono del palacio de Manator. Después, el jeddak se volvió— hacia U-Dor.

—Llévatela —dijo con una voz templada que desmentía su aspecto colérico—. Llévatela, y que en los próximos juegos se la jueguen al jetan los prisioneros y los guerreros rasos.

—¿Y éste? —preguntó U-Dor señalando a Ghek.

—Llévale a los calabozos hasta los próximos juegos.

—¡Esta es vuestra ensalzada justicia! —exclamó Tara de Helium—. ¡Dos extranjeros que no os han hecho ningún daño serán sentenciados sin formarles juicio! Y uno de ellos, una mujer. Los puercos de Manator son tan justos como valientes.

—¡Afuera con ella! —gritó O-Tar, y a una señal de U-Dor los guardianes formaron en torno a los prisioneros y se los llevaron de la cámara.

Fuera del palacio, separaron a Ghek de Tara de Helium. La joven fue llevada por largas avenidas hacia el centro de la ciudad y finalmente a un edificio bajo, rematado por elevadas torres de sólida construcción. Aquí la entregaron a un guerrero que llevaba la insignia de dwar o capitán.

—Es deseo de O-Tar —explicó U-Dor a éste— que se la guarde hasta los próximos juegos, en que los prisioneros y los guerreros rasos se la jugarán. Si no tuviera la lengua de un thout, hubiera sido un digno premio para nuestro más noble acero.

U-Dor suspiró.

—Quizá pueda aún conseguir su perdón. Sería tremendo ver que semejante belleza tocaba en suerte a algún tipo vulgar. Yo mismo me honraría defendiéndola.

—Si he de ser encarcelada, encarceladme —dijo la joven—. No recuerdo haber sido sentenciada a escuchar los insultos de todo humilde patán que se le ocurra

admirarme.

—Ya veis, A-Kor —exclamó U-Dor—, la lengua que tiene. Pues así y hasta peor ha hablado al jeddak O-Tar.

—Ya lo veo —repuso A-Kor, al que Tara vio contener, con dificultad, una sonrisa—. Ven, pues, conmigo, mujer —dijo— y encontraremos un lugar más seguro en las altas torres del Jetan... ¡Pero apóyate! ¿Qué te pasa?

La joven se tambaleó y se hubiera caído si A-Kor no la hubiese cogido en sus brazos. Tara pareció recobrase y luego trató valientemente de sostenerse sin ayuda. A-Kor miró a U-Dor.

—¿Sabías que la mujer estaba enferma? —le preguntó.

—Probablemente está necesitada de alimento —repuso el otro—. Me parece que mencionó que ella y sus compañeros llevaban varios días sin comer.

—Valerosos son los guerreros de O-Tar —dijo despectivamente A-Kor— y pródigos en su hospitalidad. U-Dar cuyas riquezas son innumerables, y el valiente O-Tar, cuyos chillones thoats tienen por establos salones de mármol y comen en pesebres de oro no pueden gastar un mendrugo de pan para alimentar a la joven extenuada.

U-Dor, el de la negra cabellera, frunció el ceño.

—¡Tu lengua va a atravesarte el corazón, hijo de esclava! —exclamó—. Demasiado has tentado la paciencia del justo O-Tar. En lo sucesivo guarda tu lengua lo mismo que las torres.

—Cuida de no vilipendiarme por la condición de mi madre —dijo A-Kor—. Es la sangre de la mujer esclava la que llena mis venas de orgullo, y mi única vergüenza es que también soy el hijo del jeddak.

—¿Y si O-Tar oye esto? —inquirió U-Dor.

—O-Tar lo ha oído ya de mis propios labios —repuso A-Kor—; eso y más.

A-Kor giró sobre sus talones, sosteniendo aún a Tara de Helium con un brazo en torno a su talle, y de este modo medio la condujo, medio la transportó a las torres del Jetan, mientras U-Dor hacía girar su thoat y volvía a galope hacia el palacio.

En la principal entrada de las torres del Jetan estaban reclinados media docena de guerreros. A uno de ellos habló A-Kor, guardián de las torres:

—Ve en busca de Lan-O, la joven esclava, y ordénale que lleve agua y comida al piso superior de la torre Thuriana.

Y luego alzó entre sus brazos a la desfallecida joven y la llevó por la rampa de caracol que conducía a la parte alta de la torre.

En cierto sitio del largo ascenso Tara perdió el conocimiento. Cuando volvió, en sí se encontró en una cámara amplia y circular, cuyas paredes de piedra estaban perforadas por ventanas, a intervalos regulares, alrededor de toda la estancia. La joven yacía en un lecho de sedas y pieles, y arrodillada a su lado, una joven se

inclinaba sobre ella vertiendo gotas de un brebaje refrescante entre sus secos labios. Tara de Helium se levantó un poco apoyándose en un codo y miró alrededor. En los primeros momentos de su despertar aparecían borrados de la pantalla del recuerdo los acontecimientos de muchas semanas. Creyó despertar en Helium, en el palacio del Guerrero. Pero al ver la cara extraña que se inclinaba sobre ella, sus cejas se contrajeron.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Dónde está Uthia?

—Soy Lan-O, la joven esclava —repuso la otra—. No conozco a nadie que se llame Uthia.

Tara de Helium se irguió y miró en torno a ella. Aquella tosca piedra no era el mármol de los salones de su padre.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—En la torre Thuriana —contesto la joven y luego, viendo que la otra no comprendía aún aclaró su situación—. Estás prisionera en las torres, del Jetan, de la ciudad de Manator —le explicó—. Te trajo a esta cámara, débil y desfallecida, A-Kor, dwar de las torres de Jetan, que me envió aquí con agua y comida, pues A-Kor tiene buen corazón.

—Ya recuerdo —dijo Tara lentamente—; ya recuerdo. Pero ¿dónde está Turan, mi guerrero? ¿Han hablado de él?

—No oí nada de ningún otro contestó Lan-O—. Sólo a vos os trajeron a las torres, y en eso habéis tenido suerte, pues no hay en Manator un hombre más noble que A-Kor. Es la sangre de su madre la que le hace ser así; era una joven esclava de Gathol.

—¿Gathol! —exclamó Tara de Helium—. ¿Se encuentra Gathol junto a Manator?

—No está junto a Manator; sin embargo, es el país más próximo repuso Lan-O—. Se encuentra a veintidós grados[4] al Este.

—¿Gathol! —murmuró Tara—. ¡Lejana Gathol!

—Pero tú no eres de Gathol —dijo la joven esclava—. Tu correa no es el de Gathol.

—Soy de Helium —dijo Tara.

—Helium está lejos de Gathol —dijo la joven esclava—; pero nosotros, los de Gathol, conocemos bien, por nuestros estudios, la grandeza de Helium; así que no nos parece que se halle muy lejos.

—¿Tú también eres de Gathol? —preguntó Tara.

—Muchos de los que en Manator somos esclavos procedemos de Gathol —repuso la esclava—. A Gathol, el país más próximo, es adonde van, con más frecuencia, los manatorianos en busca de esclavos. Marchan en gran número, con intervalos de tres o siete años, a acechar los caminos que conducen a Gathol, y capturan caravanas enteras sin dejar que ninguno se escape a hacer saber su suerte a Gathol. Ni hay ninguno que pueda escapar de Manator a llevar noticias nuestras a

Gahan, nuestro jed.

Tara de Helium comía lentamente y en silencio. Las palabras de la joven despertaron el recuerdo de las últimas horas que pasó en el palacio de su padre y la gran recepción de mediodía en que había encontrado a Gahan de Gathol. Aun ahora se sonrojó al recordar sus atrevidas palabras.

Mientras se hallaba sumida en sus ensueños, la puerta se abrió y un guerrero corpulento apareció en el umbral; era un hombre tosco, de labios gruesos y semblante malvado y torcido. La joven esclava, se puso en pie de un salto delante de él.

—¿Qué quiere decir esto, E-Med? —gritó—. ¿No era la voluntad de A-Kor que no se molestara a esta mujer?

—Claro que ésa era la voluntad de A-Kor —dijo el hombre burlonamente— pero la voluntad de A-Kor no rige ya en las torres de Jetan ni en ningún otro sitio, pues A-Kor se encuentra ahora en los calabozos de O-Tar y E-Med es dwar de las torres.

Tara de Helium vio que la joven esclava palidecía y que en sus ojos se reflejaba el terror.

CAPÍTULO XII



Las travesuras de Ghek

Mientras que Tara de Helium era llevada a las torres de Jetan, Ghek fue escoltado hasta los calabozos que había bajo el palacio, donde quedó encarcelado en una cámara escasamente alumbrada. Allí encontró un banco y una mesa que se hallaban sobre el suelo de tierra, junto a la pared, y en ésta varias argollas de las que colgaban cortas cadenas. Al pie de las paredes había varios agujeros en la tierra. De las diversas cosas sólo esto le interesó. Ghek se sentó en el banco y esperó escuchando silenciosamente. Poco después se extinguió la luz. Si Ghek hubiera podido sonreír hubiera sonreído, pues él podía ver en la oscuridad lo mismo que con luz o tal vez mejor. Contempló las negras aberturas de los agujeros del suelo y aguardó. A poco, notó un cambio en el aire que le rodeaba: se iba cargando de un extraño olor. Una vez más hubiera sonreído Ghek si hubiera podido hacerlo.

Que reemplazasen todo el aire de la cámara con sus gases más mortíferos, poco le importaría a Ghek, el kaldane, que, como no tenía pulmones, no necesitaba aire. Para el rykor podría ser distinto: privado de aire moriría; pero si sólo introducían una cantidad de gas suficiente para aletargar a una persona corr'lente, entonces no causaría ningún efecto en el rykor, que no tenía cerebro objetivo que sufriera. Mientras el exceso de bióxido de carbono en la sangre no fuera suficiente para detener el funcionamiento del corazón, el rykor sólo sufriría una disminución de vitalidad; pero aún no respondería a la acción excitante del cerebro del kaldane.

Ghek hizo que el rykor se sentara recostado contra la pared para poder permanecer sin la dirección de su cerebro. Luego soltó su contacto con la medula espinal, pero continuó sobre los hombros, esperando y observando, pues se había despertado su curiosidad. No pasó mucho antes que viera brillar las luces y abrirse una de las cerradas puertas para dar paso a media docena de guerreros. Se aproximaron a él rápidamente y obraron con presteza. Primero le quitaron todas las espadas y luego, poniéndole un grillete en uno de los tobillos del rykor, le aseguraron al extremo de una de las cadenas que colgaban de la pared. Luego arrastraron la mesa para ponerla en una nueva posición y la sujetaron bien al piso, de modo que el extremo de ella, en vez del centro, quedaba delante del prisionero. Ante él pusieron, sobre la mesa, comida y agua, y en el extremo opuesto dejaron la llave del grillete.

Luego dejaron abiertas todas las puertas y se marcharon.

Cuando Turan, el panthan, recobró el conocimiento fue para experimentar un agudo dolor en el antebrazo. Los efectos del gas habían desaparecido con tanta rapidez como le afectaron, así que al abrir los ojos, con la plena posesión de todas sus facultades, las luces brillaban otra vez y a su débil resplandor descubrió la figura de una gigante rata marciana, que, acurrucada sobre la mesa, le roía el brazo. Apartando éste fue a echar mano de su espada corta, mientras la rata trataba, gruñendo, de cogerle de nuevo el brazo. Entonces fue cuando Turan descubrió que le habían quitado las armas: la espada corta, la larga, la daga y la pistola. La rata le tocó y Turan apartando de un manotazo al animal se levantó volviéndose en busca de algo con que darle un golpe más fuerte.

La rata le acometió de nuevo y al retroceder Turan rápidamente, para esquivar las amenazadoras mandíbulas, algo tiró bruscamente de su tobillo derecho, y cuando echó atrás el pie izquierdo para recobrar el equilibrio su talón tropezó en una tirante cadena y Turan cayó pesadamente de espaldas, precisamente cuando la rata saltaba a su pecho y buscaba su garganta.

La rata marciana es un animal feroz y desagradable. Tiene muchas patas y su pelada piel se parece, en lo repulsiva, a la de un ratón recién nacido. Por su peso y tamaño puede compararse a una gran nutria. Tiene los ojos pequeños, muy juntos y casi ocultos en aberturas hondas y carnosas. Pero el rasgo más feroz y repulsivo lo constituyen sus mandíbulas, cuya ósea armazón sobresale algunas pulgadas de la carne, dejando al descubierto cinco dientes afilados y curvos en la mandíbula superior y otros cinco análogos en la inferior, todo lo cual da la impresión de una cara carcomida de la que se hubiera desprendido gran parte de la carne.

Semejante animal era el que había saltado al pecho del panthan para desgarrarle la yugular. Dos veces la apartó a golpes Turan tratando de levantarse; pero ambas veces el animal volvió a renovar el ataque con mayor ferocidad. Sus únicas armas son sus dientes, pues sus patas, de dedos palmeados, están armadas de garras embotadas. Con sus mandíbulas salientes excavan sus tortuosas madrigueras y con la palmas de sus patas echan la tierra hacia atrás. La única preocupación de Turan fue librar su carne de los dientes y no lo consiguió hasta que pudo agarrar la garganta del animal. Tras esto el final fue cosa de momentos. Levantándose por fin, arrojó lejos de sí al animal sin vida con un estremecimiento de repugnancia.

Turan dedicó su atención a hacer un rápido inventario de las nuevas condiciones que le rodeaban después de su encarcelamiento. Comprendió vagamente lo que había ocurrido. Le habían anestesiado y despojado de sus armas, y al ponerse en pie vio que tenía sujeto un tobillo a una cadena de la pared. Miró en torno a la cámara: ¡todas las puertas giraban, abiertas de par en par! Sus aprehensores harían su prisión más cruel dejándole echar tentadoras miradas a los pasillos abiertos que llevaban a una libertad

que no podía alcanzar. En el extremo de la mesa, y a su alcance, había comida y agua. Esto al menos era asequible, y al verlo, su extenuado estómago casi pareció gritarle pidiéndole sustento. Difícilmente pudo comer y beber con moderación.

Mientras devoraba la comida su mirada vagó en derredor de la prisión, y bruscamente se detuvo en un objeto que se hallaba sobre la mesa, en el extremo más apartado de él: era una llave. Alzó su amarrado tobillo y examinó el candado. ¡No cabía duda! La llave que estaba ante él, sobre la mesa, era la de este mismo candado. Un guerrero descuidado la habría puesto allí y se marcharía olvidándola. La esperanza creció en el pecho de Gahan de Gathol de Turan, el panthan. Furtivamente miró a las puertas abiertas: no había nadie a la vista. ¡Ah, si sólo pudiera conseguir la libertad! Hallaría algún camino en esta odiosa ciudad para tornar a su lado y jamás volvería a abandonarla hasta que hubiera conseguido la seguridad de ella o su propia muerte.

Se levantó y avanzó con precaución hacia el extremo opuesto de la mesa, donde se encontraba la codiciada llave. El tobillo sujeto detuvo su primer paso; pero se extendió todo lo largo que era sobre la mesa, alargando sus ávidos dedos hacia el premio. Casi la alcanzaban..., un poquito más y la tocarían. Hizo esfuerzos y se estiró; pero el objeto se hallaba aún fuera de su alcance. Tiró de sí mismo hasta que el grillete de hierro se hundió en su carne; pero todo fue inútil. Entonces volvió a sentarse en el banco y miró las puertas abiertas y la llave, comprendiendo ahora que formaba parte de un sistema bien pensado de refinada tortura, no menos desmoralizadora porque no infligiera sufrimientos físicos.

Durante un momento el hombre se entregó a la inútil pesadumbre y a los malos augurios, luego se rehizo, aclaró el ceño y volvió a su interrumpida comida. Por lo menos, no tendrían la satisfacción de saber lo dolorosamente que le habían herido. Mientras comía se le ocurrió que tirando de la mesa podría poner la llave a su alcance, pero cuando trató de hacerlo vio que la mesa había sido sujeta al suelo durante su desvanecimiento. Gahan sonrió de nuevo, y encogiéndose de hombros, reanudó su comida.

Cuando los guerreros se marcharon de la prisión en que Ghek estaba recluido, el kaldane se arrastró desde los hombros a la mesa; allí bebió un poco de agua y luego dirigió las manos del rykor al resto de ella y a la comida, sobre las cuales cayó con avidez el ser sin cerebro. Mientras éste quedaba ocupado así, Ghek dirigió sus pasos de araña a lo largo de la mesa hasta el extremo opuesto donde se hallaba la llave del grillete. Cogiéndola con una de las pinzas, saltó al suelo y se escurrió rápidamente hacia la boca de una de las madrigueras que había junto a la pared, desapareciendo por ella. Largo rato había estado contemplando el cerebro estas entradas de madrigueras; despertaban sus gustos kaldaneanos y ofrecían, además, un escondite para la llave y un nido de la única clase de comida que le gustaba al kaldane: carne y

sangre.

Ghek no había visto nunca un ulsio, puesto que estas grandes ratas marcianas habían desaparecido de Bantoom desde hacía mucho tiempo, por ser su carne y su sangre un manjar muy apetecido de los kaldanes; pero Ghek había heredado casi intactos todos los recuerdos de cada antecesor, por lo que sabía que el ulsio habitaba entre madrigueras y que era bueno de comer y sabía qué aspecto tenía y cuáles eran sus costumbres, aunque nunca había visto el animal ni ninguna imagen suya. Lo mismo que nosotros criamos animales para la transmisión de atributos físicos, así se crían los kaldanes para transmitir los atributos de la mente, incluyendo en ellos la memoria y la facultad de recordar, y de este modo han hecho que lo que llamamos instinto traspase el umbral de la mente objetiva, donde puede ser dirigido y utilizado por medio del recuerdo. Sin duda que en nuestra mente subjetiva se encuentran muchas de las impresiones y experiencias de nuestros antepasados. Estos sólo llaman a nuestra conciencia durante el sueño o en vagas sugerencias obsesivas de que anteriormente hemos experimentado alguna fase transitoria de nuestra existencia actual. ¡Ah, si tuviéramos la facultad de recordarlas! Ante nosotros se desplegaría la historia olvidada de los ecos desaparecidos que nos precedieron. Hasta podríamos pasear con Dios en el jardín de sus estrellas cuando el hombre sólo era aún una idea que germinaba en su mente.

Ghek descendió en la madriguera por un brusco declive de unos diez pies y se encontró con una primorosa y excelente red de madrigueras. El kaldane se sintió transportado. ¡Aquello era vivir! Marchó rápidamente y sin miedo y se dirigió tan decididamente hacia su objetivo como uno podría ir a la cocina de su casa. Su objeto se encontraba a un nivel más bajo, en una cavidad esferoidal del tamaño de un gran barril. Allí, en un nido formado con pedazos de sedas y pieles, yacían seis ulsios pequeños.

Cuando la madre volvió al nido se encontró con que sólo había cinco crías y una gran criatura de forma de araña a la que inmediatamente acometió, consiguiendo sólo que le agarraran unas poderosas pinzas que la privaron de todo movimiento. Lentamente las pinzas llevaron su garganta hacia una horrible boca, y en un momento quedó muerta.

Ghek podía haber permanecido en el nido durante mucho tiempo, pues tenía comida en abundancia para muchos días; pero en lugar de hacerlo, exploró las madrigueras. Siguió por ellas a muchas cámaras subterráneas de la ciudad de Manator, y subió por las paredes a estancias a flor de tierra. Encontró muchos cepos ingeniosamente preparados, comida envenenada y otras muestras de la constante batalla que los habitantes de Manator sostenían contra estos repulsivos animales que moraban bajo sus hogares y edificios públicos.

Su exploración le reveló no sólo las vastas proporciones de la red de rampas que

atravesaban, al parecer, todos los rincones de la ciudad, sino también la gran antigüedad de la mayoría de ellas. Habían sido arrancadas toneladas y toneladas de tierra, y durante largo rato Ghek se preguntó adonde habría sido transportada ésta, hasta que al descender por un túnel de gran anchura y longitud oyó, hacia adelante, el estruendoso correr de aguas subterráneas, y poco después llegó a la orilla de un gran río subterráneo que, sin duda, discurría alrededor de todo el mundo para desembocar en el sepultado mar de Omean. En esta alcantarilla torrencial inconcebibles generaciones de ulsios habían arrojado sus puñados de tierra al excavar su vasto laberinto.

Sólo un momento se detuvo Ghek junto al río, pues sus andanzas, aparentemente ociosas, eran impulsadas por un propósito definido, que persiguió con vigor y unidad de objeto. Siguió las rampas que le parecían terminar en los calabozos o en cámaras de los habitantes de la ciudad y las exploró, generalmente desde la seguridad de la boca de una madriguera, hasta convencerse de que no estaba allí lo que buscaba. Marchó velozmente sobre sus patas de araña y recorrió notables distancias en muy poco tiempo.

No habiendo sido recompensada su investigación con un éxito inmediato, decidió volver adonde su rykor estaba encadenado para atender a sus necesidades. Al aproximarse al final de la madriguera que terminaba en el calabozo, acortó los pasos, deteniéndose en la misma entrada de la rampa para poder examinar el interior de la cámara antes de entrar en ella. Mientras lo hacía así, vio aparecer súbitamente la figura de un guerrero por una puerta opuesta. El rykor se halla extendido sobre la mesa y sus manos buscaban ciegamente a tientas más comida. Ghek vio que el guerrero detuvo y miró al rykor con súbito asombro: luego, los ojos del muchacho se abrieron desmesuradamente y un tinte pálido reemplazó al cobrizo bronce de sus mejillas; retrocedió como si alguien le hubiera golpeado en la cara, y estuvo así un instante, como paralizado por el miedo; después lanzó un ahogado grito y, dando media vuelta, huyó. De nuevo fue una verdadera pena que Ghek, el kaldane, no pudiera sonreír.

Entrando rápidamente en la habitación, Ghek trepó a la mesa, se colocó sobre los hombros de su rykor y esperó. ¿Quién podría decir que Ghek, aunque no pudiera sonreír, no poseía sentido humorístico? Así permaneció durante media hora, y luego llegó hasta él ruido de hombres que se aproximaban por los corredores de piedra. Oyó chocar sus armas contra las pétreas paredes y comprendió que venían a buen paso; pero un poco antes de llegar a la entrada de la prisión se detuvieron y avanzaron con más lentitud. A la cabeza venía un oficial, y tras él, con los ojos dilatados y quizá algo pálido aún, marchaba el guerrero que poco antes había salido apresuradamente. En el umbral se detuvieron y el oficial se volvió severamente al guerrero. Alzando un dedo, señaló a Ghek.

—¡Ahí está la criatura! ¿Te has atrevido entonces a mentir a tu dwar?

—Juro que he dicho la verdad —exclamó el guerrero—. ¡No hace más que un momento eso se inclinaba sin cabeza sobre esta misma mesa! ¡Que mi primer antepasado me mate aquí mismo si digo algo que no sea verdad!

El oficial parecía confundido. Los hombres de Marte rara vez mienten, si es que alguna vez lo hacen. Se rascó la cabeza. Luego se dirigió a Ghek.

—¿Cuánto hace que estáis aquí? —le preguntó.

—¿Quién puede saberlo mejor que los que me han traído aquí y me han encadenado a la pared? —le replicó como respuesta.

—¿Visteis entrar hace un momento a este guerrero?

—Le vi —contestó Ghek.

—¿Y estabais sentado donde lo estás ahora? —continuó el oficial.

—¡Mira mi cadena y dime en qué otro sitio podría haber estado! exclamó Ghek—. ¿Sois tontos todos los de tu ciudad?

Otros tres guerreros se agolpaban tras los dos de delante, alargando el cuello para ver al prisionero, a la vez que se divertían con el desconcierto de su compañero. El oficial miró ceñudamente a Ghek.

—Tu lengua es tan venenosa como la de la leona que O-Tar envió a las torres del Jetan —dijo.

—¿Habláis de la joven que fue capturada conmigo? —preguntó Ghek, sin que ni su inexpresiva monotonía ni su rostro revelaran el interés que sentía.

—De ella hablo —repuso el dwar, y luego se volvió al guerrero que le había llamado—. Vuelve a tu cuartel y permanece allí hasta los próximos juegos. Quizá para entonces habrán aprendido tus ojos a no engañarte.

El muchacho lanzó a Ghek una mirada venenosa y se marchó. El oficial movió la cabeza.

—No lo comprendo —murmuró—. U-Van ha sido siempre un guerrero fiel y seguro. Si pudiera ser...—y lanzó a Ghek una mirada penetrante—. Tienes una extraña cabeza que no encaja con tu cuerpo, amigo —exclamó—. Nuestras leyendas nos hablan de aquellas antiguas criaturas que ponían alucinaciones en la mente de sus semejantes. Si tú eres de éstas, acaso sufra U-Van por culpar de tus facultades prohibidas. Si lo eres, O-Tar sabrá bien lo que hacer contigo.

Dio media vuelta y ordenó a sus guerreros que le siguieran.

—¡Esperad! —exclamó Ghek—. Si no queréis que me muera de hambre, enviadme comida.

—Ya se te ha traído —repuso el guerrero.

—¿Sólo voy a comer una vez al día? —preguntó Ghek—. Yo necesito comer con más frecuencia. Enviadme comida.

—Se te traerá —repuso el oficial—. Nadie podrá decir que los prisioneros de

Manator están mal alimentados. Justas son las leyes de Manator. Y se marchó.

Tan pronto como el ruido de sus pasos se perdió a lo lejos, Ghek saltó de los hombros de su rykor y se escurrió hasta la madriguera donde había ocultado la llave. Cogiéndola, abrió el grillete que rodeaba el tobillo del rykor, lo volvió a cerrar vacío y llevó la llave a la madriguera, más abajo que antes. Luego volvió a su sitio sobre su servidor sin cerebro. Al poco rato oyó pasos que se aproximaban, y entonces se levantó y pasó a un corredor distinto de aquel por el que Ghek sabía que venía el guerrero. Allí esperó, escuchando. Oyó que el guerrero entraba en la cámara y se detenía. Oyó murmurar una exclamación, seguida del estrépito de platos de metal al tirar contra la mesa una bandeja, y luego, pasos que se retiraban precipitadamente y que pronto se perdieron a lo lejos.

Ghek volvió a la cámara sin perder un momento y, cogiendo la llave, encadenó otra vez al rykor. Luego restituyó la llave a la madriguera, y, acurrucándose sobre la mesa junto a su rykor sin cabeza, dirigió las manos de éste a la comida. Mientras el rykor comía, Ghek aguardó a que se oyera el roce de las sandalias y el repiqueteo de las armas que sabía no habían de tardar. No tuvo que esperar mucho. Al oírlos llegar, Ghek trepó a los hombros de su rykor. Era otra vez el oficial que había sido llamado por U-Van, y con él venían tres guerreros.

El que venía tras él era evidentemente el mismo que había traído la comida, pues sus ojos se abrieron desmesuradamente al ver a Ghek sentado a la mesa, y pareció aturdirse mucho cuando el oficial volvió hacia él su severa mirada.

—Sin embargo, es verdad lo que dije —exclamó—. Cuando traje la comida no estaba aquí.

—Pero ahora está —dijo el oficial ásperamente—, y tiene el grillete en el tobillo. Mira: no ha sido abierto...: pero ¿dónde está la llave? Debería estar sobre la mesa en el extremo opuesto a él. ¿Dónde está la llave, criatura? —le gritó encolerizado a Ghek.

—¿Cómo yo, un prisionero, podría saber mejor que mi carcelero el paradero de la llave de mis grilletes? —replicó Ghek.

—Pero se encontraba aquí —exclamó el oficial, señalando al otro extremo de la mesa.

—¿La viste ahí? —preguntó Ghek.

El oficial vaciló.

—No; pero debe de haber estado ahí —arguyó.

—¿Viste la llave allí? —pregunto Ghek, dirigiéndose a otro guerrero.

El muchacho movió la cabeza negativamente.

—¿Y tú? ¿Y tú? —continuó el kaldane, dirigiéndose a los otros dos.

Ambos reconocieron que nunca habían visto la llave.

—Y si hubiera estado ahí, ¿cómo podría haberla alcanzado? —continuó Ghek.

—No, no pudo haberla alcanzado —reconoció el oficial—; pero ¡esto se ha acabado! I-Zav, permanecerás de guardia junto a este prisionero hasta que seas relevado.

A I-Zav pareció hacerle poca gracia esta noticia y miró a Ghek con desconfianza, mientras el dwar y los otros guerreros se volvían, dejándole abandonado a su infortunada suerte.

CAPÍTULO XIII



Un acto desesperado

E-Med atravesó la cámara de la torre hacia Tara de Helium y la joven esclava Lan-O. Cogió a aquélla por un hombro rudamente.

—¡Quieta! —le ordenó.

Tara le apartó la mano de un golpe y, levantándose, retrocedió.

—No pongas la mano en la persona de una princesa de Helium, ¡bestia! —le advirtió.

E-Med se echó a reír.

—¿Crees que voy a jugar al jetan por ti sin probar antes el premio que me disputo? —preguntó—. ¡Ven aquí!

La joven se irguió totalmente, cruzando los brazos sobre sus pechos, sin que E-Med notara que los finos dedos de su mano derecha se escurrían bajo la ancha franja de cuero de sus correajes que pasaba sobre su hombro izquierdo.

—Si O-Tar sabe esto, te pesará, E-Med —exclamó la joven esclava—, pues no hay ninguna ley en Manator que te autorice a coger a esta joven antes de haberla ganado justamente.

—¿Qué le importa a O-Tar la suerte de ella? —repuso E-Med—. ¿No la he oído yo? ¿No escarneció al gran jeddak, amontonando injurias sobre él? Creo, por mi primer antepasado, que O-Tar podría hacer su jed del hombre que la domeñara —y avanzó de nuevo hacia Tara.

—¡Espera! —dijo ésta con voz baja y firme—. Tal vez no sepas lo que haces. Sagradas son para el pueblo de Helium las personas de sus mujeres. Por el honor de la más humilde, el mismo gran jeddak desenvainaría su espada. Las naciones más grandes de Barsoom han hecho resonar el trueno de la guerra por defender la persona de mi madre, Dejah Thoris. Somos mortales y podemos, por tanto, morir; pero no podemos ser mancilladas. Juegas al jetan por una princesa de Helium; pero aunque puedas ganar el encuentro, jamás podrás pedir la recompensa. Si quieres poseer un cuerpo muerto, impúlsame demasiado lejos; pero sabe, hombre de Manator, que la sangre del Señor de la Guerra no corre en vano por las venas de Tara de Helium. He terminado.

—Yo no sé nada de Helium, y "nuestro" Señor de la Guerra es OTar —repuso E-

Med—; pero lo que sí sé es que quiero examinar más de cerca el premio por el que lucharé y venceré. Quiero probar los labios de la que va a ser mi esclava después de los próximos juegos, y no conviene, mujer, que me hagas encolerizar mucho —sus ojos se entornaron al hablar y su rostro tomó el aspecto de una fiera enfurecida—. Si dudas de la verdad de mis palabras, pregunta a Lan-O, la joven esclava.

—Dice la verdad, ¡oh mujer de Helium! —interrumpió Lan-O—. No pongas a prueba el genio de E-Med. si aprecias vuestra vida.

Pero Tara de Helium no contestó. Ya había hablado. Ahora permaneció silenciosa frente al corpulento guerrero que se aproximaba a ella. E-Med se acercó más y bruscamente le cogió una mano e, inclinándose, trató de atraer sus labios a los suyos.

Lan-O vio que la mujer de Helium se volvía y con un rápido movimiento apartaba la mano derecha de sobre su seno. Vio que la mano se tendía por debajo del brazo de E-Med y se alzaba por detrás del hombro de éste, y observó que la mano empuñaba una larga y fina hoja. Los labios del guerrero se acercaban cada vez más a los de la mujer; pero no los tocaron, pues súbitamente el hombre se irguió rígido, con un grito en los labios, y luego se contrajo como un saco vacío, cayendo al suelo en revuelto montón. Tara de Helium se agachó y limpió la hoja en su correa.

Lan-O con los ojos muy abiertos, miró horrorizada el cadáver. — Esto causará nuestra muerte —exclamó.

—¿Y quién querría vivir esclavo en Manator? —preguntó Tara de Helium.

—Yo no soy tan valiente como tú —dijo la joven esclava—. La vida es dulce y siempre hay esperanza.

—La vida es dulce —asintió Tara de Helium—; pero el honor es sagrado. Mas no temas. Cuando vengan les diré la verdad: que no has intervenido en esto ni te ha dado tiempo de evitarlo.

Durante un momento, la joven esclava pareció reflexionar profundamente. De pronto sus ojos se iluminaron.

—Tal vez haya un medio —dijo— de apartar las sospechas de nosotras. Abramos la puerta y arrastremoslo fuera: quizás encontremos un sitio para esconderlo.

—¡Muy bien! —exclamo Tara de Helium.

Ambas se pusieron a hacer inmediatamente lo que Lan-O había sugerido. Pronto encontraron la llave y abrieron la puerta, y después, entre las dos, sacaron casi arrastrando de la habitación el cadáver de E-Med, bajando la escalera hasta el piso inmediato, en el que Lan-O decía que había cámaras vacías.

La primera puerta que probaron estaba abierta y por ella llevaron ambas su horrible carga a una pequeña habitación iluminada por una sola ventana. El lugar tenía evidentes señales de haber sido utilizado más como vivienda que como celda, pues estaba provisto de ciertas comodidades y hasta de lujo. Las paredes estaban artesonadas desde el suelo hasta unos cuatro metros, mientras que el resto de las

paredes y el techo estaban decorados con pinturas descoloridas de otros tiempos.

Cuando la mirada de Tara recorría rápidamente el interior, llamó su atención una parte del artesanado que parecía separado por un borde de la cámara inmediata. Cruzó con rapidez hacia allí, descubriendo que un borde vertical de todo un tablero sobresalía de los otros un par de centímetros. La posibilidad de una explicación excitó su curiosidad, y, obrando bajo su sugerencia, cogió el borde saliente y tiró hacia afuera. Lentamente el tablero giró hacia ella, revelando una oscura abertura en la pared.

—¡Mira, Lan-O! —exclamó—. Mira lo que he encontrado: un agujero donde podemos ocultar eso.

Lan-O se acercó a ella y juntas examinaron la oscura abertura, hallando una pequeña plataforma, de la que partía una estrecha rampa que descendía hasta la oscuridad estigia. Un denso polvo cubría por dentro el suelo, mostrando que había transcurrido mucho tiempo desde que no la hollaban pies humanos; sin duda, aquél era un camino secreto, desconocido por los manatorianos vivos. Hasta allí arrastraron el cuerpo de E-Med, dejándolo sobre la plataforma, y al abandonar el oscuro y clausurado escondite, Lan-O hubiera cerrado el tablero de un golpe si Tara de Helium no lo hubiese evitado.

—¡Espera! —dijo Tara, y se agachó a examinar el marco y la puerta.

—¡Pronto! —susurró la joven esclava—. Si vienen, estamos perdidas.

—Puede sernos de utilidad saber cómo se vuelve a abrir esto —repuso Tara de Helium. y de pronto apretó un pie contra la alisada base de la pared, a la derecha del tablero abierto—. ¡Ah! —exclamó con tono de satisfacción, y cerró el tablero hasta que quedó bien ajustado en su sitio—. ¡Vamos! —dijo, y se volvieron hacia la puerta exterior de la cámara.

Llegaron a su celda sin ser descubiertas y Tara cerró la puerta desde el interior, guardándose la llave en un bolsillo secreto de su correa.

—Que vengan —dijo—. Que nos interroguen. ¿Qué podrían saber dos pobres prisioneras del paradero de su noble carcelero? A ti te pregunto. Lan-O: ¿qué podrían saber?

—Nada —reconoció Lan-O, sonriendo con su compañera.

—Háblame de estos hombres de Manator —dijo poco después Tara—. ¿Son todos como E-Med, o hay alguno como A-Kor, que parecía de un hombre valeroso?

—No difieren de los habitantes de otros países —repuso Lan-O—. Hay entre ellos buenos y malos. Son guerreros valientes y fuertes. Entre ellos no carecen de caballerosidad y honor; pero en sus relaciones con los extranjeros sólo conocen una ley: la ley del más fuerte. El débil e infortunado de otros países los llena de desprecio y despierta todo lo peor su naturaleza, lo que explica, sin duda, el trato que nos dan a nosotros, sus esclavos.

—Pero ¿por qué han de sentir desprecio por los que han sufrido el infortunio de caer entre sus manos? —inquirió Tara con curiosidad.

—No lo sé —dijo Lan-O—. A-Kor dice que lo cree debido a que su país no ha sido invadido nunca por un enemigo victorioso. En sus furtivas incursiones no han sido derrotados nunca, porque jamás han esperado a hacer frente a una fuerza poderosa, y de este modo han llegado a considerarse invencibles y desprecian a los demás pueblos como inferiores en valor y en la práctica de las armas.

—Sin embargo, A-Kor es uno de ellos —dijo Tara.

—Es hijo de O-Tar, el jeddak-repuso Lan-O—; pero su madre era una gatholiana de alta cuna, capturada y esclavizada por O-Tar, y A-Kor afirma que en sus venas sólo corre la sangre de su madre, y, en efecto, es distinto de los demás. Su nobleza es de carácter benigno, aunque ni el peor de sus enemigos se ha atrevido a poner en duda su valor, a la vez que su destreza en la espada y en la lanza, y en el thoat es famoso de extremo a extremo de Manator.

—¿Qué piensas que harán con él? —preguntó Tara de Helium.

—Sentenciarle a los juegos —repuso Lan-O—. Si O-Tar no estuviera muy encolerizado puede que le sentenciara sólo a un juego, en cuyo caso podría salir con vida; pero si O-Tar desea realmente librarle de él, será sentenciado a la serie entera, y ningún guerrero ha sobrevivido nunca a los diez juegos, o, mejor dicho, ninguno que estuviera sentenciado por O-Tar.

—¿Qué son esos juegos? No comprendo —dijo Tara—: Les he oído hablar de jugar al jetan; pero seguramente en el jetan no se puede matar a nadie. En mi país lo jugamos con frecuencia.

—Pero no como lo juegan en Manator —repuso Lan-O—. Ven a la ventana.

Y se aproximaron juntas a una abertura que miraba hacia el este.

Bajo ella, Tara de Helium vio un gran campo rodeado completamente por los bajos edificios y las elevadas torres, de las cuales aquella donde se hallaba encarcelada sólo formaba una unidad.

Alrededor del campo había filas de asientos; pero lo que más llamó su atención fue un gigantesco tablero del jetan trazado sobre el suelo con grandes casillas alternas de color naranja y negro.

—Aquí juegan al jetan con piezas vivas. Se disputan grandes premios y, generalmente, una mujer: alguna esclava de excepcional belleza. El mismo O-Tar, puede que hubiera jugado por ti si no lo hubieras irritado; pero ahora serás disputada en juego libre por esclavos y criminales, y pertenecerás a la parte que venza..., no a un guerrero solo, sino a todos los que sobrevivan al juego.

Los ojos de Tara de Helium centellearon, pero no hizo comentarios.

—Los que dirigen el juego no toman parte necesariamente en él —continuó la joven esclava—, sino que se sientan en aquellos dos grandes tronos que ves a cada

lado del tablero, y dirigen sus piezas de casilla a casilla.

—Pero ¿en qué consiste el peligro? —preguntó Tara de Helium—. Si se gana una pieza no hay más que retirarla del tablero: ésta es una regla del jetan casi tan antigua como la civilización de Barsoom.

—Pero aquí, en Manator, cuando juegan en la gran partida con hombres vivos, se altera esa regla —explicó Lan-O—. Cuando un guerrero se mueve hacia una casilla ocupada por una pieza contraria entablan los dos un duelo a muerte por la posesión de la casilla, y el que triunfa se aprovecha de su movimiento. Cada cual se atavía para simular la pieza que representa, y lleva además un distintivo de si es esclavo, o guerrero, que cumple una condena, o voluntario. Si cumple una condena, lleva también indicado el número de juegos a que ha sido sentenciado, de manera que el que dirige los movimientos sabe qué piezas debe arriesgar y cuáles conservar; pero, además, en los riesgos de un hombre influye la personalidad que se le asigna en el juego. A los que desean hacer morir los nombran banthan, en el juego, pues el banthan es el que menos probabilidades tiene de sobrevivir.

—Los que dirigen el juego, ¿no toman nunca parte real en él? —preguntó Tara.

—¡Oh, sí! —dijo Lan-O—. A menudo, cuando dos guerreros, aun de la clase más alta, se agravian recíprocamente, O-Tar les obliga a dirimir su cuestión en el juego. Entonces toman parte activa en éste; y con la espada desnuda dirigen a sus jugadores desde la posición del jefe. Escogen a sus propios jugadores, que, generalmente, son sus mejores guerreros, y esclavos, si son potentados que los poseen, y si no, pueden presentarse sus amigos como voluntarios o escogen prisioneros de los calabozos. Estos son verdaderos juegos; los mejores que se ven. Con frecuencia mueren los mismos grandes jefes.

—¿Es, pues, en este anfiteatro donde se otorga la justicia de Manator? —preguntó Tara.

—Y muy liberalmente —repuso Lan-O

—¿Cómo puede entonces un prisionero conseguir su libertad por medio de semejante justicia? —continuó la joven de Helium.

—Si es hombre y sobrevive a diez juegos, la libertad es suya —repuso Lan-O.

—Pero ¿no sobrevive ninguno nunca? —inquirió Tara—. ¿Y si es mujer?

—Ningún extranjero que traspasó las puertas de Gathol ha sobrevivido jamás a los diez juegos —repuso la joven esclava—. Se les permite ofrecerse en perpetua esclavitud si lo prefieren a jugar al jetan. Desde luego, se les puede llamar a tomar parte en el juego como a cualquier guerrero; pero entonces sus probabilidades de sobrevivir son mayores, puesto que ya no tienen nunca la probabilidad de obtener la libertad.

—Pero una mujer —insistió Tara— ¿cómo puede una mujer conseguir su libertad?

Lan-O se echó a reír.

—Muy sencillamente —exclamó irrisoriamente—. No tiene más que hallar un guerrero que quiera luchar por ella, a través de diez juegos consecutivos, y que logre sobrevivir.

—Justas son las leyes de Manator —repitió Tara, con soma.

Entonces oyeron pasos por el exterior de la celda, y un momento después, una llave daba vuelta a la cerradura, y la puerta se abrió. Un guerrero apareció frente a ellas.

—¿Has visto al dwar E-Med? —preguntó.

—Sí —contestó Tara—; estuvo aquí hace un rato.

El hombre examinó rápidamente la limpia cámara, y después miró intensamente: primero, a Tara de Helium, y luego, a la joven esclava LanO. Su expresión de perplejidad aumentaba. Se rascó la cabeza.

—Es extraño-dijo—. Veinte hombres le han visto subir a esta torre, y aunque sólo hay una salida, y bien guardada, ninguno le ha visto salir.

Tara de Helium ocultó un bostezo con el dorso de una mano perfecta.

—La princesa de Helium tiene hambre, muchacho —dijo lentamente—. Di a tu señor que quisiera comer.

Una hora después trajeron la comida, acompañando al portador un oficial y varios guerreros. El oficial examinó cuidadosamente la estancia; pero no había señales de que algo malo hubiera ocurrido allí. La herida que había enviado con sus antepasados al dwar E-Med no había sangrado, por fortuna para Tara de Helium.

—Mujer —exclamó el oficial volviéndose hacia Tara—, has sido la última que vio al dwar E-Med. Respóndeme y dime la verdad. ¿Le viste dejar esta habitación?

—Le vi —contestó Tara de Helium.

—¿Adonde se fue desde aquí?

—¿Cómo podría yo saberlo? ¿Creéis que puedo pasar a través de una puerta de skeel? —la joven hablaba con tono zumbón.

—No sabemos si podrías hacerlo —dijo el oficial—. Han ocurrido cosas extrañas en la celda de tu compañero en los subterráneos de Manator. Quizá pudieras pasar a través de una puerta de skeel con tanta facilidad como él realiza cosas que parecen más imposibles.

—¿A quién te refieres? —exclamó—. ¿A Turan el panthan? ¿Vive, entonces? Dime: ¿está ileso en Manator?

—Yo hablo de eso que se llama Ghek el kaldane —repuso el oficial.

—Pero ¿y Turan? Decidme, padwar: ¿has oído algo de él? —el tono de Tara era insistente, y se inclinaba un poco hacia el oficial con los labios ligeramente separados, en espera.

En los ojos de Lan-O, la joven esclava, que la estaba contemplando, brilló un

ligero fulgor de comprensión; pero el oficial no se fijó en la pregunta de Tara: ¿qué le importaba a él la suerte de otro esclavo?

—Los hombres no desaparecen en el aire —gruñó—. y si E-Med no apareciera pronto, el mismo O-Tar intervendrá en esto. Te advierto mujer, que si fueras una de esas horribles corfals, que por mandato de los malvados muertos consiguen un maligno dominio sobre los vivos, como muchos creen ya que es esa cosa llamada Ghek, y a menos que devuelvas a E-Med, O-Tar no tendrá piedad de ti.

—¿Qué necesidad es ésta? —exclamó la joven—. Yo soy una princesa de Helium, como ya os he dicho a todos dos docenas de veces. Aun en el caso de que existieran las fabulosas corfals, cosa que sólo creen ya los más ignorantes, la ciencia de los antiguos nos dice que sólo se encarnaban en los cuerpos de perversos criminales o de clase baja. Hombre de Manator, eres un necio y lo es tu jeddak y todo su pueblo —y volviendo al padwar su real espalda, miró por la ventana, a través del campo del jetan y las terrazas de Manator, hacia esas bajas colinas y la campiña ondulante y la libertad.

—Ya que sabes tanto de las corfals —exclamó el padwar—, ¿sabes que si bien un hombre ordinario no puede atreverse a hacerlas daño, las manos de un jeddak pueden matarlas impunemente?

La joven no contestó ni volvió a hablar, a pesar de todas sus amenazas y su furor, pues ahora sabía que nadie se atrevería a hacerla daño, salvo el jeddak O-Tar.

Después de un rato, el padwar se fue, llevándose a sus hombres. Y después de que se fueron, Tara permaneció largo rato mirando sobre la ciudad de Manator y preguntándose qué injusticias más crueles le reservaría el Destino. Se hallaba así en silenciosa meditación cuando llegaron hasta ella bélicos acordes desde la ciudad de debajo: los tonos profundos y melodiosos de las largas trompetas de guerra de las tropas montadas y las notas claras y resonantes de la música de infantería. La joven alzó la cabeza y miró en derredor, escuchando, y Lan-O, que se hallaba en una ventana opuesta mirando hacia el oeste, hizo señas a Tara de que se acercara. Ambas pudieron mirar sobre las terrazas y las avenidas, a la Puerta de los Enemigos, por la cual estaban entrando tropas en la ciudad.

—El gran jed viene —dijo Lan-O—; ningún otro se atreve a entrar así, con toques de trompeta, en la ciudad de Manator. Es U-Thor, jed de Manatos, segunda ciudad de Manator. Le llaman el Gran Jed de extremo a extremo de Manator, y porque el pueblo le quiere, O-Tar le odia. Se dice, cualquiera lo sabe, que la más ligera provocación sería necesaria para llevarlos a la guerra. Nadie puede adivinar cómo acabaría una guerra semejante, pues el pueblo de Manator idolatra al gran O-Tar, aunque no le quiere. A U-Thor le quieren; pero no es el jeddak.

Tara de Helium comprendió, como sólo un marciano puede comprenderlo, lo que encerraba esa sencilla declaración. La lealtad de un marciano a su jeddak es casi un

instinto, que, por añadidura, no cede ni al instinto de conservación. Esto no es extraño en una raza cuya religión contiene la adoración de los antepasados y donde las familias siguen su origen hasta las remotas edades, y un jeddak ocupa el mismo trono que ocuparon sus progenitores directos durante quizá cientos de miles de años y gobierna a los descendientes del mismo pueblo que gobernaron sus antecesores. Jeddaks perversos han sido destronados; pero rara vez se les reemplaza con otros que no sean miembros de la casa imperial, aun cuando la ley concede derecho a los jeds para elegir a quien les plazca.

—¿U-Thor es entonces un hombre justo y bueno? —preguntó Tara de Helium.

—No hay otro más noble —repuso Lan-O—. En Manator sólo se obliga a jugar al jetan a malvados criminales que merecen la muerte, y aun entonces el juego es franco y tienen probabilidades de obtener la libertad. Pueden llegar voluntarios; pero los movimientos no se disputan a muerte: una herida, y, a veces, diferencia de puntos en la esgrima, deciden el resultado. Consideran el jetan como un deporte marcial; aquí no es más que una matanza. U-Thor se opone también a las antiguas incursiones en busca de esclavos y a la política que conserva a Manator aislada de las demás naciones de Barsoom; pero U-Thor no es jeddak, y por eso no hay ningún cambio.

Las dos jóvenes contemplaron la columna que ascendía por la amplia avenida desde la Puerta de los Enemigos hasta el palacio de O-Tar. Era un desfile grandioso y exótico de guerreros pintados, con corrajes tachonados de pedrería y plumas ondulantes; quietos y chillones thoats ricamente enjaezados, por encima de cuyas cabezas las largas lanzas de sus jinetes agitaban los estandartes; soldados de Infantería que marchaban desenvueltamente por el pavimento de piedra, sin que sus sandalias de piel de zitidar produjeran el menor ruido, y al final de cada utan marchaba una serie de pintadas carrozas tiradas por gigantescos zitidars que conducían el equipo de la compañía a que estaban agregadas. Utan tras utan entraron por la gran puerta, y cuando la cabeza de la columna llegó al palacio de O-Tar aún no habían entrado todos los guerreros en la ciudad.

—Llevo aquí muchos años —dijo la joven Lan-O—; pero nunca he visto al gran jed traer, tantos guerreros a la ciudad de Manator.

Con los ojos medio cerrados contemplaba Tara de Helium a los guerreros que subían por la amplia avenida, esforzándose por imaginárselos combatientes de su amada Helium que venían a rescatar a su princesa. Aquella magnífica figura que cabalgaba el gran thout podía ser el mismo John Carter, guerrero de Barsoom, y tras él, uno y otro utan de los veteranos del imperio; luego, la joven abrió otra vez los ojos y vio las bárbaras huestes, pintadas y adornadas con plumas, y suspiró. Pero, sin embargo, las contempló, fascinada por la escena marcial, y otra vez se fijó en los grupos de las silenciosas figuras de los balcones. No había ninguna seda que ondulase, ningún grito de bienvenida, ninguna lluvia de flores y piedras preciosas,

como hubieran señalado la entrada de semejante cortejo amistoso y magnífico en las ciudades gemelas de su cuna.

—Las gentes no parecen favorables a los guerreros de Manator —dijo a Lan-O—. No he visto una sola señal de bienvenida en la gente de los balcones.

La esclava miró sorprendida.

—¡No puede ser que lo ignoréis! —exclamó—. Pues esas gentes son...—pero no pudo seguir.

La puerta giró, y un oficial apareció ante ellas.

—¡A la joven esclava Tara de Helium se la llama a la presencia de O-Tar, el jeddak! —anunció.

CAPÍTULO XIV



A las órdenes de Ghek

Turan el panthan se irritaba en sus cadenas. El tiempo avanzaba penosamente. El silencio y la monotonía transformaban los minutos en horas. La incertidumbre de la suerte de la mujer que amaba hacía de cada hora una eternidad de infierno. Esperó impacientemente oír la aproximación de pasos para poder ver y hablar a algún ser vivo y acaso saber alguna noticia de Tara de Helium. Después de torturantes horas, sus oídos fueron recompensados con el cascabeleo de correajes y armas. ¡Venían hombres! Esperó anhelante. Quizá fueran sus verdugos; no obstante, los recibiría con alegría, les preguntaría; mas si no sabían nada de Tara, él no revelaría dónde se hallaba el escondite en que la había dejado.

Llegaron; eran media docena de guerreros y un oficial que escoltaban a un hombre desarmado, sin duda un prisionero. No le quedó a Turan la menor duda de esto, pues acercaron al recién llegado y le encadenaron a una argolla contigua. Inmediatamente el panthan empezó a preguntar al oficial que mandaba la guardia.

—Dime —preguntó— por qué se me ha hecho prisionero y si han sido capturados otros extranjeros después que yo entré en vuestra ciudad.

—¿Qué prisioneros? —preguntó el oficial.

—Una mujer y un hombre de extraña cabeza —repuso Turan.

—Es posible —dijo el oficial—; pero ¿cuáles son sus nombres?

—La mujer era Tara, princesa de Helium, y el hombre, Ghek un kaldane de Bantoom.

—¿Eran amigos tuyos? —preguntó el oficial. — Sí —contestó Turan.

—Eso es lo que quería saber —dijo el oficial.

Y ordenando brevemente a sus hombres que le siguieran, dio media vuelta y abandonó la celda.

—¡Háblame de ellos! —exclamó Turan tras él—. ¡Háblame de Tara de Helium! ¿Está en salvo?

Pero el hombre no respondió, y pronto el ruido de sus pasos se perdió a lo lejos.

—Tara de Helium estaba en salvo hace muy poco tiempo —dijo el prisionero encadenado junto a Turan.

El panthan se volvió hacia el que hablaba, viendo a un hombre fuerte, de hermoso

rostro y modales majestuosos y dignos.

—¿La has visto? —preguntó Turan—. ¿La han capturado entonces? ¿Está en peligro?

—Está encerrada en las torres del Jetan como premio para los próximos juegos —repuso el extraño.

—¿Quién eres tú? —preguntó Turan—. ¿Por qué estás prisionero aquí?

—Soy el dwar A-Kor, guardián de las Torres de Jetan —contestó el otro—. Estoy aquí porque he osado decir la verdad del jeddak O-Tar a uno de sus oficiales.

—¿Y cuál es tu castigo? —preguntó Turan.

—No lo sé; O-Tar no ha hablado aún. Sin duda serán los juegos..., tal vez los diez, pues O-Tar no quiere a A-Kor, su hijo. — ¿Eres hijo del jeddak? —preguntó Turan.

—Soy hijo de O-Tar y de una esclava, Haja de Gathol, que fue princesa en su país.

Turan miró penetrantemente al que hablaba. ¡Un hijo de Haja de Gathol! Un hijo de la hermana de su madre; este hombre era, pues, su propio primo. Bien recordaba Gahan la misteriosa desaparición de la princesa Haja y de un utan completo de sus tropas personales. Había ido a hacer una visita muy lejos de Gathol, y al volver a su país se había evaporado con toda su escolta. ¿Era éste, pues, el secreto del aparente misterio? Esto explicaba, sin duda, otras muchas desapariciones análogas que se remontaban tan atrás como la historia de Gathol. Turan examinó a su compañero, hallándole muchas muestras de semejanza con el pueblo de su madre. A-Kor podría tener diez años menos que él, pero tales diferencias de edad apenas se tienen en cuenta en un pueblo que rara vez o nunca envejece exteriormente después de la madurez y cuya vida puede durar mil años.

—¿Y dónde se encuentra Gathol? —preguntó Turan.

—Casi al este de Manator —repuso A-Kor.

—¿Y a qué distancia?

—Hay unos veintiún grados desde la ciudad de Manator a la de Gathol —repuso A-Kor—, pero poco más de diez entre los límites de los dos países. Entre ellos, sin embargo, se encuentra una región de rocas quebradas y precipicios de anchas bocas.

Gahan conocía bien esta región que bordeaba su país hacia el oeste; hasta las naves aéreas lo evitaban por las pérfidas corrientes que subían desde sus profundos precipicios y la ausencia casi total de lugares seguros de desembarco. Ya sabía dónde se encontraba Manator, y, por primera vez desde hacía muchas semanas, conocía el camino a su propia Gathol, y aquí encontraba a un hombre, compañero de prisión, en cuyas venas corría la sangre de sus propios antepasados; un hombre que conocía a Manator, sus habitantes sus costumbres y la región que lo rodeaba; un hombre que podría ayudarle, por lo menos con sus consejos, a trazar un plan para rescatar a Tara

de Helium y escapar, Pero ¿accedería AKor?... ¿Podría atreverse a revelar el asunto? No podía hacer menos que intentarlo.

—¿Crees que O-Tar te condenará a muerte? —preguntó—. ¿Por qué?

—Le gustaría hacerlo —repuso A-Kor—, pues el pueblo sufre bajo su mano de hierro y su lealtad sólo es la lealtad de un pueblo al largo linaje de ilustres jeddaks de que él procede. Es un hombre desconfiado y ha encontrado los medios de deshacerse de la mayoría de aquellos cuya sangre puede darles derecho a reclamar el trono, o que el afecto que han conseguido del pueblo les dota de alguna significación política. El hecho de ser hijo de una esclava me relegó a una posición de menor importancia en la consideración de O-Tar; sin embargo, yo soy aún hijo de un jeddak y puedo ocupar el trono de Manator con tanto derecho como el mismo O-Tar. A esto se ha agregado el hecho de que en recientes años el pueblo, y especialmente muchos de los más jóvenes guerreros, han evidenciado un creciente afecto hacia mi, que yo atribuyo a ciertas virtudes de carácter y educación heredadas de mi madre, pero que, según O-Tar, es el resultado de mi ambición a ocupar el trono de Manator. Y ahora estoy firmemente convencido de que se ha aprovechado de la crítica que he hecho de su trato para con la joven esclava Tara como un pretexto para librarse de mí.

—Pero ¿y si pudieras escapar y llegar a Gathol? —sugirió Turan.

—Ya lo he pensado —musitó A-Kor—; pero ¿qué ganaría con ello? A los ojos de los gatholianos yo sería, no un gatholiano, sino un extranjero, y, sin duda, me darían el mismo trato que los de Manator damos a los extranjeros.

—Si pudieras probarles que sois hijo de la princesa Haja, tendrías asegurado un buen recibimiento —dijo Turan—; mientras que, por otra parte, podrías adquirir tu libertad y ciudadanía con un breve período de trabajo en las minas de diamante.

—¿Cómo sabes todo eso? —le preguntó A-Kor—. Yo creía que eras de Helium.

—Soy un panthan —repuso Turan—, y he servido a muchos países, entre ellos a Gathol.

—Lo que dices ya me lo han dicho los esclavos de Gathol —dijo AKor pensativamente—, y también mi madre, antes que O-Tar la enviara a vivir a Manator. Creo que O-Tar ha tenido su fuerza e influencia entre los esclavos de Gathol y sus descendientes, que se elevan, quizá a un millón, extendidos por todo el territorio de Manator.

—¿Están organizados esos esclavos? —preguntó Turan.

A-Kor miró a los ojos del panthan durante largo rato antes de responder.

—Eres un hombre de honor —dijo—; lo leo en tu semblante, y yo me engaño rara vez en la apreciación de un hombre; pero...—y se acercó más al otro —hasta las paredes tienen oídos —susurró, y la pregunta de Turan quedó sin respuesta.

Avanzada la tarde llegaron guerreros que soltaron el grillete del tobillo de Turan y se llevaron a éste para que compareciera ante el jeddak O-Tar. Lo condujeron hacia el

palacio por calles estrechas y tortuosas y amplias avenidas, y siempre los contemplaban desde los balcones en interminables hileras los silenciosos habitantes de la ciudad. El palacio estaba lleno de vida y actividad. Galopaban guerreros por las rampas que comunicaban pisos inmediatos. Parecía que nadie andaba a pie dentro del palacio más que algunos esclavos. Chillones thoats de combate ocupaban magníficos salones, mientras que sus jinetes, si no eran requeridos por algún deber de palacio, jugaban al jetan con pequeñas figuras de madera tallada.

Turan observó la magnificencia de la arquitectura interior del palacio, la profusión de piedras y metales preciosos, las suntuosas decoraciones murales que representaban casi exclusivamente escenas marciales, y, principalmente, duelos que parecían tener lugar sobre grandiosos tableros de jetan. Los capiteles de muchas de las columnas que sostenían el techo de los corredores y cámaras que atravesaban, estaban labrados de forma que asemejaban piezas de jetan; por todas partes parecían encontrarse alusiones al juego.

Por el mismo camino que había sido llevada Tara de Helium, fue conducido Turan hacia el salón del trono del jeddak O-Tar, y cuando entró en el salón de los jefes su interés se transformó en asombro y admiración al ver las filas de inmóviles jinetes cubiertos con sus vistosas y marciales panoplias. Jamás había visto en Barsoom —pensó— más guerreros o thoats tan perfectamente adiestrados en la inmovilidad completa. Entre los thoats ningún músculo que se estremeciera, ninguna cola que se alzara, y los jinetes estaban tan inmóviles como sus monturas: cada marcial mirada dirigida hacia el frente y las grandes lanzas inclinadas en el mismo ángulo. Era un cuadro como para llenar de temor y respeto el pecho de un guerrero, y no dejó de causar su efecto en Turan mientras era conducido a lo largo de la cámara en que había de esperar ante unas grandes puertas hasta que se le ordenara comparecer ante el gobernante de Manator.

Cuando Tara de Helium fue introducida en el salón del trono de O-Tar, encontró la gran sala llena de jefes y oficiales de O-Tar y de UThor, ocupando éste, como le era debido, el puesto de honor al pie del trono. La joven fue llevada al final de la nave y se detuvo ante el jeddak, que la miró desde su elevado trono, frunciendo el ceño y con ojos feroces y crueles.

—Las leyes de Manator son justas —dijo O-Tar, dirigiéndose a ella—; por eso se te ha ordenado comparecer de nuevo para ser juzgada por la autoridad más alta de Manator. Ha llegado a mí la noticia de que se sospecha que sois una corfal, ¿Qué tenéis que decir en contra de tal acusación?

Tara de Helium apenas pudo contener su burla mientras contestaba a la ridícula acusación de brujería.

—Es tan antigua la cultura de mi pueblo —dijo—, que la historia auténtica no revela ninguna justificación de la existencia de lo que sabemos que sólo existió en las

mentes ignorantes y supersticiosas de los pueblos más primitivos del pasado. Para los que son tan incultos que creen en la existencia de las corfals no puede haber ningún argumento que les convenza de su error; sólo largos años de educación y cultura pueden liberarlos del yugo de la ignorada. He dicho.

—Sin embargo, no has negado la acusación —dijo O-Tar.

—No merece la dignidad de una negativa —repuso Tara altivamente.

—En tu lugar, mujer —dijo una voz profunda a su derecha—, yo la negaría, sin embargo.

Tara de Helium se volvió para ver fijos en ella los ojos de U-Thor, el gran jed de Manator. Eran animosos; pero ni fríos ni crueles. O-Tar golpeó con impaciencia el brazo de su trono.

—U-Thor se olvida —exclamó— de que O-Tar es el jeddak.

—U-Thor recuerda —repuso el jed de Manator— que las leyes de Manator permiten a cualquier acusado recibir opinión y consejo delante de su juez.

Tara vio que por algún motivo este hombre quería ayudarla, y por esto obró según su consejo.

—Niego la imputación —dijo—. Yo no soy corfal.

—Eso lo sabremos ahora mismo —la atajó O-Tar—. U-Dor, ¿dónde están los que conocen los poderes de esta mujer?

U-Dor trajo a varios que refirieron lo poco que se sabía de la desaparición de E-Med y otros que hablaron de la captura de Ghek y de Tara, sugiriendo por deducción que, habiendo sido encontrados juntos, tenían la suficiente analogía para poderse asegurar razonablemente que tan malo era uno como otro y que, por tanto, no quedaba más que probar el corfalismo de uno para afirmar la culpabilidad del otro. Entonces O-Tar mandó por Ghek. e inmediatamente el horrible kaldane fue arrastrado a su presencia por guerreros que no podían ocultar el miedo con que sujetaban a aquella criatura.

—¡Y vos! —dijo O-Tar con tono frío y acusador—. Ya se ha dicho lo bastante de ti para autorizar a atravesaros el corazón con el acero del jeddak; se ha hablado de cómo trastornasteis el cerebro del guerrero UVan, de modo que creyó ver un cuerpo sin cabeza dotado de vida; de cómo obligasteis a otro a creer que os habíais escapado haciéndole ver un banco vacío y una pared limpia donde antes habíais estado.

—¡Ah O-Tar, pero eso no es nada! —exclamó un joven padwar que había venido al mando de la escolta que trajo a Ghek—. Sólo lo que ha hecho a I-Zav, aquí presente, probaría su delito.

—¿Qué le hizo al guerrero I-Zav? —preguntó O-Tar—. ¡Que hable I-Zav!

—Pongo por testigo a mi primer antepasado de que digo la verdad, O-Tar —comenzó—. Había yo quedado custodiando a esta criatura, que se sentó en un banco recostado contra el muro... Yo estaba junto a la puerta abierta al otro extremo de la

cámara. El no podía alcanzarme, y, sin embargo, O-Tar, que me trague el Irs si no me arrastró hasta él, sintiéndome tan impotente como un huevo no criado. ¡Hasta él me arrastró, gran jeddak, "con los ojos"! Prendió sus ojos en los míos y me llevó hasta él y me hizo dejar mis espadas y mi daga sobre la mesa y retroceder a un rincón, y, conservando aún sus ojos sobre los míos, su cabeza se separó de su cuerpo y se arrastró sobre seis cortas patas para descender al agujero de un ulsio; pero no se metió tanto que sus ojos dejaran de clavarse en mí; luego volvió con la llave de su grillete, y después de recobrar su sitio sobre sus hombros, abrió el grillete; de nuevo me arrastró a través de la cámara y me hizo sentar en el banco donde él había estado, y allí me sujetó el grillete al tobillo, sin que yo pudiera hacer nada a causa del poder de sus ojos y porque se llevó mis dos espadas y mi daga. Luego la cabeza desapareció por el agujero del ulsio con la llave, y cuando volvió reasumió su cuerpo y estuvo custodiándome a las puertas hasta que el padwar llegó a buscarle para traerle aquí.

—¡Ya es bastante! —dijo O-Tar severamente—. Ambos recibirán el acero del jeddak—, y, levantándose del trono, desenvainó la larga espada y descendió las gradas de mármol hacia ellos, mientras dos corpulentos guerreros cogían a Tara por cada brazo y otros dos a Ghek, sujetándolos frente a la desnuda hoja del jeddak.

—¡Quieto, justo O-Tar! —exclamó U-Dor—. Aún hay otro por juzgar. Creemos que se llama Turan. Que se vea con estos compañeros suyos antes que mueran.

—¡Bien! —exclamó O-Tar, deteniéndose a la mitad de las gradas—. Traed a Turan, el esclavo.

Cuando fue llevado Turan a la cámara le colocaron algo a la izquierda de Tara y un paso más cerca del trono. O-Tar le miró amenazadoramente.

—¿Eres Turan, amigo y compañero de éstos? —le preguntó.

El panthan iba casi a responder, cuando Tara, de Helium habló.

—Yo no conozco a ese sujeto —dijo—. ¿Quién se atreve a decir que es amigo y compañero de la princesa Tara de Helium?

Turan y Ghek la miraron sorprendidos; pero ella no miró a Turan, y lanzó a Ghek una rápida mirada de advertencia, como diciéndole: «¡Silencio!»

El panthan no intentó razonar sus comportamientos, pues la cabeza es inútil cuando el corazón usurpa sus funciones, y Turan sólo sabía que la mujer que amaba le había negado, y, aunque ni siquiera se paró a pensarlo, su corazón loco sólo le sugería una explicación: que se negaba a reconocerle para no verse envuelta en su situación.

O-Tar los miró uno tras otro; pero ninguno habló.

—¿No fueron capturados juntos? —preguntó a U-Dor.

—No —contestó el dwar—: al que se llama Turan se le encontró buscando entrada en la ciudad y fue atraído a los calabozos. A la mañana siguiente descubrí yo a los otros dos sobre la colina que hay más allá de la Puerta de los Enemigos.

—Pero son amigos y compañeros —dijo un joven padwar—, pues este Turan me preguntó a mí respecto a estos dos llamándolos por sus nombres y diciendo que eran sus amigos.

—Ya basta —declaró O-Tar—. ¡Morirán los tres! —y descendió otra grada del trono.

—¿Por qué vamos a morir? —preguntó Ghek—. Vuestro pueblo no hace más que hablar de las justas leyes de Manator, y, sin embargo, queréis matar a tres extranjeros sin decirles de qué crimen se les acusa. — Tiene razón —dijo una voz profunda.

Era la voz de U-Thor, el gran jed de Manator. O-Tar le miró y frunció el ceño; pero salieron más voces de otros puntos de la cámara secundando la demanda de justicia.

—Sabed, pues, aunque de todos modos moriréis —exclamó O-Tar—, que los tres estáis acusados de corfalismo, y que, como sólo un jeddak puede matar sin peligro a semejantes criaturas, vais a ser honrados con el acero del jeddak.

—¡Necio! —exclamó Turan—. ¿No sabéis que por las venas de esta mujer corre la sangre de diez mil jeddaks y que su poder en su país es más grande que el vuestro? Es Tara, princesa de Helium, bisnieta de Tardos Mors e hija de John Carter, Señor de la Guerra de Barsoom. No puede ser corfal. Ni lo es este Ghek, ni lo soy yo. Y si queréis saber más, yo puedo probar mi derecho a ser escuchado y creído si puedo hablar con la princesa Haja de Gathol cuyo hijo es un compañero de prisión en los calabozos de O-Tar, su padre.

Al oír esto, U-Thor se puso en pie y miró a O-Tar.

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó—. ¿Dice ese hombre la verdad? ¿Está prisionero el hijo de Haja en tus calabozos, O-Tar?

—¿Y qué le importa al jed de Manator quiénes están prisioneros en los calabozos de su jeddak? —preguntó O-Tar coléricamente.

—Esto sí le importa al jed de Manator —repuso U-Thor en voz tan baja, que apenas era algo más que un susurro y que, sin embargo, se oía desde todos los extremos del gran salón del trono de O-Tar, jeddak de Manator—. Me disteis una esclava, Haja, que ha sido princesa en Gathol, porque temíais su influencia entre los esclavos de Gathol. Yo la he hecho mujer libre, y me he casado con ella, haciéndola así princesa de Manator. Su hijo es mí hijo, O-Tar, y, aunque seas mi jeddak, he de decirte que del daño que le sobrevenga a A-Kor responderás a U-Thor de Manator.

O-Tar miró largo rato a U-Thor; pero no respondió. Luego se volvió de nuevo a Turan.

—Si uno es corfal —dijo—, los demás también lo sois, y bien sabemos, por las cosas que esta criatura ha hecho —y señaló a Ghek—, que es corfal, pues ningún mortal tiene semejantes poderes. Por tanto, todos sois corfals y todos debéis morir.

Descendió otra grada, y entonces habló Ghek.

—Estos dos no tienen los poderes que tengo yo —dijo—. No son más que seres ordinarios sin cerebro, como tú mismo. He hecho lo que os han referido tus pobrecillos e ignorantes guerreros; pero esto sólo demuestra que soy de un orden más elevado que el vuestro, como así es en realidad. Soy un kaldane, no un corfal. No hay nada sobrenatural ni misterioso en mí, sino que para los ignorantes todas las cosas que no pueden comprender son misteriosas. Podía haber eludido fácilmente a vuestros guerreros y escaparme de vuestros calabozos; pero he permanecido con la esperanza de que podría ayudar a estas dos infelices criaturas, que no tienen el cerebro adecuado para escapar sin ayuda. Ellos me protegieron y me salvaron la vida; les debo eso. No los mates, son inofensivos. Mátame a mí si quieres. Yo ofrezco mi vida si ella puede calmar tu ignorante cólera. Yo no puedo volver a Bantoom, así que me da igual morir, pues no causa ningún placer el tratar con los débiles intelectos que cubren la superficie del mundo al salir del valle de Bantoom.

—Repugnante egoísta —dijo O-Tar—, prepárate a morir, y no te pongas a dar órdenes al jeddak O-Tar. El jeddak ya ha aprobado la sentencia, y los tres sentiréis su desnudo acero. ¡He dicho!

Descendió otra grada, y entonces ocurrió una cosa extraña. Se detuvo con los ojos fijos en los de Ghek. Su espada se escurrió de sus débiles dedos, y él se quedó tambaleándose hacia adelante y hacia atrás. Un jed se levantó para lanzarse a su lado; pero Ghek le detuvo con una palabra.

—¡Esperad!...—exclamó—. La vida de vuestro jeddak está en mis manos. Me creéis un corfal, así que también creeréis que sólo la espada de un jeddak puede matarme y, por tanto, vuestros aceros son impotentes contra mí. Atacad a cualquiera de nosotros o tratad de acercaros a vuestro jeddak antes que yo haya hablado, y caerá sin vida sobre el mármol. Soltad a los dos prisioneros y dejadlos que se acerquen a mí: quiero hablarles privadamente. ¡Pronto! Haced lo que digo. Tan de buena gana yo mataré a O-Tar como le dejaré vivir; pero sólo haré esto último si puedo conseguir la libertad de mis amigos: impedídmelo, y morirá.

Los guardianes retrocedieron, soltando a Tara y Turan, que se acercaron a Ghek.

—Haced lo que voy a deciros y hacedlo rápidamente —susurró el kaldane—. No puedo retener mucho tiempo a este sujeto, ni puedo matarle de este modo. Hay muchos cerebros trabajando contra el mío, y dentro de poco el mío se cansará y O-Tar se recobrará. Debéis aprovechar la oportunidad lo mejor posible mientras podáis. Detrás del tapiz que veis colgado tras el trono hay una puerta secreta. Un corredor conduce desde ella a los subterráneos del palacio, donde hay despensas con comida y bebidas. Allí van pocas personas. Desde estos subterráneos hay otros que llevan a todas las partes de la ciudad. Seguid uno que corre derecho hacia el poniente y os llevará a la Puerta de los Enemigos. Lo demás corre de vuestra cuenta. Yo no puedo hacer más. Apresuraos antes que mis escasas fuerzas me abandonen: yo no soy como

Luud, que era un rey. El hubiera podido retener a esta criatura para siempre. ¡Daos prisa! ¡Marchaos!

CAPÍTULO XV



El anciano de los subterráneos

—No te abandonaré, Ghek —dijo sencillamente Tara de Helium.

—¡Marchaos!... ¡ Marchaos!...—susurró el kaldane—. No podéis hacer nada por mí. ¡Marchaos, o todo lo que he hecho no servirá de nada!

Tara meneó la cabeza.

—No puedo dijo.

—Van a matarle —dijo Ghek a Turan.

El panthan, sufriendo entre la lealtad hacia esta extraña criatura, que había ofrecido su vida por él, y entre el amor de la mujer, vaciló un momento, y luego, arrebatando a Tara del suelo, la subió entre sus brazos por las gradas que llevaban al trono de Manator. Detrás del trono separó el tapiz y halló la puerta secreta. En ella penetró con la joven y descendió por un largo y estrecho corredor y por rampas tortuosas que llevaban a los pisos más bajos, hasta que llegaron a los subterráneos del palacio de O-Tar. Aquí había un laberinto de pasadizos y cámaras que ofrecían mil escondites.

Cuando Turan subió a Tara por las gradas del trono, veinte guerreros se levantaron como para precipitarse a interceptarles el camino.

—¡Quietos —gritó Ghek—, o vuestro jeddak morirá!

Y ellos se detuvieron en su camino, aguardando a la voluntad de esta extraña y pavorosa criatura.

Poco después, Ghek apartó sus ojos de los de O-Tar, y el jeddak se sacudió como quien se librara de un mal sueño, y se enderezó medio aturdido aún.

—Mirad —dijo entonces Ghek—. He devuelto la vida a vuestro jeddak, y no he hecho daño a ninguno de los que he podido matar fácilmente cuando estaban en mi poder. Ni yo ni mis amigos hemos hecho daño en la ciudad de Manator. ¿Por qué perseguirnos entonces? Concedednos la vida. Concedednos la libertad.

O-Tar, dueño ya de sus facultades, se agachó y recogió su espada. En la estancia reinaba el silencio mientras todos esperaban la respuesta del jeddak.

—Justas son las leyes de Manator —dijo por fin—. Después de todo, tal vez sean ciertas las palabras del extranjero. Devolvedle a los calabozos y persígase y captúrese a los otros. Gracias a la merced de O-Tar se les permitirá conseguir su libertad en el

campo del jetan en los próximos juegos.

Aún estaba pálido el semblante del jeddak cuando se llevaron a Ghek, y su aspecto era el de un hombre que había sido arrancado del borde de la eternidad, a la cual ha mirado, no con la serenidad del gran valor, sino con miedo. No faltaban en el salón del trono quienes comprendían que la ejecución de los tres prisioneros había sido aplazada y que la responsabilidad había sido echada sobre los hombros de otros, y uno de los que lo comprendían era U-Thor, el gran jed de Manator. Su sinuoso labio denotaba su desprecio hacia el jeddak, quien había preferido la humillación a la muerte. U-Thor sabía que O-Tar había perdido más prestigio en aquellos breves momentos que el que podría ganar en toda su vida, pues los marcianos son celosos del valor de sus jefes: no pueden rehuir las obligaciones duras ni contemporizar con el deshonor. Que había en el salón otros que compartían la creencia de U-Thor lo demostraba el silencio y los torvos ceños.

O-Tar miró rápidamente en derredor. Debió de percibir la hostilidad y adivinar su causa, pues súbitamente se encolerizó, y como quien trata de afirmar la bravura de su corazón con la vehemencia de sus palabras, rugió lo que él consideraba nada más que como un desafío.

—La voluntad de O-Tar, el jeddak, es la ley de Manator —gritó—; las leyes de Manator son justas, no pueden errar. U-Thor, despacha a los que han de buscar por el palacio, los subterráneos y la ciudad, y devolved a los fugitivos a sus celdas. ¡Y ahora hablemos de ti, U-Thor de Manator! ¿Pensáis amenazar impunemente a vuestro jeddak, y poner en duda su derecho a castigar a traidores e instigadores a la traición? ¿Qué tengo que pensar de vuestra propia lealtad, cuando tomáis por esposa a una mujer que he desterrado de mi Corte por sus intrigas contra la autoridad de su jeddak y señor? Pero O-Tar es justo. Ofrece, pues, tus explicaciones y tu concordia antes que sea demasiado tarde.

—U-Thor no tiene nada que explicar —repuso el jed de Manator—, ni está en guerra con su jeddak; pero tiene el derecho que todo jed y todo guerrero disfruta de pedir justicia de las manos del jeddak para quienquiera que se considere perseguido. Con creciente rigor ha perseguido el jeddak de Manator a los esclavos de Gathol desde que tomó para sí a la princesa Haja, mal dispuesta hacia él. Si los esclavos de Gathol han abrigado ideas de venganza y de fuga, eso no es más que lo que puede esperarse de un pueblo orgulloso e intrépido. Siempre he aconsejado yo la mayor rectitud en el trato de nuestros esclavos, muchos de los cuales son en su país gentes de gran distinción y poder; pero el jeddak O-Tar se ha burlando siempre con arrogancia de todas mis indicaciones. Aunque la cuestión no ha surgido ahora por ninguna de mis peticiones, me alegro de que haya surgido, pues había de llegar el momento en que los jeds de Manator pidieran a O-Tar el respeto y la consideración que debe tenerles el hombre que ejerce a su placer su alto cargo. Sabe, pues, O-Tar,

que debes libertar inmediatamente al dwar A-Kor o traerle para ser juzgado rectamente por los jeds de Manator reunidos. He dicho.

—Has hablado bien y a tiempo, U-Thor —exclamó O-Tar—, pues has revelado a tu jeddak y a tus compañeros jeds lo hondo de la deslealtad que hacía tiempo sospechaba. A-Kor ha sido ya juzgado y sentenciado por el Tribunal Supremo de Manator; por O-Tar, el jeddak; y tú también recibirás justicia de la misma fuente infalible. Mientras tanto, quedas arrestado y a mis órdenes. ¡A los calabozos con él! ¡A los calabozos con U-Thor, el falso jed!

Batió palmas para intimar a los guerreros en torno que cumplieran su orden. Veinte guerreros saltaron hacia adelante para coger a U-Thor; eran en su mayoría guerreros de palacio; pero otros cuarenta saltaron en su defensa, y con espadas chocando lucharon al pie de las gradas del trono de Manator, donde se hallaba O-Tar, el jeddak, con la espada desnuda, presto a tomar parte en la pelea.

Al fragor del acero, de todas partes del gran edificio se arrojaron a la liza guardias del palacio, hasta que los que querían defender a U-Thor quedaron en una inferioridad numérica de uno contra dos, y entonces el jed de Manator salió lentamente con sus fuerzas, y abriéndose camino a través de los corredores, y cámaras del palacio, llegó, por último, a la avenida. Aquí fue reforzado por el pequeño ejército que había entrado con él en Manator. Lentamente se retiraron hacia la Puerta de los Enemigos por entre las filas de las silenciosas gentes que los contemplaban desde los balcones, y allí, dentro de las murallas de la ciudad, pusieron su campamento.

En una cámara débilmente alumbrada, bajo el palacio del jeddak O-Tar, Turan, el panthan, bajó de sus brazos a Tara de Helium y la miró a la cara.

—Siento, princesa —dijo—, haberme visto obligado a desobedecer tus órdenes y abandonar a Ghek; pero no había otro camino. Si él hubiera podido salvarte, yo hubiera ocupado su puesto. Dime que me perdonas.

—¿Qué menos podría hacer? —repuso la joven con simpatía—. Pero parecía cobardía abandonar a mi amigo.

—Si hubiéramos sido tres guerreros, hubiese sido distinto —dijo él—. No hubiéramos hecho más que quedarnos y morir luchando juntos; pero sabes, Tara de Helium, que no podemos comprometer la seguridad de una mujer, aun cuando arriesguemos la pérdida del honor.

—Lo sé, Turan —dijo ella—; pero no puede decir que has arriesgado el honor quien conozca el honor y el coraje que posees.

Turan la oyó sorprendido, pues éstas eran las primeras palabras que le había hablado que no tuviesen el sabor de la actitud de una princesa hacia un panthan, aunque fue más el tono que las palabras lo que le hicieron ver la diferencia. ¡Cuán distintas eran de su reciente negación! No podía adivinar su anterior actitud, por lo

que soltó la pregunta que había tenido en su cerebro desde que la joven había dicho a O-Tar que no le conocía.

—Tara de Helium —dijo—, tus palabras son un bálsamo para la herida que me causastes en el salón del trono de O-Tar. Dime, princesa: ¿por qué me negastes?

La joven volvió hacia él sus grandes y profundos ojos, y había en ellos algo de reproche.

—¿No adivinaste —preguntó— que sólo eran mis labios los que te negaban y no mi corazón? O-Tar había ordenado que muriera, más por ser compañera de Ghek que por tener alguna prueba contra mí, y comprendí que si te reconocía como uno de nosotros te matarían también.

—¿Fue entonces para salvarme? —exclamó Turan con el semblante súbitamente iluminado.

—Fue para salvar a mi valeroso panthan —dijo ella en voz baja.

—Tara de Helium —dijo el guerrero, hincando una rodilla en tierra—, tus palabras son como alimento para mi hambriento corazón.

Y cogió sus dedos entre su mano y se los llevó a los labios.

Suavemente, la joven le hizo ponerse en pie.

—No es necesario que me hables de rodillas —dijo dulcemente.

Aún conservó su mano entre la de él mientras Turan se levantaba; se hallaban muy juntos, y el hombre estaba arrebatado aún por el contacto que había tenido con su cuerpo al llevarla desde el salón del trono de O-Tar. Turan sintió que el corazón le latía con violencia y que la sangre le abrasaba las venas al contemplar el hermoso rostro de ella y sus ojos inclinados y los labios entreabiertos, por cuya posesión hubiera dado un reino, y entonces la atrajo hacia sí, y, estrechándola contra su pecho, cubrió de besos sus labios.

Pero sólo fue por un instante. Como un tigre se volvió la joven a él, pegándole y apartándole de sí. Tara retrocedió, alzando la cabeza y los ojos fulgurantes.

—¿Te atreverías? —exclamó—. ¿Te atreverías a mancillar así a una princesa de Helium?

Los ojos de Turan miraron sinceramente a los suyos, sin mostrar vergüenza ni remordimiento.

—Sí, me atrevería —dijo Turan—; me atrevería a amar a Tara de Helium; pero no me atrevería a mancillarla, ni a ella ni a otra mujer, con besos que no fueran impulsados por el amor a ella sola —se acercó más a ella y le puso las manos sobre los hombros—. Mírame a los ojos, hija del Señor de la Guerra —dijo—, y dime que no deseas el amor de Turan, el panthan.

—No deseo tu amor —exclamó la joven, apartándole de sí—, ¡Te aborrezco! —y, volviéndose, inclinó su cabeza en el hueco de un brazo y empezó a sollozar.

Turan avanzó un poco como para consolarla, cuando fue detenido por el cloquear

de una risa por detrás de él. Girando en torno, descubrió la extraña figura de un hombre que se hallaba en una puerta. Era una de esas curiosidades que alguna vez se ven en Barsoom: un anciano con las señales de su edad; encorvado y arrugado, más parecía una momia que un hombre.

—¡El amor en los subterráneos de O-Tar! —exclamó, y de nuevo su cascada risa resonó en el silencio de las bóvedas subterráneas—. ¡Extraño sitio para cortejar! ¡Extraño sitio, en verdad, para cortejar! Cuando yo era joven, vagábamos por los jardines bajo las gigantes pimalias y robábamos los besos entre las breves sombras de la oscilante Thuria. No veníamos a hablar de amor a los lóbregos subterráneos. Pero los tiempos han cambiado y las costumbres también, si bien yo no pensaba llegar a ver el tiempo en que cambiaran las costumbres de un hombre con una doncella o de una doncella con un hombre. ¡Ah, nosotros las besábamos entonces! ¿Y si se oponían, ¿eh?, y si se oponían? Pues entonces las besábamos más. ¡Je, je! ¡Qué tiempos aquellos —y otra vez se rió—. ¡Je, je! Bien me acuerdo de la primera que besé, y eso que después he besado a una multitud. Era una hermosa muchacha; pero trató de clavarme una daga mientras la estaba besando. ¡Je, je! ¡Qué tiempos aquellos! Pero la besé. Está muerta desde hace mil años; pero juraría que nunca, en su vida la volvieron a besar igual, ni tampoco después de muerta. Luego hubo otra...

Pero Turan, presintiendo mil años o más de memorias amatorias, le interrumpió:

—Hombre antiguo —dijo—, hálbame, no de tus amores, sino de ti mismo. ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí en los subterráneos de O-Tar?

—Lo mismo puedo preguntarte yo, joven —repuso el otro—. Pocos hay, a no ser los muertos, que visiten los subterráneos, excepto mis discípulos... ¡Je, je! Eso es... ¡Vosotros sois nuevos discípulos! ¡Bien! Pero nunca me han enviado una mujer para que aprenda el gran arte del mayor de los artistas. Pero los tiempos han cambiado. En mis tiempos las mujeres no trabajaban; sólo estaban para besar y amar. ¡Oh aquéllas eran mujeres! Me acuerdo de la que capturamos en el Sur... ¡Oh! Era un diablo; pero ¡cómo amaba! Tenía los senos de mármol y un corazón de fuego. Como que...

—Sí, sí —le interrumpió Turan—; nosotros somos tus discípulos y anhelamos ponernos a la obra. Condúcenos y te seguiremos.

—¡Je, je, sí! ¡Je, je, sí! ¡Vamos! Todo son prisas y premuras, como si no hubiera por delante innumerables miles de siglos. ¡Je, je, sí! Tantos como los que quedan detrás. Hace dos mil años que salí de mi cascarón, y siempre prisas, prisas, prisas, y, sin embargo, no he podido ver que se haya realizado nada. Manator es hoy el mismo de entonces..., excepto las jóvenes. Entonces teníamos jóvenes. Yo gané una en los Campos del Jetan. ¡Je, je, si la hubierais visto!...

—¡Guíanos! —exclamó Turan—. Cuando estemos trabajando entonces nos hablarás de ella.

—¡Je, je, sí! —dijo el viejo, y se introdujo por un pasadizo confusamente

alumbrado—. ¡Seguidme!

—¿Vas a ir con él? —preguntó Tara.

—¿Por qué no? —repuso Turan—. No sabemos dónde estamos ni el camino a seguir, pues no distingo el este del oeste; pero, sin duda, él lo conoce, y si somos astutos podremos enterarnos de lo que queremos saber. Por lo menos, no despertaremos sus sospechas.

Así que le siguieron, marchando por tortuosos corredores y atravesando muchas cámaras, hasta que al fin llegaron a una estancia en que había varias losas de mármol sobre unos pedestales de unos tres pies de altura, y encima de cada losa un cadáver humano.

—¡Ya estamos aquí! —exclamó el anciano—. Estos son recientes, y tendremos que ponernos pronto con ellos. Ahora estoy trabajando con uno que es para la Puerta de los Enemigos. Ha matado a muchos de nuestros guerreros; tiene verdadero derecho a un puesto en la Puerta. Venid y le veréis.

El viejo los condujo a una cámara inmediata. En el suelo había un esqueleto humano reciente, y en una losa de mármol una informe masa de carne.

—Más tarde aprenderéis esto —anunció el viejo—; pero no os perjudicará mirar ahora cómo lo hago, pues no hay muchos preparados de este modo y puede pasarse mucho tiempo antes que tengáis ocasión de ver otro preparado para la Puerta de los Enemigos. Primero, ¿veis?, separo el esqueleto, cuidando de estropear la piel lo menos posible. Lo más difícil es el cráneo; pero un artista experto puede separarlo. Como veis, sólo he hecho una abertura; ahora la coso, y, hecho esto, el cuerpo se cuelga así —y ató un pedazo de cuerda al pelo del cadáver y colgó el horrible objeto de una anilla del techo; exactamente debajo había en el suelo una abertura cerrada cuya tapadera quitó el viejo, descubriendo un pozo parcialmente lleno de un líquido rojizo—. Ahora lo metemos en ese líquido, cuya fórmula ya aprenderéis a su debido tiempo. Sujetamos el cuerpo al dorso de la tapadera y la volvemos a poner. Dentro de un año quedará listo; pero durante ese tiempo hay que examinarle a menudo y conservar el líquido por encima de la coronilla. Este será un hermoso ejemplar cuando esté listo. Sois doblemente afortunados, pues hoy hay que sacar a uno.

Se dirigió al lado opuesto de la habitación, y alzó otra tapadera, y cogió y arrastró desde el agujero una grotesca figura. Era un cuerpo humano reducido, por la acción de la sustancia química en que había estado sumergido, a una figura de medio metro escaso de altura.

—¡Eh! ¿No es hermoso? —exclamó el viejecillo—. Mañana ocupará su sitio en la Puerta de los Enemigos —lo secó con paños y lo empaquetó cuidadosamente en una cesta—. Tal vez os gustará ver alguna de mis obras "vivas" —les sugirió, y, sin esperar su asentimiento, los condujo a otra cámara, una amplia cámara en que había cuarenta o cincuenta personas.

Todas estaban sentadas o sosegadamente en pie junto a las paredes, excepto un enorme guerrero que cabalgaba un gran thout en el mismo centro de la sala, y todas estaban inmóviles. Instantáneamente vinieron a la imaginación de Tara y Turan las filas de personas silenciosas de los balcones que se alineaban en las avenidas de la ciudad y la magnífica formación de los guerreros montados del salón de los jefes, y ambos encontraron la misma explicación; pero ninguno se atrevió a formular la pregunta que tenían en la mente por miedo a revelar con su ignorancia el hecho de que eran extranjeros en Manator y, por tanto, impostores a guisa de discípulos.

—Es maravilloso —dijo Turan—. Debe de requerir gran habilidad, paciencia y tiempo.

—Eso sí —repuso el anciano—, aunque, como llevo tanto tiempo haciéndolo, soy más rápido que la mayoría; pero mis figuras son más naturales. Sí; yo desafiaría a la esposa de ese guerrero a que me dijera si en lo que atañe al aspecto no está vivo —y señaló al hombre del thout—. Desde luego, a muchos los traen destrozados o malamente heridos, y tengo que repararlos. En eso es en lo que se requiere mucha habilidad, pues hay que hacer que la cabeza de cada cual aparezca como mejor estaba en vida; pero ya aprenderéis... a montarlos, pintarlos y repararlos y, a veces, hacer que uno feo parezca hermoso. Y tendréis una gran satisfacción montándolos vosotros mismos. Durante mil quinientos años nadie ha montado mis muertos nada más que yo. Tengo muchos: mis balcones están atestados; pero reservo un gran salón para mis esposas. Allí las tengo a todas, contando desde la primera, y paso con ellas muchas veladas; veladas apacibles y muy agradables. El placer de prepararlas y hacerlas aún más bellas que eran en vida le recompensa, en parte, a uno de su pérdida. Paso con ellas mi tiempo, esperando una nueva mientras trabajo con otra. Cuando estoy seguro acerca de una nueva la traigo a la cámara donde están mis esposas y comparo sus encantos con los de ellas, y en esos momentos encuentro siempre gran satisfacción al saber que ellas no se oponen. Yo amo la armonía.

—¿Preparas todos los guerreros del salón de los jefes? —preguntó Turan.

—Sí, los preparo y los reparo —contestó el anciano—; O-Tar no se lo confiaría a otro. Ahora mismo tengo dos en otra habitación que se han deteriorado algo y me los han traído. O-Tar no quiere que los tenga mucho tiempo, pues quedan en el salón dos thouts sin jinete; pero se los tendré preparados en seguida. O-Tar los necesita allí a todos para el caso en que surja alguna cuestión momentánea sobre la que no están de acuerdo los jeds vivos o no coinciden con O-Tar. Esas cuestiones se las presenta O-Tar a los jeds del salón de los jefes. Allí se encierra sólo con los grandes jefes que han conseguido la sabiduría a través de la muerte. Es un sistema excelente, y nunca se producen rozamientos ni equivocaciones. O-Tar ha dicho que ésta es la Corporación deliberativa más recta de Barsoom... mucho más inteligente que la que forman los jeds vivos. Pero venid; hemos de ponernos a trabajar; venid a la cámara inmediata, y

comenzaré vuestra instrucción.

El anciano los condujo a la cámara, en que había varios cadáveres sobre losas de mármol, y, acercándose a un estuche, se puso unos anteojos y comenzó a elegir varias herramientas de pequeños compartimentos. Hecho esto, se volvió otra vez hacia sus dos discípulos.

—Ahora dejadme contemplaros —dijo—. Mis ojos no son ya lo que fueron en otro tiempo, y necesito estos potentes anteojos para trabajar o ver con claridad las facciones de los que me rodean.

El anciano volvió su mirada a los dos que estaban ante él. A Turan se le contuvo la respiración, pues sabía que el hombre iba a descubrir que no llevaban el correaje ni las insignias de Manator. Antes se había preguntado por qué aquel viejo no lo había notado, pues no sabía que estaba medio ciego. El otro examinó sus rostros, deteniendo largo rato su mirada en la belleza de Tara y fijándose luego en sus correajes. Turan creyó notar un apreciable gesto de sorpresa en el disecador; pero sus inmediatas palabras no revelaron si había observado algo.

—Venid con I-Gos —dijo a Turan—. Tengo materiales en la habitación contigua, que tendréis que traer aquí. Espérate aquí, mujer, que sólo salimos un momento.

Se dirigió a una de las numerosas puertas que daban a la cámara, y entró delante de Turan. Se detuvo junto a la puerta, y, señalando a un paquete de sedas y pieles del lado opuesto de la habitación, le dijo a Turan que fuese por ellas. Éste había cruzado la estancia y se agachaba para coger las pieles, cuando oyó tras él el golpe de una cerradura. Volviéndose instantáneamente, vio que se encontraba solo en la habitación y que su única puerta estaba cerrada. Corriendo rápidamente hacia ella, se esforzó por abrirla, consiguiendo sólo ver que se hallaba prisionero.

I-Gos, saliendo de la cámara y cerrando la puerta tras de sí, se volvió hacia Tara.

—Tu correaje te ha traicionado dijo, riendo con su risa cascada—. Tratabas de engañar al viejo I-Gos; pero te has encontrado con que, aunque su vista es débil, su cerebro no lo es. Pero esto no te perjudicará: eres bella, y a I-Gos le gustan las mujeres bellas. No te podría tener en ninguna otra parte de Manator; pero aquí no hay nadie que contradiga al viejo I-Gos. Pocos vienen a los subterráneos de los muertos: sólo los que los traen, y éstos se marchan tan de prisa como pueden. Nadie sabrá que I-Gos tiene una hermosa mujer encerrada con sus muertos. No te haré ninguna pregunta, y así no tendré que devolverte, pues no sabré a quién perteneces, ¿eh? Y cuando llegue tu muerte, te prepararé bellamente y te colocaré en la cámara con mis otras mujeres. ¿No será magnífico, eh?

Se aproximó hasta hallarse junto a la horrorizada muchacha.

—¡Ven! —exclamó, cogiéndola por una muñeca—. ¡Ven con I-Gos!

CAPÍTULO XVI



Nuevo cambio de nombre

Turan se lanzó contra la puerta de su prisión en un vano esfuerzo por abrirse camino a través de la sólida *skeel* hacia el lado de Tara, a quien suponía en grave peligro; pero las densas planchas resistieron y sólo consiguió magullarse los hombros y los brazos. Por último, desistió de ello y buscó alrededor de la prisión algún otro medio de salida. No encontró ninguna otra abertura en los muros de piedra; pero su indagación le reveló una colección heterogénea de restos de armas y atavíos, de correajes e insignias y de sedas y pieles de lechos en grandes cantidades.

Había espadas y lanzas y varias hachas de combate de dos filos que tenían una notable semejanza con la hélice de un pequeño aparato. Cogiendo una de ellas, Turan golpeó la puerta una vez más con gran furia. Esperó oírle decir algo a I-Gos ante su despiadada destrucción; pero no percibió ningún ruido del otro lado de la puerta, «que era demasiado gruesa —pensó— para que la atravesase la voz humana»: pero hubiera apostado que I-Gos le oía. A cada golpe de la pesada hacha saltaban pedazos de la dura madera, pero era un trabajo lento y penoso. Poco después se vio obligado a descansar, y así continuó durante lo que le parecieron horas, trabajando casi hasta agotarse y descansando luego unos minutos; pero el agujero se agrandaba, si bien Turan no podía ver nada del interior de la otra habitación por la cortina que había corrido I-Gos tras la puerta después de haber encerrado a Turan.

Por fin, el panthan abrió una abertura por la que podía pasar su cuerpo, y, cogiendo una larga espada que había arrimado a propósito a la puerta, se metió por el agujero en la otra habitación. Apartando el tapiz, se pasó, espada en mano, dispuesto a abrirse camino hacia Tara de Helium; pero ésta no estaba allí. En el centro de la estancia yacía muerto en el suelo I-Gos; pero a Tara de Helium no se la veía por ningún lado.

Turan se quedó anonadado. La mano de Tara debió de ser la que derribó al viejo, y, sin embargo, ella no había hecho ningún esfuerzo para librarle de su prisión. Entonces se acordó de aquellas últimas palabras: «¡No quiero tu amor! ¡Te aborrezco!», y la verdad brotó ante él: había aprovechado la primera oportunidad para huir de él. Con el corazón abatido. Turan se apartó. ¿Qué haría? Sólo había una respuesta: mientras él viviera y ella también, no debía dejar piedra por mover para

conseguir la huida de Tara y su retorno en salvo a su país. Pero ¿cómo? ¿Cómo iba siquiera a salir él de este laberinto? ¿Cómo iba a volver a encontrarla?

Se encaminó a la puerta más próxima, que resultó ser la que daba a la habitación que contenía los muertos preparados, que esperaban ser transportados a los balcones, a las cámaras siniestras o algún otro lugar que fuera a recibirlos. La mirada de Turan se dirigió al gran guerrero pintado del thoat, y al deslizarse por los espléndidos atavíos y las útiles armas, un nuevo fulgor iluminó los apagados ojos del panthan. Con paso rápido cruzó hacia el guerrero muerto y lo arrancó de su montura. Con igual celeridad le despojó de correajes y armas, y, quitándose los suyos, se vistió los atavíos del muerto. Luego volvió apresuradamente a la habitación en que había sido encerrado, pues había visto allí lo que necesitaba para su completo disfraz. En un estuche lo encontró: botes de pintura que el viejo disecador empleaba para poner en anchas franjas la pintura de guerra sobre los rostros fríos de los guerreros muertos.

Algunos momentos después, Gahan de Gathol surgió de la habitación transformado en un guerrero de Manator, con todos los detalles de correajes, armamentos y adornos. Había quitado del correa del muerto las insignias de su casa y grado, para poder pasar como un guerrero raso con el menor peligro posible de despertar sospechas.

Buscar a Tara de Helium en el vasto y oscuro laberinto de los subterráneos de O-Tar le pareció al gatholiano una empresa sin esperanza, predestinada al fracaso.

Sería más acertado buscar en las calles de Manator, donde podría esperar saber primero si a la joven la habían vuelto a capturar, y si no era así, volvería a los subterráneos a proseguir su busca. Para encontrar una salida del laberinto acaso tuviera que caminar una distancia considerable por los tortuosos corredores y cámaras, pues no tenía idea del lugar o dirección de alguna salida. En realidad, no hubiera podido desandar sus pasos más de cien metros hacia el punto por donde Tara y él habían entrado en las lóbregas cavernas; así que partió, esperando encontrar casualmente o a Tara de Helium o un camino hacia las calles de encima.

Durante algún tiempo cruzó habitación tras habitación, llenas de los muertos de Manator, hábilmente conservados, muchos de los cuales estaban apilados en hilera, como montones de leña; al marchar por los corredores y cámaras observó jeroglíficos pintados en las paredes encima de cada abertura y en cada bifurcación o cruce de corredor, hasta que, examinándolos, llegó a la conclusión de que designaban el nombre de los pasadizos, de modo que uno que los comprendiera podría caminar rápida y seguramente por los subterráneos; pero Turan no los entendió. Aunque pudiera haber leído el lenguaje de Manator, no hubiera sido de gran ayuda para quien desconocía la ciudad; mas Turan no podía leerlos, pues si bien sólo hay un lenguaje hablado en Barsoom, hay tantos lenguaje escritos como naciones. Sin embargo, pronto quedó convencido de una cosa: de que el jeroglífico de un corredor seguía

siendo el mismo hasta que el corredor acababa.

No tardó mucho Turan en comprender, por la distancia que había caminado, que los subterráneos formaban parte de un vasto sistema que probablemente minaba toda la ciudad. Por lo menos, estaba convencido de que se había salido de los recintos del palacio. Los corredores y cámaras variaban de cuando en cuando de aspecto y arquitectura. Todos estaban iluminados con cubetas de radio, aunque, por regla general, muy confusamente. Durante largo rato no vio más señales de vida que algún ulsio casual; pero en uno de los numerosos cruces se dio bruscamente de cara con un guerrero. El sujeto le saludó con la cabeza y siguió su camino. Turan lanzó un suspiro de alivio al observar la eficacia de su disfraz; pero quedó entrecortado por una llamada del guerrero, que se había detenido y volvía hacia él. El panthan se alegró de tener una espada a un costado y también de que estuvieran sepultados en los oscuros escondrijos de los subterráneos y con un solo adversario, pues los momentos eran preciosos.

—¿Has oído algo del otro? —preguntó el guerrero.

—No —contestó Turan, que no tenía la más ligera idea de a quién o a qué se refería el sujeto...

—No puede escapar —continuó el guerrero—. La mujer se precipitó en nuestros brazos; pero juró que no sabía dónde podía encontrarse su compañero.

—¿La han vuelto a llevar a O-Tar? —preguntó Turan, pues ya sabía de qué hablaba el otro y quería saber más.

—La han vuelto a llevar a las torres del Jetan —repuso el guerrero—. Mañana comienzan los juegos y, sin duda, se la jugarán, aunque dudo que haya quien la quiera, a pesar de lo hermosa que es. No le teme ni al mismo O-Tar. ¡Por Cheros! Sería una esclava difícil de dominar... Es una buena leona. Para mí no será.

Y continuó su camino, moviendo la cabeza.

Turan marchó apresuradamente, buscando un pasadizo que le llevara a las calles de encima, y súbitamente se halló en la abierta puerta de una pequeña cámara, donde se encontraba un hombre, encadenado a la pared. Turan exhaló una débil exclamación de sorpresa y alegría al observar que el hombre que se encontraba allí era A-Kor, y que había ido a parar, por casualidad, a la misma celda en que estuvo prisionero. AKor le miró interrogativamente. Era evidente que no reconocía a su compañero de prisión. Turan se acercó a la mesa, e, inclinándose hacia el otro, le susurró:

—Soy Turan, el panthan —dijo—, el que estaba encadenado a tu lado. A-Kor le miró atentamente.

—Ni tu misma madre te conocería —dijo—. Pero dime: ¿qué ha sucedido desde que te llevaron de aquí?

Turan le relató sus aventuras en el salón del trono de O-Tar y en los subterráneos de debajo.

—Ahora —continuó— debo encontrar esas torres del Jetan y ver lo que se puede hacer para libertar a la princesa de Helium. A-Kor meneó la cabeza.

—Largo tiempo he sido yo dwar de las torres —dijo—, y puedo decirte, extranjero, que lo mismo sería que intentaras dominar tú solo a Manator que rescatar a un prisionero de las torres del Jetan.

—Pero debo hacerlo —repuso Turan.

—¿Eres más que buen espadachín? —preguntó A-Kor a poco.

—Por tal me tienen —contestó Turan.

—Entonces hay un camino... ¡Chis!...

Bruscamente se calló, señalando hacia el pie de la pared, al extremo de la habitación.

Turan miró en la dirección señalada por el índice del otro y vio salir de la boca de la madriguera de un ulsio dos grandes pinzas y un par de ojos salientes.

—¡Ghek! —exclamó Turan, e inmediatamente el horrible kaldane se arrastró por el suelo y se aproximó a la mesa.

A-Kor retrocedió con una entrecortada exclamación de repulsión.

—No temas —dijo Turan, tranquilizándole—. Es mi amigo..., el que te dije que contuvo a O-Tar mientras Tara y yo escapábamos.

Ghek trepó a la superficie de la mesa y se acurrucó entre los dos guerreros.

—Puedes creer con toda seguridad —dijo, dirigiéndose a A-Kor —que para Turan, el panthan, no hay maestro rival en todo Manator en lo que al arte de la esgrima se refiere. He oído vuestra conversación... Proseguid.

—Eres su amigo —continuó A-Kor—, por lo que explicaré, sin peligro, en vuestra presencia, el único plan que creo que encierre esperanzas para rescatar a la princesa de Helium. Esta va a ser el premio de unos juegos, y es el deseo de O-Tar que sea ganada por esclavos y guerreros comunes, puesto que ella le rechazó; así la castigaría. No sólo uno, sino todos los que sobrevivan del bando vencedor, tienen derecho a poseerla. Sin embargo, con dinero se puede comprar a los demás antes del juego. Esto es lo que podrías hacer, y si tu bando venciera y sobrevivieras, sería tu esclava.

—Pero ¿cómo puede realizar esto un extranjero, y un fugitivo perseguido? —preguntó Turan.

—Nadie te reconocerá. Mañana irás al guardián de las torres y te alistarás en el juego de que la joven va a ser premio, diciendo al guardián que eres de Manataj, que es la ciudad más lejana de Manator. Si te preguntan, puedes decirle que la viste cuando la traían a la ciudad después de su captura. Si la ganas, hallarás thoats en los establos de mi palacio y llevarás una orden mía que pondrá todo cuanto tengo a tu disposición.

—Pero ¿cómo podré comprar a los demás del juego sin dinero? preguntó Turan

—. No tengo ninguno..., ni aun de mi propio país. A-Kor abrió su bolsa y sacó un paquetito de dinero manatoriano.

—Aquí tienes lo suficiente para comprarlos dos veces —dijo, alcanzando una parte a Turan.

—Pero, ¿por qué haces esto por un extranjero? —preguntó el panthan.

—Mi madre fue aquí una princesa cautiva —contestó A-Kor—. No hago por la princesa de Helium nada más que lo que mi madre me haría hacer.

—En estas circunstancias, manatoriano —replicó Turan—, no puedo más que aceptar tu generosidad en interés de Tara de Helium, y viviré con la esperanza de poder pagártelo un día de algún modo.

—Ahora debes irte —le advirtió A-Kor—. En cualquier instante puede venir un guardia y descubrirnos aquí. Ve directamente a la avenida de las Puertas, que circunda a la ciudad por dentro de la muralla. Allí encontrarás muchos sitios dedicados a alojamiento de forasteros. Los conocerás por las cabezas de thoats que tienen esculpidas encima de las puertas. Di que vienes de Manataj a presenciar los juegos. Adoptarás el nombre de U-Kal: no despertará sospechas, ni tampoco tú si evitas la conversación. Por la mañana temprano buscarás al guardián de las torres del Jetan. ¡Que la fuerza y fortuna de todos tus antepasados te acompañen!

Despidiéndose de Ghek y de A-Kor, el panthan, con arreglo a las instrucciones que A-Kor le dio, partió a buscar la avenida de las Puertas, sin encontrar grandes dificultades. En el camino tropezó con varios guerreros; pero, aparte de saludarle, no le prestaron atención. Fácilmente encontró un alojamiento, donde había muchos forasteros de otras ciudades de Manator. Como no había dormido desde la noche anterior, se arrojó entre las sedas y pieles de su lecho para ganar el descanso que necesitaba a fin de portarse lo mejor posible el siguiente día al servicio de Tara de Helium.

Se despertó por la mañana y, levantándose, pagó su alojamiento, buscó un sitio para comer y poco después marchó hacia las torres del Jetan, las cuales halló sin dificultad, debido a la gran multitud que serpenteaba por las avenidas hacia los juegos. El nuevo guardián de las torres que había sucedido a E-Med estaba muy ocupado con el atento examen de los que se anotaban, pues, además de los muchos jugadores voluntarios, había veintenas de esclavos, que eran obligados por sus propietarios o el Gobierno a tomar parte en los juegos. Debía de anotarse el nombre de cada uno, así como el puesto que iba a ocupar y el número de juegos en que iba a jugar, y, además, se ponían sustitutos para el que fuese a jugar más de un juego: uno por cada juego más en que se alistara, con objeto de que ningún juego subsecuente se retrasara por la muerte o inutilidad de un jugador.

—¿Tu nombre? —preguntó un escribiente a Turan cuando éste se presentó.

—U-Kal —contestó el panthan.

—¿Tu ciudad?

—Manataj.

El guardián de las torres, que se hallaba junto al escribiente, miró a Turan.

—Gran distancia has recorrido para venir a jugar al jetan —dijo—. Rara vez concurren los hombres de Manataj a otros juegos que los decenales. ¿Qué sabes de O-Zar? ¿Acudirá el próximo año? ¡Ah! Era un magnífico luchador. Si tuvieras la mitad de su pericia, la fama de Manataj se aumentaría hoy, U-Kal. Pero dime: ¿qué sabes de O-Zar?

—Se encuentra bien —contestó Turan volublemente—, y envía saludos a sus amigos de Manator.

—¡Bien! —exclamó el guardián—. ¿Y en qué juego quieres entrar?

—Quería jugar por la princesa heliumita —contestó Turan.

—Pero, hombre, si es el premio de un juego entre esclavos y criminales —exclamó el guardián—. ¡No querrás presentarte para semejante juego!

—Sí —contestó Turan— la vi cuando la traían a la ciudad, y entonces me prometí poseerla.

—Pero tendrás que compartirla con los supervivientes si vence tu color —adujo el otro.

—Se les puede hacer entrar en razón —insistió Turan.

—Y te expondrás a incurrir en la cólera de O-Tar, que no quiere a esta salvaje bárbara —observó el guardián.

—Si la gano, O-Tar se libraré de ella —dijo Turan.

El guardián de las torres del Jetan movió la cabeza.

—Eres irreflexivo —dijo—. Quisiera poder disuadir de semejante locura al amigo de mi amigo O-Zar.

—¿Quisieras hacer un favor al amigo de O-Zar? —preguntó Turan.

—¡Con mucho gusto! —exclamó el otro—. ¿Qué puedo hacer por él?

—Hazme jefe del bando negro y dame como piezas esclavos de Gathol, pues sé que son excelentes guerreros —repuso el panthan.

—Es una petición extraña —repuso el guardián—; pero por mi amigo O-Zar haría más aún, aunque, claro es —vaciló—, es costumbre que el que quiere ser jefe pague una pequeña cantidad.

—Sin duda —se apresuró a asegurarle Turan—. No había olvidado eso. Precisamente iba a preguntarte la cantidad que se acostumbra dar.

—Para el amigo de mi amigo será insignificante —repuso el guardián, citando una cifra que Gahan, acostumbrado a los elevados precios de la opulenta Gathol, consideró ridículamente pequeña.

—Dime —dijo, tendiendo el dinero al guardián—: cuando se jugará por la heliumita?

—Es el segundo de los juegos del día, y ahora, si quieres venir conmigo, podrás escoger tus piezas.

Turan siguió al guardián a un amplio patio que se encontraba entre las torres y el campo de jetan, y en el que estaban reunidos centenares de guerreros. Los jefes de los juegos del día estaban ya escogiendo sus piezas y asignándoles sus puestos, aunque para los principales juegos esto se había arreglado ya algunas semanas antes. El guardián llevó a Turan a una parte del patio donde estaban reunidos ya la mayoría de los esclavos.

—Elige los que no lo estén ya —dijo el guardián—, y cuando tengas tu cupo, condúcelos al campo. Un oficial te asignará un lugar, y allí permanecerás con tus piezas hasta que se llame al segundo juego. Te deseo buena suerte, U-Kal, aunque, por lo que he oído, seríais más afortunado perdiendo que ganando a la esclava de Helium.

Cuando el hombre se marchó, Turan se aproximó a los esclavos.

—Busco a los mejores espadachines para el segundo juego —anunció—; deseo hombres de Gathol, pues he oído que son excelentes luchadores.

Un esclavo se levantó y se aproximó a él.

—Lo mismo da morir en un juego que en otro —dijo—. Lucharé por ti como panthan en el segundo juego.

Otro se excusó:

—Yo no soy de Gathol —dijo—. Soy de Helium, y quisiera luchar por el honor de una princesa de Helium.

—¡Bien! —exclamó Turan—. ¿Eras espadachín de reputación en Helium?

—Era dwar con el gran Señor de la Guerra y he luchado a su lado en veinte batallas, desde la de los Acantilados Áureos hasta la de Las Cuevas Mortecinas. Mi nombre es Val Dor. Quien conoce Helium conoce, por consiguiente mis hazañas.

El nombre era bien conocido para Gahan, que había oído hablar de él en una de sus últimas visitas a Helium y oyó tratar de su misteriosa desaparición, así como de su fama como luchador.

—¿Cómo podría yo saber nada de Helium? —preguntó Turan—. Pero si eres tan buen luchador como dices, ningún puesto te sentaría mejor que el del volador. ¿Qué te parece?

Los ojos del hombre mostraron súbita sorpresa. Miró penetrantemente a Turan, examinando rápidamente su correa. Luego se acercó completamente a él para que las palabras no las oyeran los otros.

—Me parece que sabes más de Helium que de Manator —susurró.

—¿Qué quieres decir, amigo? —preguntó Turan, devanándose los sesos para saber la causa del conocimiento, adivinación o inspiración de aquel hombre.

—Quiero decir —repuso Val Dor— que no eres de Manator, y que si quieres

ocultarlo conviene que no hables a un manatoriano, como acabas de hablarme a mí, de... ¡voladores! En Manator no hay voladores ni en su jetan ninguna pieza que lleve ese nombre. En su lugar llaman odwar, a la pieza próxima al jefe o a la princesa. Esa pieza tiene los mismos movimientos y valor que el volador en el jetan que se juega por fuera de Manator. Recuerda, pues, esto, y recuerda también que si tienes un secreto, estará seguro a cargo de Val Dor, de Helium.

Turan no respondió y volvió a la tarea de elegir el resto de sus piezas. Val Dor, heliumita, y Floran, el voluntario de Gathol, le fueron de gran ayuda pues uno y otro conocían a la mayoría de los esclavos de que se iba a hacer la selección. Escogidas todas las piezas, Turan los condujo junto al campo de juego, al sitio en que habían de aguardar su turno, y una vez allí les hizo saber que iban a luchar por algo más que la recompensa que él les ofrecía por la princesa si ganaban. Habían aceptado la recompensa, con lo que Turan estuvo seguro de quedarse con la princesa si ganaba su bando; pero sabía que estos hombres lucharían más valerosamente aún por caballeridad que por dinero, y no le fue difícil poner el interés de los gatholianos al servicio de la princesa. Y ahora les ofreció la probabilidad de una recompensa todavía mayor.

—No os lo puedo prometer —les explicó—; pero puedo decir que he oído que este día hará posible que, si ganamos el juego podamos ganar también vuestra libertad.

Los esclavos se pusieron en pie y le rodearon, haciéndole muchas preguntas.

—No se puede hablar en voz alta —dijo—; pero Floran y Val Dor lo saben y me aseguran que puedo confiar en vosotros. ¡Escuchad! Lo que voy a deciros coloca mi vida en vuestras manos; pero debéis saber que cada cual comprenderá que lleva hoy a cabo la mayor batalla de su vida; por el honor y la libertad de la princesa más maravillosa de Barsoom, y también por su propia libertad; por la probabilidad de volver a su país y a la mujer que en él le espera. Primero sabed, pues, mi secreto: yo no soy de Manator; como vosotros, soy un esclavo, aunque disfrazado momentáneamente de manatoriano de Manataj. Mi país y mi identidad deben quedar ocultos por razones que no tienen relación con nuestro juego de hoy. Yo soy, pues, uno de vosotros: lucho por las mismas cosas que vosotros lucharéis. Y ahora os diré lo que he sabido hace poco. U-Thor, el gran jed de Manator, riñó con O-Tar en palacio anteayer, y sus guerreros se pelearon. A U-Thor le hicieron retroceder hasta la Puerta de los Enemigos, donde ahora se encuentra acampado. En cualquier momento puede renovarse la lucha; pero se cree que U-Thor ha enviado a Manator por refuerzos. Ahora, hombres de Gathol, he aquí lo que os interesa: U-Thor ha tomado recientemente por esposa a la princesa Haja de Gathol, que fue esclava de O-Tar, y cuyo hijo, A-Kor, fue dwar de las torres del Jetan. El corazón de Haja está lleno de lealtad hacia Gathol y de compasión por sus hijos esclavizados aquí, y este último

sentimiento se lo ha transmitido en parte a U-Thor. Ayudadme, pues, a libertar a la princesa Tara de Helium, y creo que yo podré ayudaros a escapar de la ciudad con nosotros. Cerrad los oídos, esclavos de O-Tar, para que ningún cruel enemigo pueda oír mis palabras —y Gahan de Gathol susurró en voz baja el atrevido plan que había concebido—. Y ahora —preguntó cuando hubo acabado—, el que no se atreva que lo diga —ninguno replicó—. ¿No hay ninguno?

—Si ello no te traicionara, arrojaría mi espada a tus pies, como ya deben de haberlo hecho antes de ahora —dijo uno en voz baja, rebosante de contenida emoción.

—¡Y yo! ¡Y yo! ¡Y yo! —corearon los demás con vibrantes susurros.

CAPÍTULO XVII



Un juego a muerte



El claro y dulce sonido de una trompeta cruzó el campo del jetan. Desde la torre alta su tibia voz flotó por la ciudad de Manator sobre la Babel de humanas disonancias que se elevaba de la masa amontonada que llenaba los asientos del estadio inferior. Llamaba a los jugadores al primer juego, y simultáneamente, en los extremos de mil astas que se alzaban en la torre, en las almenas y en el gran muro del estadio ondearon los ricos y alegres estandartes de los jefes combatientes de Manator. De este modo se indicaba la apertura de los Juegos del jeddak, los más importantes del año y que seguían en importancia a los Grandes Juegos Decenales.

Gahan de Gathol contemplaba cada jugada con ojo avizor. El encuentro era de poca importancia, siendo su único objeto resolver una pequeña querrela entre dos jefes, y lo jugaban jugadores profesionales del jetan sólo a puntos. No murió ninguno y se vertió muy poca sangre. Duró cosa de una hora y se terminó porque el jefe del bando derrotado permitió deliberadamente quedar reducido de modo que el juego pudiera considerarse empatado.

De nuevo sonó la trompeta, anunciando esta vez el segundo y último juego de la tarde. Si bien no se le consideraba como un encuentro de los importantes, pues éstos estaban reservados para el cuarto y quinto día de los juegos, prometía producir bastante emoción, porque era un juego a muerte. La diferencia vital entre el juego realizado con hombres vivos y el jugado con piezas inanimadas consiste en que, mientras en éste la simple colocación de una pieza en una casilla ocupada por una contraria termina el movimiento, en aquel los dos piezas que se juntan de este modo entablan un duelo por la posesión de la casilla. Por tanto, en este juego, no sólo interviene la estrategia del jetan, sino también las hazañas personales y el valor de cada pieza individual, así como el conocimiento, no sólo de los hombres de uno, sino también de cada pieza del bando opuesto, es de suma importancia para un jefe.

En este respecto, Gahan tenía algunas desventajas, aunque la lealtad de sus jugadores hizo mucho para compensar su desconocimiento de ellos, puesto que le ayudaron a disponer el tablero de la manera más ventajosa, diciéndole honradamente los defectos y cualidades de cada cual. Uno luchaba mejor en terreno en desventaja; otro era demasiado lento; otro, demasiado impetuoso; éste era fogoso y tenía el

corazón de acero, pero le faltaba resistencia. De los adversarios, sin embargo, sabían poco o nada, y al ocupar sus puestos los dos bandos en las casillas negras y anaranjadas del gran tablero del jetan, Gahan vio de cerca por primera vez a los que se le oponían. El jefe naranja no había entrado aún en el campo; pero sus hombres estaban todos en sus puestos. Val Dor se volvió a Gahan.

—Todos son criminales de los calabozos de Manator —dijo—; no hay ningún enclavo entre ellos. No tendremos que luchar contra un solo compatriota, y cada vida que tomemos será la vida de un enemigo.

—Muy bien —dijo Gahan—; pero ¿dónde están su jefe y las dos princesas?

—Ya vienen. ¿Ves? —y señaló a través del campo, donde se veía a dos mujeres que se aproximaban custodiadas.

Al acercarse a ellos, Gahan vio que una era, en efecto, Tara de Helium; pero a la otra no la reconoció, y luego fueron llevadas al centro del campo, en medio de los dos bandos, y allí esperaron hasta que llegó el jefe naranja.

Floran lanzó una exclamación de sorpresa cuando le reconoció.

—¡Por mi primer antepasado que es uno de sus grandes jefes! —dijo—, y se nos había dicho que sólo esclavos y criminales iban a jugar por el premio de esta partida.

Sus palabras fueron interrumpidas por el guardián de las torres cuyo deber era no sólo anunciar las partidas y los premios, sino también actuar como arbitro.

—En esta partida, la segunda del primer día de los Juegos del jeddak del año cuatrocientos treinta y tres de O-Tar, jeddak de Manator, las princesas de cada lado serán los únicos premios, y a los supervivientes del lado vencedor pertenecerán ambas princesas para que hagan con ellas lo que crean conveniente. La princesa naranja es la esclava Lan-O de Gathol; la princesa negra es la esclava Tara, princesa de Helium. El jefe negro es U-Kal de Manataj, jugador voluntario; el jefe naranja es el dwar U-Dor, del octavo utan del jeddak de Manator, también jugador voluntario. Las casillas serán disputadas a muerte. ¡Justas son las leyes de Manator! He dicho.

El movimiento inicial correspondió a U-Dor, tras lo cual los dos jefes escoltaron a sus respectivas princesas a la casilla que habían de ocupar. Era la primera vez, que Gahan estaba sólo con Tara desde que la habían traído al campo. Vio que le examinaba atentamente cuando se aproximó para llevarla a su puesto, y se preguntó si le habría reconocido; pero si así fue, no dio muestras de ello. Sólo podía recordar sus últimas palabras: "¡Os aborrezco!", y su abandono cuando I-Gos, el disecador, le había encerrado en la estancia de debajo de palacio, por lo que no trató de ilustrarla sobre su identidad. Se proponía luchar por ella, morir por ella si era necesario, y si no moría, seguir luchando hasta el fin por su amor. Gahan de Gathol no se desanimaba tan fácilmente: pero se veía obligado a reconocer que sus probabilidades de conseguir el amor de Tara de Helium eran remotas. Ya le había rechazado dos veces: una como jed de Gathol y otra como Turan, el panthan. Antes que su amor, sin embargo, estaba

la seguridad de ella, y aquél debía relegarse a un segundo término hasta que ésta estuviera conseguida.

Pasando por entre los jugadores, que ya estaban en sus sitios, ambos ocuparon sus respectivas casillas. A la izquierda de Tara se hallaba el jefe negro, Gahan de Gathol; precisamente delante de ella estaba el panthan de la princesa, Floran de Gathol, y a su derecha, el dwar de la princesa, Val Dor de Helium. Cada uno de ellos sabía el papel que había de desempeñar, ganaran o perdieran, como lo sabían cada uno de los otros jugadores negros. Al ocupar Tara su puesto, Val Dor le hizo una reverencia.

—Mi espada está a vuestros pies, Tara de Helium —dijo.

Ella se volvió a mirarle con una expresión de sorpresa e incredulidad en su semblante.

—¡Val Dor, el dwar! —exclamó—. ¡Val Dor, de Helium, uno de los capitanes de confianza de mi padre! ¿Puede ser posible que mis ojos no me engañen?

—Val Dor es, princesa —repuso el guerrero—, que está aquí para morir por ti si fuera necesario, igual que lo están hoy sobre este campo del jetan todos los jugadores del jefe negro. Sabe, princesa —susurró—, que en este bando no hay ningún hombre de Manator, sino que todos y cada uno es un enemigo de Manator.

La joven lanzó una mirada rápida y significativa hacia Gahan.

—Pero ¿quién es? —susurró, y de pronto contuvo la respiración, sorprendida—. ¡Sombra del primer jeddak! —exclamó—. Acabo de reconocerle bajo su disfraz.

—¿Y tienes confianza en él? —preguntó Val Dor—. Yo no lo conozco; pero hablé honradamente, como un guerrero de honor, y le hemos tomado la palabra.

—No os habéis equivocado —repuso Tara de Helium—. Yo le confiaría mi vida..., mi alma, y tú también puedes fiarte de él.

Feliz, en verdad, hubiese sido Gahan de Gathol si hubiera podido oír estas palabras; pero el Destino, que en estas cosas es generalmente duro para el amante, lo dispuso de otro modo; entonces el juego empezó.

U-Dor movió el odwar de su princesa tres casillas diagonalmente hacia la derecha, quedando su pieza en la séptima del odwar del jefe negro. El movimiento indicaba el juego que U-Dor se proponía desarrollar —juego de sangre más que de ciencia— y ponía de manifiesto su desprecio por sus adversarios.

Gahan adelantó una casilla en línea recta el panthan de su dwar, movimiento más científico, que le abría a él un camino, a través de su línea de panthans, así como anunciaba a los jugadores y espectadores que se proponía tomar parte en la lucha aun antes de que las exigencias del Juego le obligaran a ello. El movimiento provocó un murmullo de aplauso en la parte de los asientos reservados a los guerreros rasos y sus mujeres, lo que tal vez mostraba que U-Dor no era muy popular entre ellos, y también causó su efecto en la moral de las piezas de Gahan.

Un jefe puede jugar así toda una partida, y lo hace a menudo, sin abandonar su

propia casilla, desde la cual examina todo el campo montado en un thout y dirige cada movimiento, sin que se le pueda culpar de falta de valor por preferir jugar así, puesto que, según las reglas, si él fuera muerto o tan mal herido que tuviese que retirarse, quedaría empatada una partida que de otra forma podía haberse ganado por la ciencia de su juego y las hazañas de sus hombres. Por consiguiente, invitar al combate personal denota confianza en la propia pericia de la espada y gran valor, dos atributos que llenaron de esperanza y valor a los jugadores negros cuando su jefe los evidenció de este modo al comenzar el juego.

El siguiente movimiento de U-Dor colocó al odwar de Lan-O a tres casillas del odwar de Tara y a una impresionante proximidad de la princesa negra. Otro movimiento más, y Gahan perdería el juego, a menos que el odwar naranja fuera derribado o que se pusiera a Tara en salvo en otra casilla; pero mover a su princesa sería admitir la superioridad del naranja. Con los tres espacios que a él se le permitía moverse no podía colocarse en la casilla ocupada por el odwar de la princesa de U-Dor. Sólo había un jugador en el bando negro que pudiera disputarle la casilla al enemigo, y era el odwar del jefe que se hallaba a la izquierda de Gahan. Este se volvió hacia él en su thout y le miró. Era un muchacho de aspecto espléndido, resplandeciente bajo los brillantes atavíos de un odwar, cuyas cinco vistosas plumas se alzaban retadoramente enhiestas en su espesa cabellera negra. Lo mismo que cada jugador del campo y cada espectador de las atestadas tribunas, sabía él lo que pasaba en la cabeza de su jefe. No se atrevía a hablar, pues la ética del juego lo prohibía; pero lo que sus labios no podían decir lo expresaban sus ojos con bélico fuego y elocuencia: «¡El honor del negro y la seguridad de nuestra princesa quedan asegurados conmigo!»

Gahan no vaciló más:

—¡Odwar del jefe, a la cuarta casilla del Odwar de la princesa!ordenó.

Fue el movimiento intrépido de un jefe que ha recogido el guante arrojado por su adversario.

El guerrero se abalanzó hacia la casilla ocupada por la pieza de UDor. Era la primera casilla que se disputaba. Los ojos de los jugadores se clavaron en los contendientes, los espectadores se inclinaron hacia adelante tras los primeros aplausos que habían saludado al movimiento, y el silencio reinó en la vasta multitud. Si el negro era derrotado, U-Dor podría mover su pieza victoriosa a la casilla ocupada, por Tara de Helium y la partida habría terminado: habría terminado con cuatro movimientos y perdiéndola Gahan. Si perdía el naranja, U-Dor habría sacrificado una de sus piezas más importantes y más que perdido la ventaja que había podido darle el primer movimiento.

Físicamente, los dos hombres parecían perfectamente equiparados y cada cual luchaba por su vida; pero desde el principio se vio que el odwar negro era mejor

espadachín, y Gahan sabía que tenía otra ventaja quizá mayor sobre su adversario: éste luchaba sólo por su vida, sin el acicate de la caballeridad o la lealtad, que fortalecía el brazo del odwar negro, conocedor además de lo que Gahan había susurrado en los oídos de sus jugadores antes de empezar el juego, de modo que luchaba por lo que vale más que la vida para el hombre de honor.

Fue un duelo que mantuvo a los que lo presenciaban en maravillado silencio. Las hojas entrecruzadas centelleaban bajo el resplandeciente sol, resonando al parar los tajos y estocadas. Los exóticos correajes de los duelistas prestaban espléndidos colores a la salvaje y bélica escena. El odwar naranja, llevado a la defensiva, luchaba malamente por su vida. El negro, con serena y terrible eficiencia, le hacía retroceder sin cesar, paso a paso, hasta un ángulo de la casilla, posición en la que no le quedaba escapatoria. Abandonar la casilla era perderla para su adversario y conseguir para sí la muerte innoble e inmediata ante el populacho vociferador.

Estimulado por la aparente desesperanza de su situación, el odwar naranja estalló en una súbita furia ofensiva que obligó al negro a retroceder una docena de pasos, y poco después la espada de la pieza de UDor avanzó, haciendo brotar la primera sangre del hombro de su despiadado adversario. Un ahogado grito alentador brotó de los hombres de U-Dor; el odwar naranja, alentado con ese único éxito, trató de vencer al negro con la rapidez de su ataque. Hubo un momento en que las espadas se movieron con una rapidez que los ojos del hombre no pudieron seguir, y luego el odwar negro paró brillantemente una estocada imperfecta, y tirándose a fondo por la abertura que había causado, clavó, su espada en el corazón del odwar naranja; hasta el puño hundió la espada en el cuerpo de su adversario.

Una aclamación se alzó de las tribunas, pues cualquiera que fuese la predilección de los espectadores, ninguno podría decir que no había sido una hermosa lucha ni que no había ganado el mejor. Y de los jugadores negros salió un suspiro de alivio al verse libres de la tensión de los pasados momentos.

No te fatigaré con los detalles del juego; sólo son necesarios los rasgos importantes para comprender el resultado. El cuarto movimiento, después de la victoria del odwar negro, colocó a Gahan a tres casillas de U-Dor; un panthan naranja se hallaba en la casilla inmediata, diagonalmente a la derecha, y era la única pieza contraria que podía combatirle además del mismo U-Dor.

Era evidente para jugadores y espectadores, por los dos últimos movimientos, que Gahan marchaba en línea recta a través del campo hacia el terreno del enemigo para buscar el combate personal con el jefe naranja, y que Gahan lo confiaba todo a la fe en la superioridad de su esgrima, pues si los dos jefes combaten, el resultado decide la partida. U-Dor podía salir a combatir con Gahan o podía mover el panthan de su princesa a la casilla ocupada por éste con la esperanza de que el panthan derrotara al jefe negro decidiendo el juego con un empate, que es el resultado obtenido si

cualquier pieza que no sea el jefe mata al jefe contrario; también podía alejarse él rehuyendo por el momento la necesidad del combate personal, o, por lo menos, esto era evidentemente lo que pensaba hacer pues todos le vieron claramente escudriñar el campo en derredor; y se hizo patente su desilusión cuando descubrió finalmente que Gahan se había colocado de modo que no había ninguna casilla a la que pudiera moverse U-Dor que no estuviese al alcance de Gahan en el siguiente movimiento.

U-Dor había colocado a su princesa cuatro casillas al este de Gahan cuando el puesto de ella había sido amenazado y había esperado atraer al jefe negro detrás de la princesa y alejarle de U-Dor; pero no lo había conseguido. Descubrió que podía lanzar su propio odwar a combatir con Gahan; pero ya había perdido un odwar y mal podría pasarse sin el otro. Su situación era delicada, pues no quería combatir personalmente a Gahan y parecía tener pocas probabilidades de evitarlo. Sólo quedaba una esperanza, que consistía en el panthan de su princesa; así, que, sin reflexionarlo más, ordenó a esta pieza marchar a la casilla ocupada por el jefe negro.

Todas las simpatías de los espectadores se inclinaron ahora hacia Gahan. Si perdía, el juego se declararía empatado, sin que en Barsoom se considere mejor los juegos empatados que los consideran los hombres de la Tierra. Si ganaba, se produciría, sin duda, un duelo entre los dos jefes, cuyo desarrollo todos deseaban. La partida ya prometía ser corta, y aquella multitud se encolerizaría si se decidía el juego por empate con sólo dos hombres muertos. Grandes e históricos juegos perduraban en la Historia, en que de las cuarenta piezas que llenaban el campo al empezar el juego sólo tres sobrevivieron: las dos princesas y el jefe victorioso.

Censuraban a U-Dor, aunque en realidad estaba en su perfecto derecho al dirigir su jugada como creía conveniente, sin que la negativa por su parte a combatir con el jefe negro equivaliera a una imputación de cobardía. Era un gran jefe, que había concebido la idea de poseer a la esclava Tara. No podía producirle ningún honor el entablar combate con esclavos y criminales o con un guerrero desconocido de Manataj, ni el premio era de suficiente cuantía para justificar el riesgo.

Pero ahora comenzó el duelo entre Gahan y el panthan naranja, y la decisión del siguiente movimiento no estuvo en otras manos que las suyas. Era la primera vez que estos manatorianos veían luchar a Gahan de Gathol; pero Tara de Helium sabía que era un maestro con la espada. Si Gahan hubiese podido ver el orgulloso fulgor de los ojos de ella cuando cruzó su acero con el naranja, seguramente se hubiera preguntado si aquéllos eran los mismos ojos que habían arrojado fuego y le habían aborrecido cuando cubrió sus labios de locos besos en los subterráneos del palacio de O-Tar. Al contemplarlo, la joven solo podía comparar su esgrima con la del mayor espadachín de ambos mundos: con su padre, John Carter, de Virginia, príncipe de Helium, Señor de la Guerra de Barsoom, y sabía que la destreza del jefe negro perdía poco en la comparación.

Breve y acertado fue el duelo que decidió la posesión de la cuarta casilla del jefe naranja; Los espectadores se habían preparado para un interesante combate, por lo menos de cierta duración, y casi se pusieron en pie ante un brillante relámpago de rápida esgrima que acabó antes que pudieran tomar aliento. Vieron al jefe negro retroceder rápidamente, con la punta de su espada en tierra, mientras su adversario soltaba la espada de la mano, se apretaba el pecho, doblaba las rodillas y caía después de bruces.

Entonces Gahan de Gathol volvió directamente su mirada a U-Dor de Manator, tres casillas más allá. Tres casillas es el movimiento de un jefe, tres casillas en cualquier dirección o combinando ésta con tal que no cruce la misma casilla dos veces en un movimiento dado. El público se miró y adivinó la intención de Gahan. Los espectadores se pusieron en pie y lanzaron un clamor de aprobación cuando marchaba deliberadamente a través de las casillas intermedias hacia el jefe naranja.

Desde el recinto real, O-Tar contemplaba ceñudamente la escena. O-Tar estaba irritado. Estaba irritado con U-Dor por haber entrado en este juego por la posesión de una esclava que, según su deseo, sólo debían disputársela esclavos y criminales. Estaba irritado con el guerrero de Manataj por haber sobrepujado tanto la táctica y la lucha de los hombres de Manator. Estaba irritado con el populacho por su abierta hostilidad hacia uno que había gozado de su favor durante largos años. O-Tar, el jeddak, no había disfrutado la tarde. Los que le rodeaban estaban igualmente malhumorados: también ellos miraban ceñudamente el campo, los jugadores y la gente. Había entre ellos un anciano encorvado que contemplaba con ojos débiles y húmedos el campo y los jugadores.

Cuando Gahan entró en su casilla, U-Dor saltó hacia él con la espada desnuda, con furia tal que podía haber derribado a un espadachín menos diestro y menos fuerte. Durante un minuto la lucha fue rápida y furiosa, y comparándola con ella, todo lo que se había hecho antes quedaba reducido a la insignificancia. En efecto, aquéllos eran dos magníficos espadachines, y aquélla era una lucha que prometía compensar a la gente de todo lo que creyeran haber perdido por la brevedad del Juego. No pasó mucho sin que hubiera quien profetizara que estaban presenciando un duelo que iba a hacerse histórico en los anales del jetan de Manator. Toda treta, todo subterfugio conocido en el arte de la esgrima era empleado por aquellos hombres. Una y otra vez cada uno dio estocadas que hacían brotar la sangre de la piel cobriza de su adversario, hasta que ambos estuvieron rojos de sangre; pero ninguno parecía capaz de suministrar el golpe de gracia.

Desde su sitio del lado opuesto del campo. Tara de Helium contemplaba la prolongada lucha.

Le parecía que el jefe negro luchaba siempre a la defensiva o que cuando se decidía a atacar a su adversario descuidaba mil resquicios que la mirada práctica de la

joven descubría. Nunca lo veía en verdadero peligro, ni parecía emplearse completamente en el asalto necesario para la victoria. El duelo había sido ya muy alargado, y el día estaba próximo a acabar. Poco después ocurría la brusca transición de la luz a la oscuridad que, debido a lo tenue del aire de Barsoom, se produce casi sin el aviso de la luz crepuscular de la Tierra. ¿No acabaría la lucha? ¿Sería considerado el juego sólo como un empate después de todo aquello? ¿Qué le pasaba al jefe negro?

Tara deseaba poder responder, al menos, a la última pregunta, pues estaba segura de que Turan, el panthan que ella conocía, si bien luchaba brillantemente, no daba de sí todo lo que podía. No podía creer que el miedo contuviera su mano; pero estaba segura de que había algo que no era ineptitud y le impedía atacar a U-Dor mas furiosamente. Lo que era esto, sin embargo, no podía adivinarlo.

Una vez le vio a Gahan echar una mirada rápida al sol poniente. Dentro de treinta minutos oscurecería. Entonces vio, y lo vieron todos los demás, que una extraña transformación se operaba en la esgrima del jefe negro. Era como si hubiese estado jugando todas esas horas con el gran dwar U-Dor; ahora seguía jugando con él, pero con una diferencia: jugaba con él terriblemente, como un carnívoro juega con su víctima un instante antes de matarla. El jefe naranja se vio ahora impotente en las manos de un espadachín tan superior que no cabía comparación posible, y la gente se quedó pasmada de asombro y espanto cuando vio a Gahan cortar en tiras a su enemigo y darle después un tajo que le hendió hasta la barbilla.

¡Dentro de veinte minutos se pondría el sol! Pero ¿que importaba?

CAPÍTULO XVIII



Una misión de lealtad

Prolongados y ruidosos aplausos se cernieron sobre el campo del jetan de Manator cuando el guardián de las torres llamó al centro del campo a las dos princesas y al jefe victorioso y presentó a éste los frutos de sus hazañas; después, como lo exigía la costumbre, los jugadores victoriosos, capitaneados por Gahan y las dos princesas, formaron en procesión tras el guardián de las torres y fueron conducidos al lugar de victoria, ante el recinto real, para que pudieran recibir las alabanzas del jeddak. Los que estaban montados dieron a esclavos los thoats, pues todos debían ir a pie para esta ceremonia. Precisamente bajo el recinto real se hallaban las puertas de uno de los túneles que, pasando bajo las tribunas, dan salida o entrada al campo. Delante de esta puerta se detuvo el grupo mientras O-Tar los miraba desde arriba. Val Dor y Floran, adelantándose rápidamente a los demás, se fueron directamente a las puertas, donde quedaron ocultos de los que ocupaban el recinto con O-Tar. El guardián de las torres pudo haberlos visto; pero estaba tan ocupado con las formalidades de presentar al jeddak el jefe victorioso, que no se fijó en ellos.

—O-Tar, jeddak de Manator, te presento a U-Kal de Manataj —gritó con voz sonora que podía oírse cuanto era posible—, victorioso sobre el naranja en el segundo de los Juegos del jeddak del año cuatrocientos treinta y tres de O-Tar, y a la esclava Tara y a la esclava Lan-O para que puedas otorgárselas a U-Kal como premios.

Mientras hablaba, un viejecito arrugado escudriñó desde la barandilla del recinto a los tres que se hallaban inmediatamente detrás del guardián, esforzando sus débiles y húmedos ojos por satisfacer la curiosidad senil sobre un asunto de ninguna importancia particular, porque ¿qué eran dos esclavas y un simple guerrero de Manataj para uno que se hallaba con el jeddak O-Tar?

—U-Kal de Manataj —dijo O-Tar—, has merecido los premios. Rara vez hemos contemplado una esgrima más noble. Si te cansas de Manataj, en la ciudad de Manator tendrás siempre una plaza en la guardia del jeddak.

Mientras hablaba el jeddak, el viejecito, no consiguiendo discernir claramente los rasgos del jefe negro, metió la mano en su bolsa y sacó unos anteojos de grueso cristal, que se colocó sobre la nariz. Durante un momento escudriñó atentamente a

Gahan, y luego se puso en pie de un salto, y dirigiéndose a O-Tar señaló con el dedo temblón a Gahan. Al verle levantarse, Tara de Helium apretó el brazo del jefe negro.

—¡Turan! —susurró—. Es I-Gos, a quien creía haber matado en los subterráneos de O-Tar. Es I-Gos, que te ha reconocido y querrá...

Pero lo que I-Gos haría se traslucía ya. Con su voz de falsete gritó secamente.

—O-Tar, es el esclavo Turan, que robó a la esclava Tara de tu salón del trono. ¡Ha despojado al difunto jefe I-Mal, y ahora lleva su corraje!

Instantáneamente aquello fue un pandemónium. Los guerreros desenvainaron las espadas, poniéndose en pie. Los jugadores victoriosos de Gahan se precipitaron hacia adelante en una masa, barriendo al guardián de las torres. Val Dor y Floran abrieron las puertas bajo el recinto real, saliendo al túnel que llevaba a la avenida de la ciudad que estaba tras las torres. Gahan, rodeado de sus hombres, llevó a Tara y a Lan-O al pasadizo, y con paso rápido el grupo trató de alcanzar el extremo opuesto del túnel antes que pudieran cortarles la salida. Así lo consiguieron, y cuando salieron a la ciudad el sol se había puesto y reinaba la oscuridad, mitigada solamente por un sistema de alumbrado anticuado e ineficaz, que sólo lanzaba una pálida luz en las sombrías calles.

Ahora supo Tara de Helium por qué el jefe negro había prolongado su duelo con U-Dor, y comprendió que podía haber matado a su adversario casi en cualquier momento que hubiera elegido. Todo el plan que Gahan había susurrado a sus jugadores antes del juego se puso totalmente de manifiesto. Iban a dirigirse a la Puerta de los Enemigos y ofrecer allí sus servicios a U-Thor, el gran jed de Manator. El hecho de que la mayoría de ellos eran gatholianos, y de que Gahan podría guiar a los libertadores de A-Kor al calabozo en que el hijo de la esposa de U-Thor estaba encarcelado, convenció al jed de Gathol de que no se encontrarían con una negativa de U-Thor. Pero aun en el caso de que los rechazara, todavía estaban unidos para seguir hacia la libertad, abriéndose camino, si era necesario, a través de las fuerzas de U-Thor hasta la Puerta de los Enemigos: veinte hombres contra un pequeño ejército; pero tal es el temple de los guerreros de Barsoom.

Habían cubierto una considerable distancia, a lo largo de la avenida casi desierta, sin notar señales de persecución; pero súbitamente se echaron sobre ellos por detrás una docena de guerreros montados en thoats, sin duda un destacamento de la guardia del jeddak. Instantáneamente la avenida se convirtió en una barahúnda de choques de espadas, maldiciones de guerreros y chillidos de los thoats. En el primer asalto se vertió por ambos lados la sangre vital. Dos de los hombres de Gahan fueron derribados, y, entre el enemigo, tres thoats sin jinetes atestiguaron, por lo menos, una parte de sus bajas.

Gahan se vio enzarzado con un mozo que parecía haber sido elegido para entenderse sólo con él, pues a él se dirigió directamente y trató de derribarle sin

prestar la más ligera atención a varios que le tiraron tajos al pasar junto a ellos. El gatholiano, práctico en el arte de combatir desde el suelo a un guerrero montado, trató de alcanzar el lado izquierdo del thout algo detrás del jinete, la única posición en que podría tener alguna ventaja sobre su adversario, o, mejor dicho, la posición que reduciría más las ventajas del jinete, y, de un modo análogo, el manatoriano procuró frustrar su deseo. Así que el guardia hizo girar a su inquieta e irritada cabalgadura, a la vez que Gahan saltaba en zigzag, esforzándose por alcanzar la posición anhelada, pero buscando siempre algún otro resquicio en la defensa de su enemigo.

Mientras ellos se disputaban con tretas la posición, un jinete pasó velozmente, dejándolos atrás. Al pasar detrás de Gahan éste oyó un grito de alarma.

—¡Turan, me han cogido! —sonó en sus oídos la voz de Tara de Helium.

Una rápida mirada sobre su hombro le mostró al veloz jinete en el acto de alzar a Tara hasta la cruz del thout y entonces, con la rápida furia de un demonio, Gahan de Gathol saltó sobre el que le combatía, le arrancó de su montura y, al caer, le separó la cabeza de los hombros de un solo tajo con su afilada espada. Apenas había tocado el cuerpo el pavimento, cuando el gatholiano estaba ya sobre el lomo del thout del guerrero muerto, descendiendo a todo galope por la avenida tras las figuras decrecientes de Tara y su capturador y los ruidos de la lucha se extinguían en la distancia mientras perseguía a su presa a lo largo de la avenida que atraviesa el palacio de O-Tar y lleva a, la Puerta de los Enemigos.

La cabalgadura de Gahan, que llevaba sólo un jinete, ganaba terreno a la del manatoriano, de modo que al acercarse al palacio Gahan iba escasamente unas cien metros detrás y vio consternado que el mozo doblaba el gran camino de entrada; los guardianes sólo le detuvieron un momento y luego desapareció dentro. Gahan llegaba entonces casi encima de él; pero éste debió de avisar a los guardianes, pues se abalanzaron para interceptar al gatholiano. ¡Pero no! El mozo no podía saber que era perseguido tan de cerca, pues no había visto a Gahan coger la cabalgadura ni pensaría que la persecución llegaría tan pronto.

Si él había pasado, también podría pasar Gahan, ¿pues no llevaba los atavíos de un manatoriano? El gatholiano reflexionó con rapidez, y deteniendo su thout dijo a los guardias que le dejaran pasar.

—¡En el nombre de O-Tar! —ellos vacilaron un momento—¡Apartaos! —gritó Gahan—. ¿Ha de parlamentar el mensajero del jeddak para tener derecho a entregar su mensaje?

—¿A quién quieres entregárselo? —preguntó el padwar de la guardia.

—¿No habéis visto al que acaba de entrar? —gritó Gahan.

Y sin esperar la respuesta lanzó a su thout delante de ellos, dentro del palacio, y mientras deliberaban sobre lo que era más conveniente hacer, era demasiado tarde para hacer nada... cosa que no es en modo alguno insólita.

Gahan guió a su thoat por los corredores de mármol, y más bien porque ya había seguido antes aquel camino que porque supiera por cuál habían llevado a Tara, siguió las rampas y atravesó las cámaras que llevaban al salón del trono de O-Tar. En el segundo piso encontró un esclavo.

—¿Qué camino ha seguido el que llevaba una mujer? —preguntó.

El esclavo le señaló hacia una rampa próxima que llevaba al tercer piso, y Gahan se lanzó rápidamente a la persecución. En el mismo momento un jinete a galope furioso se aproximó al palacio y detuvo su cabalgadura a la puerta.

—¿Sabes algo de un guerrero que perseguía a uno que llevaba una mujer en su thoat? —gritó al guardián.

—Acaba de entrar —contestó el padwar—. diciendo que era un mensajero de O-Tar.

—Mintió —gritó el recién llegado—. Es Turan, el esclavo, que robó a la mujer en el salón del trono hace dos días. ¡Removed el palacio! Hay que cogerlo, y vivo si es posible. Es la orden de O-Tar.

Instantáneamente partieron guerreros en busca del gatholiano e instruyeron a los moradores del palacio para que hicieran lo propio. Debido a los juegos, habían quedado relativamente pocos en el edificio; pero los que se encontraron fueron reclutados inmediatamente para la busca, de modo que poco después lo menos cincuenta guerreros indagaban por las innumerables cámaras y corredores del palacio de O-Tar.

Cuando el thoat de Gahan le llevó al tercer piso, percibió los cuartos traseros de otro thoat que desaparecía en la vuelta de una galería, hacia el frente. Espoleando a su animal corrió velozmente en su persecución, y al dar la vuelta solo descubrió ante él una galería vacía. Se apresuró por ella y descubrió casi en su último extremo una rampa que llevaba al cuarto piso, la cual ascendió. Vio que había sacado ventaja a su presa, pues la vio doblar por una puerta cincuenta metros delante. Al llegar Gahan a la entrada vio que el guerrero había desmontado y arrastraba a Tara hacia una pequeña puerta del lado opuesto de la cámara.

En el mismo instante el sonar del correaje a su espalda le hizo echar una mirada hacia atrás a las galerías que acababa de atravesar, por las que vio aproximarse tres guerreros que llegaban corriendo a pie. Saltando de su thoat, se precipitó a la cámara donde Tara luchaba por librarse de las garras de su aprehensor, cerró la puerta tras él, colocó el gran cerrojo en un sitio, y, sacando la espada, atravesó corriendo la estancia para combatir al manatoriano. El joven, al verse amenazado así, gritó en voz alta a Gahan que se detuviese, a la vez que a la distancia de un brazo de Gahan acometía a Tara amenazando su corazón con la punta de su espada corta.

—¡Quieto! —gritó—, o muere la mujer, pues ésa es la orden de O-Tar antes de que vuelva a caer en tus manos.

Gahan se detuvo. Sólo unos metros le separaban de Tara y su aprehensor y, sin embargo, era impotente para ayudarla. Lentamente, el guerrero retrocedió hacia la puerta abierta tras él, arrastrando a Tara. La joven forcejeaba y luchaba; pero el guerrero era un hombre fuerte, y teniéndola sujeta del correa, por detrás, podía retenerla en una posición de impotencia.

—¡Sálvame, Turan! —gritó—. No los dejes arrastrarme aun destino peor que la muerte. Mejor es que muera ahora, mientras mis ojos contemplan a un valeroso amigo, que más tarde luchando sola entre enemigos para defender mi honor.

Gahan se acercó un paso. El guerrero hizo un gesto amenazador con su espada junto a la suave y sedosa piel de la princesa. y Gahan se detuvo.

—No puedo, Tara de Helium —exclamó—. No me juzgues mal por mi debilidad..., porque no pueda verte morir. Es demasiado grande mi amor por ti, hija de Helium.

El guerrero manatoriano, con una mueca irónica en los labios, retrocedía incesantemente. Casi había llegado a la puerta, cuando Gahan vio otro guerrero en la cámara hacia la cual era llevada Tara: un guerrero que avanzaba silenciosamente, casi furtivamente, por el suelo de mármol, mientras se aproximaba por detrás al aprehensor de Tara. En la mano derecha empuñaba una larga espada.

"Dos contra uno", pensó Gahan, y una torva sonrisa rozó sus labios, pues no dudaba de que una vez que pusieran en seguridad a Tara en la cámara inmediata, los dos caerían sobre él. Si no podía salvarla, al menos podría morir por ella.

Pero, súbitamente, los ojos de Gahan se clavaron asombrados en la figura del guerrero que se hallaba tras el hombre gesticulante que sujetaba a Tara y la llevaba hacia la puerta. Gahan vio al recién llegado avanzar casi al alcance de un brazo del otro y detenerse con una expresión de odio malévolos en su semblante. Vio que su gran espada describía el arco de un gran círculo recibiendo rápido y terrible impulso de su propio peso, reforzado por el brío de los músculos de acero que la guiaban, y la vio atravesar el cráneo todo emplumado del manatoriano, partiendo en dos su mueca sardónica y hendiéndole hasta la mitad del esternón.

Cuando la mano muerta soltó la garra de la muñeca de Tara, la joven se precipitó al lado de Gahan sin mirar hacia atrás. Éste la rodeó con su brazo izquierdo, sin que ella se apartara, mientras con la espada dispuesta el gatholiano aguardaba el decreto del Destino. Delante de ellos el libertador de Tara limpiaba la sangre de su espada en el pelo de su víctima. Era evidentemente un manatoriano, y sus atavíos los de la guardia del jeddak, por lo que su acto era inexplicable para Gahan y para Tara. Poco después envainó su espada y se aproximó a ellos.

—Cuando un hombre decide ocultar su identidad con un nombre supuesto dijo mirando rectamente a los ojos de Gahan—, cualquier amigo que descubriera el engaño no sería amigo si divulgara el secreto del otro.

Se detuvo, como si esperara una respuesta.

—He percibido tu honradez y han expresado tus labios una inalterable verdad —repuso Gahan maravillado, si la insinuación fuera cierta, de que este manatoriano hubiera adivinado su identidad.

—Así que estamos de acuerdo —continuó el otro—. Yo puedo decirte que, aunque aquí soy conocido como A-Sor, mi verdadero nombre es Tasor.

Se detuvo y examinó atentamente el rostro de Gahan para ver alguna señal del efecto de esta noticia, siendo recompensado con una expresión rápida, aunque callada, de reconocimiento.

¡Tasor! Amigo de su infancia. El hijo de aquel gran noble gatholiano que había dado su vida tan gloriosamente, aunque en vano, tratando de defender al padre de Gahan de las dagas de los asesinos. ¡Tasor, como subpadwar de la guardia de O-Tar, jeddak de Manator! Era inconcebible, y, sin embargo, era él; no cabía ninguna duda.

—Tasor —repitió Gahan en voz alta—. Pero ése no es tampoco un nombre manatoriano.

La observación era casi interrogativa, pues se había despertado la curiosidad de Gahan. Quería saber cómo su amigo y leal súbdito se había vuelto manatoriano. Muchos habían pasado desde que Tasor desapareció tan misteriosamente como la princesa Haja y otros muchos de los súbditos de Gahan. Hacía mucho que el jed de Gathol lo había creído muerto.

—No —contestó Tasor—. No es un nombre manatoriano. Venid: os buscaré un escondite en alguna cámara olvidada de las partes abandonadas del palacio, y por el camino os contaré brevemente cómo Tasor el gatholiano llegó a convertirse en A-Sor el manatoriano. Sucedió que, cabalgando con una docena de mis guerreros por el límite occidental de Gathol en busca de unos zitidars que se habían descarriado de mis manadas, se nos echó encima, rodeándonos, una gran compañía de manatorianos. Consiguieron vencernos, pero no sin que la mitad de los nuestros muriera y el resto quedara imposibilitado por sus heridas. De este modo me llevaron prisionero a Manataj, ciudad distante de Manator, y me vendieron como esclavo. Me compró una mujer, una princesa de Manataj, cuya riqueza y posición no tenían igual en su ciudad natal. Se enamoró de mí, y cuando su marido descubrió su pasión, ella me rogó que le matara y, como me negué, pagó a uno para que lo hiciera. Entonces se casó conmigo; pero en Manataj nadie quería relacionarse con ella, pues la sospechaban culpable de preparar el asesinato de su marido. Así que nos marchamos de Manataj hacia Manator, seguidos de una gran caravana que llevaba todos sus mundanos efectos y joyas y metales preciosos, y por el camino hizo extender el rumor de que ella y yo habíamos muerto. Entonces, en vez de ir a Manatos vinimos a Manator, adoptando ella otro nombre y yo el de ASor para que no pudieran seguirnos las huellas por los nombres. Con su gran riqueza me compró un puesto en la guardia del jeddak, y nadie

sabe que yo no soy manatoriano, pues ella ha muerto. Era hermosa, pero era un demonio.

—¿Y nunca tratases de volver a tu ciudad natal? —preguntó Gahan.

—Jamás se ha ausentado la esperanza de mi corazón, ni mi mente ha estado sin un plan. Sueño con ello de noche y de día, pero siempre he de volver a la misma conclusión: que sólo puede haber un medio de fuga. He de esperar a que la fortuna me favorezca con un puesto en una de las partidas que van de incursión a Gathol.

Entonces, una vez en los límites de mi propio país, no me volverán a ver más.

—Quizá la oportunidad se encuentre ya a tu alcance —dijo Gahan—, si la lealtad a tu propio jed no ha sido socavada por los años de convivencia con los hombres de Manator.

La observación era casi un desafío.

—Si mi jed estuviera ahora ante mí —exclamó Tasor— y pudiera reconocerlo sin violar su confianza, arrojaría mi espada a sus pies y le pediría el excelso privilegio de morir por él como mi padre murió por el suyo.

No se podía dudar de su sinceridad ni de que había conocido la identidad de Gahan. El jed de Gathol sonrió.

—Y si tu jed estuviera aquí te ordenaría, a no dudar, que consagraras tu inteligencia y tus proezas a rescatar a la princesa Tara de Helium dijo significativamente—. Y si poseyera conocimientos que yo he adquirido durante mi cautiverio, te diría: «Tasor, ve al calabozo donde está encarcelado A-Kor, hijo de Haja de Gathol, y ponle en libertad; alza con él a los esclavos de Gathol y marcha a la Puerta de los Enemigos a ofrecer tus servicios a U-Thor de Manator, que está casado con Haja de Gathol, y pídele a cambio que ataque el palacio de O-Tar y rescate a la princesa Tara de Helium, y que cuando lo haya realizado liberte a los esclavos de Gathol y les facilite armas y recursos para volver a su país. Eso, Tasor de Gathol, es lo que te ordenaría Gahan, tu jed.

—Y eso, esclavo Turan, es lo que procuraré realizar con todos mis esfuerzos cuando haya encontrado un refugio seguro para Tara de Helium y su panthan —dijo Tasor. La mirada de Gahan transmitió a Tasor una indicación de la satisfacción de su jed y le llenó de la noble resolución de hacer lo que de él se requería o morir, pues creía haber recibido de labios de su querido gobernante una misión que colocaba sobre sus hombros una responsabilidad que afectaba no sólo a la vida de Gahan y Tara, sino al bienestar, y quizá a todo el porvenir de Gathol. Así que los condujo apresuradamente por las galerías abandonadas del palacio, en las que el polvo de los siglos estaba intacto sobre las losas de mármol.

Una y otra vez probó puertas hasta que encontró una que estaba abierta. Empujándola los introdujo en una cámara cubierta de polvo. Sedas y pieles deshilachadas adornaban las paredes, con antiguas armas y grandes pinturas cuyos

colores habían sido llevados por los siglos a una maravillosa suavidad.

—Este lugar será mejor que ninguno —dijo—. Nadie viene aquí. Yo no he estado nunca, así qué no sé más que vosotros acerca de las otras cámaras; pero ésta por lo menos podré encontrarla cuando vuelva a traeros comida y bebida. O-Mai el Cruel ocupó esta parte del palacio durante su reinado, cinco mil años antes de O-Tar. En una de estas habitaciones lo encontraron muerto, con la cara contorsionada en una mueca de miedo tan horrible que volvía locos a los que la contemplaban, y, sin embargo, no se notaron huellas de violencia. Desde entonces se han esquivado los departamentos de O-Mai, pues han dado lugar a la leyenda de que los espectros de las corfals persiguen por la noche al espíritu del perverso jeddak a través de estas cámaras, chillando y gimiendo como acostumbran. Pero —añadió, como para tranquilizarse a sí mismo y a sus compañeros— tales cosas no pueden ser apoyadas por la cultura de Gathol o de Helium.

Gahan se echó a reír.

—Y si todos los que le miraban se volvían locos, ¿quién se encargó de realizar los últimos rituales y preparar el cuerpo del jeddak para ellos?

—No hubo ninguno —repuso Tasor—. Donde le encontraron le dejaron, y sus descarnados huesos yacen ocultos hasta este mismo día en alguna olvidada cámara de estos departamentos prohibidos.

Tasor los dejó, asegurándoles que buscaría la primera oportunidad para hablar con A-Kor, y que al siguiente día les traería comida y bebida[5]. Cuando Tasor se fue, Tara se volvió a Gahan, y, acercándose a él, colocó una mano en su brazo.

—Tan rápidamente se han desarrollado los acontecimientos desde que te reconocí bajo tu disfraz —dijo—, que aún no he tenido ocasión de asegurarte mi gratitud y la alta estima que tu valor te ha ganado en mi consideración. Permíteme reconocer mi deuda, y si no son vanas las promesas de quien tiene gravemente comprometidas la vida y la libertad, cuenta con la gran recompensa que te aguarda en Helium en las manos de mi padre.

—No deseo otra recompensa —repuso Gahan— que la dicha de saber que la mujer que amo es feliz.

Los ojos de Tara de Helium fulguraron un instante mientras se erguía altivamente; pero luego se ablandaron y cedió en su actitud moviendo la cabeza tristemente.

—Mi corazón no puede recriminarte nada, Turan —dijo—, por grande que sea tu falta, pues has sido un amigo honrado y leal de Tara de Helium; pero no debes decir lo que mis oídos no deben escuchar.

—¿Quieres decir —preguntó Gahan— que los oídos de una princesa no deben escuchar las palabras de amor de un panthan?

—No es eso, Turan —repuso ella—, sino más bien que honradamente no puedo escuchar palabras de amor de otro que aquel a quien estoy prometida: un joven

compatriota. Djor Kantos.

—¿Quieres decir, Tara de Helium —exclamó él—, que si no fuera por eso...?

—¡Silencio! —ordenó Tara—. No tienes derecho a suponer otra cosa que lo que mis labios testifican.

—Los ojos son a veces más elocuentes que los labios, Tara —repuso él—, y en los tuyos he leído algo que no es ni odio ni desprecio hacia Turan el panthan, y mi corazón me dice que tus labios emitieron falso testimonio cuando gritaron coléricos: "¡Te aborrezco!"

—No te aborrezco, Turan, ni puedo amarte, sin embargo dijo la joven sencillamente.

—Cuando me abrí camino en la cámara de I-Gos estuve al borde de creer que, en efecto, me odiabas —dijo él—, pues sólo el odio me parecía poder explicar el hecho de que te fueras sin hacer un esfuerzo por libertarme; pero después mi corazón y mi juicio me dijeron que Tara de Helium, no podía haber abandonado a un compañero en la desgracia, y aunque todavía ignoro los hechos, sé que fue imposible ayudarme.

—Así fue —dijo la joven—. Apenas cayó I-Gos por la picadura de mi daga, oí que se aproximaban guerreros. Corrí para ocultarme hasta que pasaran, pensando volver a liberarte; pero al tratar de esquivar aquella partida me precipité en los brazos de otra. Me preguntaron sobre vuestro paradero, y les dije que te habías marchado delante de mí y que yo iba siguiéndote y de este modo los alejé de ti.

—Lo sabía —fue el único comentario de Gahan; pero su corazón estaba lleno de júbilo, como ha de estarlo el de un amante que ha escuchado de labios de su deidad una confesión de interés y lealtad por poco matizada que sea por la insinuación de una cálida mirada. Ser maltratado por la dueña del corazón de uno es mejor aún que ser ignorado.

Mientras ambos conversaban en la mal alumbrada cámara, cuyas débiles luces estaban cubiertas del polvo acumulado durante siglos, una figura arrugada y encorvada atravesaba lentamente las sombrías galerías de fuera, escudriñando con sus débiles y húmedos ojos, a través de gruesos lentes, las huellas de pisadas marcadas en el suelo polvoriento.

CAPÍTULO XIX



La amenaza de la muerte

La noche estaba un poco avanzada cuando llegó un hombre a la entrada del salón del festín en que O-Tar de Manator cenaba con sus jefes, y, apartando a los centinelas, penetró en el gran salón con la insolencia de una persona privilegiada, como en efecto era. Al aproximarse a la cabecera del largo tablero, O-Tar se fijó en él.

—¡Bueno, viejecillo!...—exclamó—. ¿Qué te saca otra vez hoy de tu querida y hedionda madriguera? Creíamos que la vista de multitud de hombres vivos de los juegos te impulsaría a volver a vuestros cadáveres tan rápidamente como pudieras.

La cascada risa de I-Gos agradeció la humorada real.

—¡Je, je, O-Tar!... —chilló el anciano—. I-Gos no sale en busca de placer; pero cuando se despoja despiadadamente a los muertos de IGos, debe tomarse venganza.

—¿Te refieres al acto del esclavo Turan? —preguntó O-Tar.

—Sí; a Turan y a la esclava Tara, que deslizó una daga homicida dentro de mi piel. Una pulgada más, O-Tar, y el antiguo y arrugado pellejo de I-Gos estaría ahora en las manos de algún aprendiz de curtidor. ¡Je, je!

—Pero se nos han evadido —exclamó O-Tar—. Hasta en el palacio del gran jeddak se han escapado dos veces de los estúpidos bellacos que yo llamo la guardia del jeddak.

O-Tar se había levantado, y recalaba coléricamente sus enfurruñadas palabras con fuertes golpes sobre la mesa con una copa de oro.

—¡Je, je, O-Tar! Eluden a tus guardias; pero no al viejo calot juicioso I-Gos.

—¿Qué quieres decir? ¡Habla! —ordena O-Tar.

—Yo sé dónde están escondidos —dijo el viejo disecador—. Sus pies los han traicionado en el polvo de inusitadas galerías.

—¿Los has seguido? ¿Los has visto? —preguntó el jeddak.

—Los he seguido y también los he oído hablar detrás de una puerta cerrada —repuso I-Gos—, pero no los he visto.

—¿Dónde está esa puerta? —gritó O-Tar—. Enviaremos inmediatamente en su busca.

O-Tar miró en torno a la mesa como para decidir a quién confiaría esa misión. Doce jefes guerreros se habían levantado y tenían la mano en sus espadas.

—Los he seguido hasta las cámaras de O-Mai el Cruel —chilló IGos—. Allí los encontrarás donde las plañideras corfals persiguen al espectro chillón de O-Mai. ¡Je, je!

Y apartó la vista de O-Tar para mirar a los guerreros que se habían levantado, descubriendo que todos, como un solo hombre, habían vuelto a ocupar sus asientos.

La cascada risa de I-Gos quebró burlescamente el silencio que había invadido el salón. Los guerreros miraban tímidamente la comida de sus platos de oro. O-Tar castañeteó los dedos con impaciencia.

—¿Es que sólo hay pusilánimes entre los hombres de Manator? —exclamó—. Esos insolentes esclavos han escarnecido repetidamente la majestad de vuestro jeddak. ¿Debo mandar a alguno que vaya a buscarlos?

Lentamente se levantó un jefe, y otros dos siguieron su ejemplo, aunque con disgusto mal disimulado.

—Todos no son cobardes entonces —comentó O-Tar—. La misión es desagradable; por tanto, iréis los tres llevando todos los guerreros que deseéis.

—Pero no pidáis voluntarios —interrumpió I-Gos—, porque si no, iréis solos.

Los tres jefes dieron media vuelta y abandonaron el salón del festín, marchando lentamente como hombres condenados a muerte.

Gahan y Tara continuaban en la cámara a que les había llevado Tasor, y aquél estaba quitando el polvo de un hondo y cómodo banco, donde podrían descansar con relativa comodidad. Gahan había visto que las antiguas sedas y pieles estaban demasiado pasadas para ser de alguna utilidad, pues se convertían en polvo al tocarlas, lo cual eliminaba toda probabilidad de hacer un lecho confortable para la joven, por lo que ambos se sentaron juntos, hablando en voz baja de las aventuras que habían atravesado ya y reflexionando sobre lo por venir, planeando medios de fuga y esperando que Tasor no tardaría mucho en venir. Hablaron de muchas cosas: de Hastor, de Helium, de Pthar, y, finalmente, la conversación le recordó Gathol a Tara.

—¿Has servido allí? —preguntó ella.

—Sí —contestó Turan.

—Yo me encontré a Gahan, jed de Gathol, en el palacio de mi padredijo ella—, el mismo día que precedió a la tempestad que me arrebató de Helium: era un tipo presuntuoso, adornado de platino y diamantes. En mi vida había visto un corraje tan suntuoso como el suyo, y bien debes saber, Turan, que todo el esplendor de Barsoom pasa por la Corte de Helium; pero yo no podía imaginarme a una criatura tan resplandeciente sacando su enjoyada espada para un combate mortal. Me temo que el jed de Gathol, aunque muy lindo retrato de hombre, es muy poca cosa.

A la confusa luz, Tara no percibió el torcido gesto del semblante, casi desviado, de su compañero.

—¿Pensastes entonces poco en el jed de Gathol? —preguntó él.

—Ni entonces ni ahora —repuso ella y soltó, una breve carcajada—. ¡Cómo heriría su vanidad el saber, si pudiera saberlo, que un pobre panthan había conseguido un puesto más alto en la consideración de Tara de Helium! —y posó suavemente sus dedos en la rodilla de Gahan.

Este cogió los dedos entre los suyos y se los llevó a los labios.

—¡Oh Tara de Helium!...—exclamó—. ¿Crees que soy de piedra?

Deslizó un brazo en torno a los hombros de ella y atrajo hacia sí su dócil cuerpo.

—Que mi primer antepasado me perdone, mi debilidad —exclamó ella, mientras rodeaba el cuello de Gahan con sus brazos y alzaba hacia él sus labios anhelantes.

Durante largo rato permanecieron unidos en su primer beso de amor, y luego ella le apartó dulcemente.

—¡Te amo, Turan! —dijo medio sofocada—. ¡Te amo tanto...! Esta es la pobre excusa que tengo para hacer este agravio a Djor Kantos, a quien ahora comprendo que nunca amé y que no conocía el significado del amor. Y si me amas como dices, Turan, tu amor debe protegerme de un deshonor mayor, pues sólo soy como arcilla en vuestras manos.

De nuevo Gahan la estrechó contra sí, y luego la soltó bruscamente, y, levantándose, empezó a dar rápidos paseos por la cámara, como si con el ejercicio violento tratara de dominar y subyugar algún mal espíritu que hubiera hecho presa en él. Por su cerebro, su corazón y su alma resonaban como un himno gozoso aquellas palabras que tanto habían alterado el mundo para Gahan de Gathol: "¡Te amo, Turan! ¡Te amo tanto...! «Esto había llegado bruscamente. El había creído que la joven sólo sentía hacia él gratitud por su lealtad, y después, en un instante, las barreras se derrumbaban, y ella no era ya una princesa sino en su lugar.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por un ruido que se oyó por detrás de la puerta cerrada. Sus sandalias de piel de zitidar no habían producido ningún ruido en el suelo de mármol que pisaba, y cuando su rápido paseo le llevó a la entrada de la cámara, llegó débilmente hasta él, desde lo lejos de la Larga galería, el ruido del choque de metal, anuncio inequívoco de la aproximación de hombres armados. Durante un momento Gahan escuchó atentamente, pegado a la puerta, hasta que no le quedó duda de que un grupo de guerreros se aproximaba. Por lo que Tasor le había dicho, adivinó acertadamente que sólo vendrían a esta parte del palacio con un objeto (el de buscar a Tara y a él), y a él correspondía, por tanto, buscar inmediatamente los medios de esquivarlos.

La cámara en que habían entrado tenía otras puertas además de la que les había dado acceso, y por alguna de ellas debía buscar algún escondite seguro. Atravesando la habitación, comunicó a Tara sus sospechas y la condujo a una de las puertas, la cual hallaron abierta. Tras ella aparecía una cámara débilmente alumbrada, y en el umbral se detuvieron consternados, retrocediendo rápidamente a la habitación que

acababan de dejar, pues su primera mirada les había revelado cuatro guerreros sentados en torno de un tablero de jetan.

El que no hubieran notado su entrada lo atribuyó Gahan a lo absortos que estaban los dos jugadores y sus amigos en el juego. Cerrando la puerta pausadamente, ambos fugitivos se dirigieron sigilosamente a la inmediata, que encontraron cerrada. Sólo quedaba una puerta sin probar, y a ella se aproximaron rápidamente, pues sabían que el grupo perseguidor debía de hallarse junto a la cámara. Disgustados, hallaron obstruido aquel camino de salida. Ahora se encontraban verdaderamente en un lamentable apuro, pues si sus perseguidores tuvieran noticias que los condujeran a esta habitación, ellos estaban perdidos.

Llevando otra vez a Tara a la puerta tras la que estaban los jugadores de jetan, Gahan sacó su espada y esperó, escuchando. El ruido del grupo llegaba directamente a sus oídos; debían de estar muy cerca, y, sin duda, venían en bastante número. Tras la puerta había cuatro guerreros que podían ser sorprendidos prontamente. Sólo cabía, pues, una elección, y, obrando con arreglo a ella, Gahan abrió otra vez la puerta pausadamente, avanzó a la habitación inmediata, con la mano de Tara en la suya, y cerró la puerta tras ellos. Los cuatro del tablero de jetan evidentemente no conseguían oírlos. Un jugador acababa de hacer una jugada o la estaba pensando, pues sus dedos agarraban una pieza que se hallaba aún sobre el tablero. Los otros tres contemplaban su movimiento. Gahan los contempló un instante, viéndolos jugar allí con la confusa luz de aquella cámara olvidada y prohibida, y luego una lenta sonrisa de comprensión iluminó su rostro.

—¡Vamos! —dijo a Tara—. Nada tenemos que temer de éstos. Desde hace más de cinco mil años se encuentran así, como monumento a la maestría de algún disecador antiguo.

Al acercarse más, vieron que las figuras, aparentemente vivas, estaban cubiertas de polvo, pero que, por lo demás, la piel se hallaba en un estado de conservación tan excelente como los grupos más recientes de I-Gos. Entonces oyeron abrir la puerta de la cámara que habían dejado y comprendieron que sus perseguidores estaban muy cerca de ellos. Cruzando la habitación, vieron la abertura de algo que parecía un corredor, y que, al examinarlo, resultó ser un pasadizo que terminaba en una cámara, en cuyo centro había un lecho ornamentado. Esta habitación, como las demás, estaba pobremente alumbrada, pues el tiempo había oscurecido el brillo de sus luces y las había cubierto de polvo. Una mirada les mostró que estaba cubierta de pesados tapices y que contenía un considerable y sólido mobiliario, además de la plataforma que servía de lecho, en el cual descubrieron, al mirar por segunda vez, algo que parecía la forma de un hombre que yacía parte en el suelo y parte en el lecho. No se veía otra puerta que aquella por la que habían entrado, aunque comprendieron que podía haber otras ocultas tras los tapices.

Gahan, con la curiosidad despertada por las leyendas que rodeaban esta parte del palacio, se dirigió al lecho para examinar la figura que aparentemente se había caído de él, encontrando el cadáver seco y encogido de un hombre que yacía de espaldas en el suelo con los brazos extendidos y los dedos rígidamente estirados.

Uno de sus pies se hallaba doblado en parte bajo él, mientras el otro estaba aún enredado en las sedas y pieles del lecho. Después de cinco mil años la expresión del marchito rostro y de las vacías cuencas, conservaba en tal extensión el aspecto del horrible pavor, que Gahan comprendió que estaba contemplando el cuerpo de O-Mai el Cruel.

Súbitamente, Tara, que se hallaba pegada a él, le apretó un brazo y señaló hacia un lejano rincón de la habitación. Gahan miró, y al mirar sintió estremecerse su nuca. Con el brazo izquierdo rodeó a la joven, y con la espada desnuda permaneció entre ella y los tapices que contemplaban; luego Gahan de Gathol retrocedió lentamente, pues en esta horrenda y sombría cámara, que ningún pie humano había hollado en cinco mil años, y en la que no podía entrar ningún soplo de viento, se habían movido los pesados tapices del lejano rincón. No se habían movido suavemente como podría haberlos movido una corriente de aire si allí la hubiera habido, sino que se habían combado bruscamente como si, alguien, los empujara por detrás.

Gahan retrocedió al rincón opuesto hasta que estuvieron con la espalda pegada a los tapices, y al oír entonces aproximarse a sus perseguidores por la otra cámara, Gahan empujó a Tara por detrás de los tapices, siguiéndola él, y con la mano izquierda, que la había desasido de la joven, mantuvo abierto un pequeño resquicio por el que pudiera ver el departamento y la entrada del lado opuesto, por la que entrarían sus perseguidores si llegaban hasta allí.

Detrás de los tapices había un espacio de medio metro de ancho entre aquéllos y la pared, formando un pasadizo que rodeaba completamente la estancia, y era interrumpido sólo por la única puerta opuesta a ellos, disposición corriente especialmente en los dormitorios de los ricos y poderosos de Barsoom. Los propósitos de esta disposición eran varios. El pasadizo facilitaba sitio para los guardianes en la misma habitación de su señor y sin que intervinieran completamente en su vida privada; ocultaba también salidas secretas de la cámara y permitía al ocupante de la habitación esconder allí espías y asesinos para utilizarlos contra los enemigos que podía atraer a su cámara.

No había sido difícil a los tres jefes, acompañados de una docena de guerreros, seguir las huellas de los fugitivos, impresas en el polvo de las galerías y cámaras que habían atravesado. Ya para entrar en esta parte del palacio habían requerido todo el valor que poseían, y ahora que se encontraban en las mismas cámaras de O-Mai sus nervios se hallaban en la máxima tensión: un poco más, y saltarían, pues los habitantes de Manator están llenos de supersticiones sobrenaturales.

Al entrar en la cámara exterior marcharon lentamente con las espadas desnudas, sin que ninguno, pareciera deseoso de tomar la delantera; los doce guerreros, con terror desvergonzado y no disimulado, rehusaban seguir, mientras los tres jefes, espoleados por el miedo a O-Tar y por su orgullo, se apretaban para alentarse mutuamente mientras cruzaban despacio la habitación débilmente alumbrada.

Siguiendo las huellas de Gahan y de Tara, descubrieron que si bien se habían aproximado a todas las puertas, sólo habían franqueado un umbral y abrieron cautelosamente la puerta correspondiente, que reveló a sus atónitas miradas los cuatro guerreros del tablero del jetan. Durante un momento estuvieron al borde de la fuga, pues aunque sabían bien lo que eran, al encontrarse con ellos en estos misteriosos y encantados departamentos se quedaron tan sobrecogidos como si hubieran contemplado los mismos espectros de los muertos. Pero poco después recobraron el valor suficiente para atravesar también esta cámara y entrar en el corto pasadizo que conducía al antiguo dormitorio de O-Mai el Cruel. No sabían ellos que se encontraban precisamente ante esa espantosa cámara, pues de lo contrario hubiera sido dudoso que siguieran adelante; pero vieron que los que buscaban habían seguido este camino, por lo que ellos le siguieron también; mas en el tenebroso interior de la cámara se detuvieron, instando los tres jefes en voz baja a sus acompañantes para que se agruparan tras ellos, y allí permanecieron en la misma entrada hasta que, habiéndose acostumbrado sus ojos a la confusa luz, uno de ellos señaló de pronto a lo que yacía en el suelo con un pie enredado en las ropas del lecho.

—¡Mirad! —dijo entrecortadamente—. ¡Es el cadáver de O-Mai! ¡Antepasado de antepasados! ¡Estamos en la cámara prohibida!

Simultáneamente, de detrás de las cortinas que se hallaban tras el horrendo muerto salió un cavernoso lamento seguido de un grito penetrante, y las cortinas se movieron y combaron ante sus ojos.

Caudillos y guerreros, unánimemente, dieron media vuelta y saltaron a la puerta; era una puerta estrecha, en la que se apretujaron, peleando y gritando desesperadamente por escapar.

Arrojaron las espadas y se arañaron unos a otros para hacerse un sitio por donde huir; los que estaban detrás saltaron sobre los hombros de los que estaban delante, y algunos se cayeron y fueron pisoteados; pero, por fin, consiguieron salir todos, y, siguiendo al más rápido, huyeron por las dos cámaras intermedias a la galería exterior, sin que detuvieran su loca retirada hasta que penetraron, débiles y temblorosos, en el salón de festines de O-Tar. Al verlos, los guerreros que habían permanecido con el jeddak saltaron en pie con las espadas desnudas, creyendo que sus compañeros eran perseguidos por muchos enemigos; pero nadie les siguió al salón, y los tres caudillos se acercaron y permanecieron ante O-Tar con las cabezas inclinadas y las rodillas temblorosas.

—¿Cómo? —preguntó el jeddak—. ¿Qué os pasa? ¡Hablad!

—O-Tar —exclamó uno de ellos cuando pudo por fin recobrar el dominio de su voz—, ¿cuándo te hemos defraudado nosotros tres en la batalla o en el combate? ¿No han estado siempre nuestras espadas entre las primeras para defender tu seguridad y tu honor?

—¿He negado yo eso? —preguntó O-Tar.

—Escucha, pues, ¡oh jeddak!, y juzgadnos con clemencia. Hemos seguido a los dos esclavos hasta los apartamentos de O-Mai el Cruel, Entramos en las cámaras malditas, y, sin embargo, no flaqueamos. Llegamos, por último, a esa horrible cámara que ningún ojo humano ha escudriñado desde hace cincuenta siglos, y contemplamos el rostro muerto de O-Mai, que yacía en la misma posición que ha conservado todo ese tiempo. A la misma cámara de O-Mai el Cruel llegamos, y aún estábamos dispuestos a ir más allá, cuando bruscamente resonaron en nuestros aterrados oídos los lamentos y los chillidos que señalan a estas cámaras encantadas, y las cortinas se movieron y susurraron en el aire muerto. O-Tar, esto era más de lo que podían soportar nervios humanos. Dimos media vuelta y huimos. Tiramos nuestras espadas, y nos peleamos unos con otros por escapar. Te lo confieso con pena, pero sin avergonzarme, pues no hay hombre en todo Manator que no hubiera hecho lo mismo. Si esos esclavos son corfals, están a salvo entre sus compañeros fantasmas. Si no lo son. entonces ya habrán muerto en las cámaras de O-Mai, y, por mi parte, allí pueden pudrirse para siempre, pues yo no volvería a ese lugar maldito por los correajes de un jeddak, ni lo haría medio Barsoom por todo un imperio. He dicho.

O-Tar frunció el ceño.

—¿Son cobardes y apocados todos mis caudillos? —preguntó a poco con tono despectivo.

De entre los que no habían formado parte del grupo perseguidor, se levantó un jefe volviendo hacia O-Tar un ceñudo semblante.

—El jeddak sabe —dijo que en los anales de Manator sus jeddaks han aparecido siempre como los más valientes de sus guerreros. Donde mi jeddak me lleve yo le seguiré, sin que ningún jeddak pueda llamarme cobarde o apocado, a menos que me niegue a ir adonde él se atreva. He dicho.

Cuando volvió a ocupar su asiento, se hizo un penoso silencio, pues todos sabían que el orador había desafiado el valor de O-Tar, el jeddak de Manator, y esperaban la respuesta de su gobernante. Todos tenían en su mente el mismo pensamiento: O-Tar debía conducirlos inmediatamente a la cámara de O-Mai el Cruel o aceptar para siempre el estigma de la cobardía, y el trono de Manator no podía ocuparlo ningún cobarde. Todos ellos sabían esto, y también lo sabía O-Tar.

Pero O-Tar vaciló. Contempló en derredor los rostros de los que le rodeaban la mesa del banquete; pero sólo vio torvos semblantes de implacables guerreros. No

había huellas de clemencia en la faz de ninguno. Su mirada se desvió entonces hacia una pequeña entrada que había a un lado de la gran cámara. Una expresión de alivio borró de sus facciones el ceño de la ansiedad.

—¡Mirad! —exclamó—. ¡Ved quién ha venido!

CAPÍTULO XX



La acusación de cobardía

Gahan, mirando por el resquicio de las cortinas, vio la frenética fuga de sus perseguidores. Una torva sonrisa flotó sobre sus labios al contemplar la loca contienda por la salvación y al verlos arrojar sus espadas y pelearse unos con otros por salir los primeros de la cámara del terror; cuando todos se fueron se volvió hacia Tara, aún con la sonrisa sobre sus labios; pero esta sonrisa murió instantáneamente al volverse, pues se encontró con que Tara había desaparecido.

—¡Tara! —llamó en voz alta, pues sabía que no había peligro de que sus perseguidores volvieran; pero no obtuvo respuesta, a no ser que ésta fuera el débil sonido de una cascada risa lejana.

Apresuradamente escudriñó el pasadizo formado tras las cortinas, encontrándose varias puertas, una de las cuales estaba entornada. Por ella penetró a la cámara inmediata, que por el momento estaba mejor iluminada por los suaves rayos de la oscilante Thuria, que describía su loco curso por el cielo.

Allí encontró removido el polvo del suelo y huellas de sandalias. Este camino habían seguido Tara y cualquiera que fuese la criatura que se la había robado.

Pero ¿quién podía haber sido? Gahan, hombre culto y muy inteligente, tenía pocas supersticiones, si tenía alguna. Como casi todas las razas de Barsoom, se adhería, de modo más o menos inmanente, a cierta forma exaltada de la adoración de los antepasados, si bien él los deificaba más por el recuerdo o la leyenda de sus virtudes y heroicas hazañas que por sí mismos. Nunca pensó en alguna demostración palpable de su existencia después de la muerte; no creía que tuviesen otra influencia para el bien ni para el mal que la que el ejemplo de su vida podría ejercer en las generaciones siguientes; no creía, por tanto, en la materialización de los espíritus: no sabía nada de si habría otra vida después de ésta, pues sabía que la ciencia había demostrado la existencia de alguna causa material de todos los fenómenos aparentemente sobrenaturales de las religiones y supersticiones antiguas. Pero, sin embargo, se había quedado perplejo al pensar qué poder habría apartado tan brusca y misteriosamente a Tara de su lado en una cámara que no conocía la presencia del hombre desde hacía cinco mil años.

En la oscuridad no podía ver si había allí huellas de otras sandalias que las de

Tara, sino solamente que el polvo estaba removido, y cuando fue llevado a sombrías galerías perdió la pista por completo. Ahora se ofreció a su vista un perfecto laberinto de pasadizos y departamentos, mientras atravesaba apresuradamente los desiertos departamentos de OMai. Encontró allí un antiguo baño, sin duda el del mismo jeddak, y luego cruzó una habitación en la que había sido colocada una comida sobre la mesa cinco mil años antes: quizá era el almuerzo intacto de OMai. Ante sus ojos pasó en los breves momentos en que atravesó las cámaras una riqueza de adornos y de piedras y metales preciosos que sorprendieron aun al jed de Gathol cuyos correaes eran de diamantes y platino y cuyas riquezas eran la envidia del mundo.

Su indagación por las cámaras de O-Mai acabó, por último, en un pequeño gabinete, en cuyo suelo se hallaba la entrada de una rampa en espiral que descendía directamente a la negrura estigia. El polvo de la entrada del gabinete había sido removido recientemente, y como ésta era la única indicación posible que tenía Gahan de la dirección seguida por el secuestrador de Tara, le pareció tan bien seguir ésta como buscar otra cualquiera. Así que, sin vacilar, descendió a la negrura de debajo teniendo que tantear con el pie antes de dar un paso, su descenso era necesariamente lento; pero Gahan era un barsoomiano y sabía las trampas que podrían aguardar al imprudente en semejantes partes oscuras y prohibidas del palacio de un jeddak.

Había descendido lo que él juzgó tres pisos completos, y se había detenido, como lo hacía con frecuencia, para escuchar, cuando percibió claramente un rascar y rozar especial que se aproximaba por abajo. Cualquiera que fuera la cosa, ascendía por la rampa a paso incesante, y pronto estaría cerca de él. Gahan llevó la mano al puño de su espada y la sacó lentamente de la vaina para no hacer ningún ruido que pudiera advertir de su presencia a la criatura. Deseaba que pudiera aminorarse, por poco que fuera, la oscuridad. Si pudiera ver solamente el perfil de lo que se aproximaba, comprendería que tenía mejores probabilidades en el encuentro; pero no podía ver nada, y, a causa de ello, el extremo de su vaina golpeó el muro de piedra de la rampa, produciendo un sonido que el silencio, lo angosto, del pasadizo y la oscuridad parecieron transformar en un aterrador estrépito.

Instantáneamente cesó el ruido que se aproximaba. Gahan permaneció un momento silencioso, aguardando, y después, prescindiendo de precauciones, siguió descendiendo la espiral. La cosa, fuera lo que fuese, no producía ningún sonido que permitiera localizar su situación. En cualquier momento podría estar junto a él, por lo que conservó dispuesta la espada. Abajo, siempre hacia abajo, llevaba la empinada espiral. La oscuridad y silencio de la tumba le rodeaban, y, sin embargo, algo había delante de él. No se encontraba solo en aquel horrible lugar; otro ser, al que no podía ver ni oír, se movía delante de él; estaba seguro de ello. Quizá era el que había robado a Tara; quizá la misma Tara, inmóvil entre las garras de algún horror sin nombre, se hallaba precisamente delante de él.

Apresuró el paso, que se transformó casi en carrera, al pensar en el peligro que amenazaba a la mujer amada, hasta que chocó con una puerta de madera que se abrió de golpe. Ante él apareció un corredor iluminado, con cámaras a ambos lados. Había avanzado una corta distancia desde el fondo de la rampa, cuando reconoció que se hallaba en los subterráneos del palacio. Un momento después oyó detrás de sí el ruido de rozamiento que había llamado su atención en la rampa espiral. Dando media vuelta, vio al autor del ruido, que surgía por una puerta que él acababa de pasar.

Era Ghek, el kaldane.

—¡Ghek! —exclamó Gahan—. ¿Estabas en la rampa? ¿Has visto a Tara de Helium?

—Yo era el que estaba en la espiral —contestó el kaldane—; pero no he visto a Tara de Helium. Estaba buscándola. ¿Dónde está?

—No lo sé —contestó el gatholiano—; pero debemos encontrarla y sacarla de este lugar.

—Podremos encontrarla —dijo Ghek—: pero dudo de nuestra capacidad para sacarla de aquí. No es tan fácil dejar a Manator como entrar en él. Yo puedo ir y venir a voluntad por las antiguas madriguera de los ulsios; pero tú eres demasiado grande y tus pulmones necesitan más aire del que se puede encontrar en algunos de los corredores más profundos.

—¡Pero U-Thor! — Exclamó Gahan. — ¿Has oído algo acerca de sus intenciones?

—He oído demasiado, —le respondió Ghek. — Acampa en la Puerta de los Enemigos. Mantiene esa posición, y sus fuerzas se encuentran justo tras el baluarte; pero aún así no son lo suficientemente numerosas como para penetrar en la ciudad y tomar el palacio. Te haría falta una hora llegar hasta él, ya que ahora cada calle y avenida están fuertemente vigiladas desde que O-Tar se ha enterado de que A-Kor ha escapado de las garras de U-Thor.

—¡A-Kor ha escapado para unirse a U-Thor! —Exclamó Gahan.

—Pero no ha pasado más que una hora desde el suceso. Estaba con él cuando llegó un guerrero, un hombre llamado Tasor, que le llevó un mensaje tuyo. Se había tomado la decisión de que Tasor acompañara a A-Kor en un intento por llegar al campamento de U-Thor, el gran jed de Manatos, y obtener de él la promesa que requerías. Entonces, U-Thor debía regresar y llevaros alimento a ti y a la princesa de Helium. Yo les acompañé. Pudimos movernos con facilidad y nos encontramos con que U-Thor no deseaba otra cosa que cumplir con tus órdenes, pero cuando Tasor regresaba para verte, se encontró con que el paso estaba bloqueado por los soldados de O-Tar. Fue entonces cuando me presenté voluntario para venir a verte, comunicarte las nuevas y traerte comida y bebida. Luego me mezclaré con los esclavos de Manator y los prepararé para la parte que les corresponde del plan que

han trazado U-Thor y Tasor.

—¿Y cuál es el plan?

—U-Thor ha enviado en busca de refuerzos. Ha enviado en busca de Manatos y ha mandado hacer una leva en todos los distritos que controla. Le hará falta un mes para reunir todas esas fuerzas y traerlas; mientras tanto, todos los esclavos de la ciudad deben organizarse en secreto, robando armas y ocultándolas para usarlas el día en que lleguen los refuerzos. Cuando llegue ese día, las fuerzas de U-Thor entrarán por la Puerta de los Enemigos y, mientras las tropas de O-Tar corren a hacerles frente, los esclavos de Gathol caerán sobre ellos desde atrás en su mayor parte, mientras el resto asaltarán el palacio. De esta manera esperan distraer las fuerzas suficientes como para que U-Thor encuentre poca resistencia en su entrada en la ciudad.

—Quizá triunfen, —le respondió Gahan—, pero los soldados de O-Tar son numerosos, y aquellos que luchan por defender sus hogares y a su jeddak siempre salen victoriosos. Ah, Ghek, ojalá poseyéramos las grandes naves de guerra de Gathol o Helium, para sí barrer con su fuego las calles de Manator, y así U-Thor pudiera marchar sobre el palacio pisando los cadáveres de sus enemigos.

Hizo una pausa, meditabundo, y dirigió su mirada hacia el kaldane.

—¿Oíste algo del grupo que escapó conmigo del Campo del Jetan: de Floran, Val Dor y los demás? ¿Qué es de ellos?

—Diez consiguieron llegar hasta U-Thor, en la Puerta de los Enemigos, y fueron bien recibidos por él. Ocho cayeron luchando en el camino. Creo que Val Dor y Floran viven, pues estoy seguro de haber oído a U-Thor dirigirse a dos guerreros por esos nombres.

—¡Bien! —exclamó Gahan—. Irás, pues, por las madrigueras de los ulsios a la Puerta de los Enemigos, y llevaréis a Floran el mensaje que voy a escribir en su propio lenguaje. Ven mientras escribo el mensaje.

En una habitación próxima encontraron un banco y una mesa, y allí se sentó Gahan y escribió, con los extraños caracteres estereográficos de la escritura marciana, un mensaje a Floran de Gathol.

—¿Por qué buscabas a Tara por la rampa de caracol en que casi nos tropezamos? —preguntó cuando hubo acabado el mensaje.

—Tasor me dijo adonde podría encontrarte, y como yo había explorado la mayor parte del palacio por las madrigueras de los ulsios y los pasadizos más oscuros y menos frecuentados, sabía con exactitud dónde estabais y cómo llegar hasta vosotros. Esta espiral secreta asciende desde los subterráneos hasta la terraza de la más alta de las torres del palacio. Tiene puertas secretas en cada piso; pero no creo que haya hombre vivo en Manator que conozca su existencia. Por lo menos, nunca me he encontrado a nadie en la rampa, y la he utilizado muchas veces. Tres veces he estado en la cámara de O-Mai, aunque yo no supe nada de su identidad ni de la historia de su

muerte, hasta que Tasor nos la refirió en el campo de U-Thor.

—¿Conoces entonces el palacio enteramente? —le interrumpió Gahan.

—Mejor que el mismo O-Tar o que cualquiera de sus servidores.

—¡Bien! Si quieres servir a la princesa Tara, Ghek, podrás servirla, mejor que de ningún modo, acompañando a Floran y siguiendo sus instrucciones; las he escrito aquí al final del mensaje, pues las paredes tienen oídos, Ghek, mientras que sólo un gahtoliano puede leer lo que yo he escrito a Floran. El te las transmitirá ¿Puedo confiar en ti?

—No puedo volver nunca a Bantoom —repuso Ghek—; por tanto, sólo tengo dos amigos en Barsoom ¿Qué otra cosa puedo hacer mejor que servirlos fielmente? Puedes confiar en mí, gatholiano, pues con una mujer de tu raza me has enseñado que existen cosas más bellas y más nobles que la mentalidad perfecta no influida por las irrazonables pretensiones del corazón. Me voy.

Al señalar O-Tar a la puertecita, todos los ojos se volvieron en la dirección que indicaba, y en los semblantes de los guerreros se dibujó una gran sorpresa cuando reconocieron a los dos que habían entrado en el salón de festines. Era I-Gos, que arrastraba tras él a una persona amordazada, con las manos atadas a la espalda con una cinta de fuerte seda; era Tara, la joven esclava.

La cascada risa de I-Gos se elevó en el silencio del salón.

—¡Je, je! —chilló—. Lo que no pueden hacer los jóvenes guerreros de O-Tar, lo hace solo el viejo I-Gos.

—Sólo un corfal puede capturar a una corfal —gruñó uno de los jefes que habían huido de las cámaras de O-Mai.

I-Gos se echó a reír.

—El terror os volvió de agua el corazón —repuso— y la vergüenza os da lengua de víbora. Ésta no es una corfal, sino solamente una mujer de Helium, y su compañero es un guerrero que puede competir su espada con el mejor de vosotros y sacaros vuestros podridos corazones. No ocurría así en los días de la juventud de I-Gos. ¡Ah, entonces había hombres en Manator! Bien recuerdo aquel día en que yo...

—¡Calla, necio decrépito!...—le ordenó O-Tar—. ¿Dónde está el hombre?

—Donde encontré a la mujer: en la cámara mortuoria de O-Mai. Que vuestros sabios y valientes caudillos vayan allí a cogerlo. Yo soy un anciano y sólo pude traer uno.

—Has hecho bien, I-Gos —se apresuró a tranquilizarlo O-Tar, pues cuando supo que Gahan podía estar aún en las cámaras encantadas quiso calmar la cólera de I-Gos, conociendo bien la venenosa lengua y el temperamento del anciano—. ¿Crees, entonces, que no es corfal, I-Gos? —le preguntó, deseando desviar la conversación del hombre que aún andaba a sus anchas.

—No lo es más que tú —repuso el viejo disecador.

O-Tar miró largo rato y penetrantemente a Tara de Helium. Toda su belleza pareció penetrar bruscamente en cada fibra de la conciencia del jeddak. Aún estaba ataviada con los ricos encajes de una princesa negra del Jetan, y al contemplarla O-Tar, había posado su mirada en una, figura más perfecta, en un rostro más bello.

—No es corfal —murmuró para sí—. No es corfal y es una princesa; una princesa de Helium. ¡Por la dorada cabellera del Santo Hekkador, que es hermosa! Quitadle la mordaza y atadle las manos —ordenó en voz alta—. Hacer sitio a la princesa Tara de Helium junto a O-Tar de Manator. Cenará como corresponde a una princesa.

Los esclavos hicieron lo que ordenaba O-Tar, y Tara de Helium permaneció con los ojos fulgurantes detrás de una silla que se le ofrecía.

—¡Siéntate! —ordenó O-Tar.

La joven se dejó caer en la silla.

—Me siento como prisionera —dijo—, no como un invitado a la mesa de mi enemigo, O-Tar de Manator.

O-Tar hizo salir a su séquito del salón.

—Quiero hablar a solas con la princesa de Helium —dijo.

Los invitados y los esclavos se retiraron, y una vez más el jeddak de Manator se volvió hacia la joven.

—O-Tar de Manator quiere ser amigo tuyo —dijo.

Tara de Helium permaneció con los brazos cruzados bajo sus senos pequeños y firmes, los ojos llameantes tras sus entornados párpados, sin dignarse responder a su proposición. O-Tar se inclinó más hacia ella. Notó la hostilidad de sus modales y recordó su primer encuentro con ella. Era una leona, pero era hermosa. Era, con mucho, la mujer más deseable que O-Tar había contemplado, y decidió poseerla. Y así se lo dijo.

—Podría hacerte mi esclava —le dijo—; pero me agrada hacerte mi esposa. Serás la jeddara de Manator. Tendrás siete días para prepararte ante el gran honor que O-Tar os confiere, y a esta misma hora del séptimo día te convertirás en emperatriz y esposa de O-Tar en el salón del trono de los jeddaks de Manator.

Golpeó un gong que había junto a él encima de la mesa, y al aparecer un esclavo le ordenó que llamara a los invitados. Lentamente penetraron los jefes y ocuparon sus asientos en la mesa. Sus semblantes aparecían torvos y ceñudos, pues todavía estaba sin resolver la duda del valor de su jeddak. Si O-Tar había esperado que lo olvidaran, se había equivocado acerca de sus hombres.

O-Tar se levantó.

—Dentro de siete días —anunció— se celebrará una gran fiesta en honor de la jeddara de Manator —y movió una mano hacia Tara de Helium—. La ceremonia tendrá lugar al comenzar el séptimo zodio[6], en el salón del trono. Mientras tanto, la princesa de Helium será atendida en la torre de los departamentos de las mujeres de

palacio. Condúcela hacia allí, E-Thas, con una guardia de honor conveniente, y cuida de que se pongan esclavos eunucos a su disposición, que atiendan todas sus necesidades y la guarden cuidadosamente de todo mal.

E-Thas sabía que el verdadero significado que encerraban aquellas palabras era que debía conducir a la prisionera, bajo una fuerte escolta, a los departamentos de las mujeres y confinarla en la torre durante los siete días, colocando en torno suyo guardias de confianza que evitaran su fuga o frustraran cualquier tentativa de rescate.

Al salir Tara de la cámara con E-Thas y la guardia, O-Tar se inclinó hacia ella y susurró en su oído:

—Reflexiona bien durante estos siete días sobre el alto honor que te he ofrecido... y su única alternativa.

Como si no lo hubiera oído, la joven salió del salón de festines con la cabeza erguida y mirando de frente.

Después de que Ghek lo dejó, Gahan vagó por los subterráneos y las antiguas galerías de las partes desiertas del palacio buscando algún indicio del paradero o de la suerte de Tara de Helium. Utilizó la rampa espiral, pasando de un extremo a otro, hasta que la conoció palmo a palmo, desde los subterráneos hasta la cúspide de la alta torre, y supo a qué departamentos daba en los distintos pisos, así como el ingenioso y oculto mecanismo que hacía funcionar las cerraduras de las puertas hábilmente ocultas que daban a la rampa. Para la comida recurrió a las reservas que encontró en los subterráneos, y para dormir se tendió en el real lecho de O-Mai, en la cámara prohibida, compartiéndolo con el pie muerto del antiguo jeddak.

Alrededor suyo hervía en el palacio, sin que él lo supiera, un considerable desasosiego. Guerreros y caudillos realizaban los deberes de su cargo con aire malhumorado, y pequeños grupos se reunían aquí y allá discutiendo, con ceño colérico, algún asunto que predominaba en las mentes de todos.

El cuarto día que siguió al encarcelamiento de Tara en la torre, EThas el mayordomo de palacio y uno de los paniaguados de O-Tar, iba a ver a su señor para algún recado trivial. O-Tar se hallaba solo en una de las más pequeñas cámaras de sus habitaciones personales cuando le anunciaron al mayordomo. Después de que el asunto que le había llevado a E-Thas quedó resuelto, el jeddak le hizo señas de que se quedara.

—Desde la posición de un oscuro guerrero te he elevado, E-Thas, a los honores de un jefe. En los confines de palacio tu palabra es la segunda después de la mía. Por esto no te quieren, E-Thas, y si otro jeddak ascendiera al trono de Manator, ¿qué sería de ti, que tienes enemigos entre los más poderosos de Manator?

—No hables de ello, O-Tar —le suplicó E-Thas—; estos últimos días he pensado mucho en eso y quisiera olvidarlo; pero he tratado de calmar la cólera de mis peores enemigos. Me he mostrado muy amable e indulgente con ellos.

—¿Leístes también en el aire el mudo mensaje? —preguntó el jeddak.

E-Thas se hallaba claramente embarazado y no contestó.

—¿Por qué no me comunicantes tu recelos? —preguntó O-Tar—. ¿Es eso lealtad?

—Temía, ¡oh poderoso jeddak! —replicó E-Thas—, temía que no comprendieras y que te encolerizaras.

—¿Qué sabes? ¡Dime toda la verdad! —ordenó O-Tar.

—Existe mucho descontento entre los caudillos y los guerreros —repuso E-Thas—. Hasta los que eran tus amigos temen la fuerza de los que hablan contra ti.

—¿Qué dicen? —gruñó el jeddak.

—Dicen que te aterraba entrar en los departamentos de O-Mai en busca del esclavo Turan... ¡Oh!, no te irrites conmigo, jeddak; no hago más que repetir lo que ellos dicen. Yo, tu leal E-Thas, no creo semejante calumnia vil.

—No, no. ¿Por qué había de tener yo miedo? —preguntó O-Tar—. Nosotros no sabemos que se encuentre allí. ¿No fueron hasta allí mis jefes y no lo vieron?

—Pero ellos dicen que "tú" no fuistes —continuó E-Thas—, y que no tendrán ningún cobarde en el trono de Manator.

—¿Han expresado esa traición? —dijo casi a gritos O-Tar.

—Han dicho eso y más, gran jeddak —respondió el mayordomo—. Dijeron que no sólo temías entrar en la cámara de O-Mai, sino que temías al esclavo Turan, y censuraron tu comportamiento con A-Kor, al que todos creen asesinado por mandato tuyo. Querían mucho a A-Kor, y ahora hay muchos que dicen en voz alta que A-Kor hubiera hecho un maravilloso jeddak.

—¿Se atreven a eso? —gritó O-Tar—. ¿Se atreven a indicar el nombre del bastardo de una esclava para el trono de O-Tar?

—Es tu hijo, O-Tar —le recordó E-Thas—, y no deja de ser el hombre más querido en Manator... Sólo te hablo de hechos que no pueden ser ignorados, y me atrevo a hacerlo porque sólo cuando comprendáis la verdad podréis buscar un remedio para los males que se ciernen sobre tu trono.

O-Tar se había dejado caer sobre su asiento; bruscamente pareció encogido, fatigado y viejo.

—¡Maldito sea el día —gritó que vio entrar esos tres extranjeros en la ciudad de Manator! ¡Ojalá hubiera podido conservar a U-Dor! Era fuerte, mis enemigos le temían; pero se ha ido... y muerto a manos de ese odioso esclavo Turan. ¡Que la maldición de Issus caiga sobre él!

—Mi jeddak, ¿qué hacemos? —suplicó E-Thas—. Maldiciendo al esclavo no resolvemos vuestros problemas.

—Sólo faltan tres días para la gran fiesta y la boda —alegó O-Tar—. Será un gran motivo de gala. Los guerreros y los jefes saben que... ésa es la costumbre. Ese día se otorgarán dádivas y honores. Dime, ¿quién está más encarnizadamente contra mí? Te

enviaré entre ellos; pero hazles saber que estoy disponiendo recompensas por los pasados servicios al trono. Haré jeds a los jefes y jefes a los guerreros, y les ofreceré palacios y esclavos. ¿Eh, E-Thas?

El otro movió la cabeza.

—No servirá de nada, O-Tar. No aceptarán tus dádivas y honores. Les he oído decir bastante.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó O-Tar.

—Quieren un jeddak tan valiente como el más valiente —repuso E-Thas, aunque sus rodillas temblaron al decirlo.

—¿Creen que soy un cobarde? —gritó el jeddak.

—Dicen que te aterraba ir a los departamentos de O-Mai el Cruel.

Durante largo rato O-Tar permaneció con la cabeza caída sobre el pecho, mirando fijamente al suelo con los ojos en blanco.

—Diles —exclamó, al fin, con una voz cavernosa que en nada se parecía a la voz de un gran jeddak—; diles que iré a las cámaras de O-Mai el Cruel a buscar al esclavo Turan.

CAPÍTULO XXI



Una hazaña arriesgada por amor

—¡Je, Je; es un cobarde y me llama a mí "necio decrepito"!

El que hablaba era I-Gos, y se dirigía a un corrillo de jefes en una de las cámaras del palacio de O-Tar, jeddak de Manator.

—¡Si A-Kor viviera, tendríamos un jeddak!

—¿Quién dice que A-Kor ha muerto? —preguntó uno de los jefes.

—¿Dónde está entonces? —le preguntó I-Gos—. ¿No han desaparecido otros a quienes O-Tar consideraba demasiado queridos por tratarse de hombres tan cercanos al trono?

El jefe movió la cabeza.

—Si yo pensara eso o, mejor dicho, si lo supiera, me habría unido a U-Thor en la Puerta de los Enemigos.

—¡Chis! —advirtió uno—. Ahí viene el que le lame los pies —y todas las miradas se volvieron a E-Thas, que se aproximaba.

—¡Kaor, amigos! —exclamó al detenerse entre ellos; pero su amistoso saludo no despertó más que algunos ariscos movimientos de cabeza—. ¿Sabéis la noticia? —continuó, sin sentirse cortado por aquel trato, al que ya estaba acostumbrado.

—¿Qué, O-Tar ha visto un ulsio y se ha desmayado? —preguntó I-Gos con marcado sarcasmo.

—Hombres ha habido que han muerto por menos que esa frase, anciano —le recordó E-Thas.

—Yo estoy a salvo —le devolvió I-Gos—, pues no soy un hijo valiente y popular del jeddak de Manator.

Esto era en, realidad, franca traición; pero E-Thas fingió no oírlo. No hizo caso de I-Gos y se volvió a los demás.

—Esta noche irá O-Tar a la cámara de O-Mai en busca del esclavo Turan —dijo—. Le apena que sus guerreros no tengan valor para realizar una misión tan insignificante, y que su jeddak se vea obligado a detener a un vulgar esclavo.

Tras este vilipendio, E-Thas se dirigió a extender la noticia por otras partes del palacio. Realmente, la última parte de su mensaje era completamente original, y se deleitó en comunicarla para desconcierto de sus enemigos. Cuando dejaba el pequeño

grupo, I-Gos le llamó por detrás.

—¿A qué hora piensa visitar O-Tar las cámaras de O-Mai?preguntó.

—Hacia el final del octavo zodio[7] —repuso el mayordomo y prosiguió su camino.

—Lo veremos —declaró I-Gos.

—¿Qué es lo que veremos? —preguntó un guerrero. — Veremos si O-Tar visita la cámara de O-Mai. — ¿Cómo?

—Yo mismo estaré allí, y si lo veo sabré que ha estado; si no lo veo, sabré que no ha estado —explicó el viejo disecador.

—¿Hay allí algo que pueda causar miedo a un hombre honrado?preguntó un jefe —. ¿Qué habéis visto?

—No fue tanto lo que vi, aunque era bastante malo, como lo que oídiyo I-Gos.

—¡Cuenta! ¿Qué oíste y qué viste?

—Vi el cadáver de O-Mai —dijo I-Gos.

Los otros se estremecieron.

—¿Y no te volvistes loco? —preguntaron.

—¿Estoy loco? —replicó I-Gos.

—¿Y volverás a ir?

—Sí.

—Pues entonces sí estás loco —exclamó uno.

—Vistes el cadáver de O-Mai, pero ¿qué oíste que fuera peor? —susurró otro.

—Vi el cadáver de O-Mai que yacía en el suelo de su dormitorio con un pie enredado en las sedas y pieles de su lecho. Oí horribles lamentos y gritos aterradores.

—¿Y no te espanta volver allí? —preguntaron varios.

—Los muertos no pueden hacerme daño —dijo I-Gos—. O-Mai yace allí desde hace cinco mil años. Ni tampoco pueden hacerme daño unos ruidos. Los he oído una vez y vivo; puedo volverlos a oír. Los ruidos salieron cerca de donde yo me hallaba oculto, detrás de las cortinas, contemplando al esclavo Turan antes de arrebatarle la mujer.

—I-Gos, eres un hombre muy valiente —dijo un jefe.

—O-Tar me llamó "necio decrepito", y yo afrontaré los peores peligros de las cámaras prohibidas de O-Mai para saber si él no visita la cámara de O-Mai. ¡ Entonces O-Tar caerá de verdad!

Llegó la noche; los zodiacos pasaban y se aproximaba la hora en que O-Tar, jeddak de Manator, iba a visitar la cámara de O-Mai en busca del esclavo Turan. A nosotros, que podemos dudar de la existencia de espíritus malignos, su miedo puede parecernos increíble, pues era un hombre fuerte, excelente espadachín y guerrero de gran fama; pero es él caso que O-Tar de Manator se hallaba nervioso de aprensión mientras cruzaba las galerías de su palacio hacia los desiertos salones de O-Mai, y cuando al fin

se encontró con la mano sobre la puerta que daba a la galería polvorienta de aquellos departamentos, casi se quedó paralizado de terror.

Había ido sólo por dos buenas razones: la primera, porque así nadie podría observar su espanto ni su deserción si en el último instante le faltaban las fuerzas y la segunda, porque si lo realizaba solo o pudiera hacer creer a sus jefes que lo había realizado, su crédito sería mucho mayor que si hubiera ido acompañado de guerreros.

Pero aunque había partido solo, se dio cuenta de que lo seguían, y sabía que esto ocurría porque su pueblo no tenía fe ni en su valor ni en su veracidad. No creía que habría de encontrar al esclavo Turan. Ni tenía tampoco grandes deseos de que esto sucediera, pues aunque O-Tar era un excelente espadachín y un guerrero valiente en el combate físico, ya había visto como luchó Turan con U-Dor, y no le agradaba un encuentro con quien sabía que le superaba.

De este modo, O-Tar permanecía con la mano sobre la puerta, temiendo entrar y temiendo no entrar. Pero, por último, el miedo a sus propios guerreros, que lo contemplarían detrás, fue mayor que el miedo a lo desconocido oculto tras la antigua puerta, y empujando la pesada skeel penetró.

El silencio, la lóbreguez y el polvo de los siglos pesaban sobre la cámara. Sabía por sus guerreros el camino que debía tomar para ir a la cámara de O-Mai, así que obligó a sus mal dispuestos pies a cruzar la habitación y a atravesar la estancia donde los jugadores de jetan continuaban en su juego eterno, y llegó al corto pasadizo que llevaba a la cámara de O-Mai. Su desnuda espada temblaba en su mano. Se detenía a cada paso para escuchar, y cuando casi se hallaba en la entrada de la cámara embrujada, su corazón se le paralizó en el pecho y un sudor frío brotó de la piel de sus húmedas sienes, pues desde el interior había llegado a sus aterrados oídos el ruido de una respiración ahogada. Entonces O-Tar de Manator estuvo próximo a huir del innominado horror que no podía ver, pero que sabía le aguardaba en aquella misma cámara que tenía delante. Pero de nuevo temió la cólera y el desprecio de sus guerreros y sus jefes. Lo degradarían y lo matarían además. No había la menor duda de cuál sería su suerte si huía aterrorizado de los departamentos de O-Mai. Su única esperanza, pues, se hallaba en afrontar lo desconocido mejor que lo conocido.

Avanzó. A los pocos pasos se encontró en la entrada. La cámara que se le ofrecía estaba más oscura que el pasadizo, así que sólo podía descubrir confusamente los objetos de la habitación. Hacia el centro vio un lecho y el bulto más oscuro de algo que yacía al lado en el suelo de mármol. Dio un paso en el umbral y la vaina de su espada golpeó el marco de piedra. Entonces vio horrorizado que las sedas y pieles del lecho central se movían; vio que una figura se alzaba lentamente y se quedaba sentada en el lecho mortuario de O-Mai el Cruel. Las rodillas de O-Tar temblaron, pero reunió todas sus fuerzas morales y, apretando la espada más fuertemente con sus temblorosos dedos, se preparó a saltar a través de la cámara sobre la horrible

aparición.

Vaciló un momento. Sintió unos ojos sobre él... Ojos de vampiro que perforaban la oscuridad y penetraban en su desfallecido corazón... Ojos que él no podía ver. Se reconcentró para la embestida..., y entonces brotó de lo que se hallaba en el lecho un espantoso chillido, y O-Tar se desplomó en el suelo, sin conocimiento.

Gahan se levantó sonriendo del lecho de O-Mai; pero se volvió rápidamente al llegar a sus finos oídos un leve ruido por entre las sombras que se hallaban detrás. Entre las cortinas separadas vio una figura encorvada y arrugada. Era I-Gos.

—Envaina tu espada, Turan —dijo el anciano—. Nada tienes que temer de I-Gos.

—¿Qué haces aquí —preguntó Gahan.

—Vine a asegurarme de que el gran cobarde no nos engañaba. ¡Je, je; me llamó a mí "necio decrépito"! ¡Y mírale ahora! Privado de conocimiento por el terror; pero ¡Je, je!, quien haya oído vuestro pavoroso chillido puede perdonárselo. Casi extinguió mi propio valor. ¿Fuistes tú, entonces, quien lanzaba los lamentos y los chillidos el día en que os robé a Tara de Helium?

—¿Fuistes tú entonces, viejo bribón? —preguntó Gahan marchando amenazadoramente hacia I-Gos.

—¡Espera, espera! —alegó el anciano—. Fui yo, pero entonces era enemigo vuestro. Ahora no lo haría. Han cambiado las circunstancias.

—¿Cómo que han cambiado? ¿Qué las ha cambiado? —preguntó Gahan.

—Entonces yo no conocía plenamente la cobardía de mi jeddak, ni tu valor y el de la joven. Yo soy un anciano de otra época y me gusta el valor. A lo primero me ofendió el ataque de la joven, pero más tarde reconocía el valor que ese hecho mostraba, y ganó mi admiración, como todos sus actos. No le temió a O-Tar, no me temió a mí, ni temió a todos los guerreros de Manator. ¿Y tú? ¡Sangre de un millón de progenitores, cómo peleas! Me aflige haberte expuesto en los campos del jetan. Y me aflige haber devuelto la joven Tara a O-Tar. Quiero darte satisfacciones, quiero ser tu amigo. Aquí tienes mi espada a tus pies.

Y, sacando el arma, I-Gos la arrojó al suelo delante de Gahan.

El gatholiano sabía que ni el más empedernido de los bribones repudiaría esta ofrenda solemne; así que se agachó, y recogiendo la espada del anciano se la devolvió por la empuñadura, como aceptación de su amistad.

—¿Dónde está la princesa Tara de Helium? —preguntó Gahan—. ¿Está a salvo?

—Está recluida en la torre de los departamentos de las mujeres, esperando la ceremonia que va a hacerla jeddara de Manator —repuso I-Gos.

—¿Ese tipo se ha atrevido a pensar que Tara de Helium se casará con él? —gruñó Gahan—. Pronto daré cuenta de él, si es que no se ha muerto ya de miedo.

Y avanzó hacia el caído O-Tar para atravesar con su espada el corazón del jeddak.

—¡No! —gritó I-Gos—. No le mates y ruega porque no haya muerto si quieres

salvar a tu princesa.

—¿Cómo? —preguntó Gahan.

—Si llegara a los departamentos de las mujeres la noticia de la muerte de O-Tar, la princesa Tara estaría perdida. Las mujeres conocen la intención de O-Tar de tomarla por esposa y hacerla jeddara de Manator; así que puedes estar seguro de que todas la odian con el odio de las mujeres celosas. Sólo el poder de O-Tar la protege ahora de todo daño. Si O-Tar muriera, harían volverse contra ella a los guerreros y a los esclavos varones, pues no habría nadie que la vengara.

Gahan envainó la espada.

—Tu apreciación es exacta; pero ¿qué haremos con él?

—Dejarlo donde se encuentra —aconsejó I-Gos—. No ha muerto. Cuando vuelva en sí volverá a sus departamentos con un magnífico cuento sobre su valentía, y allí no habrá ninguno que contradiga sus alardes; ninguno excepto I-Gos. ¡Vamos! Puede volver en sí de un momento a otro y no debe encontrarnos aquí.

I-Gos se dirigió al cuerpo del jeddak, se arrodilló un instante junto a él y luego se unió a Gahan, tras el lecho. Ambos dejaron la cámara de O-Mai y se encaminaron hacia la rampa espiral. I-Gos condujo a Gahan a un piso más alto y salieron a la terraza de aquella parte del palacio, desde la cual I-Gos señaló una elevada torre que se hallaba junto a ellos.

—Allí —dijo— se encuentra la princesa de Helium. Más estate seguro de que se hallará completamente a salvo hasta la hora de la ceremonia.

—Es posible que se encuentre a salvo de manos ajenas; pero no de las tuyas —dijo Gahan—. Nunca llegará a ser jeddara de Manator... Antes se matará.

—¿Haría eso? —preguntó I-Gos.

—Sí, lo hará; a no ser que puedas llevarle noticias de que yo vivo aún y de que todavía hay esperanzas —repuso Gahan.

—No puedo llevarle noticias —dijo I-Gos—. O-Tar guarda los departamentos de sus mujeres con mano celosa. Tiene allí a sus esclavos y guerreros más seguros, y aun así, mezclados con ellos hay innumerables espías, de modo que ningún hombre sabe quién es cada cual. Ni una sombra penetra en estas cámaras que no sea observada por un centenar de ojos.

Gahan se quedó contemplando las ventanas iluminadas de la alta torre, en cuyas cámaras superiores estaba recluida Tara de Helium.

—Yo encontraré un camino, I-Gos-dijo.

—No hay ninguno —repuso el anciano.

Permanecieron algún tiempo sobre la terraza, bajo las refulgentes estrellas y las vaporosas lunas del moribundo Marte, trazando sus planes para el momento en que llevaran a Tara de Helium de la elevada torre al salón del trono de O-Tar. "Era entonces, sólo entonces —argüía I-Gos—, cuando podría abrigarse alguna esperanza

de rescatarla." Gahan no sabía hasta qué punto podría fiarse de él; así es que se calló el plan que había enviado a Floran y a Val Dor por medio de Ghek; pero aseguró al antiguo disecador que si era sincera su tan repetida declaración de que O-Tar sería denunciado y reemplazado, encontraría ocasión para ello la noche en que el jeddak tratara de casarse con la princesa heliumita.

—Entonces te llegará la hora, I-Gos —le aseguró Gahan—, y si tienes algún grupo que piensa como tu, prepáralo para la eventualidad de que triunfara la presuntuosa tentativa de O-Tar de casarse con la hija del guerrero. ¿Dónde te volveré a ver y cuándo? Yo voy ahora a hablar con Tara, princesa de Helium.

—Admiro mucho tu intrepidez —dijo I-Gos—; pero no servirá de nada. No hablarás con Tara, princesa de Helium, aunque indudablemente antes que te maten la sangre de muchos manatorianos empapará el suelo de los departamentos de las mujeres.

Gahan sonrió.

—No me matarán. ¿Dónde y cuándo nos veremos? Podrás encontrarme por la noche en la cámara de O-Mai. Ese parece ser el escondite más seguro de todo Manator para un enemigo del jeddak que se encuentra en su palacio. ¡Me voy!

—Que los espíritus de tus antepasados te rodeen —dijo I-Gos.

Al dejarle el anciano, Gahan se encaminó, a través de la terraza, a la elevada torre, que parecía haber sido construida de hormigón, tallado después primorosamente, pues toda su superficie estaba cubierta de complicados dibujos labrados profundamente en el material, parecido a piedra, de que estaba construida. Aunque tallada muchos siglos antes, estaba poco estropeada por la acción del tiempo, debido a la aridez de la atmósfera marciana, a la poca frecuencia de las lluvias y a lo raro de los huracanes de polvo. Sin embargo, el escalarla presentaba dificultades y peligros que hubieran hecho retroceder al hombre más valiente... y que, sin duda, hubieran hecho retroceder a Gahan si no sintiera que la vida de la mujer que amaba dependía de la realización de la azarosa empresa.

Quitándose las sandalias y no dejando de sus correajes y armas más que un cinturón con una daga, el gatholiano emprendió el peligroso ascenso. Adhiriéndose con manos y pies a las entalladuras, trepó lentamente hacia lo alto, esquivando las ventanas y manteniéndose en la parte oscura de la torre, fuera de la luz de Thuria y de Cluros. La torre se alzaba unos veinticinco metros sobre la terraza de la parte inmediata del palacio y comprendía cinco niveles o pisos, con ventanas a todas las direcciones. Algunas de estas ventanas tenían antepechos y Gahan trataba de esquivarlas más que las otras, aunque como se estaba terminando el noveno zodio, no era probable que hubiera muchas personas despiertas dentro de la torre.

Su operación fue silenciosa, y, por fin, llegó sin ser descubierto a las ventanas del piso superior. Estas, como otras varias que había pasado en los pisos inferiores,

estaban fuertemente enrejadas, por lo que no había posibilidad de que consiguiera entrar en el departamento en que Tara estaba recluida. La oscuridad ocultaba el interior de la primera ventana a que se aproximó. La segunda daba a una cámara iluminada, en la que pudo ver a un centinela que dormía en su puesto junto a una puerta; aquí estaba también el final de la rampa que llevaba al piso inmediato inferior. Rodeando más aún la torre, Gahan se aproximó a otra ventana, pero ahora se hallaba colgado del lado de la torre, que acababa en un patio cincuenta metros más bajo, y en breve le alcanzaría la luz de Thuria. Comprendió que debía darse prisa, y pidió encontrar a Tara de Helium tras la ventana a que se acercaba ahora.

Llegó a la abertura y miró a una pequeña cámara débilmente alumbrada. En el centro se alzaba un lecho, sobre el cual yacía una forma humana bajo sedas y pieles. Un brazo desnudo, que salía de bajo las ropas, se apoyaba contra una piel con franjas negras y amarillas...; un brazo de maravillosa belleza, al que se ceñía un brazalete que Gahan conocía. No se veía ninguna otra criatura dentro de la cámara, que la vista de Gahan podía abarcar por completo. Acercando la cara a los barrotes, el gatholiano susurró su querido nombre. La joven se estremeció, pero no se despertó. La llamó otra vez, pero más fuerte. Tara se sentó en el lecho y miró en derredor, y en el mismo instante un enorme eunuco se puso en pie de un salto de la parte del suelo en que había estado tendido junto al lado del lecho más distante de Gahan. Simultáneamente la brillante luz de Thuria fulguró sobre la ventana a que se adhería Gahan, revelando claramente su silueta a los dos del interior.

Ambos dieron un salto. El eunuco sacó su espada y se abalanzó a la ventana, desde la cual se hubiera desplomado el desvalido Gahan, fácil víctima de una sola estocada del arma homicida que empuñaba el eunuco, si Tara de Helium no hubiera saltado sobre su guardián, arrastrándolo hacía atrás. Al mismo tiempo, sacó su fina daga del escondite de su correa, y mientras el eunuco trataba de apartar a Tara, ésta le hundió la aguda punta en el corazón. Murió sin lanzar un grito, y cayó de bruces en el suelo. Entonces Tara de Helium corrió a la ventana.

—¡Turan, mi caudillo! —exclamó—. ¡A qué horrible peligro te expones para buscarme aquí, en donde hasta tu intrépido corazón es impotente para ayudarme!

—No estés tan segura de eso, corazón de mi corazón —repuso él—. Si bien sólo traigo palabras a mi amor, ellas son el anuncio de hechos que espero te han de devolver a mí para siempre. Temía que pudieras aniquilarte, Tara de Helium, para sustraerte al deshonor que quería hacerte O-Tar, y, por eso he venido a darte nuevas esperanzas y a rogarte que vivas por mí a través de cuanto pueda suceder, en la seguridad de que aún hay una salida y de que si todo va bien al fin seremos libres. Búscame en el salón del trono de O-Tar la noche en que él querrá casarse. Y ahora, ¿cómo nos desharemos de ese sujeto? —y señaló al eunuco muerto que yacía en el suelo.

—No hace falta que nos preocupemos de eso —repuso ella—. Nadie se atreve a hacerme daño por miedo a la cólera de O-Tar; a no ser por eso, habría muerto tan pronto como entré en esta parte del palacio, pues las mujeres me odian. Sólo O-Tar puede castigarme, ¿y qué le importa a O-Tar la vida de un eunuco? No; no hay que apurarse por ese motivo.

Tenían las manos enlazadas por entre los barrotes y Gahan la atrajo hacia sí.

—Un beso antes de marcharme, mi princesa —dijo.

Y la orgullosa hija de Dejah Thoris, princesa de Helium y del guerrero de Barsoom, susurró:

—¡Mi caudillo!

Y apretó sus labios contra los de Turan, el vulgar panthan.

CAPÍTULO XXII



En el momento de la boda

El silencio de la tumba pesaba en torno suyo cuando O-Tar, jeddak de Manator, abrió los ojos en la cámara de O-Mai. El recuerdo de la espantosa aparición que le había hecho frente se había borrado de su conciencia. Escuchó, pero no oyó nada. Al alcance de su vista no había aparentemente nada que pudiera causar alarma. Lentamente alzó la cabeza y miró a su alrededor. Junto al lecho yacía en el suelo lo que primero había llamado su atención y cerró los ojos, aterrizado, al reconocer lo que era; pero ni se movió ni habló. O-Tar volvió a abrir los ojos y se puso en pie. Todos sus miembros le temblaban. No había nada en el lecho de donde había visto levantarse aquellos ojos.

O-Tar salió retrocediendo lentamente de la habitación. Por último llegó a la galería exterior. Estaba vacía. No sabía él que se había quedado rápidamente desierta cuando el fuerte grito que le había aturdido a él llegó a los oídos espantados de los guerreros que habían sido enviados para espíarle. Miró al reloj que llevaba en un sólido brazalete en el antebrazo izquierdo; casi había pasado el noveno zodio. O-Tar había estado una hora sin conocimiento. ¡Había pasado una hora en la cámara de O-Mai, y no estaba loco! ¡Había mirado a la cara de su predecesor, y aún estaba cuerdo! Sacudió la cabeza y sonrió.

Rápidamente dominó sus nervios rebeldemente temblorosos, de modo que cuando llegó a las partes habitadas del palacio ya había recobrado el dominio de sí mismo. Caminó con la barbilla levantada y algo de fanfarronería. Se dirigió al salón de festines, pues sabía que sus jefes le esperaban allí; cuando entró, todos se levantaron, y en los semblantes de muchos de ellos se retrató la incredulidad y el asombro, pues pensaron que no volverían a ver al jeddak después de lo que les habían contado los espías de los horribles ruidos que salían de las cámaras de O-Mai. Dio gracias O-Tar por haber ido solo a la cámara del terror, pues ahora nadie podría negar la historia que iba a contarles.

E-Thas se precipitó a saludarlo, porque había visto negras miradas dirigidas a él cuando empezó a circular el rumor y su bienhechor tardaba en volver.

—¡Oh valiente y glorioso jeddak! —exclamó el mayordomo—. Nos regocija tu retorno a salvo y te rogamos nos relates tu aventura.

—No fue nada —exclamó O-Tar—. Escudriñé las cámaras cuidadosamente y esperé escondido la vuelta del esclavo Turan por si hubiera salido momentáneamente; pero no vino. No está allí, y dudo que haya ido alguna vez. Pocos hombres se decidirían a permanecer mucho tiempo en un lugar tan lúgubre.

—Pero ¿no fuisteis atacado?...—preguntó E-Thas—. ¿No oísteis tampoco gritos y lamentos?

—Oí gritos horribles y vi fantasmas; pero se desvanecían delante de mí, de modo que nunca pude apresar a uno. He mirado a la cara de OMai, y no estoy loco. Hasta he permanecido en la cámara junto a su cadáver.

En un rincón lejano de la estancia un anciano encogido y arrugado ocultó una sonrisa tras una dorada copa de fuerte licor.

—¡Bueno! ¡Bebamos! —exclamó O-Tar, y fue a echar mano a su daga, con cuyo pomo solía golpear el gong para llamar a los esclavos; pero la daga no estaba en su vaina. O-Tar se quedó perplejo.

Sabía que la tenía antes de entrar en la cámara de O-Mai, pues había tocado cuidadosamente todas sus armas para asegurarse de que no le faltaba ninguna. Cogió en su lugar un utensilio de la mesa y golpeó el gong, y cuando llegaron los esclavos les ordenó traer el licor más fuerte para O-Tar y sus jefes. Antes que rompiera el día eran muchas las exclamaciones de admiración vociferadas por labios ebrios, que admiraban el valor de su jeddak; pero aún había algunos que parecían malhumorados.

Por fin llegó el día en que O-Tar tomaría por esposa a la princesa Tara de Helium. Durante varias horas prepararon las esclavas a la novia indócil. Siete baños perfumados la ocuparon tres largas y fatigosas horas; después le ungieron todo el cuerpo con óleo de flores de pimalia y le dieron masaje los hábiles dedos de una esclava de la lejana Dusur. Su correa, completamente nuevo y elaborado para el caso, era de la blanca piel de los grandes monos blancos de Barsoom, y profundamente cubierto de magníficas incrustaciones de platino y diamantes. Su lustrosa cabellera de azabache había sido dispuesta con un peinado de magnificencia majestuosa y apropiada, atravesado por alfileres con cabeza de diamante, de modo que en su conjunto centelleaban como las estrellas del cielo en una noche sin luna.

Era, una novia adusta y retadora la que condujeron desde la alta torre hacia el salón del trono de O-Tar. Las galerías estaban llenas de esclavos y guerreros y de las mujeres de palacio y de la ciudad a las que se había ordenado concurrir a la ceremonia. Todo el poder y el orgullo, la riqueza y la belleza juntas de Manator se encontraban allí.

Rodeada por una fuerte escolta de honor, marchaba Tara lentamente por las galerías de mármol llenas de gente. A la entrada del salón de los jefes la recibió E-Thas, el mayordomo. No había nadie en el salón, excepto las filas de caudillos muertos sobre sus muertas cabalgaduras. A través de esta larga cámara la escoltó E-

Thas hasta el salón del trono, que también estaba vacío, pues la ceremonia nupcial difiere en Manator de la de otros países de Barsoom. Aquí la novia esperaría al novio al pie de las gradas que conducían al trono. Los invitados la siguieron y ocuparon sus sitios, dejando libre la nave central que iba del salón de los jefes al trono, pues por ella se aproximaría solo O-Tar a la novia después de una breve comunión solitaria con los muertos a puertas cerradas en el salón de los jefes. Esta era la costumbre.

Todos los invitados habían desfilado por el salón de los jefes, y las puertas de ambos lados del salón fueron cerradas. Poco después se abrieron las del extremo inferior y O-Tar entró. Su negro correaje estaba adornado de rubíes y oro; cubría su rostro una grotesca máscara del precioso metal, en la que aparecían como ojos dos enormes rubíes, aunque bajo ellos había estrechos resquicios por los que podía ver el que la llevaba. Su corona era una franja que sostenía plumas labradas del mismo metal que la máscara. Su real atavío encerraba hasta el menor detalle de lo que las costumbres de Manator exigían de un prometido real, y con arreglo a esas mismas costumbres llegaba solo al salón de los jefes a recibir las bendiciones y el consejo de los grandes de Manator que le habían precedido.

Cuando se cerraron las puertas del extremo inferior del salón, O-Tar, el jeddak, se quedó solo con los muertos ilustres. Por el mandato de los siglos, ningún ojo mortal podía contemplar la escena desarrollada en aquella cámara sagrada. Así como el poderoso de Manator respetaba las tradiciones de su ciudad, respetemos nosotros también esas tradiciones de un pueblo impresionable y orgulloso. ¿Qué nos importan a nosotros los acontecimientos de aquella cámara solemne de los muertos?

Pasaron cinco minutos. La novia permanecía silenciosa al pie del trono. Los invitados empezaron a hablar en leves susurros hasta que la sala se llenó del zumbido de muchas voces. Finalmente, giraron las puertas que daban acceso al salón de los jefes y el resplandeciente novio se detuvo un momento en el sólido marco. Se hizo el silencio sobre los invitados a la ceremonia. Con paso uniforme y solemne, el novio se aproximó a la novia. Tara sintió que los músculos de su corazón se contraían con el temor, que la había ido invadiendo al advertir que las vueltas del Destino la estrechaban cada vez más y no llegaba ninguna señal de Turan. ¿Dónde estaría? ¿Qué podría realizar, después de todo, para salvarla? Rodeada por el poder de O-Tar, sin un amigo entre ellos, acabó por no encontrar vestigios de esperanza en su situación.

"¡Todavía vivo!", susurró interiormente en una última tentativa animosa por combatir la terrible desesperanza que iba dominándola; pero sus dedos se deslizaron hacia la fina hoja que había conseguido trasladar, sin que lo notaran, del correaje viejo al nuevo. El novio se acercó a su lado, y cogiéndola de la mano la condujo por las gradas hacia el trono, delante del cual se detuvieron y se quedaron contemplando a la reunión de debajo. Luego salió del fondo de la sala una comitiva precedida por el alto dignatario, cuya misión era hacer a aquellos dos seres marido y mujer, y tras la

comitiva marchaba un joven ricamente ataviado que llevaba un almohadón de seda sobre el que se veían las áureas esposas, unidas por una corta cadena de oro, con las cuales terminaría la ceremonia, cuando el dignatario ciñera una esposa en torno de una muñeca de cada uno, simbolizando así su indisoluble unión en el vínculo sagrado del matrimonio.

¿Llegaría demasiado tarde el socorro prometido por Turan? Tara escuchó la entonación larga y monótona del oficio nupcial. Oyó enaltecer las virtudes de O-Tar y la belleza de la novia. Se acercaba el momento y aún no llegaba ninguna señal de Turan. Pero ¿qué podría hacer él, si conseguía llegar al salón del trono, más que morir con ella? No podía haber ninguna esperanza de rescate.

El dignatario alzó las doradas esposas del almohadón en que reposaban. Bendijo a los novios y fue a coger la muñeca de Tara. ¡Había llegado el momento! Aquello no podía ir más lejos, pues por todas las leyes de Barsoom sería, viva o muerta, la esposa de O-Tar de Manator en el instante en que fueran esposados juntos. Si su rescate llegara entonces o después, ya no podría deshacer aquellos vínculos y Turan quedaría perdido para ella con tanta seguridad como si la muerte los separara.

Su mano se deslizó hacia el estilete oculto pero instantáneamente la mano del novio se alzó y sujetó su muñeca: había adivinado su intención. A través de los resquicios de la grotesca máscara, la joven pudo ver sus ojos fijos en ella, y adivinó la sonrisa sarcástica que la máscara ocultaría. Así permanecieron durante un tenso instante. Los que se hallaban bajo ellos contuvieron silenciosamente la respiración, pues la escena del trono no había pasado para ellos inadvertida.

Dramático como era el momento, su dramatismo fue triplicado súbitamente por la apertura ruidosa de las puertas que daban al salón de los jefes. Todas las miradas se volvieron hacia allí y vieron otra figura en el marco de la sólida puerta... una figura a medio ataviar, que se abrochaba precipitadamente el correa, ajustándose en su sitio... la figura de O-Tar, jeddak de Manator.

—¡Alto! —chilló, precipitándose por la nave hacia el trono—. ¡Prended al impostor!

Todos los ojos se clavaron en la figura del novio que se hallaba ante el trono; le vieron alzar la mano y arrancarse la máscara dorada, y Tara de Helium, con los ojos desmesuradamente abiertos por la incredulidad, miró a la cara de Turan, el panthan.

—¡Turan, el esclavo! —gritaron todos—. ¡Matadle! ¡Matadle!

—¡Esperad! —gritó Turan sacando su espada, mientras una docena de guerreros se abalanzaba hacia él.

—¡Esperad! —chilló otra voz, vieja y cascada, mientras I-Gos, el antiguo disecador, saltaba de entre los invitados y alcanzaba las gradas del trono delante de los primeros guerreros.

Al ver al anciano, los guerreros se detuvieron, pues todos los pueblos de Barsoom

sienten gran veneración por la vejez, como quizá la sienten todos los pueblos cuya religión se basa en alguna extensión sobre la adoración de los antepasados. Pero O-Tar, sin prestarle atención, se lanzó velozmente hacia el trono.

—¡Espera, cobarde! —gritó I-Gos.

La gente miró asombrada al viejecito.

—Hombres de Manator —cloqueó con su voz fina y penetrante—, ¿quisierais ser gobernados por un cobarde y un embustero? — ¡A tierra con él! —gritó O-Tar.

—No será hasta que yo haya hablado —replicó I-Gos—. Es mi derecho. Si fracaso, mi vida está perdida..., todos lo sabéis y lo sé yo. Por lo tanto, pido ser escuchado. ¡Tengo derecho!

—¡Tiene derecho! —repitieron las voces de unos veinte guerreros en distintas partes de la cámara.

—Puedo probar que O-Tar es, un cobarde y un embustero —continuó I-Gos—. Dijo que había afrontado valientemente los horrores de la cámara de O-Mai y que no vio rastros del esclavo Turan. Yo estaba allí oculto tras las cortinas y vi todo lo que sucedía. Turan había estado escondido en la cámara y aun estaba allí tendido en el lecho de O-Mai cuando O-Tar, temblando de miedo, entró en la habitación. Turan, al verse inquietado, se sentó en el lecho lanzando a la vez un penetrante grito, O-Tar chilló y se desmayó.

—¡Eso es mentira! —gritó O-Tar.

—No es mentira, y puedo demostrarlo —replicó I-Gos—. ¿No observasteis, la noche que volvió de las cámaras de O-Mai jactándose de su hazaña, que cuando quiso llamar a los esclavos para que llevaran vino echó mano a su daga para golpear el gong con su pomo, como siempre acostumbra? ¿No lo notasteis ninguno de vosotros? ¿Y no observasteis que no tenía daga? O-Tar, ¿dónde está la daga que llevastes a la cámara de O-Mai? No lo sabes; pero yo sí lo sé. Mientras yacías desmayado de miedo yo la saqué de tu correa y la escondí entre las sedas del lecho de O-Mai. Allí está todavía, y si alguien lo duda, que vaya allí y la encontrará y conocerá la cobardía de su jeddak.

—Pero ¿y ese impostor? —preguntó uno—. ¿Va a permanecer impunemente en el trono de Manator mientras nosotros disputamos sobre nuestro gobernante?

—Merced a su valentía habéis conocido la cobardía de vuestro jeddakrespondió I-Gos—, y gracias a él tendréis un jeddak más grande.

—Nosotros escogeremos nuestro jeddak. ¡Coged y matad al esclavo!

Gritos de aprobación surgieron de todos los extremos de la sala. Gahan escuchaba atentamente como si esperara oír algún ruido. Vio que los guerreros se aproximaban al estrado donde él se hallaba con la espada desnuda, y rodeando con un brazo a Tara de Helium. Se preguntó si después de todo se habrían malogrado sus planes; si significarían su muerte y la de Tara, pues sabía que ésta no le sobreviviría. ¿La había

servido, pues, tan inútilmente después de todos sus esfuerzos?

Varios guerreros apremiaban sobre la necesidad de enviar inmediatamente a la cámara, de O-Mai a buscar la daga que probaría, si era encontrada, la cobardía de O-Tar. Por fin tres consintieron ir.

—No tenéis por qué asustaros —les aseguró I-Gos—. No hay allí nada que pueda perjudicaros. Yo he estado después con frecuencia, y Turan el esclavo ha dormido allí todas estas noches. Los gritos y los lamentos que os aterraron, lo mismo que a O-Tar, los lanzó Turan el esclavo para alejaros de su escondite.

Avergonzados, los tres dejaron el salón para ir en busca de la daga de O-Tar.

Los otros volvieron su atención una vez más hacia Gahan. Se aproximaron al trono con las espadas desnudas, pero lentamente, pues habían visto a este esclavo en el campo del jetan y conocían las hazañas de su espada. Habían llegado al pie de las gradas, cuando sonó por encima de ellos un fuerte estampido, y luego otro, y otro. Turan sonrió y respiró aliviado. Después de todo, quizá no venían demasiado tarde. Los guerreros se detuvieron y escucharon, así como las demás personas de la cámara. Llegó a sus oídos un fuerte repiqueteo de fusilería, y todo ello venía de arriba, como si se estuviera luchando en las terrazas del palacio.

—¿Qué es eso? —se preguntaron unos a otros.

—Se ha desencadenado una gran tempestad sobre Manator —dijo uno.

—No os preocupéis de la tempestad hasta que hayáis matado a la criatura que se atreve a ocupar el trono de vuestro jeddak —dijo O-Tar—. ¡Cogedle!

Cuando acababa de hablar se separó el tapiz que había tras el trono y un guerrero avanzó hasta el estrado. Una exclamación de sorpresa y desfallecimiento brotó de los labios de los guerreros de O-Tar, que estaban anonadados.

—¡U-Thor! —gritaron—. ¿Qué traición es ésta?

—No es traición-dijo U-Thor con su voz profunda—. Os traigo un nuevo jeddak para todo Manator. No un cobarde embustero, sino un hombre valeroso a quien todos queréis.

Se apartó a un lado, y otro hombre surgió del pasadizo oculto por el tapiz. Era A-Kor, y al verle brotaron exclamaciones de sorpresa, de alegría o de cólera, según como las diversas facciones reconocían el golpe de estado tan hábilmente preparado. Detrás de A-Kor salieron otros guerreros, hasta que el estrado se llenó de ellos; todos eran manatorianos de la ciudad de Manatos.

O-Tar estaba exhortando a sus guerreros al ataque, cuando por una puerta lateral irrumpió en la cámara un padwar ensangrentado y desgredado.

—¡La ciudad ha caído! —gritó en voz alta—. Las hordas de Manator penetran por la Puerta de los Enemigos. Los esclavos de Gathol se han sublevado y han matado a los centinelas de palacio. Grandes naves desembarcan guerreros en las terrazas del palacio y en los campos del jetan. Los hombres de Helium y de Gathol

marchan por todo Manator. Llaman a gritos a la princesa de Helium y juran que van a convertir Manator en una llameante pira funeraria que consumirá los cuerpos de todo nuestro pueblo. El cielo aparece oscurecido por las naves; vienen en grandes grupos del este y del sur.

Y una vez más las puertas del salón de los jefes se abrieron de par en par, y los hombres de Manator se volvieron para ver otra figura que se erguía en el umbral: la robusta figura de un hombre de blanca piel, cabello negro y, ojos grises, que centelleaban como puntos de acero, y tras él el salón de los jefes aparecía lleno de combatientes que llevaban correajes de lejanos países.

Tara de Helium le vio y su corazón saltó de regocijo, pues era John Carter, Señor de la Guerra de Barsoom, llegado a la cabeza de un ejército victorioso a rescatar a su hija; a su lado se hallaba Djor Kantos, al cual estaba prometida.

El Guerrero contempló un momento a los reunidos antes de hablar.

—Deponed vuestras armas, hombres de Manator —dijo—. Veo a mi hija y veo que vive, y si no se le ha hecho ningún mal no se verterá ninguna sangre. Vuestra ciudad está llena de guerreros de U-Thor, de Gathol y de Helium. El palacio está en manos de los esclavos de Gathol, además de mil guerreros míos que llenan las cámaras que rodean esta sala. La suerte de vuestro jeddak queda en vuestras propias manos, y no deseo intervenir. Sólo vengo por mi hija y a libertar a los esclavos de Gathol. ¡He dicho! Y sin esperar la respuesta, y como si la sala estuviera llena más bien de su propio pueblo que de uno hostil, avanzó por la amplia nave principal hacia Tara de Helium.

Los jefes de Manator estaban anonadados. Miraron a O-Tar; pero éste no podía hacer más que mirar impotentemente cómo el enemigo entraba desde el salón de los jefes y rodeaba el salón del trono hasta que todos los invitados quedaron cercados. Entonces entró un dwar del ejército de Helium.

—Hemos capturado a tres jefes —refirió el guerrero— que pedían que se les dejara entrar en el salón del trono para relatar a sus compañeros algo, que dicen ha de decidir la suerte de Manator.

—Traedlos —ordenó el Guerrero.

Los jefes llegaron fuertemente custodiados hasta el pie de las gradas del trono; allí se detuvieron, y el que iba delante se volvió hacia los demás manatorianos, y, alzando la mano derecha, mostró una daga cubierta de pedrería.

—La hemos encontrado —exclamó— donde I-Gos dijo que la encontraríamos — y miró amenazadoramente a O-Tar.

—¡A-Kor, jeddak de Manator! —gritó una voz, y el grito fue repetido por cien roncas gargantas de guerreros.

—Sólo puede haber un jeddak de Manator —dijo el jefe que sostenía la daga; con los ojos fijos en el desgraciado O-Tar se dirigió adonde éste se hallaba, y teniendo la

daga sobre la palma de su mano, la tendió hacia el desacreditado gobernante, repitiendo significativamente—: Sólo puede haber un jeddak en Manator.

O-Tar tomó la hoja que se le ofrecía, e irguiéndose en toda su altura, se la hundió hasta el puño en el pecho, reconquistando con ese único acto la estimación de su pueblo y consiguiendo un puesto eterno en el salón de los jefes.

Cuando O-Tar cayó se hizo el silencio en la gran sala, interrumpido poco después por la voz de U-Thor.

—¡O-Tar ha muerto! —gritó—. Que gobierne A-Kor hasta que los jefes de todo Manator puedan ser llamados para elegir nuevo jeddak. ¿Cuál es vuestra respuesta?

—¡Que gobierne A-Kor! ¡ A-Kor, jeddak de Manator! —los gritos llenaron la sala y no hubo ninguna voz discordante.

A-Kor alzó su espada para pedir silencio.

—Es la voluntad de A-Kor —dijo— la del gran jed de Manatos, la del jefe de la flota de Gathol y la del ilustre John Carter, Señor de la Guerra de Barsoom que reine la paz en la ciudad de Manator, por lo cual ordeno que los hombres de Manator se adelanten a dar la bienvenida a los combatientes de estos aliados nuestros como a huéspedes y amigos y les muestren las maravillas de nuestra antigua ciudad y la hospitalidad de Manator. ¡He dicho!

U-Thor y John Carter despidieron a sus guerreros, ordenándoles que aceptasen la hospitalidad de Manator. Al vaciarse la sala, Djor Kantos se acercó a Tara de Helium. La felicidad de la joven por su rescate se había nublado a la vista de este hombre, a quien su virtuoso corazón le decía haber agraviado. Temía la prueba que había de atravesar y el deshonor que había de soportar antes que pudiera esperar verse libre de la armonía que había existido entre ellos durante tanto tiempo. Djor Kantos se aproximó, y arrodillándose, llevó a sus labios los dedos de la joven.

—¡Hermosa hija de Helium! —suspiró—. ¿Cómo podría decirte lo que tengo que decirte... sobre la afrenta que tan inconscientemente te he hecho? No puedo hacer más que confiarme a tu generosidad para el perdón; pero si me lo pides, recibiré la daga tan honrosamente como O-Tar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tara de Helium—. ¿De qué estás hablando?... ¿Por qué hablas tan enigmáticamente a quien ya tiene el corazón acongojado?

¡Su corazón acongojado! La perspectiva era poco prometedora y el joven padwar deseó haber muerto antes de tener que pronunciar las palabras que debía pronunciar ahora.

—Tara de Helium —continuó—, todos te creíamos muerta. Durante un año largo te he llorado sinceramente, y después, hace menos de una luna, me he casado con Olvia Marthis —se detuvo y la miró con ojos que parecían implorar: "Ahora, ordena mi muerte."

—¡Oh insensato! —exclamó Tara—. Nada podrías haber hecho que me agradara

más. ¡Djor Kantos, te besaría!

—No creo que Olvia Marthis se preocupara por ello dijo él con el semblante iluminado ahora por sonrisas.

Mientras hablaban había entrado un grupo de hombres en la cámara y se aproximó al estrado. Eran altos y estaban cubiertos con correaes sencillos y sin ningún adorno. Precisamente cuando su jefe llegaba al estrado. Tara se volvió a Gahan haciéndole señas para que se reuniera con ella.

—Djor Kantos —dijo la joven—, te presento a Turan, el panthan, cuya lealtad y valor han conseguido mi amor.

John Carter y el jefe de los guerreros recién llegados, que se hallaban cerca, miraron rápidamente al pequeño grupo. El primero sonrió con sonrisa inescrutable, y el segundo se dirigió a la princesa de Helium.

—¿Turan el panthan? —exclamó—. ¿No sabes, hermosa hija de Helium, qué este hombre que llamáis panthan es Gahan, jed de Gathol?

Sólo un momento pareció sorprendida Tara de Helium; luego encogió sus bellos hombros, y volviendo la cabeza, lanzó una mirada a Gahan de Gathol por encima de uno de ellos.

—Jed o panthan —dijo —¿qué más puede darle a quien ha sido esclava? —Y se rió traviesamente ante el semblante sonriente de su amado.

Acabada su historia, John Carter se levantó de la silla opuesta a mí, estirando su figura gigante como un gran león de la selva.

—¿Tiene usted que marcharse? —exclamé, pues sentía verle partir y me parecía que sólo había estado un momento conmigo.

—El cielo se enrojece ya tras aquellas hermosas colinas vuestras —contestó— y pronto será de día.

—Una pregunta sólo antes de marcharos —le rogué.

—¡Adelante! —asintió amablemente.

—¿Cómo pudo entrar Gahan en el salón del trono cubierto con los atavíos de O-Tar? —pregunté.

—Fue muy sencillo: Gahan de Gathol —repuso el Guerrero—, con la ayuda de I-Gos se deslizó al salón de los jefes antes de la ceremonia, cuando el salón del trono y el de los jefes estaban desiertos para recibir a la novia. Llegó desde los subterráneos por el pasadizo que acaba tras el tapiz del trono, y pasando al salón de los jefes se colocó en el lomo de un thout cuyo jinete estaba en la sala de reparaciones de I-Gos. Cuando O-Tar entró y se le acercó Gahan le golpeó con el mango de una pesada lanza. Creyó haberle matado y se quedó sorprendido cuando O-Tar apareció a denunciarlo.

—¿Y Ghek? ¿Qué fue de Ghek? — insistí.

—Después de conducir a Val Dor y a Floran al deteriorado aparato de Tara, que

repararon, los acompañó a Gathol, desde donde me enviaron a mí un mensaje a Helium. Luego, desde la terraza donde descendieron nuestras naves, Ghek condujo al interior del palacio a un gran destacamento en que se encontraban A-Kor y U-Thor, llevándolos por una rampa y guiándolos hasta el salón del trono. Después nos los llevamos a Helium con nosotros, donde vive aún con su único rykor, que encontramos casi muerto de hambre en los calabozos de Manator. ¡Pero basta! ¡Ya no más preguntas!

Le acompañé a la arcada este, tras cuyos arcos resplandecía la roja aurora.

—¡Adiós! —dijo.

—Apenas creo que sea realmente usted —exclamé—. Seguramente mañana creeré haber soñado todo esto.

El se echó a reír y, sacando su espada, rayó una tosca cruz en el cemento de uno de los arcos.

—Si mañana, lo dudas —dijo—, ven a ver si soñaste esto. Un momento después desapareció.

FIN

EL «JETAN» O AJEDREZ MARCIANO

Para quienes se preocupen de estas cosas y quieran ensayar el juego, doy las reglas del jetan, según me las dio a mí John Carter. Escribiendo los nombres y los movimientos de las distintas piezas en trozos de papel y pegando éstos en piezas ordinarias del juego de damas se puede jugar al jetan tan bien como con las piezas adornadas de Marte.

El tablero — Un tablero cuadrado que contiene cien casillas de colores alternos, negro y naranja.

Las piezas — Por orden, según aparecen en el tablero en la primera fila, y de izquierda a derecha del jugador, son:

Guerrero — Dos plumas; dos espacios rectos en cualquier dirección o combinación de direcciones.

Padwar — Dos plumas; dos espacios diagonales en cualquier dirección o combinación.

Dwar — tres plumas; tres espacios rectos en cualquier dirección o combinación.

Volador — Hélice de tres aspas; tres espacios diagonales en cualquier dirección o combinación; puede saltar piezas intermedias.

Jefe — Diadema con diez gemas; tres espacios en cualquier dirección: recta, diagonal o combinación.

Princesa — Diadema con una gema; los mismos movimientos que el jefe, pero puede saltar piezas intermedias.

Volador, dwar, padwar y guerrero — Véanse los anteriores.

En la segunda fila, de izquierda a derecha, son:

Thoat — Guerreros montados con dos plumas; dos espacios, uno recto y otro diagonal, en cualquier dirección.

Panthans (ocho piezas) — Una pluma; un espacio, de frente, horizontal o diagonal, pero no hacia atrás.

Thoat — Véase el anterior.

El juego se verifica con veinte piezas negras por parte de un jugador y veinte anaranjadas por parte de un adversario y se supone que en su origen representaba una batalla entre la raza negra del Sur y la raza amarilla del Norte. En Marte el tablero suele colocarse de modo que las piezas negras jueguen desde el Sur y las anaranjadas desde el Norte.

Se gana el juego cuando se coloca cualquier pieza en la misma casilla que la princesa contraria o cuando un jefe se apodera del otro.

Queda empatado el juego cuando un jefe es conquistado por cualquier pieza que no sea el jefe contrario o cuando ambos bandos quedan reducidos a tres piezas o menos de igual valor y el juego no se decide en las diez jugadas siguientes, cinco por

jugador.

La princesa no puede moverse a una casilla amenazada ni puede apoderarse de las piezas contrarias. Tiene derecho a un movimiento de diez espacios en cualquier momento del juego. Este movimiento se llama la fuga.

Dos piezas no pueden ocupar la misma casilla, excepto en el movimiento final de un juego en que es tomada una princesa. Cuando un jugador, moviéndose correcta y ordenadamente, coloca una de sus piezas en una casilla ocupada por una pieza contraria, ésta se considera muerta y es retirada del juego.

Explicación de los movimientos:

—Movimientos rectos significan al Norte, al Sur, al Este o al Oeste; los diagonales, Nordeste, Sudeste, Sudoeste o Noroeste. Un dwar puede moverse tres espacios hacia el Norte o un espacio al Norte y dos al Oeste, o cualquier combinación similar de movimientos rectos, siempre que no cruce la misma casilla dos veces en una sola jugada. Este ejemplo explica la combinación de los demás movimientos.

El derecho al primer movimiento se puede decidir de cualquier modo que convengan ambos jugadores; tras la primera partida, el ganador de ésta se mueve el primero si así lo prefiere o puede invitar a su contrario a hacer la primera jugada.

Apuestas:

—Los marcianos realizan esto de varias maneras. Desde luego el resultado del juego decide a quién pertenece el premio principal; pero también asignan un precio por cada pieza, con arreglo a su importancia, y por cada pieza que pierde un jugador paga a su contrario el precio de aquélla.

NOTAS

[1] Véanse al final las reglas del juego de jetan (N. del T)

[2] He usado la palabra rey al designar a los gobernantes o jefes de los enjambres bantoomianos, porque la verdadera palabra es impronunciable en inglés, y los términos jed o jeddak del lenguaje rojo marciano no tienen por completo el mismo significado que la palabra bantoomiano, que, en realidad, tiene la misma significación que la palabra reina cuando se aplica a la directora de un enjambre de abejas. (N. del A.)

[3] Mercenario, guerrero independiente.

[4] Aproximadamente, mil quinientos kilómetros terrestres.

[5] Quienes hayan leído la descripción que hace John Carter de los marcianos verdes en *Una princesa de Marte* recordarán que este extraño pueblo podía subsistir durante períodos considerables de tiempo, sin comer ni beber, y en un grado menor les ocurre lo mismo a todos los marcianos.

[6] Aproximadamente, las ocho y media de la tarde en la hora terrestre.

[7] Aproximadamente, la una de la madrugada en la hora terrestre.